JOHN
SCALZI
ENCERRAR
Encerrar 1

Annotation

Dentro de poco, un nuevo virus altamente contagioso se propaga por todo el mundo. La mayoría de quienes se enferman no experimentan nada peor que gripe, fiebre y dolores de cabeza. Pero para el desafortunado uno por ciento -y casi cinco millones de personas solo en Estados Unidos- la enfermedad causa 'encierro': las víctimas están completamente despiertas y conscientes, pero incapaces de moverse o responder a estímulos. La enfermedad afecta a jóvenes, ancianos, ricos, pobres, personas de todos los colores y credos. El mundo cambia para afrontar el desafío.

Un cuarto de siglo después, en un mundo marcado por lo que ahora se conoce como el 'síndrome de Haden', el agente novato del FBI Chris Shane se une a la veterana agente Leslie Vann. A ambos se les asigna lo que parece ser un asesinato relacionado con Haden en el Hotel Watergate, con un sospechoso que es un 'integrador': alguien que puede prestar sus cuerpos a los confinados por un tiempo. Si el Integrador llevaba a un cliente de Haden, identificar al sospechoso del asesinato se vuelve mucho más complicado.

Pero 'complicado' no alcanza para describirlo. A medida que Shane y Vann comienzan a desentrañar los hilos del asesinato, se hace evidente que el verdadero misterio, y el verdadero crimen, es más grande de lo que nadie podría haber imaginado. El mundo de los confinados está cambiando, y con el cambio surgen oportunidades que los ambiciosos aprovecharán a cualquier precio. La investigación, que comenzó como un caso de asesinato, lleva a Shane y Vann de los pasillos del poder corporativo a los espacios virtuales de los confinados, y al corazón mismo de una nueva y sorprendente cultura humana emergente. Es algo inesperado.

JOHN SCALZI

Encerrar

Encerrar Nº1

Traducción de IA

Sinopsis

Dentro de poco, un nuevo virus altamente contagioso se propaga por todo el mundo. La mayoría de quienes se enferman no experimentan nada peor que gripe, fiebre y dolores de cabeza. Pero para el desafortunado uno por ciento -y casi cinco millones de personas solo en Estados Unidos- la enfermedad causa 'encierro': las víctimas están completamente despiertas y conscientes, pero incapaces de moverse o responder a estímulos. La enfermedad afecta a jóvenes, ancianos, ricos, pobres, personas de todos los colores y credos. El mundo cambia para afrontar el desafío.

Un cuarto de siglo después, en un mundo marcado por lo que ahora se conoce como el 'síndrome de Haden', el agente novato del FBI Chris Shane se une a la veterana agente Leslie Vann. A ambos se les asigna lo que parece ser un asesinato relacionado con Haden en el Hotel Watergate, con un sospechoso que es un 'integrador': alguien que puede prestar sus cuerpos a los confinados por un tiempo. Si el Integrador llevaba a un cliente de Haden, identificar al sospechoso del asesinato se vuelve mucho más complicado.

Pero 'complicado' no alcanza para describirlo. A medida que Shane y Vann comienzan a desentrañar los hilos del asesinato, se hace evidente que el verdadero misterio, y el verdadero crimen, es más grande de lo que nadie podría haber imaginado. El mundo de los confinados está cambiando, y con el cambio surgen oportunidades que los ambiciosos aprovecharán a cualquier precio. La investigación, que comenzó como un caso de asesinato, lleva a Shane y Vann de los pasillos del poder corporativo a los espacios virtuales de los confinados, y al corazón mismo de una nueva y sorprendente cultura humana emergente. Es algo inesperado.

Título Original: *Lock In: A Novel of the Near Future*
Traductor: IA
Autor: Scalzi, John
ISBN: a7e46c3a-8b53-41dd-bfa2-4918aa7b32fd

Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 28/11/2025

John Scalzi

Encerrar

Una novela sobre el Futuro cercano

Encerrar 01
LOCK IN: A Novel of the Near Future
2015

¡Importante!

¡Esta traducción fue hecha sin ánimo de lucro!

Ningún miembro de este foro recibe compensación económica por esto.

Por lo que te pedimos que no vayas a la página de la autora a comentar que ya has leído esta historia. Si no hay una traducción oficial de la misma. No subas capturas de pantalla de este libro. No comentes que existe esta versión en español.

Laos autores y sus fans no les gusta ni apoyan esto. Así que por favor no lo hagas. No subas nuestras traducciones ni otras a Wattpad.

De esta manera podremos seguir dándote a conocer más historias, que no están en nuestro idioma.

Apoya a los foros y blogs siendo discreto.

A Joe Hill,
te dije que vamos a hacer esto.
Y a Daniel Mainz,
mi querido amigo.

SÍNDROME DE HADEN

EL SÍNDROME de Haden es el nombre que se le da a un conjunto de afecciones y discapacidades físicas y mentales continuas provocadas inicialmente por la «gran gripe», la pandemia mundial similar a la gripe que provocó la muerte de más de 400 millones de personas en todo el mundo, ya sea por los síntomas iniciales similares a los de la gripe, la fase secundaria de inflamación cerebral y espinal similar a la meningitis, o por las complicaciones derivadas de la tercera fase de la enfermedad, que normalmente causaba la parálisis completa del sistema nervioso voluntario, lo que provocaba el «encierro» de sus víctimas. El síndrome de Haden recibe su nombre de Margaret Haden, la antigua primera dama de los Estados Unidos de América, que se convirtió en la víctima más visible del síndrome.

Se desconoce el origen físico de la Gran Gripe, pero se diagnosticó por primera vez en Londres, Inglaterra, y casi inmediatamente después se produjeron diagnósticos adicionales en Nueva York, Toronto, Ámsterdam, Tokio y Pekín. El largo periodo de incubación antes de que aparecieran los síntomas visibles permitió una amplia dispersión del virus antes de su detección. Como resultado, más de 2750 millones de personas en todo el mundo se infectaron durante la primera ola de la enfermedad.

La progresión de la enfermedad se manifestó de forma diferente en cada individuo en función de varios factores, como la salud personal, la edad, la composición genética y la higiene ambiental relativa. La primera fase, similar a la de la gripe, fue la más prevalente y grave, y causó más del 75 % de las muertes totales asociadas al síndrome de Haden. Sin embargo, un porcentaje similar de los afectados solo presentó la primera fase del síndrome. La segunda fase del síndrome, que afectó al resto, se parecía superficialmente a la meningitis viral y, además, provocó cambios profundos y persistentes en la estructura cerebral de algunas de sus víctimas. Aunque afectó a menos personas, la segunda fase de Haden se caracterizó por una mayor tasa de mortalidad per cápita.

La mayoría de los que sobrevivieron a la segunda etapa del síndrome de Haden no sufrieron discapacidades físicas o mentales a largo plazo, pero un número significativo —más del 1 % de los inicialmente infectados por la Gran Gripe— sufrió de encierro. Otro 0,25 % sufrió daños en sus capacidades mentales debido a cambios en la estructura cerebral, pero sin deterioro de la capacidad física. Un número aún menor, no más de 100 000 personas en todo el mundo, no sufrió ningún deterioro físico o mental a pesar de los cambios

significativos en la estructura cerebral. Algunos de los que se encontraban en esta última categoría pasarían a ser «integradores».

En Estados Unidos, 4,35 millones de ciudadanos y residentes sufrieron el síndrome de enclaustramiento debido a la Gran Gripe, y otros países desarrollados tuvieron un porcentaje similar de ciudadanos afectados. Esto llevó a Estados Unidos y a sus aliados a financiar la Ley de Iniciativa de Investigación Haden, un programa de 3 billones de dólares diseñado para aumentar rápidamente la comprensión de la función cerebral y acelerar la comercialización de programas y prótesis que permitieran a los afectados por el síndrome de Haden participar en la sociedad. Como resultado de la LIIH, en los veinticuatro meses siguientes a la firma de la ley por el presidente Benjamin Haden, surgieron innovaciones como las primeras redes neuronales integradas, los transportes personales y el espacio online exclusivo para Haden conocido como «el Ágora».

Aunque la LIIH condujo a un nuevo y significativo conocimiento del desarrollo y la estructura del cerebro e impulsó el desarrollo de varias industrias nuevas dirigidas a las personas afectadas por Haden, con el tiempo muchas personas se quejaron de que se daba demasiada prioridad a la investigación relacionada con Haden y de que la intensa atención prestada a los enfermos de Haden, conocidos como «Haden», había creado una clase subvencionada por el gobierno que, a pesar de su condición de «encerrados», tenía varias ventajas competitivas sobre la población en general. Esto llevó a los senadores estadounidenses David Abrams y Vanda Kettering a patrocinar un proyecto de ley para girar las subvenciones y los programas para los Haden, vinculado a una importante reducción de impuestos. El proyecto de ley Abrams-Kettering fue inicialmente rechazado, pero se presentó de nuevo con cambios y fue aprobado por ambas cámaras del Congreso por una mayoría mínima.

A pesar de las importantes investigaciones sobre el virus que causa el síndrome de Haden y del desarrollo de programas de higiene social para minimizar su propagación, todavía no existe una vacuna fiable para la enfermedad. Cada año se infectan hasta 20 millones de personas en todo el mundo y, en Estados Unidos, entre 15 000 y 45 000 personas sufren de encierro cada año. Aunque los investigadores aún no han encontrado una vacuna, se han logrado algunos avances en el tratamiento posterior a la infección, incluidas nuevas terapias prometedoras para «recablear» el sistema nervioso voluntario. Estas terapias se encuentran actualmente en fase de ensayos con animales.

—Artículo «Síndrome de Haden» en HighSchoolCheatSheet.com

Capítulo uno

MI PRIMER DÍA en el trabajo coincidió con el primer día de la huelga de Haden, y no voy a mentir, fue un momento bastante incómodo. Una imagen mía entrando en el edificio del FBI tuvo bastante repercusión en los sitios web y foros de noticias de Haden. No era algo que necesitara en mi primer día.

Dos cosas evitaron que todo el Ágora se me echara encima indignado. La primera fue que, para empezar, no todos los Haden estaban de acuerdo con la huelga. La participación el primer día fue, en el mejor de los casos, irregular. El Ágora se dividió en dos bandos muy ruidosos y enfrentados: los partidarios de la huelga y los Haden que pensaban que era una maniobra inútil, dado que Abrams-Kettering ya se había convertido en ley.

La segunda fue que, técnicamente hablando, el FBI es una fuerza del orden, lo que lo calificaba como un servicio esencial. Así que el número de Hadens que me llamaban esquirol fue probablemente menor de lo que podría haber sido.

Aparte de la indignación del Ágora, mi primer día lo pasé mucho en Recursos Humanos, rellenando papeleo y escuchando explicaciones detalladas sobre mis prestaciones y mi plan de jubilación. Luego me asignaron mi arma, las actualizaciones de software y mi placa. Después, porque mi nuevo compañero tenía que testificar en un juicio y no iba a estar disponible durante el resto del día, y no tenían nada más que hacerme. Me fui a casa y no fui al Ágora. En su lugar, vi películas. Llámame cobarde si quieres.

Mi segundo día de trabajo comenzó con más sangre de la que esperaba.

Vi a mi nueva compañera cuando me acerqué al hotel Watergate. Estaba de pie, un poco alejada de la entrada del vestíbulo, chupando un cigarrillo electrónico. A medida que me acercaba, el chip de su tarjeta de identificación comenzó a mostrarme sus datos en mi campo de visión. Era la forma que tenía la Oficina de informar a sus agentes de quién era quién en la escena. Mi compañera no llevaba gafas, por lo que no habría visto la misma cascada de datos sobre mí al acercarme. Pero, de todos modos, era muy probable que no lo necesitara. Me vio ok en cualquier caso.

—Agente Shane—dijo mi nueva compañera. Me tendió la mano.

—Agente Vann —dije: estrechándole la mano.

Y luego esperé a ver qué era lo siguiente que salía de su boca. Siempre es una prueba interesante ver cómo reacciona la gente cuando me conoce, tanto por quién soy como por ser Haden.

Normalmente se comenta una cosa u otra.

Vann no dijo nada más. Retiró la mano y siguió chupando su cigarrillo electrónico.

Bueno, muy bien. Me tocaba a mí iniciar la conversación.

Así que miré hacia el coche junto al que estábamos. El techo había sido aplastado por un sofá de dos plazas.

—¿Es nuestro? —pregunté, señalando con la cabeza el coche y el sofá.

—Tangencialmente —dijo:—¿Estás grabando? —

—Puedo hacerlo si quieres —dije—Algunas personas prefieren que no lo haga.

—Quiero que lo hagas —dijo Vann—Estás trabajando. Deberías grabar.

—De acuerdo —dije: y comencé a grabar. Empecé a caminar alrededor del coche, grabando desde todos los ángulos. El cristal de seguridad de las ventanillas se había roto y algunos trozos se habían desprendido. El coche tenía matrícula diplomática. Miré hacia un lado y, a unos diez metros, había un hombre hablando por teléfono, gritándole a alguien en lo que parecía ser armenio. Sentí la tentación de hacer una translación de los gritos.

Vann me observaba mientras lo hacía, sin decir nada.

Cuando terminé, levanté la vista y vi un agujero en el lateral del hotel, en la séptima planta.

—¿De ahí vino el sofá de dos plazas? —pregunto.

—Probablemente sea una buena adivinanza —dijo Vann. Se quitó el cigarrillo de la boca y lo guardó en la chaqueta de su traje.

—¿Vamos allí?

—Estaba esperando a que terminaras —dije.

—Lo siento —dije, y volví a mirar hacia arriba—¿Ya está allí la policía metropolitana?

Vann asintió con la cabeza.

—Recibí la llamada de su red. El presunto autor es un integrador, lo que lo sitúa en nuestro territorio.

—¿Se lo has dicho ya a la policía? —pregunto.

—Estaba esperando a que vinieras —repitió Vann.

—Lo siento —dije de nuevo. Vann señaló con la cabeza hacia el vestíbulo.

Vamos y tomamos el ascensor hasta la séptima planta, desde donde se había lanzado el sofá de amor. Vann se colocó la placa del FBI en la solapa. Yo metí la mía en el expositor de mi pecho.

Las puertas del ascensor se abrieron y allí estaba una policía uniformada. Levantó la mano para impedirnos salir. Ambos señalamos nuestras placas. Ella hizo una mueca y nos dejó pasar, susurrando al auricular mientras lo hacía. Nos dirigimos al espacio que tenía policías

alrededor de la puerta.

Llegamos a mitad de camino cuando una mujer asomó la cabeza por el espacio, miró a su alrededor, nos vio y se acercó con paso firme. Miré a Vann, que tenía una sonrisa burlona en la cara.

—Detective Trinh —dijo Vann cuando la mujer se acercó.

—No —dijo Trinh—, ni hablar. Esto no tiene nada que ver contigo, Les.

—Yo también me alegro de verte —dijo Vann—Y te equivocas. Tu sospechoso es un integrador. Ya sabes lo que eso significa.

—Todos los presuntos delitos relacionados con transportes personales o integradores se consideran de carácter interestatal —dije: «dijo: «dije: «dijo: «

Guardé esa pequeña interacción personal para más tarde.

—No sé qué mi sospechoso sea un integrador —dijo: Vann.

—Yo sí —dijo: Vann—Cuando tu agente en el lugar de los hechos lo comunicó, identificó al sospechoso. Es Nicholas Bell. Bell es un integrador. Está en nuestra base de datos. Apareció en el momento en que tu agente lo persiguió.

Giré la cabeza para mirar a Vann al oír el nombre, pero ella siguió mirando a Trinh.

—El hecho de que tenga el mismo nombre no lo convierte en un Integrador —dijo Trinh.

—Vamos, Trinh —dijo Vann—¿De verdad vamos a hacer esto delante de los niños? Tardé un segundo en darme cuenta de que Vann se refería a mí y a los policías uniformados—Sabes que es una pelea que vas a perder. Déjanos entrar, déjanos hacer nuestro trabajo. Si resulta que todos los implicados estaban en Washington en ese momento, te entregaremos todo lo que tenemos y te dejaremos en paz. Juguemos de forma agradable y hagámoslo de forma amistosa. O podría no ser amistoso. Ya sabes cómo va eso.

Trinh se dio la vuelta y regresó a la habitación del hotel sin decir nada más.

—Me estoy perdiendo algo —dije.

—Tienes todo lo que necesitas —dijo Vann. Se dirigió a la habitación, la número 714. Yo la seguí.

Había un cadáver en la habitación, en el suelo, boca abajo sobre la alfombra, con la garganta girada. La alfombra estaba empapada de sangre. Había salpicaduras de sangre en las paredes, en la cama y en el único asiento que quedaba en la habitación. Una brisa soplaba en el espacio, proporcionada por el enorme agujero en la ventana que ocupaba toda la pared, por donde había salido disparado el sofá de dos plazas.

Vann miró el cadáver.

—¿Sabemos quién es? —

—No tiene identificación —dijo Trinh—Estamos en ello.

Vann miró a su alrededor, tratando de encontrar algo.

—¿Dónde está Nicholas Bell? —pregunto a Trinh.

Trinh sonrió levemente.

—En la comisaría —dijo—El primer agente que llegó al lugar lo redujo y lo enviamos antes de que usted llegara.

—¿Quién era el agente? —preguntó Vann.

—Timmons —dijo Trinh—No está aquí.

—Necesito el informe de su detención —dijo Vann.

—No lo tengo...

—Vamos, Trinh —dijo Vann—Ya conoce mi dirección pública. Dáselo a Timmons. Trinh se dio la vuelta, molesta, pero sacó su teléfono y habló por él.

Vann señaló al agente uniformado que estaba en el espacio.

—¿Se ha movido o tocado algo? —

—Nosotros no —dijo él.

Vann asintió.

—Shane.

—Sí —dije yo.

—Haz un mapa —dijo Vann—Hazlo detallado. Ten cuidado con el cristal.

—Ya estoy en ello —dije yo. Mi modo de grabación ya estaba activado. Superpuse una cuadrícula tridimensional sobre la imagen, marcando todo lo que podía ver y facilitando la identificación de los lugares que debía mirar detrás y debajo de los objetos. Recorrí el espacio con cuidado, rellenando todos los rincones y recovecos. Me arrodillé cuando llegué a la cama y encendí mis linternas frontales para asegurarme de captar todos los detalles. Y, de hecho, había detalles que destacar debajo de la cama.

—Hay un vaso aquí debajo —dije a Vann—Está roto y cubierto de sangre. Me levanté y señalé el escritorio de la habitación, en el que había un juego de vasos y un par de botellas de agua—También hay fragmentos de vidrio en el suelo junto al escritorio. Adivino que esa es el arma homicida.

—¿Has terminado con tu mapa? —dijo: Vann.

—Casi —dije. Di unas cuantas vueltas más por el espacio para recoger los puntos que se me habían pasado por alto.

—Supongo que tú también has hecho tu propio mapa —dijo Vann a Trinh.

—Tenemos la tecnología en camino —dijo Trinh—, y tenemos las imágenes de los agentes que están en el lugar de los hechos.

—Los quiero todos —dijo Vann—También te enviaré el mapa de

Shane.

—Ok —dijo Trinh, molesta—¿Algo más?

—Eso es todo por ahora —dijo Vann.

—Entonces, si no te importa, aléjate de mí escena del crimen. Tengo trabajo que hacer —dijo Trinh.

Vann sonrió a Trinh y salió de la habitación. Yo la seguí.

—¿A la policía metropolitana siempre le gusta eso? —pregunto mientras entrábamos en el ascensor.

—A nadie le gusta que los federales se entrometan en su territorio —dijo Vann—Nunca se alegran de vernos. La mayoría son más educados. Trinh tiene algunos problemas.

—¿Problemas con nosotros o problemas contigo? —pregunté.

Vann volvió a sonreír. El ascensor se abrió en el vestíbulo.

* * *

—¿Te importa si fumo? —pregunto Vann. Conducía manualmente hacia la comisaría y buscaba a tientas un paquete de cigarrillos, esta vez de verdad. Era su coche. Allí no había ninguna ley que lo prohibiera.

—Soy inmune al humo de segunda mano, si es eso lo que me estás preguntando—dije.

—Qué gracioso. Sacó un cigarrillo y lo encendió con el mechero del coche. Mientras lo hacía, apagué mi sentido del olfato.

—Accede a mi buzón en el servidor del FBI y dime si ya está ahí la información sobre el arresto—dijo.

—¿Cómo vamos a hacer eso?—, pregunté.

—Te di acceso ayer —dijo Vann.

—¿En serio? —dije:—Ahora eres mi compañero.

—Te lo agradezco —dije:—, pero ¿qué habrías hecho si me hubieras conocido y hubieras decidido que era un imbécil poco fiable? —pregunto.

Vann se encogió de hombros.

—Mi última compañera era una imbécil poco fiable. Compartí mi casilla con ella.

—¿Qué le pasó? —pregunté.

—Le dispararon —dijo Vann.

—¿En acto de servicio? —pregunto.

—No exactamente —dijo Vann—Estaba en el campo de tiro y se disparó en el estómago. Hay cierto debate sobre si fue accidental o no. Se acogió a la incapacidad y se jubiló. No me importó.

—Bueno —dije—, prometo no dispararme en el estómago.

—Dos chistes sobre el cuerpo en menos de un minuto —dijo Vann —Es casi como si estuvieras tratando de demostrar algo.

—Solo me aseguro de que te sientas cómoda conmigo —dije—No todo el mundo sabe qué hacer con un Haden cuando se encuentra con uno.

—No eres el primero —dijo ella. El mechero había saltado y ella lo sacó de su sitio, encendiendo su cigarrillo—Eso debería ser obvio, teniendo en cuenta nuestro trabajo. ¿Ya has accedido al feed de arrestos? —

—Espera. Entré en el servidor de pruebas de la Oficina y saqué la caja de Vann. El archivo estaba allí, recién llegado.

—Aquí está —dije.

—Ejecútalo —dijo Vann.

—¿Quieres que lo transfiera al salpicadero?

—Yo conduzco.

—La conducción automática es algo que ocurre.

Vann negó con la cabeza.

—Este es un coche de la Oficina —dijo:—No te puedes fiar de la conducción automática del licitador más barato.

—Tienes razón —dije. Abrí el vídeo de la detención. Era defectuoso y de baja resolución. La policía metropolitana, al igual que la Oficina, probablemente contrató su tecnología al licitador más barato. La vista era en modo estéreo fps, lo que probablemente significaba que la cámara estaba acoplada a unas gafas protectoras.

La grabación comenzó cuando el policía, Timmons, salió del ascensor en la séptima planta con la pistola eléctrica en la mano. En la puerta del espacio 714 había un agente de seguridad de Watergate, resplandeciente con su uniforme amarillo mostaza que le quedaba mal. A medida que la transmisión se acercaba, se veía la pistola eléctrica del agente de seguridad. El agente de seguridad parecía que se iba a cagar encima.

Timmons rodeó al agente de seguridad y apareció la imagen de un hombre dejado en la cama, con las manos en alto. Tenía la cara y la camisa manchadas de sangre. La imagen se sacudió y Timmons miró detenidamente al hombre muerto sobre la alfombra empapada de sangre. La imagen volvió a saltar al hombre en la cama, con las manos aún en alto.

—¿Está muerto? —pregunto una voz, que supuse que era la de Timmons.

El hombre de la cama miró al hombre de la alfombra.

—Sí, creo que lo está —dijo.

—¿Por qué coño lo has matado? —pregunto Timmons.

El hombre de la cama se volvió hacia Timmons.

—No creo que lo haya hecho —dijo:

—Mira...

Entonces Timmons le disparó al hombre. Este se sacudió, se

retorció y se cayó de la cama, desplomándose sobre la alfombra, igual que el hombre muerto.

—Interesante —dije.

—¿Qué? —preguntó Vann.

—Timmons apenas había entrado en la habitación cuando electrocutó a nuestro sospechoso.

—Bell —dijo Vann.

—Sí —dije:— Hablando de eso, ¿te suena ese nombre? —

—¿Bell dijo algo antes de que lo electrocutaran? —preguntó Vann, ignorando mi pregunta.

—Timmons le preguntó por qué había matado a ese tipo —dije— Bell dijo que no creía haberlo hecho.

Vann frunció el ceño al oír eso.

—¿Qué? —pregunté.

Vann volvió a mirarme y su mirada me indicó que no me estaba mirando a mí, sino a mi PT.

—Es un modelo nuevo —dijo:

—Es —dije—Sebring-Warner 660XS.

—La línea Sebring-Warner 600 no es barata —dijo: Vann.

—No —admití.

—Los pagos del alquiler son un poco elevados para el sueldo de un novato del FBI.

—¿Así es como vamos a hacerlo? —pregunto.

—Solo estoy haciendo una observación —dijo: Vann.

—Ok —dije— Supongo que te dijeron algo sobre mí cuando me asignaron como tú compañera.

—Así es.

—Y supongo que sabes sobre la comunidad Haden porque es tu zona.

—Sí.

—Entonces saltémonos la parte en la que finges no saber quién soy, quién es mi familia y cómo puedo permitirme un Sebring-Warner 660 —dije.

Vann sonrió, apagó el cigarrillo en la ventanilla lateral y bajó la ventanilla para tirar la colilla.

—Vi que te regañaron en el Ágora por presentarte ayer al trabajo —dijo.

—Nada que no me hayan dicho antes por otras cosas —dije— Nada que no pueda manejar. ¿Va a ser esto un problema?

—¿Que seas tú mismo?

—Sí —dije.

—¿Por qué iba a ser un problema? —preguntó Vann.

—Cuando fui a la Academia, sabía que la gente pensaba que estaba allí por afectación —dije—Que solo estaba perdiendo el tiempo

hasta que mi fondo fiduciario se hiciera efectivo o algo así.

—¿Se ha hecho efectivo? —preguntó Vann—Tu fondo fiduciario, quiero decir.

—Antes incluso de ir a la Academia —dije.

Vann se rió entre dientes.

—No hay problema —dijo.

—¿Estás segura?

—Sí. Y, de todos modos, es bueno que tengas un threep de alta gama —dijo, utilizando la jerga para referirse a un transporte personal —Eso significa que tu mapa va a tener una resolución útil. Lo cual funciona, porque no confío en que Trinh me envíe nada útil. La transmisión del arresto era confusa y borrosa, ¿verdad?

—Sí —dije.

—Es una mierda —dijo Vann—Las gafas Metro se estabilizan automáticamente y graban con una resolución de 4k. Probablemente Trinh le dijo a Timmons que lo estropeara antes de enviarlo. Porque es una gilipollas.

—Así que me estás utilizando por mis habilidades tecnológicas superiores —dije.

—Sí, así es —dijo Vann—¿Te supone algún problema?

—No —dije—Es agradable que se valore lo que sé hacer.

—Bien —dijo Vann:—gira hacia el aparcamiento de la comisaría —Porque te voy a pedir que hagas mucho.

Capítulo dos

—¿QUIÉN ES EL CLANK? —pregunto el hombre a Vann cuando nos recibió en la comisaría. Mi software de reconocimiento facial lo identificó como George Davidson, capitán de la Segunda Comisaría de Metro.

—Vaya, ¿en serio? —dije, antes de poder evitarlo.

—He utilizado la palabra equivocada, ¿verdad? —dijo Davidson: mirándome—Nunca recuerdo si «clank» o «threep» es la palabra que no debo utilizar hoy.

—Te daré una pista —dije—Una proviene de un querido personaje androide de una de las películas más populares de todos los tiempos. La otra describe el sonido de una máquina rota. Adivina cuál nos gusta más.

—Lo tengo —dijo Davidson—Pensaba que hoy estabais en huelga.

—Por Dios —dije, molesto.

—Threep susceptible —le dijo Davidson a Vann.

—Policía gilipollas —dijo Vann a Davidson. Davidson sonrió—Este es el agente Chris Shane. Mi nuevo compañero.

—No me jodas —dijo Davidson, mirándome. Claramente reconoció el nombre.

—Sorpresa —dije.

Vann saludó a Davidson con la mano para que volviera a prestarle atención—Hay alguien con quien quiero hablar.

—Sí, claro —dijo Davidson—Trinh me dijo que vendrías.

—Espero que no seas tan difícil como ella —dijo Vann.

—Oh, sabes que estoy a favor de la cooperación entre las fuerzas del orden —dijo: Davidson—, y además nunca me has contrariado. Vamos. Nos hizo señas para que entrásemos en las entrañas de la comisaría.

Unos minutos más tarde, estábamos mirando a Nicholas Bell a través de un cristal. Estaba en una sala de interrogatorios, en silencio, esperando.

—No parece el tipo de persona que empujaría a alguien por la ventana —observó Davidson.

—No fue un hombre —dijo Vann—El hombre seguía en el espacio. Fue un sofá de dos plazas.

—Tampoco parece el tipo de persona que empujaría un sofá de dos plazas por la ventana —dijo Davidson.

Vann señaló:

—Es un integrador —dijo Vann—Pasa mucho tiempo con otras personas en su cabeza, y esas personas quieren hacer muchas cosas

diferentes. Está en mejor forma de lo que crees.

—Si tú lo dices —dijo Davidson—Tú lo sabes mejor que yo.

—¿Ya has hablado con él? —pregunto.

—El detective Gonzales intentó hablar con él —dijo Davidson—Se dejó allí y no dijo ni una palabra, y lo hizo durante unos veinte minutos.

—Bueno, tiene derecho a permanecer en silencio —dije.

—Aún no ha invocado ese derecho —dijo Davidson—Tampoco ha pedido un abogado todavía.

—Eso no tendrá nada que ver con que el agente Timmons lo dejara inconsciente en el lugar de los hechos, ¿verdad? —preguntó Vann.

—Aún no tengo el informe completo de Timmons —dijo Davidson.

—Eres un ejemplo de prácticas constitucionales seguras, Davidson.

Davidson se encogió de hombros.

—Lleva despierto un rato. Si recuerda que tiene derechos, entonces ok. Hasta entonces, si quieres interrogarlo, es todo tuyo.

Miré a Vann para ver qué iba a hacer.

—Creo que voy a ir al baño —dijo:—Y luego voy a tomar un café.

—Al final del pasillo para ambas cosas —dijo Davidson—Ya sabes dónde está.

Vann asintió y se marchó.

—Chris Shane, eh —me dijo Davidson, después de que ella se fuera.

—Soy yo —dije.

—Te recuerdo de cuando eras chico —dijo Davidson—Bueno, no exactamente chico. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí —dije.

—¿Cómo está tu padre? ¿Se va a presentar a senador o qué?

—Aún no lo ha decidido —dije—Eso es extraoficial.

—Utilicé a ver jugar a tu padre —dijo Davidson.

—Se lo diré —dije.

—¿Llevas mucho tiempo con ella? —Davidson señaló a Vann.

—Es mi primer día como su compañero. Mi segundo día en el trabajo.

—¿Eres novato? —pregunto Davidson. Asentí con la cabeza—Es difícil de decir, porque...

—Señaló mi trío.

—Lo entiendo —dije.

—Es un trío agradable —dijo.

—Gracias.

—Siento lo del «clank».

—No pasa nada —dije.

—Adivino que tendrás formas poco halagüeñas de describirnos —dijo Davidson.

—Dodgers —dije.

—¿Qué?

—Dodgers —repetí—Es la abreviatura de «Dodger Dogs». Es el perro que sirven en el Dodger Stadium de Los Ángeles.

—Sé lo que es un Dodger Dog —dijo Davidson—No entiendo cómo llegas de nosotros a ellos.

—De dos maneras —dije—Una, vosotros sois básicamente carne metida en piel. Lo mismo que los perritos calientes. Dos, los perritos calientes son en su mayoría labios y culos, y vosotros también.

—Agradable —dijo Davidson.

—Tú has preguntado —dije.

—Sí, pero ¿por qué Dodger Dogs? —dijo Davidson—Te lo pregunta un fan de toda la vida de los Nationals.

—No lo sé —dije—¿Por qué «threep»? ¿Por qué «clank»? El argot es así.

—¿Hay algún argot para él? —Davidson señaló a Bell, que seguía dejado allí, en silencio.

—Es una «mula» —dije.

—Tiene sentido —dijo Davidson.

—Sí.

—¿Alguna vez has utilizado uno?

—¿Un integrador? Una vez —dijo:—Tenía doce años y mis padres me llevaron a Disney World. Pensaron que sería mejor vivir la experiencia en persona. Así que me contrataron un integrador para ese día.

—¿Cómo fue?—

—Lo odié—dije—Hacía calor, al cabo de una hora me dolían los pies y casi me hago pis encima porque no tenía ni idea de cómo hacerlo como vosotros, ¿verdad? A mí me lo hacen todo y tengo a Haden desde tan pequeño que no recuerdo hacerlo de otra manera. El integrador tenía que salir a la superficie para hacerlo, y no se supone que deben hacerlo cuando llevan a alguien. Después de un par de horas, me quejé tanto que volvimos a la habitación del hotel y volvimos a cambiar al threep. Y entonces lo pasé bien. Sin embargo, tuvieron que pagarle al Integrador por el día completo.

—Y no lo has vuelto a hacer desde entonces.

—No —dije—, ¿para qué molestarse?

—Eh —dijo Davidson. La puerta de la sala de interrogatorios se abrió y Vann entró con dos tazas de café. Señaló a ella.

—Ella es una, ¿sabes?

—¿Una qué?

—Una integradora —dijo Davidson—O lo era, al menos, antes de unirse al FBI.

—No lo sabía —dije. Miré hacia donde ella se dejaba caer y se ponía cómoda.

—Por eso tiene este caso —dijo Davidson—Ella os entiende de una forma que el resto de nosotros no. No te ofendas, pero al resto nos cuesta entender lo que os pasa.

—Lo entiendo —dije.

—Sí —dijo Davidson. Se quedó callado un segundo y yo esperé lo que sabía que vendría a continuación: la conexión personal con Haden. Adiviné que era un tío o un primo.

—Tenía una prima que padecía el síndrome de Haden —dijo Davidson, y yo celebré mentalmente la victoria—Fue durante la primera oleada, cuando nadie tenía ni idea de qué coño estaba pasando. Antes de que lo llamaran síndrome de Haden. Ella cogió la gripe, luego pareció mejorar y entonces...

—Se encogió de hombros.

—Encerrada —dije.

—Exacto —dijo Davidson—Recuerdo que fuimos al hospital a verla y tenían toda una ala llena de pacientes encerrados. Simplemente tumbados allí, sin hacer nada más que respirar. Docenas de ellos. Y un par de días antes, todos ellos caminaban, llevaban una vida normal.

—¿Qué le pasó a tu prima? —pregunto.

—Se volvió loca —dijo Davidson—Estar encerrada le provocó un brote psicótico o algo así.

Asentí con la cabeza.

—Por desgracia, eso no era raro.

—Exacto —repitió Davidson—Aguantó un par de años y luego su cuerpo se rindió.

—Lo siento —dije.

—Fue horrible —dijo Davidson—Pero fue horrible para todos. Quiero decir, joder. La primera dama lo contrajo. Por eso se llama Haden.

—Sigue siendo horrible.

—Sí —asintió Davidson, y señaló a Vann—Quiero decir, ella también contrajo Haden, ¿no? —preguntó Davidson—En algún momento. Por eso está como está.

—Más o menos —dije—Había un pequeño porcentaje de personas infectadas cuya estructura cerebral se alteró, pero que no quedaron encerradas. Un pequeño porcentaje de ellas tuvo su cerebro alterado lo suficiente como para poder ser Integradores. Era más complicado que eso, pero no creía que a Davidson le importara mucho.

—Quizás haya diez mil Integradores en todo el planeta.

—Eh —dijo Davidson—De todos modos, ella es una Integradora. O lo era. Así que tal vez consiga algo de este tipo después de todo. Subió el volumen de los altavoces para que pudiéramos oír lo que ella le decía a Bell.

* * *

—Te traje café —le dijo Vann a Bell, deslizando la taza hacia él—Como no sé nada de ti, adiviné que tal vez querrías crema y azúcar. Perdona si me equivoqué.

Bell miró el café, pero no dijo ni hizo nada más.

—Hamburguesas con queso y beicon —dijo Vann.

—¿Qué? —dijo Bell. La aparente incongruencia de Vann lo había sacado de su silencio absoluto.

—Hamburguesas con queso y beicon —repitió Vann—Cuando trabajaba en mi trabajo como integrador, comía tantas malditas hamburguesas con queso y beicon. Quizá sepas por qué.

—Porque lo primero que quiere cualquiera que ha estado encerrado cuando se integra es una hamburguesa con queso y beicon —dijo Bell.

Vann sonrió—Así que no solo me pasó a mí —dijo.

—No —dijo Bell.

—Había un Five Guys en la misma calle de mi apartamento —dijo Vann—Llegó un punto en el que solo tenía que entrar por la puerta y ellos ponían las hamburguesas en la parrilla. Ni siquiera esperaban a tomarme la comanda. Lo sabían.

—Suena lógico —dijo Bell.

—Tardé dos años y medio después de dejar de integrarme en poder volver a mirar una hamburguesa con queso y beicon —dijo Vann.

—Eso también suena lógico —dijo Bell—Yo tampoco las comería si no tuviera que hacerlo.

—Sé fuerte —dijo Vann.

Bell se agarró el café que Vann le había traído, lo olió y tomó un sorbo—Tú no eres de Metro —dije—Nunca he conocido a un policía de Metro que haya sido integrador.

—Me llamo Leslie Vann —dijo:—Soy del FBI. Mi compañero y yo investigamos delitos relacionados con los Hadens. Tú no eres lo que consideramos un Haden, pero eres un Integrador, lo que significa que un Haden podría haber estado involucrado en esto. Si es así, ambos sabemos que puede que no seas responsable. Pero tienes que decírmelo para que pueda ayudarte.

—De acuerdo —dijo Bell.

—La policía me ha dicho que antes no se mostraba muy

comunicativo.

—Te daré tres oportunidades para adivinar por qué —dijo Bell.

—Probablemente porque te dispararon en cuanto te vieron.

—Bingo.

—No es que signifique nada, pero te pido disculpas por eso, Nicholas. No es como yo lo habría manejado si hubiera estado allí.

—Estaba dejando la cama —dijo Bell— con las manos en alto. No estaba haciendo nada.

—Lo sé —dijo Vann—, y como dije: te pido perdón por ello. No estuvo bien. Por otro lado, y esto no es una excusa, solo una observación, mientras tú estabas dejando la cama con las manos en alto, sin hacer nada, había un tipo muerto en el suelo y tú estabas cubierto de su sangre. Movió el dedo índice para señalar—Y sigues cubierto de ella, ahora que lo pienso.

Bell miró a Vann en silencio.

—Como dije: no es una excusa —reiteró Vann, tras quince segundos de silencio.

—¿Estoy detenido? —Bell preguntó:

—pregunto—Nicholas, te encontraron en un espacio con un hombre muerto, cubierto de su sangre —dijo Vann—Puedes entender por qué todos sentimos curiosidad por las circunstancias.

Cualquier cosa que puedas contarnos será de ayuda. Y si eso limpia tu nombre, mucho mejor, ¿no? —

—¿Estoy arrestado? —repitió Bell.

—Lo que estás es en posición de ayudarme —dijo Vann—Llego tarde a esto. He visto la habitación del hotel, pero llegué después de que te llevaran. Así que, si puede, póngame al corriente de lo que ocurrió en ese espacio. Qué debo buscar. Cualquier cosa me será de ayuda. Y si me ayuda, estaré en mejor posición para ayudarle.

Bell esbozó una sonrisa irónica, cruzó los brazos y apartó la mirada.

—Volvemos a no hablar —dijo Vann.

—Podemos volver a hablar de las hamburguesas con queso y beicon, si quiere.

—Al menos puedes decirme si estabas integrado —dijo Vann.

—Estás bromeando —dijo Bell.

—No te pido detalles, solo si estabas haciendo trabajo —dije Vann—¿O estabas a punto de hacer trabajo? Conocía a integradores que hacían trabajos independientes por su cuenta. Un Dodger quiere hacer algo que no puede hacer en público. Tienen esas gorras con escáneres del mercado gris que funcionan bastante bien para el trabajo. Y ahora que ha aprobado la ley Abrams-Kettering, tienes una razón para ir en busca de trabajos extra. Los contratos del gobierno se

están agotando. Y tienes que pensar en tu familia.

Bell, que había estado bebiendo su café, lo dejó sobre la mesa y tragó saliva.

—Ahora estás hablando de Cassandra —dijo.

—Nadie te culparía —dijo Vann—El Congreso va a retirar la financiación para los Hadens después de la infección inmediata y los cuidados de transición—dijo que la tecnología para ayudarles a participar en el mundo ha mejorado tanto que ya no debería considerarse una discapacidad.

—¿Te lo crees? —pregunto Bell.

—Mi pareja es una Haden —dijo Vann—Si me preguntas, eso significa que ahora tengo una ventaja, porque los tres son mejores que el cuerpo humano en muchos aspectos. Pero hay muchos Hadens que se quedan atrás. Tú hermana, por ejemplo. No está haciendo lo que el Congreso espera de ella, que es conseguir un trabajo.

Bell se enfadó visiblemente ante esto.

—Si sabes quién soy, entonces seguro que sabes quién es ella —dijo—Yo diría que tiene un trabajo. A menos que creas que ser una de las principales impulsoras de la huelga de Haden de esta semana y de la marcha que han planeado para este fin de semana es algo que hace en su tiempo libre.

—No estoy en desacuerdo contigo, Nicholas —dijo Vann—No está haciendo exactamente su trabajo en Subway, haciendo sándwiches. Pero tampoco está ganando dinero haciendo lo que hace.

—El dinero no es tan importante para ella.

—No, pero está a punto de serlo —dijo Vann—Abrams-Kettering significa que los Haden están pasando a recibir atención privada. Alguien tiene que cubrir sus gastos ahora. Eres su único familiar vivo. Adivino que te tocará a ti. Lo que nos lleva de vuelta a esa habitación de hotel y al hombre con el que estabas. Y me lleva de vuelta a mi argumento, que es que si estabas integrada, o estabas a punto de estarlo, entonces es algo que necesito saber. Es algo que necesito para poder ayudarte.

—Agradezco su deseo de ayudar, agente Vann —dijo Bell secamente—, pero creo que lo que realmente quiero hacer es esperar a que llegue mi abogado y dejar que él se encargue de todo a partir de ahora.

Vann parpadeó.

—No me dijeron que había pedido un abogado —dijo.

—No lo hice —dijo Bell—Lo llamé mientras aún estaba en la habitación del hotel. Antes de que la policía me electrocutara. Bell se tocó la sien, indicando todos los aparatos de alta tecnología que se había metido en el cráneo—Lo grabé, por supuesto, como grabo casi todo. Porque usted y yo estamos de acuerdo en una cosa, agente Vann.

Estar en un espacio con un cadáver complica las cosas. Ser electrocutado antes de poder ejercer mis derechos las complica aún más.

Ante esto, Bell sonrió y levantó la vista, como prestando atención a algo invisible. Es un mensaje de mi abogado. Ya está aquí. Supongo que su vida está a punto de volverse mucho más interesante, agente Vann.

—Creo que hemos terminado —dije Vann.

—Creo que sí —dije Bell—Pero ha sido un placer hablar de comida con usted.

Capítulo tres

—ENTONCES, RECAPITULANDO— dijo Samuel Schwartz, y levantó una mano para enumerar los puntos—Aturdir ilegalmente a mi cliente cuando no ofrecía ninguna resistencia, detenerlo sin motivo en una celda de detención y, a continuación, dos organismos policiales distintos, uno local y otro federal, lo interrogaron sin informarle de sus derechos y sin la presencia de su abogado. ¿Me he dejado algo, capitán? ¿Agente Vann?

El capitán Davidson se movió incómodo en su silla de escritorio. Vann, de pie detrás de él, no dijo nada. Ella miraba a Schwartz, o más exactamente, a su threep, que estaba delante del escritorio del capitán. El threep era un Sebring-Warner, como el mío, pero era el Ajax 370, lo que me sorprendió un poco. El Ajax 370 no era barato, pero tampoco era el mejor modelo, ni de Sebring-Warner ni de Ajax. Los abogados solían ir por los importados de gama alta. O Schwartz no tenía ni idea de los símbolos de estatus o no necesitaba hacer alarde de su estatus. Decidí buscarlo en la base de datos para ver cuál de los dos casos era.

—Su cliente nunca ejerció su derecho a permanecer en silencio ni solicitó un abogado— dijo: «dije: «su cliente nunca ejerció su derecho a permanecer en silencio ni solicitó un abogado»».

—Sí, es extraño cómo recibir una descarga de cincuenta mil voltios impide a una persona verbalizar cualquiera de esas cosas, ¿no? —dijo Schwartz.

—Tampoco los pidió después de llegar aquí —señaló Vann.

Schwartz volvió la cabeza hacia ella. La cabeza estilizada del modelo Ajax 370 tenía cierto parecido con la estatuilla de los Oscar, con sutiles modificaciones en la ubicación de los ojos, las orejas y la boca, tanto para evitar problemas de marca registrada como para dar a los humanos que conversaban con los tres algo en lo que centrarse.

Las cabezas podían personalizarse en gran medida, y mucho Hadens jóvenes lo hacían. Pero para los adultos con trabajos serios, eso era déclassé, lo que era otra pista sobre la probable posición social de Schwartz. «No tuvo que hacerlo, agente Vann»—dijo Schwartz, «porque me llamó antes de que los policías lo dejaran sin habla».

El hecho de que llamara a un abogado es una clara indicación de que conocía sus derechos y tenía la intención de ejercerlos en este caso. Dirigió su atención a Davidson: «El hecho de que sus agentes le privaran de la capacidad de afirmar su derecho no significa que renunciara a él, aunque no lo reiterara aquí».

—Podríamos discutir ese punto —dijo Davidson.

—Sí, vayamos —dijo Schwartz—Vayamos ahora mismo al juez y

hagámoslo. Pero si no va a hacerlo, entonces tiene que dejar que mi cliente se vaya a casa.

—Está bromeando —dijo Vann.

—No puede verme sonreír ante ese comentario, agente Vann —dijo Schwartz—Pero le prometo que la sonrisa está ahí.

—Su cliente estaba en un espacio con un cadáver, cubierto de la sangre del hombre —dijo Vann—Eso no es señal de inocencia total.

—Pero tampoco es señal de culpabilidad —dijo Schwartz—Agente Vann, tiene ante usted a un hombre sin antecedentes policiales. Ninguno. Ni siquiera por cruzar la calle imprudentemente. Su línea de negocio le obliga a ceder el control de su cuerpo a otros. Como consecuencia de ello, de vez en cuando se encuentra con clientes que no conoce personalmente, que hacen negocios con otras personas que tampoco conoce personalmente. Como el caballero fallecido en el Watergate.

—Está diciendo que su cliente estaba integrado en el momento del asesinato— dije.

Schwartz se volvió y me miró, supongo que por primera vez en toda la conversación. Al igual que el tres de Schwartz, el mío tenía la cabeza fija, sin mostrar ninguna expresión. Pero no me cabía duda de que estaba evaluando mi marca y modelo, igual que yo había evaluado el suyo, buscando pistas sobre quién era yo y qué importancia tenía en la conversación. Eso, y fijándose en mi placa, que aún llevaba en el pecho.

—Lo que digo es que mi cliente estaba en esa habitación de hotel por negocios, agente Shane —dijo: tras un momento.

—Entonces díganos con quién estaba integrado —dijo Vann—Nosotros nos encargaremos a partir de ahí.

—Sabe que no puedo hacer eso —dijo Schwartz.

—Vann rastrea a los delincuentes con sus trespis todo el tiempo —dijo Davidson: señaló a Vann—Eso es casi todo su trabajo, por lo que yo entiendo. No hay ninguna ley que prohíba rastrear a una persona a partir de la información de su trespis.

Por reflejo, me dispuse a corregir la mala comparación de Davidson, pero entonces capté la mirada de Vann. Me detuve.

Schwartz se quedó en silencio un momento, luego la tableta de Davidson emitió un pitido. Él la recogió.

—Acabo de enviarle diez años de jurisprudencia sobre la situación de los integradores, capitán —dijo Schwartz—Lo hice porque los integradores son relativamente poco comunes y, por lo tanto, a diferencia de los agentes Vann y Shane, que en este momento están siendo totalmente falsos, es posible que usted esté hablando por ignorancia genuina y no solo por su habitual obstruccionismo casual.

—Muy bien —dijo Davidson, sin mirar su tableta—¿Y? —

—Superficialmente, los Integradores desempeñan la misma función que los Transportes Personales— dijo Schwartz—Permiten que aquellos de nosotros que hemos quedado atrapados por el síndrome de Haden podamos movernos, trabajar y participar en la sociedad. Pero esto—Schwartz golpeó el pecho de su tres con los nudillos—es una máquina. Sin su operador humano, es un montón de piezas. No tiene más derechos que una tostadora: es una propiedad. Los integradores son seres humanos. A pesar del parecido superficial con lo que hacen los threeps, lo que hacen los integradores es una habilidad y una profesión, para la que se entrenan duro, como sin duda le puede decir el agente Vann. En ese momento se volvió hacia Vann—Hablando de eso, ahora puede decirle al capitán Davidson a dónde vamos con esto.

—Va a argumentar que existe el privilegio integrador-cliente — dijo Vann a Davidson.

—Como el privilegio abogado-cliente, o el privilegio médico-paciente, o el privilegio confesor-feligrés —dijo: Schwartz, y señaló la tableta de Davidson—Y no voy a discutirlo, ya que los tribunales ya lo han hecho y han afirmado, de manera consistente, que la confidencialidad integrador-cliente es real y está protegida.

—No hay casos del Tribunal Supremo —dijo Vann.

—Y eso debería decirte algo —dijo Schwartz—, a saber, que la idea del privilegio entre el integrador y el cliente es tan poco controvertida que nadie se ha molestado en recurrirla hasta las últimas instancias. Dicho esto, ten en cuenta el caso Wintour contra Graham, confirmado por el Tribunal de Apelación de Washington D. C. Se aplica directamente aquí.

—Así que vamos a argumentar que tu cliente no mató a nadie, que fue su cliente quien lo hizo—dijo Davidson—y que no puedes decirnos quién es ese cliente.

—No puede decirles quién es el cliente, no —dijo Schwartz—, y no estamos diciendo que fuera un asesinato. No lo sabemos. Dado que ni la Policía Metropolitana ni el FBI se han molestado aún en acusar a mi cliente de asesinato, adivino que ustedes tampoco, al menos por ahora.

—Pero usted lo sabe —dijo Vann—, Bell dijo que lo ha estado grabando todo. Tendría una grabación del asesinato.

—En primer lugar, si intenta utilizar de alguna manera lo que mi cliente le dijo en ese interrogatorio ilegal, le voy a hacer la vida muy difícil —dijo Schwartz—En segundo lugar, incluso si hay una grabación de lo que ocurrió en ese espacio, está protegida por el secreto profesional. Mi cliente no lo va a entregar. Puede intentar obtener una orden judicial si quiere. Lo único que atestiguaremos es que mi cliente estuvo haciendo trabajo desde el momento en que entró

en ese espacio hasta el momento en que sus matones lo agredieron —Schwartz señaló a Davidson para enfatizar— y lo sacaron de allí a rastras. Él no es responsable y usted no tiene nada. Así que o lo arrestan y me dejan hacer mi trabajo desmontando su caso y preparando un traje muy rentable por acoso policial, o lo sacan de esa sala de interrogatorios ahora mismo y lo dejan ir a casa. Estas son sus opciones, capitán Davidson, agente Vann.

—¿Cómo es que tiene usted como abogado?— pregunté.

—¿Perdón?— preguntó Schwartz, volviéndose hacia mí.

—Usted es el consejero general de Accelerant Investments, señor Schwartz —dije, diciendo los datos que había consultado—Es una empresa de la lista Fortune 100. Tiene que mantenerlo ocupado. No creo que tenga una práctica privada paralela, ni que el Sr. Bell pudiera permitírselo si la tuviera. Así que me pregunto qué ha hecho el Sr. Bell para merecer que alguien de su calibre aparezca aquí para liberarlo.

Otro segundo de silencio por parte de Schwartz, y la tableta de Davidson volvió a sonar. Abrió el mensaje, lo miró y luego lo giró para mostrárnoslo a Vann y a mí. La tableta estaba abierta en una página web llena de coloridos cabritos y tiovivos.

—Se llama «Un día en el parque»—dijo Schwartz—No todos los que están encerrados son abogados o profesionales, como seguramente ya sabrá. Algunos de los que están encerrados tienen dificultades de desarrollo. Para ellos, manejar un PT es difícil o casi imposible. Pasan sus días bajo estímulos muy controlados. Por eso dirijo un programa que les permite salir un día al parque. Vamos al zoológico interactivo, montamos en atracciones, comemos algodón de azúcar y, en general, disfrutamos de la vida durante un par de horas. Debería saberlo, agente Shane. Su padre ha sido uno de los copatrocinadores durante los últimos siete años.

—Mi padre no me cuenta todo su trabajo benéfico, señor Schwartz —dije.

—En efecto —dijo Schwartz—En cualquier caso, el Sr. Bell dona su tiempo a este programa. Hace más por él que cualquier otro integrador local aquí en Washington D. C. A cambio, le dije que si alguna vez necesitaba un abogado, me llamara. Y aquí estamos.

—Es una historia muy bonita —dijo Davidson, dejando la tableta.

—Supongo que sí —dijo Schwartz—, sobre todo porque ahora voy a darle a mi cliente un final feliz a este problema en particular. Que será o bien su libertad, o bien una indemnización por jubilación tanto del Departamento de Policía Metropolitana como del FBI. Usted decide, capitán, agente Vann. Dígame qué va a ser.

* * *

—¿Qué opinas? —dijo: Vann durante el almuerzo.

—¿Sobre este caso? —pregunto. Estábamos sentados en un pequeño restaurante mexicano no muy lejos de la Segunda Comisaría. Vann estaba devorando un plato de carnitas. Yo no, pero un rápido control de mi estado en casa me indicó que mi cuerpo había recibido su aporte nutricional líquido del mediodía. Así que eso me favorecía.

—Obviamente, sobre el caso —dijo Vann—Es tu primer caso. Quiero ver qué estás captando y qué se te está escapando. O qué se me está escapando a mí.

—Lo primero es que el caso ahora debería ser todo nuestro —dije —Schwartz admitió que Bell hacía trabajo como integrador. El procedimiento estándar con los Hadens significa que el caso debe ser transferido a nosotros.

—Sí —dijo Vann.

—¿Crees que habrá algún problema con esto? —pregunto.

—Con Davidson no —dijo Vann—Le he hecho algunos favores y él y yo no tenemos ningún problema entre nosotros. Trinh se enfadará por ello, pero realmente no me importa y a ti tampoco debería importarte.

—Si tú lo dices.

—Lo digo —dijo Vann—¿Qué más?

—Dado que el caso es ahora nuestro, deberíamos enviar el cuerpo a la Oficina para que lo examine nuestra gente —dije.

—La orden de traslado ya está procesada —dijo Vann—Ya está en camino.

—También deberíamos obtener todos los datos de Metro. Esta vez en alta resolución —dije, recordando la última información de Trinh.

—De acuerdo —dijo Vann—¿Qué más?

—¿Han seguido a Bell?

—He hecho una solicitud. Yo no contaría con ello.

—¿No vamos a seguir a un posible sospechoso de asesinato?

—Quizá hayas notado que este fin de semana hay una marcha de protesta en la ciudad —dijo Vann.

—Eso es problema de la policía metropolitana —dije.

—Encargarse de la logística de la marcha, sí —dijo: Vann—Por otro lado, vigilar a los líderes de la protesta y a otras personas importantes es cosa nuestra. ¿Qué hay de Schwartz?

—¿Es un idiota? —me atreví a preguntar.

—No es lo que iba a decir —respondió Vann—¿Te crees su historia de que casualmente es el abogado de Bell?

—Quizás —dije—Schwartz es muy rico. Lo comprobé cuando revisé sus datos antes. Según Accelerant, tiene un patrimonio de al menos doscientos o trescientos millones. La gente muy rica hace muchas transacciones para mejorar su reputación.

—No tengo ni idea de lo que acabas de decir. Vann se metió otro trozo de carnitas en la boca.

—Los ricos muestran su agradecimiento a través de favores —dije —Cuando todos tus conocidos tienen más dinero del que saben qué hacer con él, el dinero deja de ser una herramienta transaccional útil. Así que, en su lugar, ofreces favores. Acuerdos. Quid pro quo. Cosas que implican una implicación personal más que dinero. Porque cuando eres tan rico, tu tiempo personal es tu factor limitante.

—¿Hablas por experiencia? —preguntó Vann.

—Hablo por observación muy cercana, sí —dije.

Esa respuesta le pareció suficiente a Vann.

—Entonces crees que podría tratarse de un caso de nobleza obligada por parte de Schwartz hacia un empleado.

—Lo que digo es que no me sorprendería —dije—A menos que creas que hay algo más.

—Creo que hay algo más —dijo Vann—, o alguien más. Lucas Hubbard.

Me quedé allí, dejando de pensar en el nombre que había dicho Vann. Entonces me di cuenta de repente:

—Oh, tío —dije.

—Sí —dijo Vann—El presidente y director ejecutivo de Accelerant. El Haden más rico del planeta. Vive en Falls Church. Y es casi seguro que utiliza un integrador para las reuniones de la junta directiva y las negociaciones en persona. Se necesita una cara para las reuniones cara a cara. Una que se mueva. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes —dije—¿Sabemos si Nicholas Bell es el integrador que utiliza?

—Podemos averiguarlo —dijo Vann—No hay muchos integradores en el área de Washington D. C., y la mitad de ellos son mujeres, lo que los descarta, dado lo que sé sobre Hubbard.

—Conozco a gente que tiene integradores atados a contratos de servicio a largo plazo —dije—Les impide utilizarlos excepto para el servicio público exigido por los NIH. Si Bell tiene un contrato, podríamos averiguarlo, y para quién.

—Sí —dijo Vann—Odio esa mierda.

—Abrams-Kettering —dije—Se lo dijiste a Bell, Vann. Aprobaron esa ley y, de repente, mucha gente tiene que pensar de dónde provienen sus ingresos. Todos los que rodean a Hadens tienen que cambiar su forma de hacer negocios. Los Hadens ricos pueden pagar a los integradores. Los integradores tienen que comer.

Vann miró con mal humor su plato de comida.

—Esto no debería sorprenderte —dije—Quería pasar a preguntarle por su época como integradora, pero recibí una notificación antes de poder hacerlo.

—Discúlpame un momento —le dije a Vann, que asintió. Abrí una ventana en mi cabeza y vi a Miranda, mi enfermera diurna. Ella estaba en primer plano. En segundo plano estaba yo, en mi espacio.

—Hola, Miranda —dije—¿Qué pasa?

—Tres cosas —dijo:— Una, que la úlcera por presión de tu cadera ha vuelto. ¿Ya la has notado?

—He estado muy ocupada trabajando hoy, así que estoy muy concentrada —dije—No he notado nada raro en mi cuerpo.

—De acuerdo —dijo Miranda—De todos modos, te la he adormecido. Vamos a tener que cambiar un poco tu programa de movimiento corporal para evitar la llaga, así que no te sorprendas si hoy llegas a casa y te encuentras boca abajo en la cama.

—Entendido —dije.

—Dos, recuerda que a las cuatro el Dr. Ahl vendrá a trabajar en tu muela. Vas a querer reducir mucho la sensibilidad de tu cuerpo para eso. Me ha dicho que es probable que se complique.

—No me parece justo que tenga caries si ni siquiera utilices los dientes —bromeé.

—Tercero, tu madre ha venido a decirme que te recuerde que espera que llegues a casa a tiempo para la reunión de las siete. Quería que te recordara que es en tu honor, para celebrar tu nuevo trabajo, así que no la avergüences llegando tarde.

—No lo haré —dije.

—Y quiero recordarte que le digas a tu madre que no es mi trabajo transmitirte mensajes —dijo: Miranda—, especialmente cuando tu madre es perfectamente capaz de ponerse en contacto contigo ella misma.

—Lo sé —dije—Lo siento.

—Me gusta tu madre, pero si sigue con esta mierda eduardiana, puede que tenga que cloroformarla.

—Es justo —dije—Hablaré con ella, Miranda. Te lo prometo.

—De acuerdo —dijo Miranda—Avísame si la úlcera por presión empieza a molestarte. No me alegra que haya vuelto.

—Lo haré. Gracias, Miranda —dije. Ella colgó y volví a conectarme con Vann—Lo siento.

—¿Va todo bien? —pregunto ella.

—Tengo una úlcera por presión —dije.

—¿Vas a estar bien?

—Estaré bien —dije: «Mi enfermera me está dando vueltas».

—Menuda imagen —dijo Vann.

—Bienvenida a la vida de los Haden —dije.

—No quiero dar nada por sentado, pero me sorprende que no tengas una de esas cunas diseñadas para evitar las úlceras por presión y ejercitar los músculos y demás.

—La tengo —dije—Es solo que me salen úlceras con facilidad. Es una afección. No tiene nada que ver con los Haden. La tendría aunque no fuera...

—Hice un gesto con el brazo para mostrar mi threep— esto.

—Qué mal —dijo Vann.

—Todos tenemos problemas —dije.

—Volvamos a Bell —dijo Vann—¿Hay algo más en lo que debamos pensar? —¿Tenemos que tener en cuenta a su hermana? —pregunto.

—¿Por qué tendríamos que hacerlo? —preguntó Vann.

—No lo sé —dije—¿Quizás porque Cassandra Bell es la separatista Haden más conocida del país y actualmente encabeza una huelga general y esa marcha de protesta que me recordabas?

—Sé quién es —dijo Vann—Lo que te pregunto es por qué crees que es relevante.

—No sé si lo es —dije—Por otro lado, cuando el hermano integrador de un famoso radical de Haden, que hasta ahora había pasado desapercibido, está íntimamente involucrado en lo que parece ser un asesinato, utilizando su cuerpo como arma, creo que quizá debamos tener en cuenta todos los ángulos.

—Hmmm —dijo Vann. Volvió a centrarse en su plato.

—Entonces —dije, después de un minuto—, ¿he pasado la prueba?

—Estás un poco nervioso —dijo: me— Vann.

—Estoy nervioso —dije—Es mi segundo día en el trabajo. El primero contigo. Tú eres el socio principal. Quiero saber qué te parece mi trabajo.

—No voy a darte medallas por participar cada dos horas, Shane —dijo: Vann—Y no soy tan misteriosa. Si me cabreas o me molestas, te lo diré.

—De acuerdo —dije.

—Así que deja de preocuparte por cómo lo estás haciendo y limítate a hacer tu trabajo —dijo Vann—Dime lo que piensas y dime lo que piensas sobre lo que yo pienso. No tienes que esperar a que te lo pregunte. Solo tienes que prestar atención.

—Como cuando me miraste hoy en la oficina de Davidson —dije.

—Cuando vamos a contradecir a Davidson sobre que los tres y los integradores son más o menos lo mismo —dijo Vann—Sí, ese es un ejemplo. Me alegro de que lo hayas captado. No tienes por qué ayudar a Schwartz.

—Pero tenía razón. Schwartz, quiero decir.

Vann se encogió de hombros.

—¿Estás diciendo que debería callarme cada vez que alguien dice algo estúpido o erróneo sobre los Hadens? —pregunto—Solo quiero

tener claro lo que me estás pidiendo.

—Lo que digo es que prestes atención a cuándo tiene sentido decir algo —dijo Vann—, y presta atención a cuándo tiene sentido callarte por el momento. Entiendo que estás acostumbrado a decir lo que piensas a cualquiera, en cualquier momento. Eso viene de ser un niño rico con privilegios.

—Vamos —dije.

Vann levantó una mano.

—No es una crítica, es una observación. Pero ese no es el trabajo, Shane. El trabajo es observar, aprender y resolver. Se metió el último trozo de carnitas en la boca y luego buscó su cigarrillo electrónico en la chaqueta del traje.

—Lo intentaré —dije—No siempre se me da bien callarme.

—Por eso tienes un compañero —dijo Vann—, para que puedas desahogarte conmigo. Después. Ahora, vamos. Volvamos al trabajo.

—¿Adónde vamos ahora?

—Quiero echar un vistazo más de cerca a esa habitación de hotel —dijo: Vann, y dio una calada a su cigarrillo—Trinh nos hizo pasar por ella muy rápido. Estoy lista para un baile lento.

Capítulo cuatro

—ESTO no se parece al Watergate —dije, cuando entramos en el tercer sótano del edificio del FBI.

—No vamos al Watergate —dijo: Vann, dirigiéndose por un pasillo. La seguí.

—Decía que querías echar otro vistazo al espacio —dije.

—Sí —dijo: Vann—, pero ahora no tiene sentido volver allí. La policía metropolitana lo ha registrado todo. Trinh y su gente lo habrán desordenado todo al examinarlo. Y no me sorprendería que Trinh lo hubiera entregado al hotel para que lo limpiaran. Se detuvo ante una puerta—Así que hemos venido a ver el espacio.

Leí el cartel junto a la puerta: «Sala de imágenes»—dije.

—Vamos —dijo Vann, y abrió la puerta.

Dentro había un espacio de unos seis metros de lado, con paredes blancas, vacío salvo por unos proyectores en cada esquina y un espacio donde un técnico estaba de pie detrás de una batería de monitores. Nos miró y sonrió.

—Agente Vann —dijo—Ha vuelto.

—He vuelto —asintió Vann, y me señaló—Agente Shane, mi nuevo compañero.

El técnico saludó con la mano.

—Ramón Díaz —dijo.

—Hola —dije.

—¿Estamos listos? —preguntó Vann.

—Estoy terminando el diagnóstico de los proyectores —dijo Díaz: —Uno de ellos ha estado fallando durante los últimos días. Pero tengo todos los datos que me enviaron desde Metro.

Vann asintió y me miró—¿Subiste tu escaneo del espacio al servidor? —

—Lo hice antes de salir del espacio —dije:.

Vann se volvió hacia Díaz.

—Vamos a utilizar el escaneo de Shane como base —dijo.

—Entendido —dijo Díaz—Avísame cuando estés listo.

—Ponlo en marcha —dije Vann.

La habitación del hotel apareció de repente. El escaneo no era una transmisión de vídeo en directo de la habitación, sino una serie de fotografías fijas unidas entre sí para crear una recreación estática y rica en información de la habitación.

Eché un vistazo y sonreí. Todo el espacio estaba allí. Había hecho un buen trabajo de barrido y exploración.

—Shane.

—Vann señaló un objeto curvo en la alfombra, no muy lejos del cadáver.

—Son unos auriculares —dije—Un escáner y transmisor de información neural que se coloca sobre la cabeza. Sugiere que este tipo, sea quien sea, era un turista. Supuse que Vann lo sabía, pero quería comprobar si yo también lo sabía.

—¿Quieres tomar prestado el cuerpo de Bell? —dijo Vann.

—Sí —dije. Me arrodillé y examiné los auriculares más detenidamente. Como todos los auriculares de este tipo, eran únicos. Técnicamente hablando, los únicos autorizados para utilizar integradores eran los Hadens. Pero donde hay una demanda ilegal, hay un mercado negro.

Los auriculares eran un equipo médico improvisado diseñado para el diagnóstico y la comunicación en las primeras etapas de Haden. Era un apaño, pero ingenioso. No proporcionaba al turista nada parecido a la experiencia real y completa del Integrador —para eso se necesitaba una red implantada en la cabeza—, pero ofrecía algo parecido a una alta definición en 3D con una percepción sensorial adicional débil pero real. En cualquier caso, era más real que las películas.

—Este parece de gama alta —dije a Vann—El escáner es un Phaeton y el transmisor parece de General Dynamics.

—¿Números de serie?

—No veo ninguno —dije—¿Tenemos el original como prueba?

Vann miró a Díaz, que levantó la vista y asintió.

—Puedo echarle un vistazo más de cerca si quieres —dijo Díaz.

—Si no encuentras nada en el exterior, mira a ver si puedes escanear el interior —dije—Probablemente los chips de procesamiento tengan números de serie. Podemos ver cuándo se enviaron los lotes y, a partir de ahí, averiguar quién debería ser el propietario del escáner y el transmisor.

—Vale la pena intentarlo —dijo Vann.

Me levanté y miré hacia el cadáver, boca abajo en la alfombra—¿Qué hay de él? —pregunto.

Vann miró a Díaz. «Todavía nada»—dijo.

«¿Cómo es posible?», le pregunté a Díaz. «Hay que dar las huellas dactilares para obtener el carné de conducir».

«Nuestros examinadores acaban de recibirlo»—dijo Díaz. «La policía metropolitana tomó las huellas dactilares y escaneó el rostro. Pero a veces tardan en compartir la información, ya me entiendes. Así que estamos haciendo lo nuestro y comprobándolo en nuestras bases de datos».

También haremos el ADN. Probablemente lo encontraremos para cuando termines aquí.

—Déjame ver el escaneo facial —dijo Vann.

—¿Quieres solo la cara o la foto de gran angular cuando lo dieron la vuelta? —

—La foto de gran angular —dijo Vann.

El hombre que yacía en el suelo se dio la vuelta al instante. Tenía la piel morena y parecía tener entre treinta y tantos y cuarenta y tantos años. Desde este ángulo, la gravedad del corte en la garganta era mucho más dramática. La herida se extendía desde el lado izquierdo del cuello, cerca de la mandíbula, y continuaba hacia abajo, terminando en el lado derecho del hueco de la garganta.

—¿Qué opinas? —me preguntó Vann.

—Creo que tenemos una explicación para los chorros arteriales —dije—Es un corte impresionante.

Vann asintió, pero permaneció en silencio.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Estoy pensando —dijo Vann—Dame un minuto.

Mientras pensaba, miré la cara del cadáver.

—¿Es hispano? —pregunto. Vann me ignoró, todavía pensando. Miré a Díaz, que había levantado la cara para examinarla.

—Quizá —dijo:—, después de un minuto, quizá mexicano o centroamericano, no puertorriqueño ni cubano, adivinaría. Parece que tiene mucho de mestizo. O quizá sea nativo americano.

—¿De qué tribu?

—Ni idea —dijo Díaz—La tipificación étnica no es lo mío.

Para entonces, Vann se había ido hacia la imagen del cadáver y estaba mirando las manos.

—Díaz —dijo Vann—¿Tenemos un vaso roto como prueba?

—Sí —dijo Díaz, después de comprobarlo.

—Shane sacó una foto debajo de la cama. Muéstramela, por favor.

La imagen del espacio giró violentamente cuando Díaz la sacudió, arrastrándonos a todos debajo de la cama y proyectando sobre nosotros la imagen del vaso roto y ensangrentado.

—Huellas dactilares —dijo:—¿Tenemos alguna idea de quiénes son?

—Todavía no —dijo:.

—¿Qué piensas? —le pregunté a Vann.

Ella me ignoró de nuevo—¿Tienes la transmisión del oficial Timmons? —pregunto a Díaz.

—Sí, pero es bastante mala y de baja resolución —dijo Díaz.

—Maldita sea, le dije a Trinh que quería todo —dijo Vann.

—Puede que no te esté ocultando nada —dijo Díaz—Hoy en día, los policías metropolitanos a veces dejan que sus transmisiones funcionen durante todo su turno. Si lo hacen, utilizan una configuración de baja resolución porque les permite grabar durante más tiempo.

—Da igual —dijo Vann, todavía claramente molesta—Ponlo y superponlo a la imagen del espacio de Shane.

El espacio volvió a girar y recuperó sus dimensiones reales.

—La transmisión está llegando —dijo Díaz—Va a estar en bajorrelieve debido a la posición de Timmons. He eliminado las sacudidas.

En la cama apareció Bell, con las manos en alto. La transmisión comenzó a funcionar en tiempo real.

—Espera —dijo Vann—Pausa.

—Hecho —dijo Díaz.

—¿Puedes conseguir una imagen más nítida de las manos de Bell?

—La verdad es que no —dijo Díaz—Puedo ampliarla, pero es una transmisión de baja resolución. Tiene limitaciones inherentes.

—Amplíala —dijo Vann. Bell se sacudió y se hizo grande, con las manos corriendo hacia nosotros como un gigante que intenta jugar a las palmas.

—Shane —dijo Vann—Dime lo que ves.

Miré las manos durante unos segundos, sin ver lo que se suponía que debía ver. Entonces se me ocurrió que lo que Vann quería era que no viera nada.

—No hay sangre —dije.

—Exacto —dijo Vann. Señaló—Tiene sangre en la camisa y en la cara, pero no en las manos. El cristal roto tiene huellas de sangre por todas partes. Díaz, retrocede. La imagen volvió a alejarse y Vann se fue hacia el cadáver—Este tipo, sin embargo, tiene las manos llenas de sangre.

—¿Este tipo se giró su propia garganta? —pregunto.

—Es posible —dijo Vann.

—Eso es realmente extraño —dije—Entonces esto no es un asesinato. Es un suicidio. Lo que eximiría de culpa a Bell.

—Quizás —dijo Vann—Dame otras opciones.

—Bell podría haberlo hecho y limpiado todo antes de que llegara la seguridad del hotel —dije.

—Todavía queda el vaso ensangrentado —dijo Vann—Tenemos las huellas dactilares de Bell en el archivo. Tuvo que darlas cuando obtuvo la licencia de integrador.

—Quizá le interrumpieron —dije.

—Quizás —dijo Vann—No parecía muy convencida.

Se me ocurrió una idea.

—Díaz —dije—Te voy a enviar un archivo. Ábrelo en cuanto lo recibas, por favor.

—Entendido —dijo Díaz unos segundos después. Dos segundos después, la escena cambió al exterior del Watergate, al sofá de dos plazas lanzado y al coche aplastado.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Vann.

—Lo que no estamos buscando —dije—Es lo mismo que no estábamos buscando en las manos de Bell.

—Sangre —dijo Vann, y miró de cerca el sofá de dos plazas—No hay sangre en el sofá.

—No que yo vea —dije—Así que es muy probable que el sofá fuera a ir por la ventana antes de que el cadáver girara el cuello.

—Es una teoría —dijo Vann—Pero ¿por qué? —Señaló al cadáver —¿Este tipo contrata a Bell para integrarse y, cuando Bell llega, tira un sofá por la ventana y luego se suicida de forma sangrienta delante de él? ¿Por qué? —

—Tirar un sofá de dos plazas por la ventana de un séptimo piso es una forma bastante buena de llamar la atención del personal de seguridad del hotel —dije—Quería inculpar a Bell por su asesinato y esta era una forma de asegurarse de que la seguridad ya estuviera en camino antes de suicidarse.

—Eso sigue sin responder a la pregunta de por qué se suicidaría delante de Bell en primer lugar —dijo Vann. Volvió a mirar el cadáver.

—Bueno, hay una cosa que sabemos —dije—: Bell quizá decía la verdad cuando afirmó que él no lo había hecho.

—Eso no es lo que dijo —dijo Vann.

—Yo creo que sí. Vi la transmisión.

—No —dijo Vann, y se volvió hacia Díaz—Vuelve a reproducir la transmisión de Timmons.

La imagen volvió a la habitación del hotel y reapareció el bajorrelieve de Bell. Díaz lo puso en marcha. Timmons le preguntó a Bell por qué había matado al hombre del espacio. Bell respondió que no creía haberlo hecho.

—Para —dijo Vann. Díaz detuvo la transmisión justo cuando Timmons golpeaba a Bell. Quedó paralizado en medio de un espasmo.

—No dijo que no lo mató —me dijo Vann—Dijo que no creía haberlo matado. Está diciendo que no lo sabía.

Se me pasó una bombilla en la cabeza y recordé mi única experiencia personal con un integrador.

—Eso no está bien.

—Los integradores están conscientes durante sus sesiones —dijo Vann, asintiendo con la cabeza—Se subsumen y permanecen en segundo plano durante la integración, pero se les permite salir a la superficie si el cliente necesita ayuda o está a punto de hacer algo fuera del alcance de la sesión de integración.

—O está a punto de hacer algo estúpido o ilegal —dije.

—Lo cual suele estar fuera del alcance de la sesión —señaló Vann.

—De acuerdo —dije: y señalé el cadáver—Pero, ¿qué importa

eso? Si este tipo se suicidó, entonces el hecho de que Bell nos diga que no cree que lo haya hecho no nos dice nada que no supiéramos ya. Porque ahora estamos pensando que tal vez él tampoco lo hizo.

Vann negó con la cabeza.

—No se trata de si es un asesinato o un suicidio. Se trata del hecho de que Bell dice que no puede recordar. Se supone que debería poder recordar.

—Eso sí está integrado —dije—Pero creemos que vino al espacio para aceptar este trabajo extra, ¿no? En ese caso, no había nadie más en su cerebro cuando supuestamente perdió el conocimiento.

—¿Por qué se desmayaría? —preguntó Vann.

—No lo sé. Quizás sea bebedor.

—No parece borracho en la transmisión —dijo Vann—No olía ni actuaba como si hubiera estado bebiendo cuando lo interrogué. Y de todos modos...

—Se quedó en silencio de nuevo.

—¿Vas a hacer mucho de eso? —le pregunté—Porque ya sé que me va a molestar.

—Schwartz dijo que Bell estaba trabajando —dijo Vann—Se aplicaba el privilegio de cliente-integrador.

—Claro —dije, y señalé el cadáver—Ese es su cliente.

—Eso es precisamente —dijo Vann—No es un cliente.

—No te entiendo.

—La integración es una práctica regulada y sujeta a licencia —dijo Vann—Aceptas clientes y tienes ciertas obligaciones profesionales con ellos, pero solo un determinado tipo de personas pueden ser tus clientes. Solo los Hadens pueden ser clientes de los integradores. Este tipo —señaló el cadáver— es un turista. Está en plena forma.

—No soy abogado, pero no estoy cien por cien de acuerdo con esta teoría —dije—Un sacerdote puede escuchar la confesión de cualquiera, no solo de un católico, y un médico puede alegar confidencialidad desde el momento en que alguien entra por la puerta. Creo que Schwartz probablemente está alegando lo mismo aquí. El hecho de que el tipo sea un turista no significa que no sea un cliente. Lo es. Al igual que alguien que no es católico puede confesarse.

—O Schwartz metió la pata y nos reveló que alguien estaba vigilando a Bell —dijo Vann.

—Eso no tiene sentido —repliqué—Si Bell ya estaba integrado, ¿por qué iba a reunirse con un turista?

—Quizá se reunían por otra cosa.

—Entonces, ¿por qué llevar eso? —señalé los auriculares.

Vann se quedó en silencio durante un minuto.

—No todas mis teorías van a ser acertadas —dijo finalmente.

—Lo entiendo —dije: seco—Pero no creo que seas tú. Nada de

esto tiene mucho sentido. Tenemos un asesinato que probablemente no lo sea, de un hombre que no hemos identificado, que se reunió con un integrador que puede que ya estuviera integrado, que dice que no puede recordar cosas que debería recordar. Es un lío, ¿no?

—¿Qué opinas? —preguntó Vann.

—Joder, no lo sé —dije—Es mi segundo día en el trabajo y ya se me está haciendo demasiado raro.

—Tenéis que darlo por terminado —dijo Díaz—Tengo a otro agente que necesita el espacio dentro de cinco minutos.

Vann asintió y se volvió hacia mí.

—Déjame plantearlo de otra manera —dijo:

—¿Cuáles son nuestras medidas a tomar?

Miré a Díaz.

—¿Alguna coincidencia con nuestro cadáver?

—Todavía nada —dijo Díaz, después de un segundo—Es un poco raro. Normalmente no se tarda tanto en procesar una coincidencia.

—Nuestra primera medida es averiguar quién es el muerto —dije a Vann—Y cómo ha conseguido no dejar ninguna huella en nuestra base de datos nacional.

—¿Qué más?

—Averiguar qué ha estado haciendo Bell últimamente y quiénes son sus clientes. Quizá eso nos dé alguna pista interesante.

—De acuerdo —dijo Vann—Yo me encargo del cadáver.

—Claro —dije—Tú te quedas con la parte divertida.

Vann sonrió.

—Seguro que Bell será muy divertido.

—¿Tengo que estar aquí mientras hago esto? —pregunté.

—¿Por qué? —preguntó Vann —¿Tienes una cita? —

—Sí, con un agente inmobiliario —dije—Estoy buscando apartamentos. Aprobados por el gobierno federal. Técnicamente, se supone que hoy tengo medio día libre para eso.

—No esperes muchos más de esos —dijo Vann—, medias jornadas, quiero decir.

—Sí —dije—, me estoy dando cuenta por mí mismo.

Capítulo cinco

LA AGENTE inmobiliaria era una mujer pequeña y elegante llamada LaTasha Robinson, y se reunió conmigo justo a la salida del edificio de la Oficina. Una de sus especialidades inmobiliarias era el mercado de Haden, por lo que la Oficina me puso en contacto con ella para que me ayudara a encontrar un apartamento.

Dada su clientela, las posibilidades de que no supiera quién era yo eran casi nulas, una sospecha que se confirmó cuando me acerqué. Me dedicó una sonrisa que reconocí de mis años como imagen oficial de Haden, parte de la familia oficial de Haden. No se lo eché en cara.

—Agente Shane —dijo:—, tendiéndome la mano—Encantada de conocerle.

Le estreché la mano.

—Sra. Robinson. Igualmente.

—Lo siento, es que estoy muy emocionada —dijo—No suelo conocer a mucha gente famosa. Quiero decir, que no sean políticos.

—En esta ciudad, no —estuve de acuerdo.

—Y yo no considero que los políticos sean famosos, ¿tú sí? Son solo... políticos.

—No podría estar más de acuerdo —dije.

—Mi coche está justo aquí —dijo: señaló un Cadillac relativamente discreto aparcado donde le pondrían una multa—¿Por qué no empezamos?

Me senté en el asiento del copiloto. Robinson se sentó al volante y sacó su tableta. «Amble»—dijo: «y el coche se alejó de la acera, justo delante, según observé por el espejo retrovisor, de un policía de tráfico. Nos dirigimos hacia el este por Pennsylvania Avenue.

«El coche va a dar unas vueltas durante unos minutos mientras nos instalamos aquí»—dijo Robinson, tocando su tableta. A pesar de su entusiasmo de unos segundos antes, pasó rápidamente al modo profesional.

—Tengo tu lista de requisitos básicos y tu información personal—miró hacia mí como para confirmar que, efectivamente, yo era un Haden y ella lo sabía —así que vamos a concretar algunas cosas antes de empezar.

—De acuerdo— dije.

—¿A qué distancia quieres estar del trabajo?

—Cuanto más cerca, mejor.

—¿Estamos hablando de una distancia que se pueda recorrer a pie o de una línea de metro? —

—Una línea de metro está ok —dije.

—¿Prefiere un barrio moderno o uno tranquilo? —

—En realidad, me da igual.

—Ahora dice eso, pero si le consigo un apartamento encima de un bar en Adams Morgan y no le gusta, me echará la culpa —dijo: Robinson, mirándome.

—Te prometo que el ruido no me molestará —dije—Puedo bajar mi audición.

—¿Planeas utilizar el apartamento para socializar?—

—En realidad no —dije—La mayor parte de mi vida social la desarrollo en otros lugares. Quizás invite a algún amigo de vez en cuando.

Robinson volvió a mirarme y pareció considerar si pedir una aclaración, pero decidió no hacerlo. Fue una decisión acertada. Había tres fetichistas por ahí. Debo decir que realmente no eran lo mío.

—¿Tu cuerpo estará físicamente presente? Y, si es así, ¿necesitarás un espacio para un cuidador? —preguntó ella.

—Mi cuerpo y su cuidado ya están resueltos —dije—No necesitaré espacio para ninguno de los dos. Al menos, no de inmediato.

—En ese caso, tengo algunos pisos eficientes de Haden en mi lista de disponibilidad —dijo—¿Le gustaría verlos?

—¿Merece la pena que les dedique mi tiempo? —pregunté.

Robinson se encogió de hombros.

—A algunos Hadens les gustan —dijo:—Creo que son un poco pequeños, pero no están diseñados para los que no son Hadens.

—¿Están cerca?

—Tengo un edificio con muchos en la avenida D, en el suroeste, justo al lado del metro Federal Center —dijo Robinson—El Departamento de Salud y Servicios Humanos contrata a mucho Haden, por lo que es un alojamiento conveniente para ellos.

—De acuerdo —dije—Podemos echarles un vistazo.

—Vamos allí primero —dijo Robinson, y le dio la dirección al Cadillac.

Cinco minutos más tarde estábamos frente a un deprimente bloque de arquitectura brutalista anónima.

—Es precioso —dije con ironía.

—Creo que solía ser un edificio de oficinas del gobierno —dijo: Robinson—Lo reformaron hace unos veinte años. Fue uno de los primeros edificios rediseñados pensando en los Hadens. Me indicó con un gesto que entrara en el vestíbulo, que era limpio y sencillo.

Una recepcionista threep dejó de lado un escritorio. El threep estaba configurado para transmitir datos de identificación a través del canal común. En mi campo de visión, los datos de su propietaria aparecieron sobre la cabeza del threep: Genevieve Tourneaux.

Veintisiete años. Originaria de Rockville, Maryland. Su dirección pública para mensajes directos.

—Hola —dijo Robinson a Genevieve, y le mostró su identificación de agente inmobiliario—Venimos a ver la vivienda libre de la quinta planta.

Genevieve se volvió para mirarme y me di cuenta tarde de que no tenía mis datos personales en el canal común. Algunos Hadens lo consideraban una descortesía. Rápidamente los mostré.

Ella asintió rápidamente con la cabeza, como en señal de reconocimiento, se quedó un momento desconcertada, luego se recuperó y volvió su atención a Robinson.

—La unidad 503 estará desbloqueada durante los próximos quince minutos —dijo:

—Gracias —dijo Robinson, y me saludó con la cabeza.

—Espera un momento —dije:—Me volví hacia Genevieve:

—¿Puedo tener acceso de invitado al canal del edificio, por favor? —Genevieve asintió con la cabeza, y vi aparecer el marcador del canal en mi pantalla. Me conecté a él.

Las paredes del vestíbulo se llenaron de carteles.

Algunas de las notas eran las típicas de un tablón de corcho: gente que buscaba compañeros de piso o subarrendatarios, o que preguntaba por mascotas perdidas. Sin embargo, en ese momento predominaban los carteles sobre la huelga y la marcha: carteles que recordaban a los inquilinos que se quedaran en casa, planes para las actividades de la huelga, peticiones para que los Hadens que venían a la ciudad para la marcha se alojaran en los apartamentos, con la sarcástica nota de que no necesitarían mucho espacio.

—¿De acuerdo? —pregunto Robinson.

—Ok —dije—Solo estoy mirando los carteles de la pared. Leí algunos más y luego nos dirigimos al ascensor y subimos a la quinta planta.

—Ascensores extragrandes —comentó Robinson mientras subíamos—Ascensor hidráulico. Facilita subir cuerpos a los espacios.

—Creía que todos eran apartamentos pequeños —dije.

—No todos —dijo Robinson—Algunos son de tamaño normal y tienen suites médicas y espacios para cuidadores. E incluso los eficientes tienen enganches para cunas. Se supone que deben utilizarse de forma temporal, aunque he oído que algunos Hadens los están utilizando a tiempo completo ahora.

—¿Por qué? —pregunto. El ascensor se detuvo y se abrieron las puertas.

—Abrams-Kettering —dijo: Robinson. Salió del ascensor y se dirigió al pasillo. La seguí—Se están recortando las ayudas, por lo que mucha gente está reduciendo su tamaño. Los que viven en casas

adosadas se están mudando a apartamentos más pequeños. Los que viven en apartamentos se están mudando a apartamentos eficientes. Y algunos de los que viven en estudios están aceptando compañeros de piso. Están utilizando los cargadores por turnos. Ella miró hacia atrás y sus ojos se posaron en mi brillante y caro threep, como diciendo que no tenía que preocuparme por eso. «Ha sido malo para el mercado, para ser sincera, pero es bueno para ti como posible inquilino. Ahora tienes muchas más opciones, mucho más baratas. Se detuvo en el apartamento 503. Eso es, si esto no te deja boquiabierto. Abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarme pasar.

El apartamento estudio Haden 503 medía dos metros por tres y estaba completamente vacío, salvo por una pequeña encimera empotrada. Entré y enseguida sentí claustrofobia.

—Esto no es un apartamento, es un armario —dije, dando un paso adelante para dejar entrar a Robinson.

—Yo suelo considerarlo un cuarto de baño —dijo: Robinson, y señaló una pequeña zona alicatada, que tenía una serie de enchufes eléctricos y un par de desagües cubiertos en el suelo, a ras de los azulejos—Por cierto, ese es el rincón médico. Justo donde estaría el inodoro.

—No me está vendiendo muy bien este apartamento, señorita Robinson —dije.

—Bueno, para ser justos, si lo único que busca es aparcar su threep todas las noches, no es una mala opción —dijo: Robinson. Señaló la esquina trasera derecha, donde había ranuras y enchufes de alta tensión empotrados en la pared, listos para recibir cargadores inductivos.

—Está diseñado pensando en las bases estándar para triciclos, y las redes cableadas e inalámbricas son rápidas y tienen un gran rendimiento. El espacio se ha diseñado pensando en los triciclos, por lo que no hay cosas innecesarias que ocupen espacio, como armarios y lavabos. Es todo lo que necesitas y absolutamente nada que no necesites.

—No me gusta —dije.

—Me lo imaginaba —dijo Robinson—Por eso te lo he enseñado primero. Ahora que ya lo hemos descartado, podemos buscar algo que realmente te interese.

Me quedé mirando fijamente el azulejo y pensé en poner un cuerpo humano allí, más o menos de forma permanente.

—¿Este tipo de apartamentos están de moda ahora? —pregunto.

—Sí —dijo Robinson—Normalmente no me dedico a ellos. No dan suficiente comisión. Suelen alquilarse a través de anuncios en Internet. Pero sí, ahora mismo este tipo de apartamentos se venden como pan caliente.

—Ahora me siento un poco deprimido —dije.

—No tienes por qué sentirte deprimido —dijo Robinson—No vas a vivir aquí. No vas a tener tu cuerpo aquí.

—Pero parece que algunas personas sí —dije.

—Sí —dijo Robinson—Quizás sea una bendición que los cuerpos no se den cuenta.

—Ah, pero eso no es cierto —dije—Estamos encerrados, no inconscientes. Créame, Sra. Robinson. Nos damos cuenta de dónde están nuestros cuerpos. Nos damos cuenta cada momento que estamos despiertos.

* * *

Me sentí como Ricitos de Oro durante las siguientes paradas. Los apartamentos eran demasiado pequeños —no miramos más apartamentos que fueran oficialmente estudios, pero un par de ellos tenían, al menos informalmente, más o menos la misma superficie— o demasiado grandes, demasiado incómodos o demasiado lejos. Empecé a desesperarme pensando que estaría destinada a guardar mi trío en mi escritorio de la Oficina.

—Última parada del día—dijo Robinson. A estas alturas, incluso su alegría profesional se estaba agotando. Estábamos en Capitol Hill, en la Quinta Calle, mirando una casa adosada roja.

—¿Qué hay aquí?—, pregunté.

—Algo fuera de lo habitual—dijo: Robinson—, pero creo que podría encajar bien contigo. ¿Sabes lo que es una comunidad intencional?

—¿«Comunidad intencional»? —dije—¿No es otra forma de decir «comuna»? —Miré la casa—Es un lugar extraño para una comuna.

—No es exactamente una comuna —dijo Robinson—Esta casa la alquila un grupo de Hadens que viven juntos y comparten las zonas comunes. La llaman comunidad intencional porque comparten responsabilidades, incluida la supervisión de sus cuerpos.

—Eso no siempre es una buena idea —dije.

—Uno de ellos es médico en el Hospital Universitario Howard —dijo Robinson—Si surge algún problema grave, hay alguien disponible para ocuparse de él. Entiendo que no es algo que tú necesites, por supuesto. Pero hay otras ventajas y sé que tienen una vacante.

—¿Cómo conoces a estas personas? —pregunté.

Robinson sonrió.

—El mejor amigo de mi hijo vive aquí —dijo.

—Ah —dije—¿Tu hijo también vivía aquí?

—Me estás preguntando si mi hijo es un Haden —dijo Robinson—No, Damien no está afectado. Tony, el amigo de Damien, contrajo el

Haden cuando tenía once años. Conozco a Tony desde siempre, antes y después de Haden. Él me avisa cuando tienen una vacante. Sabe que no traeré a nadie que no crea que encaja bien.

—Y tú crees que yo encajaría bien.

—Creo que sí. Me he equivocado antes. Pero creo que tú eres un caso especial. Si no te importa que te lo diga, agente Shane, no estás buscando un lugar porque lo necesites. Estás buscando un lugar porque quieres uno.

—Más o menos —dije.

Robinson asintió con la cabeza—Así que pensé en dejarte echar un vistazo a esto y ver si es algo que te interesa.

—De acuerdo —dije—Echemos un vistazo.

Robinson se dirigió a la puerta y llamó al timbre. Un threep abrió la puerta y abrió los brazos al verla.

—¡Mamá Robinson! —dijo:

—y le dio un gran abrazo.

Robinson le dio un beso en la mejilla al threep—Hola, Tony —dijo—Te he traído un posible inquilino.

—¿De verdad? —dijo Tony, y me miró—Chris Shane —dijo. Me sorprendió por un momento, no pensaba que mi nuevo threep fuera tan conocido, pero luego recordé que había activado mi identificación pública esa misma mañana. Un segundo después, apareció la identificación de Tony: Tony Wilton. Treinta y uno años. Originario de Washington, D.C.

—Hola —dije.

Nos hizo señas para que entrásemos—No os dejemos ahí de pie —dijo—Vamos, Chris, te enseñaré el espacio. Está en la segunda planta. Nos llevó dentro y subimos las escaleras. Mientras caminábamos por el pasillo de la segunda planta, eché un vistazo a una de las habitaciones. Había un cuerpo en una cuna, con monitores cerca.

Miré a Tony, que se dio cuenta de que le estaba mirando—Sí, ese soy yo —dijo.

—Lo siento —dije—, ha sido un reflejo.

—No te disculpes —dijo Tony, abriendo la puerta de otro espacio —Si vives aquí, pasarás el tiempo comprobando que todos seguimos respirando. Más vale que te acostumbres. Aquí está el espacio. Se hizo a un lado para dejarnos entrar a Robinson y a mí.

El espacio era grande, modesto pero cómodo, con una ventana que daba a la calle. «Es muy agradable»—dije, mirando a mi alrededor.

«Me alegro de que te guste»—dijo Tony. Señaló los muebles con la cabeza. «El espacio está amueblado, obviamente, pero si no te gusta lo que ves aquí, tenemos un trastero en el sótano donde podemos guardarlo».

«No, está ok»—dije. «Y me gusta el tamaño».

—De hecho, es el dormitorio más grande de la casa.

—¿Ninguno de los demás lo quería? —pregunto.

—No es cuestión de quererlo —dijo Tony—, es cuestión de poder permitírselo.

—Entendido —dije, y descubrí otra razón por la que Robinson pensaba que yo podría ser bueno para esta dirección.

—¿Entiendes cómo funciona esto? —preguntó Tony—¿Te lo ha explicado mamá Robinson?

—Brevemente —dije.

—No es tan complicado, te lo prometo —dijo Tony— Compartimos las tareas domésticas y las labores de supervisión, nos aseguramos de que todos los tubos y drenajes funcionen correctamente, reunimos fondos para las mejoras de la casa. De vez en cuando vamos en grupo y hacemos actividades sociales. Lo llamamos una comunidad intencional, pero es más como una residencia universitaria. Solo que se bebe y se fuma menos marihuana. No es que nosotros lo hiciéramos nunca. Tampoco hay tantos dramas entre compañeros de piso, cosa que sí hacíamos, si es que recuerdas la universidad.

—¿Eres tú el médico? —pregunté—La Sra. Robinson dijo: uno de vosotros era médico.

—Esa es Tayla —dijo Tony—Está trabajando. Todos están trabajando, excepto yo. Soy programador por contrato. Hoy trabajo para Genoble Systems, en su software de interfaz cerebral. Mañana, para otra empresa. Normalmente trabajo desde aquí, a menos que un cliente me necesite in situ.

—Así que siempre hay alguien aquí.

—Normalmente —dijo Tony—Ahora. ¿Debería fingir que no sé quién eres o puedo admitir que ayer estuve leyendo sobre ti en el Ágora?

—Oh, qué alegría —dije.

—Te habrás dado cuenta de que he dicho que todos están trabajando —dijo Tony—Así que no es probable que te juzguen por eso. Tenemos una gran variedad de opiniones políticas en la casa.

—Entonces sabes que soy agente del FBI —dije.

—Lo sé —dijo Tony—¿Te ocupas de conspiraciones y asesinatos?

—Te sorprendería —dije.

—Apuesto a que sí —dijo Tony—Bueno, acabo de conocerte, pero me caes bien. Sin embargo, tendrás que conocer a los demás y conseguir su aprobación.

—¿Cuántos más sois?—

—Cuatro —dijo Tony—Están Tayla, Sam Richards y Justin y Justine Cho. Son gemelos.

—Interesante —dije.

—Son buena gente, te lo prometo —dijo Tony—¿Puedes pasar esta noche para conocerlos?

—Ah, no —dije—Tengo un compromiso familiar esta noche. Es mi segundo día en el trabajo. Tenemos que ir a casa para la cena oficial de «¡Hurra, nuestro chico tiene trabajo!».

—Bueno, no te lo puedes perder —dijo Tony—¿Cuándo crees que terminarás?

—No lo sé —dije—Probablemente a las nueve y media, diez como muy tarde.

—Toma. Tony me envió una invitación por el canal común—Los martes son nuestra noche de grupo en el Ágora. Nos reunimos y solemos destrozarnos mutuamente los sesos en un FPS. Pásate. Podrás conocer al equipo y dar dos disparos a la cabeza.

—Suena bien —dije.

—Genial. Te enviaré la solicitud del espacio y lo haremos de forma oficial. Necesitaremos el primer mes y un depósito.

—Puedo hacerlo.

—Aún mejor —dijo Tony—Suponiendo que consigas el visto bueno de todos esta noche, podrás mudarte tan pronto como llegue el pago.

—¿No vas a querer comprobar mis antecedentes? —bromeé.

—Creo que toda tu vida ha sido una comprobación de antecedentes, Chris —dijo: Tony.

Capítulo seis

—OH, JODER— dijo: en cuanto vi al aparcacoches en la puerta de mi casa.

Los analgésicos que me habían recetado tras la extracción dental a las cuatro de la tarde habían empezado a perder efecto mientras volvía a casa, lo que ya me había puesto de mal humor. Pero el aparcacoches solo podía significar una cosa: cena de donantes. La mayoría de los coches podían aparcar solos, pero todavía había gente que exigía estar al volante y se enorgullecía de sus estúpidos coches. Muchos de ellos eran viejos gruñones que podrían apoyar la candidatura de mi padre al Senado. Eso me puso más de mal humor que la extracción dental.

Mi madre obviamente adivino mi estado de ánimo cuando me acerqué a ella con paso firme, porque extendió las manos en señal de apaciguamiento. «No me culpes, Chris»—dijo. «Pensé que solo iba a ser una cena familiar. No tenía ni idea de que tu padre iba a convertirla en una recaudación de fondos».

«Soy escéptico»—dije.

—No te culpo —dijo—, pero es la verdad. Detrás de ella, el personal del catering colocaba los cubiertos en el comedor formal, bajo la dirección de Lisle, nuestra supervisora de la casa. Conté los cubiertos.

—Dieciséis cubiertos, mamá —dije.

—Lo sé —dijo—, lo siento.

—¿Dónde están todos?

—Aún no han llegado todos —dijo—Los que están aquí están en la oficina del veterinario.

—Mamá —le advertí.

—Lo sé, no debería decir eso en voz alta —dijo: lo corregiré. Están en la sala de trofeos.

—Así que no es solo la pandilla habitual de idiotas —dije.

—Ya conoces a tu padre —dijo mamá—Deslumbrar a los nuevos ricos con los trofeos. Sería vulgar si no fuera porque trabaja.

—En realidad, sigue siendo vulgar —dije.

—Sí, lo es —asintió mamá—Y sigue trabajando.

—Papá no necesita su dinero para presentarse al Senado —señalé.

—Tu padre necesita que crean que está comprometido con sus intereses —dijo mamá—Por eso acepta su dinero.

—Sí, eso no es nada maquiavélico.

—Sí, bueno —dijo—Las cosas que hacemos para que tu padre salga elegido. Se acercó y me tocó el hombro—¿Qué tal te ha ido el

día? —dijo:

—Interesante —dije—Estoy trabajando en un caso de asesinato. Y creo que he encontrado un apartamento.

—Sigo sin entender por qué crees que necesitas un apartamento —dijo: mi madre, molesta.

—Mamá, eres la única persona en el mundo que habría elegido mi búsqueda de apartamento en lugar de un caso de asesinato como tema de conversación.

—Veo que no has respondido a mi pregunta —dijo: mamá.

Suspiré y levanté una mano para enumerar los puntos: «Uno, porque ir todos los días al Distrito desde Potomac Falls sería un rollo, y tú lo sabes. Dos, porque tengo veintisiete años y es vergonzoso seguir viviendo con mis padres. Tres, porque mi tolerancia a ser un accesorio para las ambiciones políticas de papá es cada vez menor».

«Eso no es justo, Chris»—dijo mamá.

—Vamos, mamá —dije—Sabes que lo va a hacer esta noche. Ya no soy el niño de cinco años al que puede sacar a relucir en las audiencias del Congreso y en las recaudaciones de fondos de Haden. Ahora soy agente federal, por el amor de Dios. Ni siquiera creo que sea legal seguir sacándome a relucir. Sentí un pinchazo cuando los analgésicos dejaron de hacer efecto y me llevé la mano a la mandíbula.

Ella la cogió.

—Tu muela —dijo.

—La falta de muela, en realidad. Bajé la mano, plenamente consciente de la ironía de indicar dolor de mandíbula en mi tres...

—Vamos a ver cómo estoy —dije:

—y me giré para ir a mi habitación.

—Cuando te muevas, no vas a mover el cuerpo, ¿verdad? —preguntó mamá. Había un hilo de ansiedad en su voz.

—No tengo pensado hacerlo ahora mismo —dije, volviéndome un poco para mirarla—Veamos cómo funciona. Hoy no he notado ningún retraso y, mientras no lo note, no hay razón para moverme.

—Está bien —dijo mamá, todavía descontenta.

Vamos y le di un abrazo—Tranquila, mamá —dije—No es nada. Tendré el tres de repuesto aquí. Te visitaré. Mucho. Empezarás a preguntarte si realmente me he ido.

Ella sonrió y me acarició la mejilla.

—Normalmente te regañaría por tratarme con condescendencia, pero esta vez lo aceptaré —dijo—Ahora vamos a ver cómo estás. No tardes mucho. Tu padre quiere que aparezcas antes de que nos dejemos de comer.

—Por supuesto que sí —dije. Apreté el brazo de mamá al salir.

Jerry Riggs, mi nuevo enfermero nocturno, me saludó con la

mano cuando entré en mi habitación. Estaba leyendo un libro de tapa dura.

—¿Cómo estás, Chris? —dije.

—La verdad es que tengo un poco de dolor —dije.

Jerry asintió con la cabeza.

—¿La úlcera por presión? —pregunto.

—La extracción de la muela —dije.

—Claro. Jerry dejó el libro y se acercó a mi cama, que se había adaptado para que pudiera descansar sobre mi lado izquierdo, ya que mi úlcera por presión estaba en la cadera derecha. Empezó a rebuscar en la mesita de noche.

—Tengo Tylenol con codeína —dijo Jerry—Tu dentista te lo dejó.

—Tengo que estar en condiciones esta noche —dije—No hay nada más peligroso que un tres drogado en una recaudación de fondos política.

—De acuerdo —dijo Jerry—Veamos qué más tenemos aquí.

Asentí y vamos a mi cuerpo, a mí. Tenía el mismo aspecto de siempre, como alguien que duerme. Mi cuerpo estaba limpio y arreglado, lo que no siempre era una garantía con un Haden. Algunos Hadens no se molestaban en cortarse o arreglarse el pelo porque, sinceramente, ¿qué más daba? Sin embargo, mi madre tenía una opinión totalmente opuesta al agobiar. A medida que fui creciendo, adopté su postura como propia.

La limpieza era un tema diferente y más complejo, como lo sería con un cuerpo cuyos diversos orificios y sistemas estaban conectados a tubos, bolsas y catéteres. A mi madre le preocupaba que me mudara, y no solo porque me echaría de menos. También le preocupaba que, dejándome a mí aire y con mi propio horario, me dejara sumir en mi propia suciedad durante días y días. Pensaba que era una preocupación injustificada por su parte.

Me incliné para mirar mi úlcera por presión. Tal y como anunciaban, era una desagradable marca roja que cruzaba mi cadera. La toqué y sentí un dolor sordo al mismo tiempo que sentía mi mano treep moviéndose sobre ella.

Sentí esa sensación única de los Hadens, el vértigo que se produce al percibir que estás en dos lugares a la vez. Es mucho más notable cuando tu cuerpo y tu tres están en el mismo espacio al mismo tiempo. El término técnico para ello es «polipropriocepción». Los humanos, que por lo general solo tienen un cuerpo con el que lidiar, no están diseñados naturalmente para ello. Literalmente, cambia tu cerebro. Se puede ver la diferencia entre un cerebro Haden y un cerebro no afectado en una resonancia magnética.

El vértigo se produce cuando tu cerebro recuerda que no debe

recibir información de dos cuerpos separados. La solución más sencilla cuando esto ocurre es simplemente mirar a otra parte.

Me giré y me concentré en mi otro yo en el espacio: mi anterior tres, que fue mi tres principal hasta que conseguí el 660. Era un Kamen Zephyr, ahora dejando en una silla con cargador inductivo. Un modelo muy agradable. El cuerpo era de color marfil con detalles azules y grises en las extremidades; hice la licenciatura y el máster en Georgetown, y parecía lo más adecuado en ese momento. Mi tres actual era de un discreto color marfil mate con sutiles detalles granates en las extremidades. Me pregunté vagamente si estaba defraudando a mi alma máter.

—Allá vamos —dijo Jerry, y levantó un frasco pequeño— Lidocaína. Debería funcionar durante un par de horas. Eso te permitirá pasar la cena y, después, te administraré ibuprofeno extra fuerte. Mientras mantengas tus sentidos en tu threep, deberías estar bien.

—Gracias —dije.

—Es interesante que no siempre mantengas todos los sentidos en tu tres —dijo Jerry mientras preparaba la lidocaína.

—No me gusta cómo se siente —dije—Si no puedo sentir mi cuerpo, me siento... fuera de lugar. A la deriva. Rara.

Jerry asintió.

—Lo entiendo, adivino —dijo—No todo el mundo lo hace así. Mi última clienta se mantenía plenamente consciente durante todo el trío. No le gustaba sentir lo que le pasaba a su cuerpo. Joder, no le gustaba reconocer que tenía un cuerpo. Le resultaba incómodo, creo que esa es la mejor forma de describirlo. Lo cual, en última instancia, era irónico.

—¿Cómo es eso?—

—Tuvo un infarto y ni siquiera lo notó —dijo Jerry—Se enteró por una alerta automática en su threep. Empezamos a trabajar para salvarla y ella nos llama desde su threep con una voz enfadada, diciéndonos que teníamos que ponerla en pie y en marcha de nuevo, que tenía una sesión a las tres con su psiquiatra que no podía perderse.

—¿La perdió?—

—Sí —dijo Jerry. Se puso un par de guantes—Cayó muerta en mitad de la frase, todavía enfadada. Por un lado, realmente no lo sintió, lo cual supongo que no es malo. Por otro lado, bueno. Creo que le sorprendió que pudiera morir. Pasaba tanto tiempo en su threep que creo que creía que realmente era ella. Me abrió la boca y sentí cómo me estiraban la mandíbula.

—De acuerdo. Es posible que sienta un pinchazo aquí durante un minuto.

* * *

La sala de trofeos de papá es impresionante, pero esa es la idea. Marcus Shane no es el tipo de persona que te dice que es más importante que tú. Le basta con dejar que sus trofeos hablen por él.

La parte oeste del espacio detalla sus inicios en el baloncesto. Incluye sus camisetas de la secundaria y el instituto, los cuatro trofeos DCIAA que ganó para el Cardozo High y la carta de aceptación que recibió de la Universidad de Georgetown, con una beca completa. A continuación, hay una cantidad ridícula de fotos de él en acción con los Hoyas, con quienes llegó tres veces a la Final Four y ganó el campeonato en su tercer año. La foto en la que aparece llorando mientras gira la red está ahí arriba, con un trozo de la red real dentro del mismo marco. Está rodeada por los premios Wooden, Naismith y Robinson, que ganó ese mismo año, y su Anillo de campeón sobre una almohada. El dolor de quedar fuera de la final de la NCAA en la semifinal de su último año se vio aliviado al ganar una medalla de oro olímpica. Todo el mundo coincidió en que las medallas de oro de su Olimpiada eran aún más feas de lo habitual. Por otro lado, era una medalla de oro olímpica, así que todo el mundo podía callarse.

En la parte sur del espacio, tenemos la carrera profesional de papá, toda ella con los Washington Wizards, a los que fue seleccionado tras una temporada particularmente abismal con solo dieciséis victorias. Mucho gente pensó que el equipo había echado a perder intencionadamente la temporada para poder fichar a papá en el draft. En privado, papá no creía que el entrenador o el director general tuvieran tanta capacidad de planificación estratégica. Ese entrenador se fue al final de la primera temporada de papá, el director general en la segunda, y dos años más tarde, papá llevó al equipo a los playoffs. Dos años después, Washington ganó el primero de tres campeonatos consecutivos.

Esta pared mostraba mucho fotos de papá suspendido en el aire, sus premios MVP de la liga y de la serie, algunos de los objetos más emblemáticos de su carrera profesional como embajador de marcas, una vitrina con sus cuatro anillos de campeón (el último conseguido en su último año como jugador) y, coronándolo todo, el trofeo largo y delgado que se obtiene al ser incluido en el Salón de la Fama Naismith, algo que le ocurrió en su primer año de elegibilidad.

El lado este del espacio comienza con una portada de revista de cuando papá todavía jugaba con los Wizards, no de Sports Illustrated, sino de una revista de negocios de Washington D. C., que fue la primera en darse cuenta de que el novato más cotizado de Estados Unidos no estaba comprando una casa estúpidamente grande ni derrochando su dinero como un idiota, sino que vivía en una modesta casa adosada en Alexandria e invertía en propiedades inmobiliarias en

el distrito y sus alrededores. Cuando papá se retiró del baloncesto, ganaba más dinero con su empresa inmobiliaria que con el baloncesto y los patrocinios, y se convirtió oficialmente en multimillonario el mismo año en que fue incluido en el Salón de la Fama. Este lado del espacio está lleno de diversos premios y menciones empresariales e inmobiliarias. Hay más de estos que de cualquier otra cosa. A los empresarios les gusta mucho dar premios.

El lado norte del espacio estaba relacionado con la labor filantrópica de papá y, en concreto, con su trabajo con el síndrome de Haden, algo natural para él después de que su único hijo (yo) se viera afectado por la enfermedad en su primera y terrible oleada, junto con millones de personas más, entre ellas Margaret Haden, la primera dama de los Estados Unidos. A pesar de que el síndrome lleva el nombre de la primera dama, fueron papá y mamá (la antigua Jacqueline Oxford, descendiente de una de las familias políticas más antiguas de Virginia) quienes se convirtieron en la cara pública de la concienciación sobre el síndrome de Haden, junto conmigo, por supuesto.

Así, esta pared se llenó de fotos de papá testificando ante el Congreso sobre la enorme investigación y desarrollo necesarios para hacer frente a los cuatro millones y medio de ciudadanos estadounidenses que de repente vieron sus mentes aisladas de sus cuerpos, estando presente cuando el presidente Benjamin Haden firmó la Ley de Investigación de Haden, formando parte de la junta directiva del Instituto Haden y de Sebring-Warner Industries, que desarrolló los primeros threeps, y estando virtualmente presente cuando se inauguró el Ágora, el entorno virtual desarrollado específicamente para los Haden, se abriera para que lo pobláramos y tuviéramos un espacio propio en el mundo.

Intercaladas con estas fotos había imágenes de nosotros: mamá, papá y yo, en varios lugares, conociendo a líderes mundiales, celebridades y otras familias Haden. Fui uno de los primeros niños Haden en tener y utilizar un threep, y mis padres se esforzaron por llevarme a todas partes en mi threep, no solo para que pudiera tener una infancia llena de experiencias personales envidiables, aunque eso era un beneficio adicional muy agradable. El objetivo era animar a los no afectados a ver a los threeps como personas, no como androides extraños que acababan de aparecer en medio de ellos. ¿Quién mejor para hacerlo que el hijo de uno de los hombres más famosos del mundo?

Así que, hasta que cumplí dieciocho años, fui uno de los Haden más famosos y fotografiados del mundo. La foto en la que le entrego una flor al Papa en la Basílica de San Pedro se cita habitualmente como una de las fotografías más famosas del último medio siglo: la

imagen de un threep del tamaño de un niño ofreciendo un lirio de Pascua al obispo de Roma es una yuxtaposición icónica de la tecnología moderna y la teología tradicional, en la que uno presenta una ofrenda de paz al otro, que se acerca sonriendo para aceptarla.

Cuando estaba en la universidad, un profesor me dijo que esa sola imagen había contribuido más a la aceptación de los Hadens como personas, y no como víctimas, que mil testimonios ante el Congreso o descubrimientos científicos—Le dije que lo que recordaba del papa era que tenía un aliento horrible. Vamos a Georgetown. Mi profesor era sacerdote. No creo que estuviera muy contento conmigo.

Mi padre había tomado la foto. Estaba en el centro de la pared norte. A la izquierda está su certificado por ser finalista del Pulitzer en la categoría de Fotografía Destacada, lo cual, incluso él, hay que reconocerlo, admite que es un poco ridículo. A la derecha está su Medalla Presidencial de la Libertad, que le fue otorgada hace un par de años por su trabajo con Haden's. Debajo hay una foto de él con la medalla colgada al cuello por el presidente Gilchrist, inclinándose y riendo para que Gilchrist, famoso por su baja estatura, pudiera ponérsela.

Tres meses después, Willard Hill fue elegido presidente. El presidente Hill promulgó la ley Abrams-Kettering. El presidente Hill no era bien visto en la casa de los Shane.

He vivido con la sala de trofeos toda mi vida, así que nunca pensé que tuviera nada de especial. Era solo otro espacio de la casa y, además, aburrido, ya que no me permitían jugar en él. Y sé que papá se toma los premios con bastante indiferencia a estas alturas. A excepción del Premio Nobel de la Paz, lo ha ganado prácticamente todo. Aparte de entretener a los visitantes o celebrar eventos, nunca le he visto poner un pie en la sala de trofeos. Ni siquiera guarda cosas allí, eso se lo deja a mamá.

Pero, claro, la sala de trofeos no es para nosotros. Es para todos los demás. Mi padre trata a diario con millonarios y multimillonarios, el tipo de personas que tienen egos al límite (y a veces mucho más allá) de la sociopatía. El tipo de personas que se creen los depredadores alfa en un universo de ovejas. Papá los lleva al espacio de trofeos y sus ojos se agrandan como platos y se dan cuenta de que cualquier mierda que tengan para pasar es insignificante en comparación con papá. Quizás haya tres personas en el mundo más interesantes que Marcus Shane. Ellos no son una de ellas.

Por eso, mamá, cuando se descuida, se refiere al espacio de trofeos como la «consulta del veterinario». Porque ahí es donde papá lleva a la gente para que les corten las pelotas.

Entré en la consulta del veterinario, con la mandíbula recién adormecida, para ver quiénes eran los donantes financieros y

testiculares de esa noche. Por supuesto, vi a papá al instante. Mide dos metros. Es difícil no verlo.

No estaba preparado para la otra persona que vi, de pie junto a papá, mirándolo, sonriendo, con una copa en la mano.

Era Nicholas Bell.

Capítulo siete

—¡CHRIS! —DIO DIJO, y de repente se cernió sobre mí, como suele hacer, para agarrarse a mí en un abrazo—¿Cómo estás, chico?

—Aplastado por ti, papá —dije, y él se rió. Era una respuesta habitual entre nosotros.

—Gracias por venir a conocer a la gente —dijo.

—Tenemos que hablar de eso —dije—, muy pronto.

—Lo sé, lo sé —dijo:—, pero luego llamó a Bell de todos modos. Bell se acercó, con una copa en la mano, todavía sonriendo—Este es Lucas Hubbard, director ejecutivo y presidente de Accelerant Investments.

—Hola, Chris —dijo:—, extendiendo la mano—Es agradable conocerte.

Le estreché la mano.

—Igualmente —dije—Lo siento, estoy teniendo una sensación de déjà vu.

Hubbard/Bell sonrió.

—Me pasa mucho —dijo. Dio un sorbo a su copa: whisky con hielo.

—Lo siento —dije—Es que me ha sorprendido.

—Así que sabes quién es Lucas —dijo papá, observando nuestro enigmático intercambio.

—No, no es eso —dije—Quiero decir, sí. Sé quién es Lucas Hubbard, por supuesto. Pero también sé...

—Dejé la frase en el aire. Se consideraba de mala educación reconocer que un Haden integrado estaba utilizando el cuerpo de otra persona.

—Conoces al Integrador que estoy utilizando —dijo: Hubbard, ahorrándome el paso en falso.

—Sí, eso es —dije—Nos hemos visto antes.

—¿Socialmente? —preguntó Hubbard.

—Profesionalmente —dije—Brevemente.

—Interesante —dijo Hubbard. Una mujer bastante atractiva se acercó y se colocó a su lado. Él la señaló—Y este es el consejero general de Accelerant Investments, Samuel Schwartz.

—Nos conocemos —dijo Schwartz, mirándome directamente.

—¿Ah, sí? —dijo Hubbard.

—También profesionalmente —dije—También brevemente.

—En efecto —dijo Schwartz, y sonrió—No identifiqué quién era usted al principio, cuando nos conocimos, agente Shane. Tuve que buscarlo a mitad de la conversación. Le pido disculpas.

—No hay por qué disculparse —dije—Estaba fuera de contexto. Hablando de eso, se ve un poco diferente de la última vez que lo vi, Sr. Schwartz. Es un aspecto inesperado.

Schwartz miró su cuerpo.

—Supongo que sí —dijo—Conozco a algunos Hadens a los que les gusta la integración de género, pero yo no suelo ser uno de ellos. Sin embargo, mi integrador habitual no estaba disponible esta noche y me añadieron a esta fiesta en el último momento. Así que tuve que hacer trabajo con quien estaba disponible.

—Podría haber sido peor —le aseguré. Él volvió a sonreír.

—No sé cómo me siento al saber que conoces a estos dos mejor que yo —dijo papá, con encanto y suavidad.

—A mí también me sorprende un poco —dije.

—A mí también —dijo Hubbard—No parece posible que tu padre y yo no nos hayamos cruzado antes, teniendo en cuenta todo. Pero, aparte de nuestras diversas oficinas, Accelerant Investments no hace mucho en el campo de los bienes raíces.

—¿Por qué es eso, Lucas? —pregunto papá.

—Como Haden, supongo que estoy menos en combate con el mundo físico —dijo Hubbard—Simplemente no es una prioridad para mí. Hizo un gesto a papá con su whisky—No creo que te importe que no compita en tu campo.

—No —dijo papá—Aunque no me molesta la competencia.

—Eso es porque eres muy bueno ganándole a la competencia —dijo Hubbard.

Papá se rió—Supongo que es cierto —dijo:.

—Por supuesto que lo es —dijo Hubbard, y luego me miró, sonriendo—Es algo que los dos tenemos en común.

* * *

Cuando nos dejamos a la mesa para cenar, llamé a Vann, utilizando mi voz interior para que nadie en la mesa supiera que mi atención estaba en otra parte.

Vann contestó: «Estoy ocupada»—dijo. Apenas podía oírla por el ruido de fondo.

«¿Dónde estás?», le pregunté.

«Estoy en un bar, tomando una copa e intentando ligar»—dijo: «lo que significa que estoy ocupada».

—Sé que Lucas Hubbard utiliza a Nicholas Bell como integrador.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Hubbard está dejando frente a mí en la mesa, utilizando a Bell.

—Joder —dijo Vann—Ha sido fácil.

—¿Qué debo hacer?

—Estás fuera de servicio, Shane —dijo Vann—Haz lo que quieras.

—Pensé que estarías un poco más emocionado —dije.

—Cuando me veas mañana, en el trabajo, estaré emocionado —prometió Vann—Ahora mismo estoy ocupado con otras cosas.

—Entendido —dije—Siento molestarte.

—Yo también —dijo Vann—Pero ya que lo has hecho, te diré que he avanzado con nuestro cadáver. Ya tenemos los resultados del ADN.

—¿Quién es?

—Aún no lo sé.

—Creí que habías dicho que habías avanzado —dije.

—Así es. El análisis de ADN no arrojó ningún resultado, pero determinó que probablemente sea de ascendencia navajo. Lo que podría explicar por qué no lo encontramos en la base de datos. Si es navajo y vivía en una reserva, todos sus registros estarían en las bases de datos de la reserva. No están vinculadas automáticamente a las bases de datos de EE. UU. porque la Nación Navajo es autónoma. ¡Y extrañamente desconfiada del Gobierno de Estados Unidos! —Vann soltó una carcajada al decir esto último.

—¿Con qué frecuencia ocurre eso? —pregunté—Incluso si vives en una reserva, si alguna vez la abandonas, probablemente hagas algo que te lleve a aparecer en nuestras bases de datos.

—Quizás este tipo nunca se fue —dijo:—Hasta que se fue.

—¿Les hemos enviado una solicitud? —pregunto—A la Nación Navajo, quiero decir.

—Nuestro equipo forense lo ha hecho, sí —dijo Vann—ADN, huellas dactilares y escaneo facial. Los navajos lo harán cuando puedan. No siempre dan prioridad a nuestras necesidades.

En la cabecera de la mesa, papá empezó a golpear su copa de vino y luego se levantó.

—Tengo que irme —dije—Mi padre está a punto de dar un discurso.

—Bien —dijo Vann—De todos modos, estaba a punto de colgarte. Y entonces lo hizo.

* * *

El discurso de papá fue el habitual —en casa, con donantes a los que todos fingen ser amigos—, es decir, ligero, familiar, casualmente íntimo, pero al mismo tiempo tocaba temas importantes para la nación y para su campaña al Senado, aún no anunciada oficialmente. Salió como suele salir, es decir, muy bien, porque papá es papá y lleva haciendo relaciones públicas desde que estaba en el instituto. Si Marcus Shane no te encanta, probablemente seas algún tipo de

sociópata.

Pero al final del discurso hubo un cambio con respecto al texto. Papá mencionó «los retos y oportunidades que Abrams-Kettering nos ofrece a cada uno de nosotros», lo que me pareció un poco fuera de contexto, ya que solo Hubbard, Schwartz y yo teníamos Haden's. Así que hice trampa y eché un rápido vistazo a las caras de las demás personas de la mesa. Cinco de ellos eran directores generales y/o presidentes de empresas que, de una forma u otra, se dedicaban al mercado de Haden, y todas ellas tenían su sede aquí, en Virginia.

Eso lo explicaba todo. Y también por qué papá estaba especialmente interesado en que yo asistiera a la cena.

Lo que significaba, por supuesto, que me ponían en un aprieto.

—¿Y qué opinas de Abrams-Kettering, Chris? —me preguntó uno de los invitados a la cena. El escáner facial lo identificó como Rick Wisson, el marido de Jim Buchold, director ejecutivo de Loudoun Pharma. Buchold, que estaba sentado junto a su marido, le lanzó una mirada, que Wisson no percibió o ignoró. No me imagino que el viaje de vuelta a casa esa noche fuera especialmente agradable.

—No creo que te sorprenda especialmente que mi opinión coincida en gran medida con la de mi padre —dije: pasando la pelota de la conversación a papá.

Él, naturalmente, la atrapó con facilidad.

—Lo que Chris quiere decir es que, como con la mayoría de los temas relacionados con Haden's, hablamos mucho sobre ello en familia —dijo—Así que lo que acabo diciendo es el resultado de largas discusiones entre los tres. Ahora bien, creo que todo el mundo sabe que me opuse públicamente a Abrams-Kettering. Sigo pensando que era la solución equivocada a algo que no era un problema —sabemos que, como grupo, los Haden contribuyen más a la economía nacional de lo que reciben de ella. Pero Abrams-Kettering se aprobó, para bien o para mal, y ahora es el momento de ver cómo hacemos que este nuevo entorno sea nuestro trabajo.

—Eso —dije, señalando a mi padre al otro lado de la mesa.

—¿Qué opinas de la huelga? ¿Y de la marcha? —pregunto Wisson.

—Rick —dijo Jim Buchold, con la mayor amabilidad que pudo reunir.

—No está fuera de lugar en una cena —dijo: «al menos, no en esta cena». Y Chris es un Haden de verdad.

—En realidad, somos tres en la mesa —dije, señalando con la cabeza a Hubbard y Schwartz.

—Con el debido respeto a Lucas y al Sr. Schwartz, ellos no se verán exactamente afectados por los cambios en la ley —dijo Wisson. Hubbard y Schwartz sonrieron levemente ante esto—Tú, por otro

lado, tienes un trabajo y estás ahí fuera, en la calle. Tienes que tener alguna opinión al respecto.

—Creo que todo el mundo tiene derecho a su propia opinión y a reunirse pacíficamente —dije—En caso de duda, recurra a la Primera Enmienda.

—Me preocupa la parte de «pacífico» —dijo: Carole Lamb, al otro lado de la mesa. Ella era una de las personas para las que se había contratado al aparcacoches. Era mayor y conservadora de una forma que solo los viejos liberales pueden serlo.

—Mi hija me dice que la policía de Washington va a movilizar a toda su fuerza este fin de semana. Les preocupan los disturbios.

—¿Y por qué, señora Lamb? —preguntó Sam Schwartz.

—Dijo que les preocupa que los Hadens que van a manifestarse no se asusten de la policía —dijo Lamb—Los Threeps no son como los cuerpos humanos.

—A su hija le preocupa un levantamiento de los robots —dije.

Lamb me miró y se sonrojó inmediatamente.

—No es eso —dijo: apresuradamente—Es solo que esta es la primera protesta masiva de los Haden. Es diferente a cualquier otra protesta.

—Levantamiento de robots —dije, y luego levanté la mano antes de que Lamb se pusiera aún más nerviosa—Los Threeps no son cuerpos humanos, no. Pero tampoco son Terminators. Los que utilizamos para desplazarnos a diario están diseñados intencionadamente para parecerse lo más posible al cuerpo humano en términos de fuerza, agilidad y otros factores.

—Porque sigue siendo un humano el que maneja el threep —dijo papá.

—Exacto —dije—Y un humano vamos a utilizar mejor una máquina adaptada a las capacidades naturales humanas que una que no lo esté. Levanté la mano—Esta es una mano mecánica, unida a un brazo mecánico. Pero está diseñada para la fuerza humana. No voy a poder volcar esta mesa en un arranque de ira. Los manifestantes no vamos a pisotear el Mall ni a lanzar coches.

—Los tres pies siguen siendo más resistentes que los cuerpos humanos —señaló Wisson—Pueden soportar mucho daño.

—Bueno —dije—, os contaré una historia. Mamá y papá la recordarán. Cuando tenía ocho años, me regalaron una bicicleta nueva por mi cumpleaños...

—Dios mío, esta historia —dijo mamá.

—Y en ese momento acababa de descubrir las acrobacias con BMX —continué—Así que una mañana hice una rampa en la entrada de nuestra casa y me ponía a saltar, trabajando para animarme a hacer un giro o algo así. Finalmente me animé, pedaleé tan rápido como

pude, subí por la rampa, intenté un giro y salí volando por los aires, cayendo de espaldas en la carretera, justo en la trayectoria de una camioneta que iba a cincuenta por hora. Me atropelló —

—Odio esta historia —dijo mamá. Papá sonrió.

—Y me desintegré —dije—El impacto destrozó mi cuerpo. Mi cabeza salió disparada y voló hasta los arbustos del vecino. No tenía ni idea de lo que había pasado. Sentí como si me hubieran empujado con mucha fuerza, el mundo dio vueltas y, de repente, volví a mi cuerpo, preguntándome qué demonios acababa de pasar.

—Si hubiera sido tu cuerpo humano, habrías muerto —señaló papá.

—Sí, lo sé —dije—, lo cual tú o mamá mencionáis cada vez que se saca el tema. La cuestión es —me volví hacia Wisson— que los threeps pueden ser más resistentes que los cuerpos humanos, pero aun así pueden dañarse. Y los threeps no son baratos. Cuestan lo mismo que un coche. La mayoría de la gente no va a querer que un policía golpee su threep con una porra, del mismo modo que no querría que un policía utilice una porra en el parachoques de su coche. Así que no creo que tengamos que preocuparnos por una rebelión de los robots. Los robots cuestan demasiado dinero para eso.

—¿Qué pasó después de que el camión te atropellara? —pregunto Schwartz.

—Bueno, estuve sin threep durante un tiempo —dije, y eso provocó risas—Y creo que el conductor del camioneta de mudanzas amenazó con demandar a papá.

—Dijo que yo era el culpable porque era el propietario del threep y este se cruzó en su camino, y él tenía prioridad —dijo papá.

—No habría tenido caso —dije—Los transportes personales son una clase especial de máquinas según la ley. Salvo en caso de homicidio involuntario, atropellar a un threep con una camioneta conlleva las mismas sanciones que atropellar a un ser humano.

—Cierto, pero no quería que mi nombre saliera en las noticias por eso —dijo papá—Así que le pagué. Le pagué los daños de la camioneta y le di entradas para ver a los Wizards.

—Nunca me has dado entradas para la pista —dijo Buchold.

—No te hagas ilusiones —dijo: papá, y todos se rieron de nuevo—Además, Chris es agente del FBI ahora. Ahora te meterías en problemas si atropellaras a mi chico con una camioneta.

—La otra cosa que recuerdo es que el siguiente threep que compré era una auténtica porquería —dije, y me volví hacia papá —«¿Qué modelo era?», preguntó

. «Un Metro Junior Courier», respondió papá. «Un modelo realmente cutre».

«Oh, oh»—dijo Hubbard. «Accelerant es el propietario de Metro».

«Bueno, entonces»—dije: «te culpo a ti».

«Me parece justo»—dijo Hubbard. «Aunque esto fue hace VEINTE años, ¿no?».

—Más o menos —dije.

—Entonces aún no era mío —dijo Hubbard—Lo compramos hace dieciocho años. No, diecisiete. ¿Diecisiete? —Se volvió hacia Schwartz, que parecía sorprendido. Hubbard parecía molesto con su abogado, pero luego le dio una palmada en la mano para tranquilizarlo—Diecisiete —dijo finalmente—Lo compramos porque las acciones estaban deprimidas debido a una mala racha de modelos, incluidos el Courier y el Junior Courier.

—Me lo creo —dije—Fue el último modelo Metro que compramos.

—Han mejorado —dijo Hubbard—Si quiere probarlo, puedo enviarle uno de nuestros últimos modelos.

—Gracias, pero acabo de comprar este —señalé mi 660XS—No estoy buscando comprar otro.

Hubbard sonrió.

—Es curioso, porque hemos iniciado conversaciones con Sebring-Warner sobre una fusión.

—Lo he leído en el Post esta mañana —dijo papá.

—Esa noticia solo era inexacta en un sesenta por ciento —dijo Hubbard.

—Ajá —dije: «y luego miré a Schwartz».

—¿Qué? —dijo él.

—Por eso utilizas un Ajax 370 —dije—Investigación de mercado.

Schwartz me miró sin comprender.

—Muy perspicaz —dijo Hubbard—Sí, Sam ha estado probando algunos de los modelos, junto con otros miembros de mi personal. La experiencia práctica tiene su importancia, por así decirlo.

—¿Tiene esto que ver con Abrams-Kettering? —pregunto papá—Las conversaciones sobre la fusión.

—En cierto modo —dijo Hubbard—Las subvenciones gubernamentales para los threeps se agotan a finales de año, así que ahora mismo estamos vendiendo todos los threeps que podemos. Pero cuando llegue enero, todo va a contraerse. La fusión es una protección contra eso. Pero también me interesa su programa de I+D, que está haciendo cosas interesantes. Se volvió hacia mí—Ahora mismo están haciendo un trabajo pionero en el ámbito del gusto.

—¿En estética o en, por ejemplo, degustar cosas? —pregunté.

—En degustar cosas, en realidad —dijo Hubbard—Ha sido el único sentido que nunca se ha desarrollado bien en los tres, porque no tiene un uso práctico. Los tres no tienen que comer. Pero no hay ninguna razón por la que no puedan hacerlo. Señaló mi sitio en la

mesa, que estaba vacío de comida.

—Estar ahora mismo en la mesa sería más natural si estuvieras comiendo, y no solo dejando ahí.

—Para ser justos, estoy comiendo —dije—, solo que en la otra habitación. Y a través de un tubo, lo cual no dije, porque podría haber sido un tema un poco oscuro para una conversación durante la cena.

—Y el cojín de mi asiento tiene un cargador inductivo. Así que mi threep también está comiendo, por así decirlo.

—Aun así —dijo Hubbard—, Chris, uno de los grandes objetivos que tú y tu familia habéis intentado alcanzar es la idea de que la gente vea a los threeps como humanos. A pesar de tu buen trabajo, todavía queda mucho por hacer. Hizo un gesto a Carole Lamb, que parecía sorprendida por la repentina atención—La hija de nuestro colega nos ha planteado esa cuestión esta misma noche. Poder dejar a un threep a la mesa y que coma de verdad continuaría ese camino hacia la humanización.

—Quizá —dije—, tengo que decirte que me pregunto dónde iría a parar la comida una vez que la probara.

—Hay mejores formas de humanizar a los Hadens —dijo Buchold —, como devolverles sus cuerpos.

Hubbard dirigió su atención a Buchold.

—Ah. Claro. Jim Buchold. La única persona en la mesa cuyo negocio no se ve afectado por Abrams-Kettering.

—No creo que se pueda criticar al Congreso por mantener los niveles de investigación médica de los Haden al cien por cien —dijo Buchold—Buscamos resolver el problema, no sacar provecho de él.

—Es muy noble de tu parte —dijo Hubbard—Aunque vi el último informe trimestral de Loudoun. Estás obteniendo muy buenos beneficios.

Buchold se volvió hacia mí.

—Chris, déjame preguntarte algo —dijo. Señaló mi plato vacío—¿Cómo prefieres saborear la comida? ¿A través de un threep o con tu propia lengua? —

Ahora era el turno de Wisson de lanzarle una mirada a su marido, y con razón. Era imposible que esta discusión no se volviera incómoda rápidamente.

Pero antes de que pudiera responder, Buchold continuó: «Hemos estado haciendo trabajo de investigación para liberar a los enfermos de Haden»—dijo: «no solo para simular la alimentación, sino para devolver a los Haden la integridad corporal básica para hacer cosas como masticar y tragar». Liberar sus cuerpos y traerlos de vuelta...

—

—¿Traernos de vuelta de qué, exactamente? —dijo Hubbard—¿De una comunidad de cinco millones de personas en Estados Unidos

y cuarenta millones en todo el mundo? ¿De una cultura emergente que interactúa con el mundo físico, pero es independiente de él, con sus propias preocupaciones, intereses y economía? ¿Sabes que un gran número de Hadens no tienen ningún recuerdo del mundo físico, verdad? —Hubbard me señaló—Chris experimentó el encierro a los dos años. ¿Qué recuerdas de cuando tenías dos años, Jim? —

Miré a papá, pero estaba enfrascado en un combate paralelo con Carole Lamb y mi madre. No iba a ser de ninguna ayuda aquí.

—No estás entendiendo lo importante —dijo Buchold—Lo que intentamos ofrecer son opciones. La capacidad de liberarse de las limitaciones físicas con las que viven los Hadens a diario.

—¿Te parezco limitado? —dijo: Hubbard—¿Y Chris? —dije:

—Estoy aquí, chicos —dije.

—Entonces dime, ¿te sientes limitado? —me preguntó Hubbard.

—La verdad es que no —admití—Pero, como has dicho: «dije: no tengo muchos puntos de referencia para comparar».

—Yo sí —dijo Hubbard—Tenía veinticinco años cuando me encerraron. Las cosas que he hecho desde entonces son cosas que cualquier persona podría hacer. Que cualquier persona querría hacer.

—Solo tienes que tomar prestado el cuerpo de otra persona para hacerlas —dijo Buchold.

Hubbard sonrió, mostrando los dientes.

—No tomo prestado el cuerpo de otra persona para fingir que no tengo el de Haden, Jim —dijo—Tomo prestado el cuerpo de otra persona porque, de lo contrario, hay un cierto porcentaje de gente que se olvida de que soy una persona.

—Razón de más para buscar una cura —dijo Buchold.

—No —dijo Hubbard—Hacer que la gente cambie porque no puedes aceptar cómo son no es la forma correcta de hacerlo. Lo que hay que hacer es que la gente saque la cabeza del culo. Tú dices «cura». Yo oigo «no eres lo suficientemente humano».

—Oh, vamos —dijo Buchold—No te pongas en plan crítico conmigo, Hubbard. Nadie está diciendo eso y lo sabes.

—¿Lo sé? —dijo Hubbard—Hay algo en lo que pensar, Jim. En este momento, las redes neuronales, los threeps y todas las innovaciones que surgieron de la Ley de Iniciativa de Investigación Haden se han mantenido en beneficio de los Haden. Hasta ahora, la FDA solo los ha aprobado para los Haden. Pero los parapléjicos y tetrapléjicos pueden beneficiarse de los threeps. También pueden hacerlo otros estadounidenses con problemas de movilidad. Y también los estadounidenses mayores cuyos cuerpos les fallan de una forma u otra.

—La FDA ha reservado los threeps para las víctimas de Haden porque meter un segundo cerebro en tu cabeza es intrínsecamente

peligroso —dijo Buchold—Lo haces si no tienes otra opción.

—Pero todos los demás deberían seguir teniendo esa opción—dijo Hubbard—Y ahora, por fin, vamos a tener acceso a estas tecnologías. Entre otras cosas, Abrams-Kettering abre el camino para que estas tecnologías lleguen a más personas. Más estadounidenses utilizarán estas tecnologías en el futuro. Millones más. Cuando lo hagan, Jim, ¿también los vas a despreciar y menospreciar? —

—Creo que no estás entendiendo lo que digo —dijo Buchold.

—Lo entiendo ok —dijo Hubbard—Quiero que entiendas que lo que yo oigo me suena a intolerancia.

—Por Dios —dijo Buchold—Ahora suenas como esa maldita Cassandra Bell.

—Oh, tío —dije.

—¿Qué? —dijo Buchold, volviéndose hacia mí.

—Eh...

—dije.

—Chris no quiere decirte que mi Integrador para esta noche es Nicholas Bell, el hermano mayor de Cassandra Bell —dijo Hubbard—Yo, por mi parte, no tengo ningún problema en decírtelo.

Buchold se quedó mirando a Hubbard en silencio durante un momento. Luego dijo:

—Tienes que estar jodidamente...

—Jim —dijo Wisson, interrumpiéndole.

—¿Va todo bien? —preguntó papá. Por fin había vuelto a fijar su atención en nuestro extremo de la mesa.

—Todo va bien, papá —dije—Pero creo que Jim tiene un par de preguntas que sería mejor que te hiciera directamente a ti. Si a Carole no le importa cambiar de sitio con él un momento, sería amor.

—Por supuesto que no —dijo Lamb.

—Excelente —dije, y miré a Buchold, esperando que captara la indirecta o, al menos, que me agradeciera por darle la oportunidad de hablar con papá. Asintió secamente, se levantó y cambió de asiento.

Hubbard se inclinó hacia mí.

—Agradable— dijo en voz muy baja.

Asentí y luego me froté la mandíbula. El dolor estaba volviendo. Estaba bastante seguro de que no era por mi muela.

Mi teléfono interno sonó. Respondí con mi voz interior.

—Sí —dije.

—Shane —dijo Vann—, ¿a qué distancia estás de Leesburg ahora mismo?

—A unos diez kilómetros —dije—¿Por qué?

—¿Has oído hablar de Loudoun Pharma? —dijo:

—De hecho, voy a cenar con su director general y su marido —dije:

—¿Por qué? —

—Acaba de explotar —dijo Vann.

—¿Qué? —Miré a Buchold, que estaba hablando animadamente con mi padre.

—Acaba de estallar —repitió Vann—Y parece que un Haden está involucrado.

—Estás bromeando.

—Ojalá, porque entonces estaría echando un polvo en lugar de ir hacia allí —dijo Vann—Sal ahora mismo. Empieza a hacer un mapa del lugar y a recopilar datos. Llegaré en unos cuarenta minutos.

—¿Qué le digo a Jim Buchold? —pregunto.

—¿Es el director ejecutivo?

—Sí —dije. Entonces me di cuenta de que Buchold estaba buscando su teléfono en el bolsillo de su traje—Espera, creo que se está enterando.

Buchold se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación, con el teléfono aún pegado a la oreja. Rick Wisson lo vio marcharse, confundido.

—Sí —dije:

—Lo sabe.

Capítulo ocho

EL CAMPUS de LOUDOUN PHARMA constaba de dos edificios principales. Uno albergaba las oficinas de la alta dirección, los mandos intermedios y el personal de apoyo, los representantes locales y los lobistas de la empresa en Washington D. C. y Richmond. El otro contenía los laboratorios, donde trabajaban los científicos, el personal de TI y sus respectivos equipos de apoyo.

El edificio de oficinas era una ruina. Todas las ventanas del lado este de la estructura estaban destrozadas y se habían caído de las paredes. La mayoría del resto de las ventanas presentaban diversos grados de daño. Los papeles salían volando por los agujeros, revoloteando en el aire antes de posarse en la sombreada avenida que separaba los dos edificios.

Los laboratorios habían desaparecido en su mayor parte.

Los camiones de bomberos de todos los rincones del condado de Loudoun rodeaban los escombros y los bomberos buscaban algo que apagar. Había muy poco que apagar. La explosión había derrumbado el edificio sobre sí mismo, sofocando cualquier fuego incipiente antes de que pudiera propagarse. Los técnicos de emergencias médicas marcaban el edificio derrumbado, utilizando escáneres para localizar las tarjetas de identificación equipadas con RFID que utilizaba el personal de Loudoun Pharma.

Había seis tarjetas emitiendo señales, todas ellas del personal de limpieza. Los técnicos de emergencias médicas desplegaron robots con forma de cucaracha y serpiente para que se abalanzaran entre los escombros hacia las tarjetas y comprobaran si aún estaban adheridas a alguien vivo.

No lo estaban.

—Esto es lo que vieron los guardias de seguridad —dije a Vann. Estábamos en su coche y yo estaba transfiriendo las imágenes a su salpicadero. Ella estaba chupando como un demonio uno de sus cigarrillos. Podría haber sido un efecto secundario de la frustración sexual, pero no era el momento de preguntar. Mantuve la puerta de mi lado abierta para ventilar el humo.

En el salpicadero, pudimos ver la imagen de la cámara de un puesto de vigilancia en la que se veía un todoterreno acelerando hacia el aparcamiento y luego embistiendo la verja, rompiéndola al atravesarla.

—Retrocede y pausa justo antes de que se rompa —dijo Vann. Dije: lo hice. Ella señaló:

—La matrícula y la cara —dijo.

—De acuerdo —dije—, pero ninguna de las dos coincide con la tarjeta RFID que sonó cuando el todoterreno irrumpió.

—¿A quién pertenece la tarjeta?

—Karl Baer —dije—, es genetista. Trabaja en el laboratorio.

También es un Haden, por eso nos detectó.

—No es un tres el que conduce el todoterreno —dijo Vann—Así que quienquiera que sea, ha robado la identificación de Baer. Pero ¿por qué haría eso y luego embestiría la maldita puerta?

—Necesitaban la identificación para acceder al aparcamiento subterráneo de los laboratorios —dije—El aparcamiento para el personal está en los garajes. El aparcamiento para visitantes está fuera.

—Y un todoterreno lleno de explosivos es mucho más eficaz debajo del edificio que al lado.

—Imagino que esa es la idea, sí.

—Entonces, si es una identificación robada, ¿tenemos que estar aquí? —pregunto Vann—¿Todavía?

Me detuve un segundo, preguntándome por qué me preguntaba eso, y luego recordé que todavía era mi primer día con ella, por increíble que pareciera en ese momento. Todavía me estaba poniendo a prueba.

—Sí, tenemos que estar aquí —dije—Primero, tenemos que comprobar con Baer que la identificación fue robada. Segundo —señalé la imagen del todoterreno a punto de embestir la puerta—, está el hecho de que este todoterreno está registrado a nombre de Jay Kearney.

—¿Se supone que debo saber quién es Jay Kearney?

—Podrías saberlo —dije—Es un integrador. O lo era.

Vann dio una última calada a su cigarrillo y lo apagó en la ventanilla.

—Enséñame una foto nítida de Kearney —dijo.

Cargué la foto de su licencia de integrador en el salpicadero y la coloqué junto a la imagen de la persona que conducía el coche. Vann se inclinó y miró con atención.

—¿Qué opinas? —pregunto.

—Podría ser. Podría ser —dijo—Miró por encima del salpicadero hacia el edificio derrumbado y las luces de exhibición de la policía, los bomberos y los servicios de emergencia—¿Ya lo han encontrado?

—No creo que lo estén buscando —dije—Están buscando a los conserjes. Y, de todos modos, si estaba en el todoterreno cuando se fue, ahora es una fina capa de ceniza esparcida por todo el aparcamiento.

—¿Se lo has contado a alguien?

—Aquí nadie está interesado en hablar conmigo —dije—Me

encargo de los asuntos de Haden, no del terrorismo. Mientras decía esto, el sonido lejano de un helicóptero se hizo más fuerte y más fuerte.

—Probablemente sea terrorismo —dijo Vann—Les gusta hacer una entrada triunfal.

Señalé la imagen. La obtuve de seguridad al mismo tiempo que la policía de Leesburg y los sheriffs de Loudoun, pero no creo que la hayan visto todavía.

—De acuerdo —dijo Vann. Borró las imágenes de su pantalla—¿Dónde estás estacionado?

—No lo estoy —dije—Me trajo Jim Buchold, el director ejecutivo. Está gritándole a la policía de Leesburg.

—Bien —dijo Vann. Arrancó el coche.

—¿Adónde vamos? —Cerré la puerta de mi lado.

—Vamos a visitar a Karl Baer —dijo Vann—Busca su dirección, por favor.

—¿Necesitamos una orden judicial? —pregunté mientras lo hacía.

—Quiero hablar con él, no arrestarlo —dijo Vann—Pero podrías ver si puedes conseguir una orden para los registros de Kearney. Quiero saber con quién se estaba integrando. A ver si puedes conseguir también los registros de Nicholas Bell. Dos integradores posiblemente relacionados con un asesinato en un solo día es demasiado para mí.

* * *

El apartamento de Karl Baer estaba en un pequeño complejo de apartamentos grises en Leesburg, junto a un supermercado y un International House of Pancakes. Estaba en un apartamento de la esquina inferior, escondido debajo de una escalera. No hubo respuesta cuando llamamos a la puerta.

—Es un Haden —señalé.

—Si vive aquí, tiene un tres —dijo Vann—Si tiene una maldita tarjeta de empleado de Loudoun Pharma, entonces tiene un tres. Puede abrir la puerta. Volvió a llamar.

—Vamos a dar la vuelta y veré si puedo ver algo por la ventana —dije, después de un minuto.

—Sí, vale —dijo Vann—No, espera. Probó el pomo de la puerta. Giró completamente.

—¿De verdad vas a hacer esto? —pregunto, mirando el pomo de la puerta.

—La puerta estaba abierta —dijo Vann.

—La puerta estaba cerrada —dije—Solo sin cerrar con llave.

—¿Estás grabando?

—¿Ahora mismo? No.

Vann empujó la puerta para abrirla.

—Mira, está abierta —dijo.

—Eres un ejemplo de prácticas constitucionales seguras, Vann —dije, repitiendo lo que ella había dicho antes ese mismo día.

Ella sonrió.

—Vamos —dijo.

Encontramos a Karl Baer en su dormitorio, con un cuchillo clavado en el cerebro. Un threep estaba de pie junto a su cuna, con el mango del cuchillo en la mano, a la altura de la sien de Baer.

—Joder —dije.

—Vamos a abrir las persianas —dijo Vann. Hice lo que me dijo— Si alguien pregunta, vinisteis por la parte de atrás, mirasteis dentro y visteis esto, y entonces entramos en el apartamento.

—No tengo buen presentimiento sobre esto —dije.

—¿Qué hay para tener buen presentimiento? —preguntó Vann— ¿Ya estás grabando?

—No —dije.

—Empieza —dijo ella.

—Ya estoy grabando.

Vann se acercó al interruptor de la luz y lo encendió con el codo.

—Empieza a trazar el mapa —dijo. Se puso un par de guantes mientras yo hacía lo mismo. Cuando terminé de trazar el mapa, vamos, cogió una tableta que había en la mesita junto a la cuna de Baer y encendió la pantalla.

—Shane —dijo. Giró la tableta para que pudiera ver la pantalla. Jay Kearney aparecía en ella.

—¿Es un vídeo? —pregunto.

—Sí —dijo Vann, volviendo a girar la pantalla hacia ella. Me acerqué a ella y ella pulsó «play».

En la pantalla, Jay Kearney cobró vida. Sostenía la tableta de manera que tanto él como Karl Baer quedaban captados por la cámara.

—Soy Karl Baer —dijo Kearney—Hablo en mi nombre y en el de mi buen amigo Jay Kearney, con quien ahora estoy integrado. Durante los últimos ocho años he trabajado en Loudoun Pharma como genetista, formando parte de un equipo que trabaja para revertir los efectos del síndrome de Haden.

—Cuando me incorporé a Loudoun, creía que lo que hacía era lo correcto para los Haden. Ninguno de nosotros pidió estar atrapado en nuestro cuerpo. Yo, desde luego, no. Era un adolescente cuando enfermé y me arrebataron todas las cosas a las que sentía amor. Trabajar para revertir los cambios que el síndrome de Haden había traído a mi vida tenía sentido para mí. Esperaba con ilusión la

oportunidad de tener esa nueva vida.

—Pero a medida que pasé, empecé a darme cuenta de que el síndrome de Haden no era una condena perpetua. Era simplemente otra forma de vivir. Empecé a ver la belleza del mundo que los Hadens estábamos creando, los millones de nosotros, en nuestros propios espacios y a nuestra manera. Y empecé a escuchar las palabras de Cassandra Bell, que dijo que personas como yo, personas que hacían trabajo para «curar» a los Haden, estaban en realidad matando a la primera nueva nación de la humanidad que había surgido en siglos.

—Tiene razón. Lo estamos haciendo. Yo lo estoy haciendo. Y es hora de ponerle fin.

—No es algo que pudiera haber hecho yo solo. Afortunadamente, mi amigo Jay cree lo mismo que yo y lo cree lo suficiente como para ayudarme. Otros, cuyos nombres no voy a revelar, nos ayudaron a lo largo del camino proporcionándonos materiales y ayudándonos a planificar. Y ahora lo único que queda por hacer es ponerlo todo en marcha. Jay y yo lo haremos juntos. Y cuando él haya terminado su parte, volveré aquí para unirme a él en la siguiente parte de nuestro viaje juntos. Adivino que, si estás viendo esto, sabes cómo lo hice.

—Para mi familia y amigos, sé que mis acciones, nuestras acciones, pueden parecer incomprensibles. Sé que existe la posibilidad de que algunas personas inocentes resulten heridas o incluso mueran. Lo lamento y pido perdón a aquellos que perderán a sus seres queridos esta noche. Pero les pido que comprendan que, si no tomo estas medidas ahora, lo que está haciendo Loudoun Pharma conducirá a la extinción de todo un pueblo. Un genocidio cometido a través de la supuesta bondad.

—A mis colegas de Loudoun Pharma: sé que muchos de ustedes estarán enfadados conmigo, ahora que mis acciones han retrasado su trabajo y su investigación varios años. Pero lo que les pido ahora es que dediquen ese tiempo a pensar en las consecuencias de lo que están haciendo. Lean y escuchen las palabras de Cassandra Bell, como yo he hecho. Creo en lo que ella dice. Creo en ella. Sigo su filosofía en las cosas que hago hoy en día. Creo que con el tiempo ustedes también lo harán.

—Adiós y lo mejor para todos los Hadens. Estoy con ustedes, siempre.

* * *

—Nada de esto tiene sentido— dijo Jim Buchold.

Estábamos en la sala de estar de la casa de Buchold y Wisson, a las afueras de Leesburg. Al parecer, la policía de Leesburg, los sheriffs del condado de Loudoun y el FBI tuvieron que sacar a Buchold por la

fuerza del campus de Loudoun Pharma para poder hacer su trabajo. Como resultado, Buchold daba vueltas por la sala de estar, sintiéndose inútil. Wisson le había preparado una copa a su marido para calmarlo. La copa se dejó sin beber sobre la mesa. Al final, Wisson se la bebió él mismo.

—¿Por qué no tiene ningún sentido? —preguntó Vann.

—Porque Karl era el investigador principal de Neuroulease.

—¿Y qué es eso? —preguntó Vann.

—Es el fármaco que estábamos desarrollando para estimular el sistema nervioso voluntario en las víctimas de Haden —dijo Buchold. A pesar mío, me sentí vagamente molesto por el hecho de utilizar la palabra «víctima» en esa frase: Haden suprime la capacidad del cerebro para comunicarse con el sistema nervioso voluntario. Neuroulease estimula al cerebro a desarrollar nuevas vías hacia el sistema. Hemos realizado pruebas en chimpancés que han funcionado y hemos estado haciendo trabajo con ratones modificados genéticamente. El progreso fue lento, pero alentador.

—¿«Neuroulease» es el nombre del compuesto químico? —pregunto.

—Es el nombre comercial que pensamos utilizar —dijo Buchold— El nombre real del compuesto químico tiene unas ciento veinte letras. La versión más reciente del compuesto, en la que trabajaba Karl, se llamaba LPNX-211 para el registro interno.

—¿Y el Dr. Baer nunca mostró ningún indicio de desarrollar una oposición moral a lo que estaba investigando? —pregunto Vann.

—Por supuesto que no —dijo Buchold—No pasé mucho tiempo con él, pero, por lo que sé, lo único que le importaba a Karl era su trabajo y el fútbol americano de Notre Dame. Estudió allí la carrera. Cuando tenía una presentación, siempre se las arreglaba para incluir una diapositiva con el equipo. Lo toleraba porque su trabajo era muy bueno.

—¿Qué hay de su relación con Jay Kearney?— pregunté.

—¿Quién?

—El Integrador cuyo cuerpo creemos que Baer utilizó para conducir el vehículo hasta el aparcamiento— dijo Vann.

—Nunca he oído hablar de él— dijo Buchold— Karl siempre utilizaba su threep en el trabajo.

—¿Viste a Kearney integrándose con Baer fuera del trabajo?— pregunté.

Buchold miró a su marido.

—No nos movíamos exactamente en los mismos círculos sociales —dijo Wisson—No animo a Jim a ser demasiado amistoso con su personal. Es mejor que lo vean como un jefe en lugar de como un amigo.

—Entonces eso sería un no —dijo Vann.

—No es porque sea un Haden, o fuera un Haden —dijo: Buchold. Se volvió hacia mí.

—Trato a todos mis empleados por igual. Tenemos un responsable de cumplimiento en RR. HH. para asegurarnos de ello.

—Le creo —dije.

—Sí, pero también has oído a ese hijo de puta de Hubbard criticándome esta noche —dijo Buchold—Tengo quince investigadores Haden en mi plantilla. Ninguno de ellos estaría allí sí pensaran que los trato como subhumanos o que lo que hacemos es malo para los Haden.

—Sr. Buchold —dije: levantando una mano—No estoy aquí para juzgarlo. Y tampoco estoy aquí para correr a contarle todo a mi padre. Ahora mismo estoy aquí investigando el atentado contra sus instalaciones. Nuestro principal sospechoso en este momento es uno de sus empleados. Lo único que nos interesa es averiguar si realmente es él el autor del atentado y por qué lo hizo. Buchold pareció relajarse un poco al oír eso.

Pero entonces Vann volvió a ponerlo nervioso:

—¿Alguna vez el Dr. Baer habló de Cassandra Bell? —pregunto ella.

—¿Por qué demonios iba a hacerlo? —Jim —dijo Wisson.

—No —dijo Buchold, lanzando una mirada a su marido—Nunca le oí hablar de Cassandra Bell.

—¿Y los investigadores que le rodeaban? —continuó Vann.

—Habría conversaciones casuales sobre ella porque se sabe que se opone a nuestra línea de investigación —dijo Buchold—Siempre nos preguntamos si aparecerían manifestantes como los que aparecen por las pruebas con animales que tenemos que hacer. Pero nunca apareció ninguno y no creo que nadie le prestara mucho pensamiento. ¿Por qué? —

Miré a Vann para ver qué pensaba. Ella asintió con la cabeza.

—El Dr. Baer dejó una nota de suicidio —dije—Mencionaba a Cassandra Bell en ella.

—¿Cómo? ¿Está ella detrás de esto de alguna manera? —preguntó Buchold.

—No tenemos motivos para creerlo —dijo Vann—, pero también tenemos que seguir todas las pistas.

—Sabía que esto iba a pasar —dijo Buchold.

—¿Qué iba a pasar? —pregunto.

—Violencia —dijo Buchold—Rick te lo dirá. Esos imbéciles aprobaron la ley Abrams-Kettering y yo le dije que tarde o temprano habría problemas. No se puede simplemente tomar a cinco millones de personas que viven a costa del gobierno, echarlas a la calle y esperar

que no se rebelen. Me miró.

—No te ofendas.

—No me ofende —dije: lo cual no era del todo cierto, pero lo dejé pasar—¿Cuánto os retrasa esto?

—¿Te refieres a nuestra investigación?

—Sí.

—Nos retrasa años —dijo Buchold—Hay datos en el laboratorio que no estaban en ningún otro sitio.

—¿No tenéis varias copias de vuestros datos? —pregunto Vann.

—Por supuesto que sí —dijo Buchold.

—¿Y no podéis sacarlos de vuestras redes? —

—No lo entiendes —dijo Buchold—Nunca ponemos nada realmente sensible en Internet. En cuanto lo hacemos, empiezan los ataques informáticos. Ponemos servidores falsos que no contienen nada más que imágenes cifradas de gatos, por el amor de Dios, y no le decimos a nadie que los hemos puesto ahí. En cuatro horas, tenemos hackers de China y Siria abriéndolos. Seríamos idiotas si pusiéramos datos confidenciales reales en un servidor accesible desde el exterior.

—Así que todos sus datos se almacenaban localmente— dije.

—Almacenados localmente —dijo Buchold—, almacenados de forma múltiple en servidores internos.

—¿Y los archivos? —pregunto Vann—Datos almacenados fuera de la red.

—Hicimos eso, por supuesto. Y los almacenamos en un espacio seguro del campus.

—Así que todo, los datos locales y los archivados, se perdieron con el edificio del laboratorio. Vann me miró con una expresión que, sospecho, significaba que esa gente era descuidada.

—Exacto —dijo: «Es posible que podamos reconstruir algunos datos recientes a partir de los correos electrónicos y los ordenadores del edificio de oficinas. Si no han sido destruidos por la explosión o por el sistema de extinción de incendios. Pero, siendo realistas, años de investigación. Perdidos. Muertos. Destruidos».

* * *

—Mira, es medianoche —dije a Vann mientras me llevaba a casa—Mi primer día de trabajo ha terminado.

Vann sonrió, con el cigarrillo en la boca balanceándose mientras lo hacía: «No te voy a mentir»—dijo: «Ha sido un poco más agitado que la mayoría de los primeros días».

—Estoy deseando que llegue mañana —dije.

—Lo dudo.

—Vann exhaló humo por los labios.

—Sabes que eso te va a matar, ¿verdad? —le pregunté—Fumar. Hay una razón por la que ya nadie lo hace.

—Hay una razón por la que yo lo hago —dijo ella.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Digamos que mantenemos algo de misterio en nuestra relación —dijo Vann.

—Da igual —dije, con lo que esperaba que fuera el tono despreocupado adecuado. Vann volvió a sonreír. Un punto para mí.

Mi teléfono sonó. Era Tony.

—Mierda —dije.

—¿Qué?

—Se suponía que iba a reunirme con mis posibles nuevos compañeros de piso esta noche —dije.

—¿Quieres que te escriba una nota? —preguntó Vann.

—Qué detalle —dije—Espera. Abrí el canal y hablé en voz baja—Hola, Tony.

—Todos esperábamos que te pasaras esta noche —dijo Tony.

—Sí, sobre eso...

—comencé.

—Pero entonces vi que Loudoun Pharma había explotado y creen que podría tratarse de un complot terrorista o algo así, y pensé: «Adivino que Chris estará un poco ocupado esta noche».

—Gracias por entenderlo —dije.

—Parece que has tenido un día emocionante.

—No tienes ni idea.

—Bueno, entonces déjame terminar con una buena noticia —dijo Tony—El grupo te juzgó en ausencia y te declaró culpable de ser un compañero de piso probablemente digno. Por la presente, se te condena al espacio más bonito del edificio. Que Dios se apiade de tu alma.

—Eso es genial, Tony —dije—No, en serio. Te lo agradezco.

—Me alegro de oírlo. Y el resto de nosotros te agradecemos que pagues el alquiler para que no nos echen a la calle, así que estamos en paz. Te voy a enviar el código de la casa ahora mismo. Cuando llegues, cámbialo para que nadie más que tú lo sepa. Tengo tu nombre, apellidos y fianza, así que vamos, ya estás listo. Ven cuando quieras.

—Probablemente mañana —dije—Ya estoy cerca de la casa de mis padres. Vamos a pasar la noche aquí.

—Me parece bien —dijo Tony—Ahora descansa un poco. Pareces agotado. Buenas noches.

—Buenas noches —dije, y luego volví a mi voz normal—Conseguí el apartamento.

—Qué agradable —dijo Vann.

—En realidad es un espacio en una comunidad intencional —dije.
—Qué curioso, no pareces un hippie.
—Haré trabajo en ello —prometí.
—Por favor, no lo hagas —dijo: ella.

Capítulo nueve

A LA MAÑANA SIGUIENTE, todas las carreteras de Washington D. C. estaban colapsadas desde las 5:30 a. m. Más de cien camioneros de larga distancia de Haden se incorporaron a la circunvalación interestatal que rodea la ciudad y dispusieron sus camionetas en patrones geométricos diseñados para provocar la máxima interrupción posible en los sistemas de conducción automática, y condujeron a veinticinco millas por hora. Los viajeros, frustrados porque la circunvalación estaba más congestionada de lo habitual, cambiaron a conducción manual e intentaron sortear los atascos, lo que, por supuesto, solo empeoró las cosas. A las siete, la circunvalación estaba completamente paralizada.

Y luego, para añadir más diversión, los camioneros de Haden bloquearon la Interestatal 66 y la autopista de peaje que lleva a Virginia.

—Llegas tarde en tu tercer día de trabajo —dijo Vann desde su escritorio cuando entré en la oficina. Al hacerlo, señaló el escritorio contiguo al suyo, indicando que ahora era el mío.

—Hoy todo el mundo llega tarde —dije—, deberían calificarme según esa curva.

—¿Cómo conseguiste llegar desde Potomac Falls? —pregunto Vann—Dime que pediste prestado el helicóptero de tu padre. Eso sería increíble.

—Da la casualidad de que mi padre tiene un helicóptero —dije—, o más bien, su empresa lo tiene. Pero no está permitido aterrizar en nuestro barrio. Así que no. Me dejaron en la parada Sterling del metro y vine en tren.

—¿Y cómo fue eso?

—Desagradable —dije—Estaba abarrotado y me miraron mal. Como si fuera culpa mía que las carreteras estuvieran colapsadas. Casi les dije: «Mirad, gente, si fuera culpa mía, no estaría en este maldito tren con vosotros, ¿no?».

—Vamos a ser una semana muy larga con esta mierda —dijo Vann.

—No es una protesta eficaz si no cabrea a la gente.

—No dije que no sea eficaz —dijo Vann—, ni siquiera dije que no me parezca bien. Solo significa que va a ser una semana larga. Vamos, los forenses tienen noticias para nosotros.

—¿Qué noticias? —pregunté.

—Sobre nuestro muerto —dijo Vann—Sabemos quién es. Y, al parecer, hay algo más.

* * *

—En primer lugar —dijo:—, os presento a John Sani, vuestro hombre que ya no es un misterio.

Volvimos a la sala de imágenes y vimos una imagen muy detallada y más grande que el natural de Sani en la mesa de la morgue. Era más limpio y menos molesto para los médicos forenses que los agentes de campo vieran su trabajo de esta manera. El modelo que Díaz estaba proyectando podía manipularse para examinar cualquier parte del cuerpo que los forenses hubieran escaneado o abierto. En ese momento, el cuerpo no parecía haber sido interrumpido más allá de lo que ya se había hecho en el cuello. Este era el escaneo «de cobertura».

—Así que los navajos nos han ayudado —dijo Vann.

—Sí —dijo Díaz—Parece que nos enviaron su información anoche, alrededor de la medianoche, hora local.

—¿Quién es? —pregunto.

—Según la información que tenemos, no es nadie —dijo Díaz—La Nación Navajo lo tiene registrado por un solo delito de embriaguez y alteración del orden público cuando tenía diecinueve años. Sin pena de cárcel, solo servicios comunitarios. Aparte de eso, lo que tenemos es su certificado de nacimiento y su número de la Seguridad Social, algunos registros médicos y sus expedientes académicos de secundaria, que llegan hasta el décimo curso.

—¿Cómo le fue? —pregunto Vann.

—El hecho de que se detenga en décimo grado puede decirte algo.

—¿No tiene carné de conducir ni ningún otro tipo de identificación? —pregunto.

—No —dijo Díaz.

—¿Qué más? —preguntó Vann.

—Tiene treinta y un años y no gozaba de muy buena salud —dijo: —Tenía daños en el hígado y una enfermedad cardíaca, además de signos de diabetes incipiente, lo cual no es demasiado sorprendente en alguien con ascendencia nativa americana. Le faltaban algunos dientes en la parte posterior. Además, ese corte en el cuello es compatible con una herida autoinfligida. Se lo hizo él mismo y lo hizo con ese cristal roto que encontraste.

—¿Eso es todo? —pregunté.

Díaz sonrió—No, eso no es todo. Tengo algo para ti que creo que te va a parecer muy interesante.

—Acaba con el suspense, Díaz —dijo Vann—Ve al grano.

—Le hicieron una radiografía del cráneo antes de extraerle el

cerebro —dijo Díaz. Mostró la imagen tridimensional de la cabeza de Sani—Dime lo que ves.

—Joder —dije inmediatamente.

—Eh —dijo Vann, después de un segundo.

La radiografía de la cabeza de Sani mostraba una red de finos tentáculos y espirales dentro y alrededor del cerebro, que convergían en cinco uniones distribuidas radialmente alrededor de la superficie interior del cráneo, uniones que a su vez estaban conectadas entre sí en una malla de conexiones.

Era una red neuronal artificial, diseñada para enviar y recibir información del cerebro, que se mostraba con un detalle casi perfecto.

Dos grupos de personas tenían estructuras como estas. Yo pertenecía a uno de esos grupos. Vann pertenecía al otro.

—Este tipo es un integrador —dije.

—¿Cuál es la estructura de su cerebro? —le preguntó Vann a Díaz.

—El informe dice que es consistente con alguien que contrajo Haden —dijo Díaz—, y eso concuerda con su historial médico, que muestra que tuvo meningitis como chico, lo que podría significar que era del tipo Haden. Tiene la estructura cerebral para ser un Integrador.

—Shane —dijo Vann, sin dejar de mirar la radiografía.

—Sí —dije.

—Hay problemas con esta hipótesis —dijo Vann.

Lo pensé durante un minuto.

—Este tipo no terminó la secundaria —dije finalmente.

—¿Y? —dijo Vann.

—El entrenamiento de integrador es algo de posgrado —dije—Se realiza después de obtener un título universitario adecuado, como psicología. ¿Cuál es el tuyo?

—Biología —dijo Vann—En la American University.

—Exacto —dije—Además, se supone que hay que pasar una serie de pruebas psicológicas y de aptitud antes de que te admitan en el programa. Es una de las razones por las que hay tan pocos integradores.

—Sí —dijo: Vann.

—Y también es caro. El proceso de formación.

—No para el estudiante —dijo: Vann—El NIH cubre los gastos.

—Debieron de enfadarse mucho contigo cuando te fuiste —dije.

—Les saqué partido a su inversión —dijo Vann—Vuelve al tema.

—De acuerdo, la cuestión es que aquí tenemos a un tipo que no terminó el instituto y del que no tenemos constancia fuera de la Nación Navajo, lo que significa que no recibió formación como integrador. Señalé la radiografía.

—Entonces, ¿cómo es que este tipo tiene todo ese cableado en la cabeza?—

—Esa es una buena pregunta— dijo Vann—No es la única pregunta. ¿Qué más hay de raro en esta imagen?—

—¿Qué no hay de raro en esta imagen?— pregunté.

—Me refiero a algo específico.

—¿Por qué un Integrador querría integrarse con otro Integrador? — pregunté.

—Algo más específico que eso.

—No sé cómo ser más específico —dije.

—¿Por qué querría un Integrador integrarse con otro Integrador y traer unos auriculares? —pregunto Vann.

La miré sin comprender durante un par de segundos. Entonces:

—Oh, mierda, los auriculares.

—Exacto —dijo Vann.

—Eso me recuerda —dijo Díaz, dirigiéndose a mí:

—que me metí dentro de esos auriculares, como me pediste, para ver si había alguna información útil en esos chips procesadores.

—¿Había? —pregunto.

—No —dijo Díaz— No había chips dentro de los auriculares.

—Si no hay chips dentro, entonces no funcionarían. Son unos auriculares falsos —dije.

—Eso es lo que yo creo, sí —dijo Díaz:

—dijo:

—Eso es lo que yo creo, sí —dijo Díaz.

Me volví hacia Vann.

—En serio, ¿qué demonios está pasando aquí? —dije.

—¿A qué te refieres? —preguntó Vann.

—Me refiero a qué demonios está pasando aquí. Tenemos dos Integradores, uno de los cuales no debería serlo, y unos auriculares falsos. No tiene ningún sentido.

Vann se volvió hacia Díaz.

—¿Hay huellas dactilares en los auriculares? —dijo:

—Sí. Coinciden con las de Sani, no con las de Bell.

—Entonces fue Sani quien trajo los auriculares a la fiesta, no Bell —dijo Vann, y luego me miró—¿Qué te sugiere eso? —dije:

—Quizás que Bell no sabía que Sani era un Integrador, y que Sani tampoco quería que él supiera que lo era.

—Exacto —dijo Vann.

—De acuerdo, pero, de nuevo, ¿por qué? —pregunto—¿Qué posible utilidad tiene que Sani convenza a Bell de que solo es un turista? Sin los auriculares, ni siquiera puede ser eso. A menos que haya alguna habilidad de integrador a integrador que yo desconozca.

—No —dijo:

—Hay una especie de bucle de retroalimentación neural que se produce cuando intentas introducir un Integrador en la cabeza de otro. De esa forma puedes freír el cerebro de las personas.

—¿Como en Scanners? —pregunto.

—¿Cómo qué?

—Una película antigua. Sobre psíquicos. Podían hacerte explotar la cabeza.

Vann sonrió.

—Nada tan dramático exteriormente. Pero interiormente no se supone que sea agradable. En cualquier caso, está bloqueado a nivel de red.

—Entonces no pudo haber sido eso— dije—Además, vuelve a estar el tema del suicidio.

Vann volvió a quedarse callado.

Luego dijo:

—¿Qué hora es en Arizona?

—Dos horas menos que aquí, así que son las ocho y media, más o menos— respondí—Quizás. Arizona es rara con las zonas horarias.

—Tienes que ir allí hoy y hablar con algunas personas— dijo Vann.

—¿Yo?

—Sí, tú —dijo Vann—Puedes llegar allí en diez segundos sin ningún coste.

—Hay un pequeño detalle: no tendré ningún cuerpo —dije.

—No eres el único Haden en el FBI —dijo: Vann—La Oficina tiene treseps de repuesto en las principales oficinas locales. Phoenix tendrá uno para ti. No será muy sofisticado —señaló mi threep—, pero servirá para hacer el trabajo.

—¿Los navajos van a cooperar con nosotros? —pregunté.

—Si les hacemos saber que estamos tratando de esclarecer la muerte de uno de los suyos, quizá cambien de opinión —dijo Vann— Tengo un amigo en la oficina de Phoenix. Veré si puede facilitar las cosas. Te llevaremos allí a las diez, hora local.

—¿No puedo simplemente llamar? —pregunto.

—Tienes que decirle a una familia que su hijo o su padre ha muerto y luego hacerles un montón de preguntas personales —dijo Vann—Sí, no, no puedes simplemente llamar.

—Será mi primer viaje a Arizona —dije.

—Espero que te guste el calor —dijo Vann.

* * *

A las 10:05 me encontraba en la oficina local del FBI en Phoenix, mirando a un hombre calvo.

—¿Agente Beresford? —pregunto—Joder, qué espeluznante. Este trío lleva tres años en la esquina sin moverse y, de repente, se levanta. Es como una estatua que cobra vida.

—Sorpresa —dije.

—Es que lo hemos estado utilizando como perchero.

—Siento haberte privado de tu mobiliario de oficina.

—Solo es por hoy. ¿Eres Shane?

—Así es.

—Tom Beresford. Me tendió la mano. Se la estreché. No me importa decirte que nunca he perdonado a tu padre por aplastar a los Suns en cuatro partidos.

—Ah, eso —dije. Se refería al segundo título de la NBA de mi padre—Si te sirve de algo, él siempre dijo que esa serie estuvo más reñida de lo que parecía.

—Es muy agradable por su parte mentir así —dijo Beresford—Vamos, te llevaré a conocer a Klah.

Empecé a caminar y me detuve.

—Dios —dije, y empecé a sacudir la pierna.

—¿Te pasa algo? —Beresford se detuvo y me esperó.

—No bromeabas cuando dijiste que esta cosa no se movía —dije —Creo que algo está oxidado.

—Puedo conseguirte una lata de WD-40 si quieres.

—Adorable —dije—Dame un segundo. Encendí el sistema de diagnóstico del threep para averiguar qué pasaba—Genial, es un Metro Courier.

—¿Es eso un problema? —pregunto Beresford.

—El Metro Courier es como el Ford Pinto de los tres.

—Podríamos intentar encontrarte un tres de alquiler si quieres —dijo Beresford—Creo que Enterprise tiene algunos en el aeropuerto. Pero te llevará una eternidad y te pasarás el día rellenando formularios de solicitud.

—No pasa nada —dije—El diagnóstico dijo que el threep no tenía ningún problema, lo que podía significar que había algún problema con el diagnóstico—Iré andando.

—Vamos, entonces. Beresford se puso en marcha de nuevo. Yo le seguí, cojeando.

—El agente Chris Shane, el oficial Klah Redhouse —dijo Beresford, después de llegar al vestíbulo, presentándome a un joven uniformado—Klah fue a Northern Arizona con mi hijo. Da la casualidad de que estaba en Phoenix por asuntos tribales, así que has tenido suerte. De lo contrario, habrías tenido que caminar 460 kilómetros hasta Window Rock.

—Agente Redhouse —dije, y le tendí la mano.

Él la estrechó y sonrió—No se conoce a mucha gente Haden —

dijo—Nunca había conocido a uno que fuera agente del FBI.

—Siempre hay una primera vez —dije.

—Cojea —dijo.

—Una lesión de la infancia —dije. Y luego, tras un segundo, —Era una broma.

—Lo entiendo —dijo—Vamos. He aparcado justo ahí fuera.

—Ahora voy —dije, y luego me volví hacia Beresford—Es posible que necesite este threep durante un tiempo.

—Aquí solo acumula polvo —dijo Beresford.

—Entonces no habrá ningún problema si lo guardo en Window Rock durante un tiempo —pregunto.

—Eso dependerá de la gente de allí —dijo Beresford—Nuestra política oficial es respetar su soberanía, así que si quieren que te vayas cuando hayas terminado, dirígete a nuestra oficina en Flagstaff. Les avisaré de que quizá estés de camino. O búscate un espacio de hotel. Quizá alguien te alquile un armario para las escobas y un enchufe.

—¿Es esto un problema? —pregunté—No estoy muy versado en las relaciones entre el FBI y los navajos.

—No tenemos ningún problema por el momento —dijo Beresford —Hemos cooperado muy bien con ellos últimamente y tienen a Klah para llevarte, lo que dice que no tienen ningún problema contigo. Pero, aparte de eso, quién sabe. El Gobierno de los Estados Unidos concedió a los navajos y a mucho de las otras naciones nativas americanas mucha más autonomía hace un par de décadas, cuando redujo el tamaño de la Oficina de Asuntos Indígenas y el Servicio de Salud Indígena. Pero eso también nos ha dado una excusa para ignorarlos a ellos y a sus problemas.

—Ah —dije.

—Joder, Shane, quizá puedas comprenderlo —dijo:—El Gobierno de los Estados Unidos acaba de dar la espalda a los Hadens, ¿no? Es algo que vosotros podríais decir que tenéis en común con los navajos.

—No estoy del todo seguro de querer ir por ahí haciendo esa comparación —dije.

—Probablemente sea lo más sensato —dijo Beresford—Los navajos llevan doscientos años de ventaja en la categoría de «ser jodidos por el Gobierno de los Estados Unidos». Puede que no les guste que te subas al carro. Pero ahora quizá entiendas por qué algunos de ellos pueden decidir ponerse susceptibles cuando apareces y haces preguntas. Así que sé educado, sé respetuoso y vete si te dicen que te vayas.

—Entendido.

—Bien —dijo Beresford—Ahora pasa. Klah es buena gente. No le hagas esperar.

Capítulo diez

EL VIAJE hasta Window Rock duró cuatro horas y media, durante las cuales Redhouse y yo pasamos el rato charlando de cosas sin importancia, seguidas de largos silencios. Redhouse parecía disfrutar de mis historias sobre mis viajes por el mundo con mi padre y comentó que sus propios viajes habían sido mucho menos extensos.

—He estado en los cuatro estados en los que la Nación Navajo deja—dijo—, y el tiempo más largo que pasé fuera de allí fue cuando fui a Flagstaff para ir a la universidad. Aparte de eso, no he estado en ningún otro sitio.

—¿Has querido ir a algún otro sitio? —le pregunté.

—Claro —dijo:—, cuando eres chico lo único que quieres es estar en otro sitio.

—Estoy bastante seguro de que eso es algo universal —dije.

—Lo sé —dijo Redhouse, y sonrió—Y ahora no me importa tanto. Ahora que soy mayor, me gusta más mi familia. Tengo una prometida. Tengo un trabajo.

—¿Siempre quisiste ser policía? —pregunto.

—No —respondió, y volvió a sonreír—Fui a la universidad para estudiar informática.

—Eso es un cambio radical —dije—Justo antes de ir a la universidad, el Consejo decidió invertir en una enorme instalación de servidores fuera de Window Rock —dijo Redhouse—Daría servicio a las necesidades de los navajos y otras naciones, y también sería utilizada por los gobiernos estatales circundantes e incluso por el gobierno federal para el procesamiento y almacenamiento no confidencial. Alimentada con energía solar y sin emisiones.

Iba a dar empleo a cientos de navajos y a aportar millones de dólares a Window Rock. Así que, cuando fui a la universidad, estudié informática para poder conseguir un trabajo. El sitio web de noticias de Flagstaff incluso publicó una historia sobre mí y algunos de mis compañeros de clase de Northern Arizona. Nos llamaron «los navajos de Silicon», lo cual no me gustó mucho.

—¿Y qué pasó?—

—Construimos las instalaciones y luego no llegó ninguno de los contratos estatales o federales prometidos— dijo Redhouse—Nos hablaron de recortes presupuestarios y reorganizaciones y cambios en las agendas y de la llegada de nuevos gobernadores y presidentes. Ahora tenemos estas instalaciones de última generación y están funcionando al tres por ciento de su capacidad. No contrataron a mucha gente para trabajar al tres por ciento. Así que vamos a la

academia de policía y me convertí en agente.

—Siento el cambio—dije.

—No está tan mal—dijo Redhouse—Tenía familiares que eran agentes antes que yo, así que se podría decir que era una tradición. Y estoy haciendo algo bueno, eso ayuda. Pero si hubiera sabido que mi título iba a ser inútil, quizá no habría programado tantas clases a las ocho de la mañana. ¿Siempre quisiste ser agente del FBI? —

—Quería ser uno de esos agentes de CSI —dije—, pero el problema era que mi título es en inglés.

—Uf —dijo Redhouse— Veremos las instalaciones informáticas cuando lleguemos. Podrás ver cómo es el potencial desperdiciado.

Una hora más tarde, al sur de Window Rock, pasamos por delante de un edificio grande y anodino rodeado por tres lados por paneles solares.

—Adivino que es eso —dije.

—Eso es —dijo Redhouse—Lo único positivo es que, como no necesitamos toda la capacidad solar que hemos instalado, vendemos energía a Arizona y Nuevo México.

—Al menos obtendrán algún beneficio.

—Yo no lo llamaría ganancia —dijo Redhouse—Solo significa que mantener las instalaciones informáticas nos cuesta menos dinero de lo que nos costaría de otra manera. Mi madre trabaja para el Consejo. Dice que le van a dar un par de años más, como mucho.

—¿Qué harán con el edificio? —pregunto.

—Esa es la pregunta, ¿no, agente Shane? —dijo Redhouse. Se incorporó, pulsó un botón en el salpicadero y tomó el control manual del coche patrulla—Ahora vamos a registrarte en la comisaría y luego te llevaremos a ver a la familia de Johnny Sani. Probablemente mi capitán querrá que te acompañe un agente. ¿Te supone algún problema?

—No creo.

—Muy bien —dijo Redhouse.

—¿Será usted? —pregunto.

Redhouse sonrió una vez más—Probablemente.

* * *

La familia de Sani vivía en una casa prefabricada doble bien cuidada, en un parque de caravanas poco elegante a las afueras de Sawmill. La familia estaba formada por una abuela y una hermana. Ambas dejaron un sofá mirándome con expresión aturdida.

—¿Por qué se suicidaría? —me preguntó su hermana, Janis.

—No lo sé —dije—Esperaba que ustedes pudieran decírmelo.

—¿Cómo lo hizo? —pregunto la abuela, May.

—Shimasani, no quieres saberlo —dijo Janis.

—Sí que quiero —dijo May con firmeza.

Miré a Redhouse, que estaba de pie junto a la silla en la que yo había dejado mi lugar, sosteniendo el vaso de té que le habían ofrecido. A mí también me ofrecieron uno. Estaba sobre la mesa frente a mí, entre los familiares de Sani y yo.

Redhouse asintió con la cabeza.

—Se giró el cuello —dije.

May me miró con tristeza, pero no dijo nada más. Janis abrazó a su abuela y me miró, inexpresiva. Esperé un par de minutos y luego volví a empezar.

—Nuestros registros muestran —dije, y luego me detuve—Bueno, en realidad, no tenemos ningún registro de John.

—Johnny —dijo Janis.

—Disculpen —dije—Johnny. Todos los registros que tenemos de Johnny son de aquí. De la Nación Navajo. Así que nuestra primera pregunta es por qué es así.

—Hasta el año pasado, Johnny nunca se había ido de aquí —dijo Janis.

—De acuerdo —dije—Pero ¿por qué?

—Johnny era lento —dijo Janis—Le hicimos una prueba con un médico cuando tenía trece años—dijo que su coeficiente intelectual era de setenta y nueve u ochenta. Johnny podía resolver cosas si se esforzaba, pero le llevaba mucho tiempo. Lo mantuvimos en la escuela todo el tiempo que pudimos para que tuviera amigos, pero no podía seguir el ritmo. Dejó de ir y nosotros dejamos de obligarle a ir.

—No siempre fue así —dijo May—Era un bebé inteligente. Un niño inteligente. Cuando tenía cinco años enfermó. Después de eso ya no fue el mismo.

—¿Fue Haden? —pregunté.

—¡No! —dijo May—No estaba lisiado. Se detuvo y pensó en lo que había dicho:

—Lo siento.

Levanté una mano.

—No pasa nada —dije—A veces, las personas enferman de Haden, pero no quedan encerradas en sí mismas. Sin embargo, puede causar daños. Cuando dices que enfermó, ¿tuvo fiebre? ¿Y luego meningitis?

—Se le inflamó el cerebro —dijo May.

—Eso es meningitis —dije. . Escaneamos su cerebro después de morir y vimos que la estructura cerebral era compatible con la enfermedad de Haden. Pero también encontramos algo más. Descubrimos que también tenía lo que llamamos una red neuronal.

Janis miró a Redhouse. Es como una máquina en su cabeza, Janis

—dijo: le permitía enviar y recibir información.

—Yo tengo una en mi cabeza, en casa —dije, y me toqué la cabeza—Me permite controlar esta máquina para poder estar aquí contigo en el espacio.

Janis y May parecían confundidos.

—Johnny no tenía nada en la cabeza —dijo May finalmente.

—Perdona por preguntar, pero ¿estás completamente segura? —pregunto—Una red neuronal no es algo que se le ponga a alguien en la cabeza por accidente. Está ahí para enviar señales cerebrales o para recibirlas.

—Vivió conmigo toda su vida —dijo May—Vivió aquí con su madre y Janis, y luego, cuando su madre murió, yo lo cuidé. Es imposible que esto le haya pasado aquí.

—Entonces tuvo que habérsela implantado después de marcharse —dijo Redhouse.

—Sobre eso —dije—, ¿por qué Johnny decidió marcharse de aquí si nunca había ido a ningún sitio en su vida?

—Consiguió un trabajo —dijo Janis.

—¿Qué tipo de trabajo? —pregunté.

—Dijo que era asistente ejecutivo —dijo Janis.

—¿Para quién? —preguntó Janis.

—No lo sé —dijo: Janis.

—Johnny consiguió que un amigo lo llevara al edificio de informática de Window Rock —dijo May—Había oído que tenían una vacante para conserje, y eso era algo que él podía hacer. Quería poder ayudarme. Vimos allí y preguntamos por el trabajo, y al día siguiente le pidieron que volviera. Y cuando volvió esa noche, me dio mil dólares y me dijo que era la mitad de su primer sueldo del nuevo trabajo.

—El puesto de conserje —dijo Redhouse.

—No, el otro —dijo May—Dijo que cuando llegó allí le preguntaron si le gustaría otro trabajo que pagaba mejor y le permitía viajar. Lo único que tenía que hacer era ayudar a su jefe en algunas cosas—dijo que era como ser mayordomo.

—Así que se fue—dije—¿Y luego qué pasó?—

—Cada semana recibía un giro postal de Johnny y a veces me llamaba—dijo May—Me dijo que me mudara a un lugar agradable y comprara cosas nuevas, así que me mudé aquí. Hace unos meses dejó de llamar, pero los giros postales seguían llegando, así que no me preocupé demasiado.

—¿Cuándo llegó el último giro postal?

—Llegó hace dos días —dijo Janis—Recogí el correo de mi abuela por ella.

—¿Les importa si lo miro? —pregunto.

Ambos parecieron dudar.

—El agente Shane no lo va a tomar como prueba —dijo Redhouse —, pero puede que haya algo importante en él.

Janis se levantó para ir a buscar el giro postal.

—¿Johnny nunca dijo nada sobre para quién trabajaba? — pregunto a May.

—Dijo que a su jefe le gustaba mantener su privacidad —dijo May —No quería que Johnny perdiera su trabajo, así que nunca le pregunté más.

—¿Le gustaba su trabajo? —pregunto. Para entonces, Janis se había acercado a mí con el giro postal. Lo escaneé rápidamente por un lado, le di la vuelta e hice lo mismo por el otro lado, y luego se lo devolví—Gracias —dije.

—Parecía que le gustaba —dijo May—Nunca dijo nada malo sobre él.

—Estaba emocionado por viajar —dijo: Janis, dejando—Las primeras veces que llamó mencionó que estaba en California y en Washington.

—¿El estado o el distrito? —Redhouse preguntó:

—pregunto.

—En el Distrito —dijo Janis—Creo.

—Pero luego dijo que a su jefe no le gustaba que hablara de dónde había estado, así que no dijo nada más.

—La última vez que llamó, ¿dijo algo inusual o te contó algo inusual? —pregunto.

—No —dijo May—Dijo que no se encontraba bien... no—dijo que estaba preocupado por algo.

—¿Preocupado por qué?— pregunté.

—¿Un examen?— aventuró May—Algo que tenía que hacer y que le ponía nervioso. No lo recuerdo.

—De acuerdo— dije.

—¿Cuándo lo recuperaremos?— preguntó Janis—Quiero decir, ¿cuándo volverá a casa?—

—No lo sé— dije—Puedo averiguarlo.

—Necesita ser enterrado aquí —dijo May.

—Veré qué puedo hacer —dije—Te lo prometo.

May y Janis me miraron sin expresión.

—Lo han manejado bien —dije, después de que Redhouse y yo saliéramos de la caravana y nos dirigiéramos al coche.

—Algunos intentamos no mostrar demasiada emoción ante la muerte —dijo: Redhouse—La idea es que, si pasamos demasiado tiempo hablando de ello, podemos impedir que el espíritu siga adelante.

—¿Tú crees en eso? —pregunto.

—No importa si lo creo o no —dijo: Redhouse.

—Tienes razón —dije.

—¿Hay algo en el giro postal?

—El número de serie y la información de la ruta —dije—¿Lo quieres?

—No me importaría —dijo Redhouse—No sé si al FBI le gustaría que compartieras la información.

—Creo que mi compañero me diría que compartirla con la policía local es lo más educado, a menos que odies a ese policía en particular.

—Tienes un compañero interesante.

—Sí —dije, y me subí al coche—Vamos a la granja de servidores.

* * *

—Johnny Sani —dijo Loren Begay. Era el jefe de Recursos Humanos de la Instalación Computacional de Window Rock, así como el jefe de varios otros departamentos, incluidos ventas y limpieza. El personal de la WRCF era tan escaso como había dicho Redhouse. Fui al colegio con él. Durante un tiempo.

—Me refiero a algo más reciente —dije—Su familia dice que solicitó un trabajo aquí el año pasado. ¿Es cierto?

—Sí —dijo Begay—Tuve que despedir a un conserje por dormirse en el trabajo. Necesitaba a alguien que pudiera hacer el turno de noche. Él solicitó el puesto. También lo hicieron otras sesenta personas. Se lo di a la hermana de otro conserje.

—La familia de Johnny Sani dice que lo llamaste para hacer un seguimiento y que fue entonces cuando le ofrecieron otro trabajo —dijo Redhouse.

—Nunca lo llamé —dijo Begay.

—¿No lo llamaste? —pregunto.

—¿Por qué iba a llamarlo? —preguntó Begay—Ese hombre es muy lento. Apenas podía rellenar la solicitud.

—No se necesita mucha formación para barrer —dijo Redhouse.

—No, pero quiero a alguien con el sentido común suficiente para no tocar ningún botón que no deba tocar —dijo: Begay—Este lugar no está a pleno rendimiento, pero seguimos teniendo clientes.

—¿Quiénes son sus clientes, señor Begay? —pregunto.

Begay miró a Redhouse.

—No pasa nada —dijo Redhouse.

Begay no parecía muy convencido, pero habló de todos modos—Todos los departamentos gubernamentales de la nación están aquí, además de algunos otros de naciones de todo el país. También tenemos algunos clientes privados, en su mayoría empresas de la zona o que hacen negocios aquí. La más grande de ellas sería Medichord.

—¿Qué es Medichord? —pregunto.

—Una empresa de servicios médicos —dijo Begay—Tienen un contrato para gestionar los servicios médicos de la Nación. Llevan haciéndolo seis o siete años.

—Recuerdo cuando llegaron —dijo Redhouse—Prometieron formar y promocionar al personal médico navajo a cambio de un contrato en exclusiva.

—¿Lo han hecho? —pregunto. Redhouse se encogió de hombros.

—Es información médica confidencial y cuasi gubernamental, por lo que Medichord mantiene todos los datos navajos aquí en lugar de vincularlos con el resto de su red —dijo Begay.

—¿Nadie más utilizaría estas instalaciones para buscar trabajo? —pregunto.

—Ojalá lo hicieran —dijo Begay—Tenemos el espacio de oficinas y nos vendría bien el negocio. Pero no.

—¿Alguna de las empresas privadas envía aquí a representantes o informáticos?

—Las empresas con las que trabajamos, si tuvieran un departamento de informática, probablemente no nos necesitarían tanto —dijo Begay—Pero de todos modos no necesitan venir aquí. Pueden acceder a sus servidores y datos de forma remota con software estándar. Lo que hacemos es alojar y actuar como respaldo si, por alguna razón, los informáticos que tienen hacen alguna tontería. Lo cual ocurre.

—¿Alguien puede piratear este lugar? —pregunté.

—Debería decirte que no, pero eres un Haden, así que adivino que no eres tonto en estas cosas —dijo Begay—Así que te diré que si algo está conectado al mundo exterior, es pirateable. Dicho esto, todos los datos de la Nación están en servidores a los que solo se puede acceder desde ordenadores de la Nación que están etiquetados con GPS o requieren autenticación de dos factores, o ambas cosas.

—Y eso incluye a esta empresa Medichord —dije.

—Así es —dijo Begay—¿Por qué me preguntas por Johnny Sani?

—Ha muerto —dije.

—Qué pena —dijo Begay—Era un tipo agradable.

—Creía que habías dicho que era lento.

—Era lento —dijo Begay—Pero eso no significa que no fuera agradable.

* * *

—Esto se complica cada vez más, ¿no? —me preguntó Vann. Eran las siete y media en Washington D. C. y, por el ruido ambiental que la rodeaba, deduje que estaba de nuevo en un bar, posiblemente

continuando con su búsqueda de anoche para echar un polvo. Yo estaba en el Departamento de Policía de Window Rock, en un escritorio libre, utilizando mi voz interior.

—Tenemos dos opciones en este momento —dije—Tenemos que creer que un tipo que no podía conseguir un trabajo limpiando suelos es también un sabio integrador que de alguna manera atrajo a Nicholas Bell a esa habitación de hotel con el pretexto de que era un turista en busca de emociones fuertes, o tenemos que creer que alguien engañó a este pobre hijo de puta para que se alejara de su casa, le implantó una red neuronal en la cabeza y luego se suicidó —dijo Vann—No lo olvides.

—¿Cómo podría olvidarlo? —dije—Hoy hablé con la familia de este tipo.

—Por el lado positivo, conseguí que un juez aprobara nuestra solicitud de acceso a los registros de Bell y Kearney —dijo Vann.

—¿Y?

—Los de Bell no nos dicen nada que no supiéramos ya —dijo Vann—Bell acaba de firmar un contrato a largo plazo con Lucas Hubbard, hoy mismo. También es el primero al que llaman un montón de Hadens adinerados cuando no está ocupado con Hubbard.

Y luego hace trabajos esporádicos para el NIH, como cualquier otro integrador. Bueno, hasta el próximo lunes, cuando Abrams-Kettering acabe con ese pequeño programa.

—¿Y Kearney?— pregunté.

—Él también tiene un contrato a largo plazo— dijo Vann—Y da la casualidad de que es con un tal Samuel Schwartz, abogado principal de Accelerant.

—Eso explica lo de anoche— dije.

—No te entiendo —dijo Vann.

—Hubbard y Schwartz estuvieron en la pequeña velada de mi padre anoche —dije—Hubbard estaba montando a Bell, pero Schwartz estaba montando a una mujer Integradora—dijo: «mi Integrador habitual tiene un combate previo».

—Sí, volar Loudoun Pharma —dijo Vann—¿Quién era la mujer Integradora?

—No lo sé —dije—Sabes que no es educado preguntarlo.

—Revisa la lista de Integradores de D.C.—dijo Vann—La encontrarás.

—Entonces, Bell con Hubbard y Kearney con Schwartz —dije.

—¿Y qué?

—¿No te parece una coincidencia? —pregunto.

—¿Que dos Integradores involucrados en cosas raras el mismo día trabajen para las dos personas más poderosas de la misma corporación? —dije.

—Sí —dije.

—¿Sinceramente? —dijo Vann—Sí. Pero aquí está la cuestión. Hay diez mil integradores en trabajo en todo el mundo. Quizás dos mil de ellos estén en Estados Unidos. Así que no hay tantos como para repartirlos. En Washington D. C. hay quizás veinte en la zona. Mientras tanto, probablemente haya cien mil Hadens en la zona, porque los Hadens acuden en masa a las zonas urbanizadas que pueden mantenerlos. Un integrador por cada cinco mil hadens. Vas a ver mucho solapamiento.

—Quizás —dije.

—Sin duda —dijo Vann—Si quieres empezar a establecer conexiones, vamos a necesitar más información.

—De acuerdo, te voy a dar un dato más —dije—Medichord.

—¿Qué pasa con eso?

—Es una empresa de atención y servicios médicos —dije—Tiene contratos aquí, en la Nación Navajo.

—De acuerdo —dijo Vann—¿Y?

—Medichord forma parte de Four Corners Blue Cross —dije—Adivina quién es el propietario de Four Corners Blue Cross.

—Si dices Accelerant, me vas a hacer infeliz —dijo Vann.

—Tómate otra copa —le sugerí.

—Estoy controlando el ritmo —dijo Vann—Quiero poder sentir algo más tarde esta noche.

—Mucho nos lleva de vuelta a Hubbard, Schwartz y Accelerant —dije—Tenemos demasiadas coincidencias como para que sea casualidad. Joder, Schwartz es incluso el abogado de Bell.

—De acuerdo —dijo Vann—Pero déjame repetirlo: Si vas a sugerir que Schwartz fue cómplice de alguna manera del atentado contra Loudoun Pharma, vas a necesitar algo más que un contrato de Integrator. Y estás olvidando que, cuando se produjo el atentado, Schwartz estaba en una fiesta con uno de los hombres más famosos del planeta y un agente del FBI que, si lo llevaran ante un tribunal, tendría que admitir que lo vio allí. Tú eres su coartada, Shane.

—Eso es cierto —dije.

—Además, Baer era cliente de Kearney —dijo Vann—Contrató sus servicios tres veces en los últimos dos años. Es una prueba de una relación previa.

—No todas mis ideas van a ser geniales —dije.

—Deja de pensar por esta noche —dijo Vann—Ya has hecho suficiente por hoy. ¿Cuándo vas a volver?

—Estoy a punto de terminar aquí —dije—La policía de Window Rock me va a dejar aparcar mi coche de alquiler aquí durante un par de días por si tengo que volver. Una vez que haya terminado con eso, pensé en visitar el lugar donde tengo alquilada una habitación.

—Es una idea loca —dijo Vann—Hazlo. Buenas noches, Shane.

—Espera —dije.

—Hablar contigo está arruinando las festividades que tenía planeadas para esta noche —dijo Vann.

—Johnny Sani —dije.

—¿Qué pasa con él?

—La familia quiere recuperar el cuerpo.

—Cuando hayamos terminado con él, pueden recogerlo. El FBI hará trabajo con ellos para que alguien pueda recoger el cuerpo.

—No creo que su abuela y su hermana tengan tanto dinero —dije.

—No sé qué decirte al respecto, Shane —dijo Vann.

—De acuerdo —dije—, se lo diré. Colgué y volví a mi voz normal —Ya casi he terminado —dije: Redhouse.

—Nadie está utilizando ese escritorio —dijo: señalando el lugar donde estaba dejando—Si quieres enchufarte ahí, hay una toma en el suelo. El capitán me ha dicho que te pida que nos avises antes de que vengas, pero por lo demás, puedes quedarte unos días.

—Te lo agradezco —dije.

—¿Has hablado con ellos sobre el cadáver de Sani? —pregunto Redhouse.

—Sí —respondí—Cuando hayamos terminado, te daré un contacto en Washington para que envíen el cadáver.

—Eso no va a ser barato.

—Cuando sepan cuánto cuesta, avísame —dije—Yo me encargaré de ello.

—¿Quién les digo que se encarga? —preguntó Redhouse.

—Diles que es un amigo anónimo —dije:

Capítulo once

ESTABA en la esquina de Pennsylvania y la Sexta Avenida, alejándome de la estación de metro Eastern Market, cuando los oí en Seward Square: un grupo de jóvenes, probablemente borrachos y casi con toda seguridad estúpidos, gritándose unos a otros por algo.

Eso en sí mismo no me interesaba. Los jóvenes estúpidos y borrachos son habituales en cualquier entorno urbano, especialmente por la noche. Lo que me llamó la atención fue la siguiente voz que oí, que era de una mujer y que no parecía especialmente feliz. La ecuación de tantos jóvenes borrachos y una sola mujer no me pareció especialmente buena. Así que continué por Pennsylvania hacia Seward Square.

Alcancé al grupo donde el pequeño camino giraba el césped desde Pennsylvania y la Quinta. Había cuatro tipos que se habían encargado de rodear a alguien, que supuse que era la mujer en cuestión. Al acercarme, vi que la mujer también era una Haden.

Eso cambió un poco la dinámica de lo que estaba pasando. También significaba que esos tipos estaban más borrachos o eran más estúpidos de lo que había adivinado anteriormente. O una combinación de dos.

La mujer en el centro del grupo de tipos intentaba abrirse paso a empujones. Cuando lo hacía, los cuatro se movían y volvían a formar un círculo a su alrededor. No estaba del todo claro qué planeaban hacer, pero también estaba claro que no estaban interesados en dejarla escapar.

La mujer se movió de nuevo y los cuatro hombres se movieron de nuevo, y fue entonces cuando vi por primera vez el bate de aluminio que llevaba uno de ellos.

Bueno, eso no era nada bueno.

Así que me acerqué, haciendo todo el ruido posible mientras lo hacía.

Uno de los hombres se percató del movimiento y llamó la atención de los demás. En un minuto, los cuatro me miraban, con la mujer todavía en medio del grupo. El que tenía el bate lo balanceaba ligeramente en la mano.

—Hola —dije—¿El entrenamiento de softball se alarga?

—Lo que tienes que hacer es seguir caminando —me dijo uno de ellos. Me quedó claro que eso era una amenaza, pero estaba bastante borracho, así que solo sonó como una amenaza de borracho, que no es muy amenazante en absoluto.

—Lo que quiero hacer es ver cómo está tu amigo —dije, y señalé

a Haden, que estaba en medio del grupo—¿Estás bien? —pregunto.

—La verdad es que no —respondió.

—Muy bien —dije, y luego miré a cada uno de los hombres por turno, utilizando el segundo en que mantuve la mirada de cada uno para escanear sus rostros y enviar los escaneos a la base de datos del FBI para su identificación—Esta es mi idea, entonces. ¿Por qué no la dejáis marchar y luego todos vosotros y yo podemos hablar de lo que sea que queríais hablar con ella? Será divertido. Incluso os invitaré a una ronda a todos. Porque lo que necesitáis es otra copa, pensé, pero no lo dije. Intentaba que todo fuera agradable y fingir ser amable. Estaba bastante seguro de que no iba a ser trabajo, pero valía la pena intentarlo.

No funcionó. «¿Qué tal si te vas a la mierda, maldito chiflado?»—dijo otro de ellos. Estaba tan borracho como el primero, así que esta amenaza fue tan ineficaz como la anterior.

Así que decidí recurrir a la motivación lateral. «Terry Olson»—dije.

«¿Qué?»—dijo el tipo.

«Tu nombre es Terry Olson»—dije, y luego señalé al siguiente: «Bernie Clay». Wayne Glover. Y Daniel Lynch. Señalé al que sostenía el bate: Aunque apostaría veintidós dólares a que vas por el nombre de Danny. Y tú apellido está lleno de ironía en este momento.

—¿Cómo sabes quiénes somos? —comenzó Olson.

—Cállate la boca, Terry —dijo Lynch, confirmando así inadvertidamente la identidad de al menos uno de los cuatro. Estos tipos eran genios, sin duda.

—Tiene razón, Terry —dije—Tienes derecho a permanecer en silencio. Y probablemente deberías hacerlo. Pero para responder a tu pregunta, sé quiénes sois porque acabo de hacer un escaneo facial de los cuatro y vuestra información apareció en la base de datos a la que estoy conectado. Es la base de datos del FBI. Estoy conectado a esa base de datos porque soy agente del FBI. Me llamo Chris Shane.

—Tonterías —dijo Lynch.

Lo ignoré—Intenté ser agradable con ustedes, pero no fue así como quisieron hacerlo —dije—Así que, ¿por qué no lo intentamos de esta manera? Mientras hemos estado aquí de pie manteniendo nuestra pequeña conversación, ya he dado el aviso a la policía metropolitana. Su comisaría está a solo dos manzanas, algo que supongo que no sabías, porque si no, no habrías sido tan estúpido como para intentar golpear a alguien aquí.

—Así que vas a dejar que ella —señalé a la mujer— se acerque y se quede conmigo, y luego vosotros cuatro os iréis a casa. Porque si seguís aquí cuando llegue la policía, al menos uno de vosotros tendrá problemas por beber siendo menor de edad, Bernie, y al menos uno de

vosotros ya tiene una acusación por agresión en su expediente, Danny. La policía no ve con buenos ojos ninguna de las dos cosas.

Tres de los cuatro me miraron con incertidumbre. El cuarto, Lynch, se notaba que estaba calculando sus posibilidades.

—Supongo que al menos uno de ustedes está pensando que no se meterá en tantos problemas por golpear a un threep —dije—Así que aquí es donde les recuerdo que la ley de Washington D. C. trata los delitos contra los threeps de la misma manera que los delitos contra los seres humanos.

Así que todos ustedes van a ser acusados de agresión. Y, como me parece bastante claro que están atacando a esta persona por ser una Haden, también se les acusará de delito de odio.

—Así que piensen en eso—dije—Mientras lo piensan, les diré que he estado grabando todo lo que ha pasado desde que llegué, y que esas imágenes ya están en los servidores del FBI. Hasta ahora, lo único que tengo es a cuatro tipos borrachos y estúpidos. No cambiemos eso.

Terry Olson y Bernie Clay se hicieron a un lado. La mujer comenzó a caminar hacia mí. Cuando pasó junto a los hombres, Lynch soltó un gruñido y levantó el bate para golpearla en la cabeza.

Fue entonces cuando le disparé, porque llevaba mi pistola paralizante detrás de la espalda todo el tiempo y ya le había apuntado como objetivo. Lo único que tuve que hacer fue disparar cuando mi retícula interior se puso roja. Lo identifiqué como uno de esos tipos —no muy claros en cuanto a las consecuencias a largo plazo— nada más llegar, ya que solo había un idiota presente con un bate. Había salido a bailar. Los demás solo eran compinches borrachos.

Lynch se puso rígido y luego cayó al suelo, convulsionando y vomitando. Los otros tres hombres salieron corriendo. La mujer se arrodilló junto a Lynch y lo examinó.

—¿Qué estás haciendo? —les pregunté, acercándome a dos de ellos.

—Me estoy asegurando de que no aspire su propio vómito —dijo ella.

—¿Qué eres, médico? —pregunto.

—De hecho, sí —dijo:

—¿Puedes hacerlo mientras le esposo? —le pregunté. Ella asintió. Le esposé.

—Genial —dije, y me levanté—Ahora sí que tengo que llamar a la policía.

Ella me miró.

—¿Aún no lo has hecho? —dije—Estaba sacando sus datos de la base de datos y localizando a este imbécil —dije—Estaba un poco ocupado. ¿Por qué no lo has hecho tú, si no te importa que te lo pregunte? —dijo:— Parecían unos borrachos inofensivos —dijo—Se

me acercaron por detrás y no pensé en ello hasta que empezaron a hablarme.

Y no me di cuenta de que eran un problema hasta que este imbécil empezó a preguntarme hasta dónde creía que volaría mi cabeza si me la partía con un bate.

—Dime que al menos tienes esa parte grabada.

—Sí —dijo ella—, y se lo dije. Él solo se rió.

—No le doy mucho crédito al Sr. Lynch —dije—O eso, o pensó que después de jugar a ser Nena Ruth con tu cabeza, no quedaría ninguna grabación. Ahora bien, ¿ha terminado de examinarlo, doctora?

—Sí —respondió—Vivirá. Y, por cierto, gracias.

—De nada —dije. Le tendí la mano—Chris Shane —dijo: «me presenté».

—Sé quién es usted —dijo ella, estrechándola.

—Me lo dicen mucho —dije.

La doctora negó con la cabeza.

—No es eso —dijo—Soy Tayla Givens. Soy su nueva compañera de piso.

* * *

Tayla y yo acabábamos de terminar nuestras declaraciones a los agentes que nos habían detenido cuando vi que alguien se acercaba a nosotros. Era el detective Trinh.

—Detective Trinh —le dije—Qué sorpresa.

—Agente Shane —dijo ella—Ha tenido una noche emocionante.

—Ya estamos terminando —dije.

—¿También va a convertir este caso en uno federal?

—En realidad no —dije—El Haden de este caso vive en Washington D. C., así que se encargará de él la policía metropolitana.

—Probablemente sea lo más sensato —dijo Trinh.

—¿Tiene pensado involucrarse? —le pregunté—Ahora mismo estamos en el primer distrito policial. Tenía la impresión de que usted trabajaba en el segundo.

—Trabajo en el segundo —dijo Trinh—Vivo aquí. Estaba tomando una copa en Henry's cuando llegó el informe por radio. Pensé en pasarme por aquí y ver cómo estaba.

—Ahora estoy bien —dije.

—Y quizá para charlar contigo.

—De acuerdo —dije.

—En privado —dijo Trinh: asintió a Tayla.

Miré a Tayla.

—¿Quieres que les pida que te lleven a casa?

—Estamos a menos de cien metros de donde vivimos —dijo Tayla —Creo que puedo ir sola.

—De acuerdo —dije.

—Nos vemos pronto —dijo: «See you there soon»—, y se dirigió a casa.

—¿Vives con ella? —Trinh preguntó, mientras Tayla se alejaba.

—Es mi nueva compañera de piso —dije—De hecho, es la primera vez que la veo.

—Qué forma tan interesante de conocer a tu nueva compañera de piso —dijo Trinh—Tiene suerte de que estuvieras por aquí. Hoy hemos tenido un aumento de agresiones a Haden.

—¿Por qué? —pregunté.

—La huelga y la maniobra con las camionetas en la circunvalación, pero seguro que ya lo sabías —dijo Trinh—Cuando pasas días dificultando que otras personas hagan lo suyo, se cabrean. Y como hay mucha gente inundando la ciudad para la marcha, hay muchos objetivos potenciales, por así decirlo. Es temporada abierta para los threeps. Hoy hemos tenido cinco ataques en el segundo distrito.

—¿Y qué opinas al respecto?— pregunté.

—Estaré contenta cuando termine la marcha y pueda volver a multar a los chicos universitarios por orinar en la acera.

—Eh —dije—¿En qué puedo ayudarte, detective Trinh? —dijo:

—Tenía curiosidad por saber qué opinas de tu nueva compañera —dijo Trinh.

—De momento nos llevamos bien —respondí.

—Ya sabes lo que le pasó a su última compañera.

—¿Qué le pasó?

—¿Te contó Vann lo que le pasó?

—Tengo entendido que hubo un percance con un arma de fuego —dije.

—Esa es una forma de verlo —dijo Trinh—Hay otras interpretaciones.

—¿Como cuáles?

—Como que la compañera de Vann decidió que pegarle un tiro en el estómago era mejor opción que seguir lidiando con Vann.

—Parece drástico —dije.

—A grandes males, grandes remedios —dijo Trinh.

—No sé nada de eso —dije.

—No, adivino que no —dijo Trinh—También sabes que Vann solía utilizar ser integradora.

—Lo había oído —dije.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué lo dejó?

—La conozco desde hace dos días —dije—, uno de los cuales lo

pasé casi todo en la zona horaria de la montaña. Así que no hemos tenido tiempo de intercambiar historias de vida.

—Estoy bastante segura de que ella conoce la tuya —dijo Trinh.

—Todo el mundo conoce la mía —dije—, no es ningún misterio.

—Entonces déjame ponerte al día sobre la suya —dijo Trinh—Se fue porque no pudo soportarlo. El gobierno gastó todo ese dinero para convertirla en integradora y ella terminó teniendo fobia a que la gente utilizara su cuerpo. Quizás quieras que te cuente sobre sus últimas sesiones de integración. Los rumores al respecto son bastante dramáticos.

—Tampoco sé nada de eso —dije.

—Eso explica toda la automedicación —dijo: Trinh—A menos que te hayas perdido el fumar, el beber y el ir de bares en busca de gente con quien acostarte.

—Me he dado cuenta —dije.

—No es muy exigente en ese aspecto.

—¿En serio? —dije—¿Eso te explica a ti, entonces?

Trinh me sonrió.

—Nunca me acosté con Vann, si es lo que me estás preguntando. Aunque no estoy del todo segura de ella y su antigua pareja. No creo que eso sea un problema para ti.

—¿Tienes algún problema con Hadens, Trinh? —le pregunté—Porque no se lanza una puñalada por la espalda como la última sin más.

—Creo que no me has entendido —dijo Trinh—Creo que es bueno que ella no tenga la oportunidad de joderte de esa manera. Pero no me sorprendería que encontrara otra forma de hacerlo.

—Claro —dije—Mira, Trinh. Es tarde y he tenido un día muy largo. Así que si pudieras ir al grano de esta pequeña conversación, te lo agradecería. Quiero decir, aparte de que estás destrozando a mi nueva compañera.

—La cuestión es que deberías pensar en tu compañera, agente Shane —dijo: Trinh—Es inteligente, pero no tanto como cree. Es buena, pero tampoco tan buena como cree. Habla muy bien de lo que deberían hacer los demás, pero cuando se trata de sus propios asuntos, se vuelve descuidada. Quizás ya te hayas dado cuenta de eso, o quizás no. Pero, hablando como alguien con cierta experiencia en el tema, si aún no te has dado cuenta, es algo de lo que te darás cuenta pronto.

—Así que es una bomba de relojería a punto de explotar, y no quiero estar cerca de ella cuando lo haga —dije—Directamente sacado de la lista de clichés. Entendido.

Trinh juntó las manos en un gesto que expresaba aburrida ecuanimidad.

—Quizá me equivoque, Shane —dijo:—Quizá solo sea un capullo

que tuvo una mala experiencia con ella cuando tuve que tratar con ella. Y quizá vosotros dos os llevéis bien y no tengas ganas de pegarte un tiro en el estómago, o lo que sea. En ese caso, genial. Espero que seáis felices juntos. Pero quizá no me equivoque. En ese caso, vigila a tu pareja, Shane.

—Lo haré —dije.

—Hay algo raro con los Haden —dijo Trinh—Eso del Watergate. Y sé que estás involucrado en lo que sea que esté pasando con Loudoun Pharma. Si los dos están trabajando en algo grande, lo último que necesitan es que ella se derrumbe. Cuando caiga, no querrás que te arrastre con ella.

—Más clichés —dije.

Trinh asintió—Es un cliché. Ok. Por otro lado, eres uno de los Hadens más famosos que hay, ¿no? O al menos lo eras. Todavía eres lo suficientemente famoso como para que la gente te llamara esquirol por aparecer en el trabajo el otro día. ¿Qué pensarán cuando la cagues por culpa de Vann, Shane? ¿Qué pensará tu padre, el próximo senador de Virginia?

No supe qué decir.

—Solo es algo en lo que pensar —dijo Trinh—Tómatelo como quieras. Que pases buena noche, Shane. Espero que no tengas que salvar a nadie más antes de llegar a casa. Se marchó.

* * *

Cuando llegué a la casa, me esperaba un comité de bienvenida formado por tres personas. Me lanzaron confeti cuando crucé la puerta.

—Vaya —dije, apartando los diminutos trozos de papel.

—Queríamos que te sintieras como en casa en tu primera noche —dijo Tony.

—No suelo que me lancen confeti cuando llego a casa —dije.

—Quizás deberías —dijo: Tony.

—¿Por qué tenéis confeti? —pregunté.

—Sobró de Año Nuevo —dijo:—No importa. También queríamos darte las gracias por intervenir con el pequeño problema de Tayla. Nos lo contó cuando llegó a casa.

—No es la forma habitual de conocer a tu nuevo compañero de piso —dijo Tayla.

—No lo convirtamos en algo habitual —dije.

—A mí me parece bien —dijo Tayla.

—Y estos son tus otros nuevos compañeros de piso —dijo Tony: «Ese de ahí es Sam».

—Hola —dijo Sam, levantando la mano.

—Hola —dije.

—Y estos son los gemelos, Justin y Justine —dijo Tony: señaló al tres que quedaba. Estaba a punto de pedir una aclaración cuando apareció un mensaje de texto en mi campo de visión, de Tony. Vamos, te lo explicaré más tarde, decía.

—Hola —dije a los tres de los gemelos.

—Hola —respondió al menos uno de los gemelos.

—¿Podemos hacer algo para que estés más cómodo? —Tony —pregunto—Sé que has tenido un par de días muy ajetreados.

—En realidad, lo único que quiero ahora mismo es dormir un poco —dije:—Sé que no es muy emocionante, pero ha sido un día muy largo.

—No hay problema —dijo Tony—Tu habitación está tal y como la viste la última vez que estuviste aquí. La silla del escritorio tiene una almohadilla de inducción. Debería trabajar para ti hasta que consigas algo mejor.

—Perfecto —dije—En ese caso, buenas noches a todos.

—Espera —dijo: los gemelos, y luego me entregaron un globo—Se nos olvidó lanzártelo cuando entraste.

—Gracias —dije, cogiéndolo.

—Lo hemos inflado nosotros mismos —dijeron los gemelos.

Pensé en las implicaciones de esa afirmación.

—¿Cómo? —pregunté finalmente.

—No preguntes —dijeron.

Capítulo doce

Y, POR supuesto, no podía dormir. Después de tres horas intentándolo, finalmente me rendí y vamos a mi cueva.

Para un Haden, el espacio personal es un tema delicado. En el mundo físico siempre ha habido un debate sobre cuánto espacio necesita realmente un Haden. Nuestros cuerpos no se mueven y la mayoría de ellos se encuentran en cunas médicas especializadas de mayor o menor complejidad. Un Haden necesita espacio para su cuna y el equipo médico que se le acopla, y, estrictamente hablando, eso es todo lo que necesitamos.

Del mismo modo, para nuestros threeps, el espacio no debería ser un problema. Los threeps son máquinas, y las máquinas no deberían necesitar espacio personal. A un coche no le importa cuántos otros coches hay en el garaje. Solo necesita espacio para entrar y salir. Si juntamos ambas cosas, cuando la gente empezó a diseñar espacios para los Haden y sus threeps, todos eran como los apartamentos eficientes que me enseñó LaTasha Robinson: pequeños, clínicos, sin lujos.

Entonces la gente empezó a darse cuenta de que los Haden habían desarrollado un pico de depresión mayor, independiente de las causas habituales. La razón era obvia si alguien se tomaba el tiempo de pensar en ello. Los cuerpos de los Haden pueden estar limitados a sus cunas, y los threeps pueden ser máquinas, pero cuando un Haden conducía un threep, seguía siendo un ser humano, y la mayoría de los seres humanos no son felices sintiéndose como si vivieran en un armario. Quizás los Haden no necesitan tanto espacio físico como las personas con movilidad natural, pero aun así necesitan algo. Por eso esos apartamentos eficientes eran la última opción de residencia para los Haden.

En el mundo no físico (no en el mundo virtual, porque para un Haden el mundo no físico es tan real como el físico) existe el Ágora, el gran lugar de encuentro global de los Hadens. Los Dodgers, las personas que no son Hadens, tienden a pensar en él como algo parecido a una red social tridimensional, un juego multijugador masivo en línea en el que no hay misiones, sino que simplemente se está de pie, hablando con los demás. Una de las razones por las que piensan así es porque las zonas públicas abiertas a los Dodgers (y sí, las llamamos Dodger Stadiums) trabajan de manera muy similar.

Explicar cómo trabaja el Ágora a alguien que no es un Haden es cómo explicar el color verde a alguien que es daltónico. Lo entienden, pero no tienen forma de apreciar su riqueza y complejidad porque sus

cerebros, literalmente, no trabajan así. No hay forma de describir nuestros magníficos lugares de reunión, nuestros debates y juegos, o cómo nos relacionamos íntimamente, sexualmente o de otra manera, que no suene extraño o incluso desagradable. Es lo último en… hay que estar allí.

A pesar de todo ello, en el Ágora propiamente dicho no hay una sensación sustancial de privacidad. Se puede cerrar el Ágora durante períodos de tiempo, o crear temporalmente estructuras y espacios para la exclusividad, pero las personas siguen siendo personas, con sus camarillas y grupos. Sin embargo, el Ágora se diseñó para crear una comunidad para personas que siempre estaban, inevitablemente, aisladas en sus cabezas. Se construyó a propósito de forma abierta y, en las dos décadas transcurridas desde su creación, ha evolucionado hasta convertirse en algo sin análogo directo en el mundo físico. Es una apertura que se refleja también en la forma en que los Hadens se relacionan entre sí en el mundo físico. Dejan visibles sus identificaciones, tienen canales comunes e intercambian información de una manera que a los Dodgers les parecería promiscua y posiblemente demencial.

No todos los Hadens, claro está. Los Hadens que eran mayores cuando contrajeron la enfermedad estaban más profundamente vinculados al mundo físico, donde ya habían pasado casi toda su vida. Así que, después de contraer la enfermedad, vivían principalmente en sus threeps y utilizaban el Ágora, en la medida en que lo utilizaban, como un sistema de correo electrónico glorificado.

La otra cara de la moneda eran los Hadens que contrajeron la enfermedad siendo jóvenes y estaban menos apegados al mundo físico, prefiriendo el Ágora y su sistema de vida a forzar su conciencia en un trío y traqueteando por el mundo físico. La mayoría de los Hadens existían entre los dos espacios, tanto en el Ágora como en el mundo físico, dependiendo de las circunstancias.

Pero, al fin y al cabo, ni el mundo físico ni el Ágora podían proporcionar lo que la mayoría de los Hadens realmente necesitaban: un lugar donde pudieran estar solos. No aislados —no el encierro que les imponía el síndrome de Haden—, sino por sí mismos, en un lugar de su elección, para relajarse y pensar con calma. Un espacio liminal entre mundos, para ellos mismos y para los pocos elegidos a los que decidían dejar entrar.

Lo que es ese espacio liminal depende de quién seas y también de la infraestructura informática con la que cuentes para soportarlo. Puede ser tan simple como una casa de una plantilla, almacenada en un servidor compartido —vivienda gratuita —viviendas adosadas— respaldada por anuncios que se presentaban en marcos de fotos, que se colapsaban computacionalmente una vez que los Haden iban por la

puerta— hasta mundos inmensos y persistentes que crecían y evolucionaban mientras los Hadens muy ricos, que eran los propietarios de los mundos, residían en palacios flotantes que se cernían sobre sus creaciones.

Mi espacio liminal era algo intermedio entre esos dos. Era una cueva, grande y oscura, con un techo del que colgaban luciérnagas, imitando un cielo nocturno. De hecho, era una recreación de las cuevas de Waitomo en Nueva Zelanda, si las cuevas fueran unas diez veces más grandes y no tuvieran rastros de ser una atracción turística.

En esta cueva, en voladizo sobre un río subterráneo oscuro y caudaloso, había una plataforma en la que me ponía de pie o dejaba mi silla, la única y sencilla, en su lugar.

Casi nunca dejaba entrar a nadie en mi cueva. Una de las pocas veces que lo hice fue cuando salía con otro Haden en la universidad, que miró a su alrededor, exclamó: «¡Es la Batcueva!», y se echó a reír. La relación, que ya era un poco inestable, se rompió poco después.

Hoy en día creo que ese comentario era más acertado de lo que me gustaría admitir. Hasta ese momento, había pasado mucho de mi tiempo siendo una persona pública cuyos movimientos eran seguidos sin importar dónde estuviera. Mi propio espacio era oscuro y silencioso, un lugar donde podía ser mi alter ego, alguien que podía dedicarse metódicamente a hacer los deberes o reflexionar sobre cualquier idea que se me ocurriera en ese momento.

O, en este caso concreto, intentar luchar contra el crimen.

En los últimos dos días habían pasado demasiadas cosas como para permitirme desentrañar todas las conexiones entre los acontecimientos, procesar los datos y tal vez sacar algo útil de ellos. Ahora era el momento. De todos modos, estaba despierto.

Empecé a sacar imágenes de mi memoria y a lanzarlas a la oscuridad. Primero, la imagen de Johnny Sani, muerto en la alfombra del hotel Watergate. A esta imagen le siguió la de Nicholas Bell, con las manos en alto, en la cama de la habitación del hotel. Samuel Schwartz y Lucas Hubbard les siguieron, representados aquí no por threeps o Integradores, sino por fotos de archivo de sus iconos mediáticos aprobados, imágenes basadas en los rasgos faciales de sus cuerpos físicos, pero alteradas de tal manera que les daban una apariencia de movilidad y vitalidad. Los iconos eran artificiales, pero no podía culparlos por ello. No eran los únicos Hadens con iconos mediáticos aprobados. Yo tenía uno. O lo utilizaba, en cualquier caso.

A continuación, Karl Baer, a partir de una imagen tomada de su identificación de Loudoun Pharma, y Jay Kearney, a partir de su licencia de Integrador. Hice una pausa para acceder a la base de datos de Integradores y encontrar a la mujer con la que Schwartz se había integrado la noche anterior.

Se llamaba Brenda Rees. Su imagen subió.

Después de pensarlo un momento, vamos, las imágenes de Jim Buchold y de mi padre, la última principalmente para mi propia orientación interna. Finalmente, puse una imagen provisional para Cassandra Bell, que no tenía ningún icono multimedia aprobado.

Ahora había que añadir las conexiones. Sani conectado con Nicholas Bell. Nicholas Bell con Hubbard, Schwartz y su hermana, Cassandra. Hubbard con Schwartz y con mi padre. Schwartz conectado con Hubbard, mi padre, Brenda Rees y Jay Kearney. Kearney con Schwartz y Baer. Baer con Kearney y Buchold. Buchold de vuelta con papá. Era un pequeño y acogedor círculo de costura.

Ahora, el contexto. Desde Sani, coloqué su último giro postal a su abuela, hice una pausa para acceder al servidor del FBI y solicitar una búsqueda de los números de serie y de ruta para obtener su ubicación de origen. Una vez hecho esto, abrí la ventana del Centro de Computación de Window Rock, tracé una línea desde allí hasta Medichord y la conecté de nuevo con Lucas Hubbard.

Desde Buchold conecté una línea con Loudoun Pharma. Busqué en las noticias del día sobre el atentado. El vídeo confesional de Baer se había filtrado primero y luego se había publicado oficialmente, por lo que ahora se especulaba intensamente sobre Cassandra Bell por estar relacionada de forma explícita o implícita con el atentado. Trazé una línea desde ella hasta Loudoun Pharma.

Desde Cassandra Bell, busqué noticias sobre el paro del trabajo de Haden y la próxima marcha en el Mall. Trinh no había mentido: en el último día se habían producido veintiocho ataques contra Hadens solo en Washington D. C. La mayoría de ellos fueron ataques contra threeps. Hubo algunas palizas como la que yo había interrumpido, pero también un par de casos en los que la gente tomó el control manual de sus coches y los estrelló contra los threeps. Una persona empujó un threep hacia la trayectoria de un autobús, dañando tanto al threep como al autobús.

Me pregunté cuál era el razonamiento detrás de eso: matar a un threep no hacía más que destruir el hardware, que era reemplazable, mientras que la persona que atacaba al threep seguía siendo responsable de agredir físicamente a una persona. Entonces recordé a Danny Lynch y me di cuenta de que el razonamiento lógico no era el punto fuerte en muchos de estos encuentros.

En al menos un par de estos ataques, fue Haden quien salió victorioso del encuentro, lo que trajo consigo sus propios problemas. Los vídeos de máquinas parecidas a androides golpeando cuerpos humanos despertaron algo atávico en los sectores más ignorantes, normalmente masculinos y jóvenes, de la humanidad. No envidiaba a la policía metropolitana durante los días siguientes.

Una notificación del servidor del FBI. El giro postal había salido de la oficina de correos de Duarte, California. Busqué un artículo de la enciclopedia sobre la ciudad y descubrí que su lema cívico era «Ciudad de la Salud», lo que me pareció bastante aleatorio hasta que vi que era la sede del Centro Médico Nacional City of Hope. El City of Hope ayudó a desarrollar la insulina sintética y fue considerado un «Centro Oncológico Integral» por el Instituto Nacional del Cáncer. Además, y más relevante para mis propósitos, era una de las cinco instituciones médicas más importantes del país para la investigación y el tratamiento del síndrome de Haden.

Si Johnny Sani va a instalarse una red neuronal, ese habría sido un buen lugar para hacerlo.

Pero entonces, si se hubiera instalado una red neuronal allí, habría aparecido en nuestras bases de datos.

Vimos a Cassandra Bell y abrimos una búsqueda sobre ella, seleccionando una biografía enciclopédica y artículos de noticias recientes no relacionados con Loudoun Pharma.

Cassandra Bell era una de las pocas personas con Haden que nunca había estado encerrada. Su madre contrajo el síndrome de Haden mientras estaba embarazada de Cassandra y se lo transmitió en el útero.

Normalmente, eso habría sido mortal. En la gran mayoría de los casos en los que una mujer embarazada contraía el síndrome de Haden, el virus atravesaba la barrera placentaria como si no existiera y devastaba al feto.

Solo alrededor del 5 % de los fetos que contraían el síndrome de Haden sobrevivían hasta el nacimiento. Casi todos ellos quedaban encerrados. La mitad de los que sobrevivían al parto morían antes de cumplir un año, debido a que el virus suprimía el sistema inmunológico del bebé o a otras complicaciones provocadas por la enfermedad. Casi todos los que sobrevivieron después de eso experimentaron graves problemas provocados por el daño que el virus causó al desarrollo cerebral temprano del niño y por el aislamiento que provocó el Haden, lo que frenó su desarrollo emocional y social temprano.

El hecho de que Cassandra Bell estuviera viva, fuera inteligente y estuviera cuerda la convertía en una especie de pequeño milagro.

Pero llamarla «normal» podría haber sido exagerado. Se había criado casi exclusivamente en el Ágora, primero con su madre, que acabó encerrada allí. Cuando murió por causas ajenas a Cassandra, que entonces tenía diez años, la educación de la niña quedó a cargo de los padres adoptivos de Haden y de su hermano mayor, Nicholas, que se había infectado al mismo tiempo que su madre y había desarrollado entonces sus habilidades de integrador.

A su manera, Cassandra era tan famosa como yo lo había sido, otra curiosidad pública entre los Haden. Lejos de tener un retraso intelectual, Cassandra demostró una notable agudeza mental, aprobó un examen de equivalencia de secundaria a los diez años y luego rechazó la admisión en el MIT y en CalTech porque le habrían exigido utilizar un threep, a lo que se negó.

En cambio, se convirtió en activista del separatismo Haden, argumentando que los Hadens debían liberarse de las limitaciones del mundo físico, impuestas por utilizar los threeps, y abrazar y ampliar la metáfora de la vida que ofrecía el Ágora. No sugería que los Hadens no interactuaran con los Dodgers, sino que lo hicieran en sus propios términos, en lugar de en los de los Dodgers.

La receptividad de cada uno a los argumentos de Cassandra Bell se correlacionaba significativamente con el tiempo que se pasaba en el mundo físico frente al Ágora. Pero el número de hadenos dispuestos a escucharla había aumentado significativamente una vez que Abrams-Kettering cobró impulso y se convirtió en ley. Fue ella quien sugirió e instigó la huelga. También se rumoreaba que finalmente iba a romper el mundo físico para hablar en la marcha del Mall el próximo fin de semana.

Básicamente, a la tierna edad de veinte años, Cassandra Bell era comparada con Gandhi y Martin Luther King por sus admiradores, y con varios terroristas y líderes de sectas por sus detractores.

Las acciones de Baer y Kearney en Loudoun Pharma no iban a ayudar a su imagen en ese momento, y la gente ya estaba empezando a criticar a los Hadens, incluida ella, por la huelga. Revisé sus comentarios y declaraciones recientes para ver qué tenía que decir sobre el atentado.

Sobre eso, por el momento, guardaba silencio. Esto no la ayudaba en los medios de comunicación. Aun así, quizá era mejor callarse que decir alguna estupidez.

Reflexionando, me parecía extraño no haber conocido nunca a Cassandra Bell. Éramos dos de los jóvenes Hadens más destacados que existían. Pero entonces la mayor parte de su notoriedad comenzó a acumularse más o menos al mismo tiempo que yo intentaba alejarme del foco de atención y tener algo parecido a una vida privada.

Además, sé sincero—dije: «Tú eres el establishment. Ella es la radical».

Y eso era cierto. Gracias a mi padre y a sus actividades, yo estaba más presente en el mundo físico que la mayoría de los jóvenes Haden. Cassandra Bell, por el contrario, nunca había estado en él, salvo por su reputación.

Dejé a Cassandra Bell a un lado por un momento y volví a Jay Kearney, que se había inmolado en nombre de Karl Baer. Al revisar su

lista de clientes, confirmé, tal y como dijo Vann, que Baer era cliente de Kearney, con tres citas en veintiuno meses. La última de ellas había sido hacía once meses. Según las notas de Kearney, habían ido a hacer parasailing.

Pero, aparte de unas breves notas sobre la naturaleza de sus citas, no había nada que, a simple vista, conectara los dos. Tres citas en dos años eran prueba de una relación previa, pero no era una relación muy estrecha.

El FBI había obtenido órdenes judiciales para obtener todos los datos sobre la vida de Baer y Kearney en cuanto quedó claro que ellos habían cometido el atentado. Busqué en ese tesoro de datos para extraer mensajes y registros de pagos. Quería ver cuánta comunicación había entre ellos, ya fuera en correspondencia personal o en un rastro financiero que sugiriera que dos interactuaban de alguna manera significativa.

Había muy poco. Los mensajes se centraban en citas de integración y discutían cosas como posibles actividades, cuánto cobraría Kearney por su tiempo y otros asuntos triviales. Del mismo modo, sus registros financieros coincidían solo en las citas de integración, cuando Baer pagaba a Kearney por la cita.

Esta falta de rastro no significaba que los dos no se reunieran o planearan el atentado. Solo sugería que, si lo hicieron, no fueron idiotas al respecto. Pero no parecía mucho para pasar.

Me detuve y miré hacia arriba, y me alejé de la pared de imágenes y búsquedas que había construido, buscando la estructura en ella y en las conexiones. Imagino que para mucha gente parecería un caos total, un desorden de imágenes y fragmentos de noticias.

A mí me resultaba tranquilizador. Ahí estaba todo lo que sabía hasta el momento. Todo estaba conectado de una forma u otra. Podía ver las conexiones ahí fuera de una manera que no podía ver cuando estaban mezcladas en mi cerebro.

«Próximos pasos», oí decir a Vann en mi cabeza. Sonreí.

Uno. Vi dos nexos de interacción. Uno era Lucas Hubbard, con quien Nicholas Bell, Sam Schwartz y mi padre estaban conectados, y con quien Jim Buchold discutió sobre un asunto relacionado con sus negocios mutuos.

El otro era Cassandra Bell, con quien Nicholas Bell, Baer y Kearney estaban conectados, a quien Buchold se oponía y a quien Hubbard, posiblemente, basándose en su discusión con Buchold, simpatizaba.

Por lo tanto: profundizar en ambos, especialmente en Cassandra Bell. Era la única persona de todo este asunto a la que no había conocido físicamente. Concertar una entrevista si fuera posible.

Dos. Baer y Kearney: todavía no estoy convencido de la conexión

aquí. Investigar más a fondo.

Tres. Johnny Sani. Averiguar qué hacía en Duarte y si alguien lo conocía allí. Averiguar si había alguna conexión entre él y City of Hope.

Cuatro. Dos casos atípicos en este embrollo: mi padre y Brenda Rees. Estaba bastante seguro de que mi padre no tramaba nada malo, a pesar de que se presentaba a senador. En cualquier caso, tenía un enorme conflicto de intereses si quería investigarlo.

En cuanto a Brenda Rees, más valía entrevistarla y ver si tenía algo útil que decir.

Cinco. Nicholas Bell—dijo: que estaba trabajando cuando se reunió con Sani, pero también parecía estar allí para integrarse con Sani, aunque eso era imposible, porque ambos eran integradores y porque los auriculares eran falsos.

Entonces, ¿qué demonios estaba pasando realmente allí?

¿Y por qué se suicidó Johnny Sani?

Esas eran las dos cosas que, al sacar todos esos datos de mi cerebro y esparcirlos por el espacio, no se aclaraban en absoluto.

Capítulo trece

UN LIGERO pitido resonó en mi cueva. Reconocí el tono como una llamada no invasiva, una llamada que se enviaría si el destinatario estaba consciente, pero no si no lo estaba. Hadens, como cualquier otra persona, odiaba que lo despertaran con llamadas aleatorias en medio de la noche. Abrí una ventana para ver quién era. Era Tony.

Acepté la llamada, solo audio. «Estás despierto hasta tarde»—dije.

«Tengo una fecha límite para un trabajo», respondió Tony: «tenía el presentimiento de que mentías cuando dijiste que querías dormir».

—No mentía —dije—Es solo que no podía dormir.

—¿Qué estás haciendo entonces?

—Intentando resolver un montón de cosas de las que, por desgracia, no puedo contarte mucho. ¿Y tú?

—Ahora mismo, compilando código. Te puedo hablar de ello, pero no creo que te interese —dijo Tony.

—Tonterías —dije—Me fascina infinitamente.

—Lo tomaré como un reto —dijo Tony, y entonces apareció un botón en el panel de datos—Es un código de puerta. Ven aquí.

Tony me estaba invitando a su espacio liminal, o al menos a una zona pública del mismo.

Dudé un segundo. La mayoría de los Hadens protegían sus espacios personales. Tony me estaba ofreciendo una especie de intimidad. No lo conocía desde hacía mucho tiempo.

Pero entonces decidí que estaba pensando demasiado y pulsé el botón. Se expandió hasta convertirse en un marco de puerta y yo atravesé.

El espacio de trabajo de Tony parecía un cubo de videojuegos retro con paredes altas, todo espacio negro con las paredes definidas por líneas azules de neón, de las que se ramificaban patrones geométricos.

—No me lo digas, déjame adivinar —dije—Eres fan de Tron.

—Has dado en el clavo —dijo Tony. Estaba de pie frente a un escritorio, sobre el cual flotaba un teclado con líneas de neón. Junto a él había una pantalla flotante con código, con una barra de herramientas que pulsaba lentamente, marcando el tiempo que faltaba para que se compilara el código de Tony. Por encima de él, girando lentamente, había un remolino de líneas, aparentemente conectadas al azar.

Las reconocí inmediatamente.

—Una red neuronal —dije.

—También has acertado —dijo Tony. Su imagen de sí mismo era,

como la de la mayoría de la gente, una versión de su yo físico, más en forma, más tonificado y vestido con estilo—Si realmente quieres impresionarme, dime la marca y el modelo.

—No tengo la menor idea —admití.

—Aficionado —dijo Tony con ligereza—Es un Santa Ana Systems DaVinci, modelo siete. Es su última versión. Estoy programando un parche de software para él.

—¿Debería estar viendo esto? —pregunto, señalando el código en la pantalla—Adivino que todo esto es confidencial.

—Lo es —dijo Tony—Pero no me pareces un programador —sin ánimo de ofender— y adivino que el DaVinci que tienes ahí arriba te parecerá más bien un plato de espaguetis ingeniosamente dispuesto.

—Así es.

—Entonces no hay problema —dijo: Tony—Y, de todos modos, aquí no puedes grabar nada. Lo cual era cierto. En los espacios liminales personales, la grabación de visitantes estaba desactivada por defecto.

Miré el modelo de la red neuronal que flotaba sobre la cabeza de Tony.

—Es extraño, ¿no? —dije.

—¿Las redes neuronales en general o el DaVinci Seven en particular? —Tony preguntó:— Porque, hablando en confianza, los D7 son un fastidio. Su arquitectura es un poco complicada.

—Me refería en general —dije, y volví a mirar—El hecho de que tengamos uno de estos dejado en el cráneo.

—No solo en el cráneo —dijo Tony—En el cerebro. De hecho, en él, muestreando la actividad neuronal un par de miles de veces por segundo. Una vez que están ahí, no se pueden sacar. El cerebro acaba adaptándose a ellos, ya sabes. Si intentaras quitarlos, acabarías incapacitándote. Más de lo que ya estamos.

—Qué idea tan alegre.

—Si quieres ideas realmente alegres, deberías preocuparte por el software —dijo Tony—Gobierna el funcionamiento de las redes y, en realidad, no es más que un batiburrillo tras otro. Señaló su código—La última actualización de software que lanzó Santa Ana provocó accidentalmente una sobreestimulación de la vesícula biliar en aproximadamente el 0,5 % de los operadores.

—¿Cómo es posible?

—Una interferencia inesperada entre el D7 y las señales neuronales del cerebro —dijo Tony—Lo cual ocurre con más frecuencia de la que debería. Ejecutan todo el software a través de simuladores cerebrales antes de cargarlo en los clientes, pero los cerebros reales son únicos, y los cerebros Haden lo son aún más debido a cómo la enfermedad altera su estructura. Por lo tanto,

siempre pasa algo inesperado. Este parche debería solucionar el problema antes de que provoque cálculos biliares. O, al menos, si se producen cálculos biliares, no se podrán rastrear hasta la red neuronal.

—Maravilloso —dije—Me alegro de que no sea una red Santa Ana la que tengo en la cabeza.

—Bueno, para ser justos, no es solo Santa Ana —dijo Tony. Me hizo un gesto con la cabeza—¿Qué tienes ahí?

—Es una Raytheon —dije.

—Vaya —dijo Tony—De la vieja escuela. Hace una década que abandonaron el negocio de las redes neuronales.

—No necesitaba oír eso —dije.

Tony lo descartó con un gesto.

—Hubbard se encarga de su mantenimiento —dijo.

—¿Perdón? —dije. Me quedé momentáneamente sorprendido.

—Hubbard Technologies —dijo Tony—La primera empresa de Lucas Hubbard, antes de fundar Accelerant. Hubbard no construye redes —eso lo hace otra empresa de Accelerant—, pero Hubbard gana mucho dinero manteniendo los sistemas de las empresas que abandonaron el campo después de la primera fiebre del oro. Él mismo hizo mucho de la codificación y los parches iniciales, si creemos en la publicidad de su empresa.

—De acuerdo —dije. La repentina intrusión de Hubbard en mi cabeza, tanto literal como figuradamente, me había desconcertado.

—Yo también he hecho trabajo para Hubbard —dijo Tony—De hecho, hace solo un par de meses. Créeme, tienen sus problemas.

—¿Quiero saberlo? —pregunto—¿Has sufrido espasmos de colon recientemente?

—Eh...

—dije—No.

—Entonces no hay nada de qué preocuparse.

—Estupendo.

—He trabajado con todos ellos —dijo Tony—, con todas las redes. El mayor problema no es la interferencia neural, en realidad. Es la seguridad básica.

—Como la gente que piratea las redes neuronales —dije.

—Sí.

—Nunca he oído que eso haya sucedido.

—Hay una razón para ello —dijo Tony—En primer lugar, la arquitectura de las redes neuronales está diseñada para ser compleja, de modo que sea difícil programarlas y acceder a ellas desde el exterior. Que el D7 sea tan complicado de manejar es una característica, no un error. Todas las demás redes desde la primera iteración también están diseñadas de esa manera.

—En segundo lugar, contratan a gente como yo para asegurarse de que eso no ocurra. La mitad de mis contratos son para incursiones de sombrero blanco, intentando entrar en las redes.

—¿Y qué haces cuando entras?— —pregunto.

—¿Yo? Presento un informe— dijo Tony—Con la primera iteración de redes, los hackers llevaban a cabo planes de chantaje. Mostraban una serie de imágenes sangrientas o ponían «It's a Small World» en bucle hasta que la víctima pagaba para que pararan.

—Qué asco —dije.

Tony se encogió de hombros.

—Eran unos idiotas —dijo:—Sinceramente. ¿Un ordenador dentro de tu cerebro? ¿Qué demonios pensaban que iba a pasar con eso? Se tomaron en serio los parches cuando un hacker de Ucrania empezó a provocar arritmias a la gente solo por diversión. Eso es un intento de asesinato en primer grado.

—Me alegro de que lo hayan solucionado —dije.

—Bueno, por ahora —dijo Tony. Su código se había compilado e hizo un gesto con la mano para ejecutarlo. Desde arriba, la red pulsaba. No era solo una bonita imagen. Era una simulación real de la red.

—¿Qué quieres decir con «por ahora»? —pregunto.

—Piénsalo, Chris —dijo Tony. Señaló mi cabeza—Tienes lo que es, en efecto, un sistema heredado en tu cabeza. Su mantenimiento se paga actualmente con el presupuesto de los Institutos Nacionales de Salud. Cuando Abrams-Kettering entre en vigor el próximo lunes, los NIH dejarán de pagar el mantenimiento una vez que expire su actual lote de contratos. Santa Ana y Hubbard no están actualizando y parcheando por la bondad de sus corazones corporativos, ya lo sabes. Les pagan por hacerlo. Cuando eso se acabe, o alguien más va a tener que pagar por ello, o las actualizaciones dejarán de llegar.

—Y entonces estaremos todos jodidos— dije.

—Algunas personas estarán jodidas— dijo Tony—Yo estaré bien porque esta mierda es mi trabajo y puedo hackear mi propia red. Tú estarás bien porque puedes permitirte contratar a alguien como yo para mantener tu red. Nuestros compañeros de piso estarán bien porque me caen bien y no quiero que les metan spam en el cerebro contra su voluntad. Y los Hadens de clase media probablemente podrán pagar una suscripción mensual de actualizaciones, que es algo que sé que Santa Ana, al menos, ya está planeando.

—Los Hadens pobres, por otro lado, están jodidos. O no recibirán actualizaciones, lo que los dejará vulnerables a la degradación del software o a los piratas informáticos, o tendrán que lidiar con algún tipo de modelo de actualización que incluya, no sé, anuncios. Así que cada mañana, antes de poder hacer nada más en su día, tendrán que

dejar seis malditos anuncios de nuevos threeps, polvos nutricionales o bolsas para su mierda.

—Entonces, spam —dijo:

—No es spam si estás de acuerdo —dijo Tony—Simplemente no tendrán otra opción.

—Genial.

—No se trata solo de actualizaciones —dijo: Tony—Piensa en el Ágora. La mayoría de nosotros lo consideramos un espacio mágico que flota libremente en algún lugar. Hizo un gesto con las manos—De hecho, se gestiona desde una granja de servidores del NIH a las afueras de Gaithersburg.

—Pero no está en peligro —dije—Si lo estuviera, cundiría el pánico.

—No lo van a girar, no —dijo Tony—Pero sé que el NIH está hablando con posibles compradores. Señaló la red neuronal—Santa Ana está haciendo una oferta, Accelerant también, GM está interesada, y casi todas las sociedades de cartera de Silicon Valley.

Se encogió de hombros.

—Quienquiera que compre finalmente la granja probablemente tendrá que prometer dejar el carácter del Ágora sin cambios durante una década más o menos, pero ya veremos cuánto valdrá eso. A partir de ahí, seguro que habrá cuotas de acceso mensuales. No sé cómo se harían las vallas publicitarias en el Ágora, pero estoy bastante seguro de que lo resolverán más pronto que tarde.

—Has pensado mucho en esto —dije, después de un minuto.

Tony sonrió, apartó la mirada e hizo un gesto de desprecio.

—Lo siento. Es una de mis obsesiones, lo sé. No soy tan serio con la mayoría de las cosas.

—No pasa nada —dije—Y está bien que pienses en ello.

—Bueno, también hay un efecto secundario: cuando todos estos contratos gubernamentales se vayan al traste, mi trabajo se volverá más difícil —dijo Tony—Así que no se trata de que sea socialmente activo por bondad. Me gusta comer. Bueno, que me alimenten con líquidos nutricionalmente equilibrados, al menos. Los Hadens que se están manifestando esta semana están señalando que nuestro mundo está a punto de sufrir una gran perturbación, y al resto de Estados Unidos parece que le importa un comino.

—Pero tú no participas en la manifestación —dije.

—Soy incoherente —dijo Tony—, o quizá sea un cobarde. O simplemente alguien que quiere ahorrar todo el dinero que pueda ahora porque espera que las cosas se agoten. Entiendo la sabiduría de la huelga. No lo veo como algo que pueda hacer ahora mismo.

—¿Y la marcha en el Mall? —pregunté.

—Oh, definitivamente iré a eso —dijo Tony, y sonrió—Creo que

todos iremos. ¿Tú piensas ir? —dije:

—Estoy bastante seguro de que estaré trabajando —dije.

—Claro —dijo Tony—Adivino que esta será una semana muy ocupada para ti.

—Solo un poco.

—Parece que te metieron en un lío —dijo Tony, volviendo a mirar su código—Elegiste una semana terrible para empezar tu trabajo.

Sonreí y volví a mirar la red neuronal pulsante, pensando:

—Hola, Tony —dije.

—¿Sí?

—Dijo: que un hacker provocaba ataques cardíacos a las personas.

—Bueno, en realidad, arritmias, pero es lo suficientemente parecido para el trabajo del gobierno —dijo Tony—¿Por qué?

—¿Es posible que un hacker implante pensamientos suicidas? —pregunto.

Tony frunció el ceño durante un minuto, pensativo.

—¿Estamos hablando de sentimientos generales de depresión que conducen a pensamientos suicidas o de pensamientos específicos, como «Hoy debería pegarme un tiro»?

—Ambos —dije.

—Probablemente se podría causar depresión a través de una red neuronal, sí —dijo Tony—Es cuestión de manipular la química del cerebro, algo que las redes ya hacen —señaló su simulador de red—, aunque normalmente de forma accidental. El parche que estoy haciendo ahora está diseñado para detener precisamente ese tipo de manipulación química.

—¿Y los pensamientos específicos?

—Probablemente no —dijo Tony—, si hablamos de pensamientos que parecen provenir del propio cerebro de una persona. Generar imágenes y sonidos que provienen del exterior es trivial; ambos lo estamos haciendo ahora mismo. Este espacio es una ilusión mutuamente acordada. Pero manipular directamente la conciencia para que alguien piense que está pensando un pensamiento que tú le das, y luego hacer que actúe en consecuencia, es difícil.

—¿Difícil o imposible? —pregunto.

—Nunca digo «imposible» —dijo Tony—Pero cuando digo «difícil» me refiero a que, por lo que sé, nadie lo ha hecho nunca. Y yo no sé cómo hacerlo, aunque quisiera, cosa que no es el caso.

—Porque no es ético —apunté.

—Por supuesto —dijo Tony—Y también porque sé que si yo lo he descubierto, alguien más también lo ha hecho, porque siempre hay alguien más inteligente ahí fuera, que puede que no tenga ética. Y eso realmente lo estropearía todo. Ya es bastante difícil creer en el libre albedrío tal y como está.

—Entonces —dije—, es muy difícil, pero no imposible.

—Muy, muy, muy difícil —admitió Tony—, pero teóricamente posible porque, oye, es un universo de física cuántica. ¿Por qué lo preguntas, Chris? Intuyo que no es una pregunta del todo ociosa.

—¿Cómo es tu horario de trabajo? —le pregunté.

Tony asintió con la cabeza.

—Parece que mi parche está haciendo lo que se supone que debe hacer. Una vez que lo limpie un poco, lo que debería llevarme menos de una hora, lo enviaré y luego estaré libre.

—¿Alguna vez has hecho trabajo para el gobierno federal?

—Vivo en Washington D. C., Chris —dijo Tony—Por supuesto que he hecho trabajo para el gobierno. Tengo una identificación de proveedor y todo lo demás.

—¿Tienes autorización de seguridad?

—He hecho trabajos confidenciales antes, sí —dijo Tony—Si es del nivel que tú estás pensando, adivino que tendremos que averiguarlo.

—Entonces puede que tenga un trabajo para ti —dije.

—¿Tiene que ver con redes neuronales?

—Sí —dije—Hardware y software.

—¿Cuándo quieres que empiece?

—Probablemente mañana—dije—Probablemente a las nueve de la mañana.

Tony sonrió.

—Bueno, entonces—dijo—Probablemente debería terminar lo que estoy haciendo para poder al menos intentar dormir un poco.

—Gracias—dije.

—No—dijo Tony—Gracias a ti. No todos los días llega un nuevo compañero de piso con trabajo. Eso te convierte oficialmente en mi compañero de piso favorito.

—No se lo diré —dije.

—No, vamos, díselo —dijo Tony—Quizá eso inspire una competición. A mí me vendría bien. Me vendría bien el trabajo.

Capítulo catorce

—NO LE DIGAS A TRINH que te he dicho esto —dijo el capitán Davidson, señalando a los cinco Hadens que tenía en su celda—, pero me encantaría que el FBI nos quitara de encima a estos idiotas.

Los cinco Haden, o más exactamente sus réplicas, nos miraron con odio a mí, a Vann y a Davidson desde el otro lado de la celda. Sabíamos que nos miraban con odio porque sus réplicas tenían cabezas personalizadas que mostraban rostros y expresiones. Los rostros que llevaban estos tres no eran los rostros reales de sus propietarios, a menos que estos fueran la viva imagen de George Washington, Thomas Jefferson, Patrick Henry, Thomas Paine y Alexander Hamilton. Los tres también llevaban uniformes de la época colonial, que podían ser o no históricamente precisos. Era como si un diorama de la escuela primaria del Congreso Continental hubiera cobrado vida.

Los threeps eran solo threeps, por supuesto. Los Haden que los conducían estaban en otra parte del país. Pero cuando eres un Haden y te arrestan en tu threep, si te desconectas, se considera resistencia al arresto y huida del lugar. Este dato nos lo proporcionó una joven y rica Haden que, en los primeros años de los threeps, atropelló por descuido a una anciana, se desconectó de su threep presa del pánico y luego pasó tres años y gastó unos doscientos mil dólares del dinero de su madre tratando de librarse de lo que habría sido una infracción de tráfico estándar. Al final, también acabó añadiendo perjurio y soborno a su expediente. Debería haberse limitado a hacer servicios comunitarios.

Así que nuestros colonos, enfriando sus talones y mirando con ira a través de sus píxeles.

—¿Por qué estás aquí, George?— le pregunté a Washington. Davidson nos había llamado para que nos ocupáramos de varios Hadens diferentes en sus celdas de detención. Este era el primer grupo.

—Por ejercer nuestros derechos constitucionales de la Segunda Enmienda —dije Washington. Su verdadero nombre era Wade Swope, de Milltown, Montana. Su información apareció en mi pantalla: «Aquí, en la dictadura del Distrito de Columbia, al parecer se priva a un hombre de su derecho a portar armas».

Vann se volvió hacia Davidson: «Estoy muy sorprendido, muy sorprendido de encontrar a hombres con armas que de alguna manera han acabado en la cárcel».

—Sí, bueno —dijo Davidson—, nuestro padre fundador tiene

razón en que tiene derecho a portar armas, que en este caso eran rifles largos para cada uno de ellos. La parte que ficha es que su pequeño grupo de combatientes coloniales entró en una cafetería, propiedad privada, y empezó a montar un escándalo, y cuando se les dijo que se largaran, comenzaron a agitar sus rifles. Lo tenemos en el vídeo de la tienda, por no hablar de los teléfonos de todas las personas que estaban en la tienda.

—Estamos aquí para encargarnos de la seguridad de la marcha —dijo Thomas Jefferson, alias Gary Height, de Arlington, Virginia—Somos una milicia, de acuerdo con la Constitución. Estamos aquí para defender a nuestro pueblo.

—Puede que sean una milicia —dije—, pero no creo que blandir sus armas de fuego en una cafetería describa exactamente lo que es «bien regulado».

—¿A quién le importa lo que pienses? —dijo: Patrick Henry, alias Albert Box, de Ukiah, California—Estás del lado de ellos. De los que nos oprimen. Me señaló—Eres un traidor y un vendido.

Se me ocurrió que Henry/Box en realidad no tenía ni idea de quién era yo, aunque no sé si eso habría cambiado su opinión. Miré a Vann y Davidson.

—¿Oprimirnos a nosotros, los Hadens, u oprimirles a ustedes, los tipos que blanden armas de fuego en una cafetería? —pregunto—Quiero tener claro el alcance de mi traición.

—Sabes lo que me confunde, Shane —dijo Davidson, antes de que ninguno de ellos pudiera responder.

—Dime —dije.

Davidson señaló a los Hadens coloniales—Por un lado, estos tipos parecen los típicos conservadores locos, con la Segunda Enmienda y sus sombreros Yankee Doodle. Pero, por otro lado, dicen que son la seguridad de una marcha que protesta contra los recortes en las prestaciones del gobierno. Lo cual me parece bastante liberal.

—Es un enigma —estuve de acuerdo.

—No lo sé —dijo Davidson—Quizás no se trate de política. Quizás estos tipos solo sean unos capullos.

—Parece la explicación más sencilla —dije.

—Tenemos derecho a reunirnos —comenzó Washington/Swope, claramente enfadándose.

—Oh, Dios, no —dijo Vann—Es demasiado temprano para tus patéticas tonterías patrióticas.

Washington/Swope se calló, sorprendido.

—Mejor —dijo: Vann, y se inclinó hacia el grupo—Ahora. Vuestros tres están aquí, pero cada uno de vuestros cuerpos físicos está en un estado diferente. Eso os convierte en un problema del FBI. Lo que significa que sois mi problema. Y yo digo que cinco idiotas

vestidos como la parte de atrás de un billete de dos dólares, que dicen ser una milicia y agitan rifles en una maldita cafetería de Georgetown, violan el Título Dieciocho del Código Penal de los Estados Unidos, capítulos veintiséis, cuarenta y tres y ciento dos.

Rápidamente busqué los capítulos pertinentes del Título Dieciocho y observé que el capítulo 43 era sobre «Falsa identidad». No sospechaba que nadie pudiera confundir a Swope con el verdadero George Washington. También sabía que debía mantenerme callado. «

Así que, este es el trato —continuó Vann—Tienen dos opciones. La primera es que yo decida no presentar una denuncia federal y ustedes, idiotas, lleven sus tresips al espacio de la comisaría, donde los apagarán y les quitaremos las baterías. Tendrán tres días para organizar el envío de sus tresips y sus preciados rifles, o daremos por hecho que los donan a la policía metropolitana.

—La segunda opción es que sí lo convierta en un caso federal. En ese caso, confiscaremos vuestros threeps y rifles, y un agente de la ley irá a vuestras casas para llevaros al centro de detención federal más cercano con capacidad para Haden, que probablemente no esté cerca de vosotros. Entonces tendrás el placer de gastar todo el dinero que ganará cada miembro de tu familia en abogados, porque además de los tres capítulos del Título Dieciocho que te he explicado, voy a incluir en la acusación todo lo que se me ocurra.

—Eso es una mierda —dijo Thomas Paine, alias Norm Montgomery, de York, Pensilvania.

—Quizá lo sea y quizá no— dijo Vann—, pero sea lo que sea, te voy a hundir hasta el fondo. Y lo disfrutaré, porque tú has decidido hacerme perder el tiempo al obligarme a tratar contigo. Así que, hora de decidir. Puerta número uno o puerta número dos. Elige sabiamente. Y si no eliges en diez segundos, elegiremos la puerta número dos. Elige.

Siete segundos después, nuestros padres fundadores eligieron la puerta número uno y Davidson gritó para que un escolta los acompañara, uno por uno, al almacén de pruebas.

Luego pasamos al siguiente Haden de la cárcel, este por golpear a una mujer que la había llamado «clank».

* * *

—Bienvenido a los próximos cuatro días— me dijo Vann al salir de la sede del segundo distrito—También tenemos que ir a por un montón de threeps encarcelados en el primer, tercer y sexto distrito. Cuando hayamos terminado con ellos, podemos volver aquí al segundo y empezar de nuevo. Y así una y otra vez hasta que termine la marcha y todos los Haden se vayan a casa. Probablemente deberías decirle a tu cuidador que te ponga un gotero de cafeína.

—¿Qué hay de Johnny Sani y Loudoun Pharma?— pregunté.

—El terrorismo se ha llevado a Loudoun Pharma— dijo Vann—Solo estamos al margen de ese caso. Sani está en nuestra morgue y no va a ir a ninguna parte. Probablemente ambos puedan esperar hasta el lunes. A menos que creas que tienes algo.

—Creo que tengo algo —dije—Quizás.

—¿Quizás? —dijo Vann—No tenemos tiempo para «quizás» en este momento. Tenemos toda una serie de tres que tenemos que decidir qué hacer con ellos.

—Quiero que alguien examine la red neuronal de Sani.

—Ya tenemos a nuestros forenses examinándola.

—Quiero que lo examine alguien que sepa cómo funciona —dije—Alguien que trabaje con ellos todos los días.

—¿Tienes a alguien en mente? —pregunto Vann.

—Mi nuevo compañero de piso —dije.

Vann metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar su cigarrillo electrónico—Empiezas pronto con el amiguismo —dijo.

—No es eso —dije:

—Johnny Sani tenía un coeficiente intelectual de ochenta. No tenía por qué tener una red neuronal de Integrador en la cabeza. Alguien se la instaló y alguien lo utilizó, y luego, cuando ya no lo necesitaban, lo obligaron a cortarse el cuello de alguna manera. Creo que hay algo raro en el software de esa red.

—¿Algo que lo obligó a cortarse el cuello? —preguntó Vann.

—Quizás —dije.

—Ahí está ese «quizás» otra vez —dijo Vann. Dio una calada a su cigarrillo.

—Tony se dedica a desarrollar software para redes neuronales —dije— y tiene contratos con las empresas que las fabrican para comprobar su seguridad y resolver problemas. Él sabría qué buscar. O, como mínimo, sería capaz de ver si algo estuviera muy fuera de lugar.

—Y «Tony», en este caso, es tu nuevo compañero de piso.

—Sí —dije—Ha realizado trabajo confidencial para el Gobierno anteriormente. Tiene identificación de proveedor y todo lo demás.

—¿Es caro? —pregunto Vann.

—¿Importa eso? —pregunté.

—Por supuesto que importa —dijo Vann, y ahora era ella la que parecía molesta conmigo—Uno de nosotros tendrá que justificar cualquier gasto que hagamos fuera de nosotros mismos. Y si no les gusta, me gritarán a mí para que te grite a ti.

—Creo que valdrá la pena —dije.

Vann dio otra calada a su cigarrillo. Luego dijo:

—Ok, contratémoslo. Si se quejan, les diré que tiene que ver con el asunto de Loudoun Pharma.

—Y se lo creerán —dije.

—Quizás —dijo Vann.

—Porque realmente creo que hay algo ahí —dije. Le conté a Vann mi sesión de lluvia de ideas de la noche anterior.

—¿Haces eso mucho? —pregunto Vann, cuando terminé—Eso de lanzar cosas al espacio y trazar líneas entre ellas.

—¿Cuándo no puedo dormir? Sí.

—Tienes que buscar otras actividades para las noches —dijo: Vann.

—Ni siquiera voy a tocar ese tema —dije.

Vann sonrió irónicamente, dio una última calada a su cigarrillo y luego empezó a guardarlo—Bueno, no quiero ir a por Lucas Hubbard si no tenemos nada con lo que ir a por él. Si vamos a por él, quiero que esté desprevenido. Podemos preguntar por Cassandra Bell, pero te garantizo que los de terrorismo ya la tienen bajo la lupa después del asunto de Loudoun Pharma, así que puede que no quiera hablar con nosotros, y puede que los de terrorismo no quieran que les pisemos los talones aunque ella quiera. ¿Cómo se llamaba esa mujer integradora que utilizaba Schwartz? —

—Brenda Rees.

—Hoy llamaré a su puerta —dijo Vann—, a ver si saco algo en claro.

—¿No voy contigo? —pregunto.

—No —dijo Vann—, ya que parece que crees que todo esto tiene algún tipo de calendario, tienes que ir a California para seguir la pista de ese giro postal y luego dirigirte a ese lugar llamado City of Hope para ver si sacas algo en claro. Eso debería mantenerte ocupado.

—¿Y Tony? —pregunté.

—Dame su información y hoy mismo lo llevaré a la morgue —dijo Vann—Si es un chiflado, te lo haré pagar.

—No es un chiflado, te lo prometo.

—Más le vale. No me gustaría tener que matarlo y culparte a ti.

—Eso me recuerda algo —dije.

—¿Que yo amenace con matar a alguien te recuerda algo? —preguntó Vann, sorprendido—No nos conocemos desde hace tanto tiempo, Shane.

—Anoche tuve un encontronazo con la detective Trinh —dije.

—¿En serio?

—Sí. Entre otras cosas, insinuó que tú empujaste a tu antiguo compañero al suicidio.

—Eh —dijo Vann—¿Qué más te dijo? —dijo:

—Que tienes altos estándares de trabajo para los demás, pero no para ti mismo, que eres descuidado, un poco peligroso en lo que respecta a los procedimientos y que tienes varias adicciones que son el resultado o el factor que contribuyó a que te expulsaran del cuerpo de

integradores.

—¿Te dijo también que prendí fuego a unos cachorros? —preguntó Vann.

—No —dije—Puede que lo insinuara.

—¿Tú qué crees?

—No creo que prendieras fuego a cachorros —dije.

Vann sonrió al oír eso. Me refiero a lo que Trinh dijo realmente.

—Este es mi tercer día contigo —dije—Me exiges mucho, lo cual, por cierto, no me importa, pero luego haces cosas como las que hiciste allí, donde dejaste escapar a un grupo de imbéciles armados en lugar de acusarlos de agresión. Si hubieran contratado a un abogado, el hecho de que los amenazaras con «falsa identidad» no habría ayudado en nada a tu caso.

—Te diste cuenta —dijo Vann.

—Sí —dije—Así que tal vez eso se pueda considerar descuido. Me doy cuenta de que fumas mucho y, cuando hablamos después de las seis de la tarde, siempre pareces estar en un bar, buscando a alguien con quien acostarte. Por lo que yo veo, eso no afecta a tu trabajo, y tu tiempo libre es tuyo. Así que, en realidad, no me importa, aparte de pensar que empapar tus pulmones con veneno para insectos es una mala idea en general.

—¿Crees que tiene que ver con mi época como integrador?—

—No tengo la menor idea —dije—No tengo la sensación de que tengas prisa por contarme sobre esos días, lo que me dice que probablemente algo realmente jodido sucedió en el pasado. Pero o me lo cuentas cuando quieras, o no lo harás. Lo mismo ocurre con lo que sea que esté pasando entre tú y Trinh, porque está claro que ella tiene un problema contigo.

—Es una forma interesante de verlo —dijo Vann.

—Lo único que me preocupa de lo que dijo Trinh —dije— es que cree que vas a derrumbarte y que, cuando lo hagas, me arrastrarás contigo.

—¿Y qué opinas tú al respecto? —pregunto

—Pregúntamelo cuando termine la marcha —dije—Quizá entonces tenga una respuesta para ti.

Vann volvió a sonreír.

—Mira, Vann —dije:—, si me prometes que no vas a derrumbarte, te creeré. Pero no me lo prometas si no vas a poder cumplirlo. Si no puedes prometerlo, no pasa nada. Pero es algo que quiero saber de antemano.

Vann se detuvo un momento y me miró.

—Te diré una cosa —dijo finalmente—Cuando termine este fin de semana, tú y yo dejaremos un sitio, yo me tomaré una cerveza y tú harás lo que quieras, y te contaré por qué dejé de ser integrador, por

qué mi última compañera se pegó un tiro en el estómago y por qué ese capullo de Trinh me tiene manía.

—Estoy deseándolo —dije.

—Mientras tanto, no voy a derrumbarme delante de ti, Shane. Te lo prometo.

—Te creo —dije.

—Bien —dijo Vann, y sacó su teléfono para mirar la hora— Entonces está decidido. Ahora vamos. Tenemos que visitar dos casas más en el distrito.

—Creía que íbamos a California —dije.

—Nadie estará allí hasta las nueve de la mañana —dijo Vann— Aún quedan un par de horas. Veamos si podemos enviar a casa a un montón más de alborotadores antes de eso. Uno de los tres que están en la celda del primer distrito está allí por embriaguez y alteración del orden público. Quiero saber cómo ha sucedido.

Capítulo quince

MIRÉ A MI ALREDEDOR y me encontré en una sala de pruebas de las oficinas del FBI en Los Ángeles. Una agente del FBI me miraba.

—¿Agente Shane? —pregunto.

—Soy yo —dije: y empecé a levantarme. Fue entonces cuando me encontré con un pequeño problema.

—No puedo moverme —dije: después de un minuto.

—Sí, sobre eso —dijo la agente— Nuestro tres de repuesto lo está utilizando uno de nuestros agentes locales. El suyo habitual está en mantenimiento. El único tres que teníamos disponible para usted era este. Lleva un tiempo almacenado.

—¿Cuánto tiempo es un tiempo? —pregunto. Encontré los ajustes de diagnóstico y comencé a ejecutarlos.

—Creo que unos cuatro años —dijo el agente—¿Quizás cinco? Podrían ser cinco.

—¿Me está dejando utilizar un tres que es prueba de un delito? —pregunto—¿No es eso, no sé, contaminar la cadena de custodia?

—Oh, ese caso está cerrado —dijo el agente—El propietario de ese tres murió en nuestro centro de detención.

—¿Cómo ocurrió eso?

—Le apuñalaron.

—¿Alguien apuñaló a un Haden? —dije—Eso es bastante cruel.

—Era un hombre malo —dijo la agente.

—Mire, eh...

—Me di cuenta de que no había preguntado el nombre de la agente.

—Agente Isabel Ibáñez —dijo ella.

—Mire, agente Ibáñez —dije—, no quiero parecer desagradecido, pero acabo de hacerle un diagnóstico a este threep y sus piernas no trabajan en absoluto. Parece que tienen daños importantes.

—Probablemente sea porque el threep recibió un disparo de escopeta —dijo: Ibáñez.

—Un disparo de escopeta —repetí.

—Durante un tiroteo con agentes del FBI, sí —dijo Ibáñez.

—El propietario debía de ser realmente un mal tipo.

—Más o menos, sí.

—Comprenderá que tener un threep que no puede mover las piernas va a ser un obstáculo para el trabajo que tengo que hacer hoy —dije.

Ibáñez se apartó a un lado y luego señaló la silla de ruedas delante de la que había estado de pie anteriormente.

—Una silla de ruedas —dije.

—Sí —dijo Ibáñez.

—Un threep en una silla de ruedas.

—Sí —repitió Ibáñez.

—¿Entiendes la ironía, verdad?

—Esta oficina cumple con la ADA —dijo Ibáñez— Y según tengo entendido, vas a ir a una oficina de correos, que también está obligada por ley a cumplir con la ADA. Esto debería ser suficiente.

—Lo dice en serio —dije.

—Es lo que tenemos disponible en este momento —dijo Ibáñez— Podríamos alquilarle un threep, pero eso requeriría autorizaciones y papeleo. Estaría aquí todo el día.

—De acuerdo —dije—¿Me disculpa un momento, agente Ibáñez? —Me desconecté del threep herido antes de que ella tuviera oportunidad de decir nada más.

Veinte minutos más tarde salí de una oficina de Avis en Pasadena con un flamante threep Kamen Zephyr granate que había alquilado de mi propio bolsillo, me subí al Ford igualmente granate que también había alquilado y me dirigí a la oficina de correos de Duarte. Toma eso, papeleo.

La oficina de correos de Duarte era un modesto edificio de ladrillos beige, con arcos en las ventanas que le daban un aire vagamente español. Vamos, hice cola educadamente mientras tres ancianas compraban sellos y enviaban paquetes, y cuando llegué al principio de la cola mostré mi placa en el monitor del pecho de mi threep al empleado de correos y pedí ver al jefe de correos.

Un hombre pequeño y mayor se acercó a la ventanilla.

—Soy Roberto Juárez —dijo—Soy el jefe de correos.

—Hola —dije—Agente Chris Shane.

—Qué curioso —dijo Juárez—Tiene el mismo nombre que ese chico famoso.

—Eh —dije—Supongo que sí.

—Yo también era uno de ellos —dijo—Me refiero a Haden.

—Lo recuerdo.

—A veces debe de ser molesto para usted —dijo Juárez.

—A veces sí —dije—Señor Juárez, hace una semana, un hombre entró en su oficina de correos para comprar un giro postal. Me gustaría hablar con usted sobre él.

—Bueno, mucha gente viene a pedir giros postales —dijo Juárez —Tenemos muchos inmigrantes en la zona y envían remesas a sus países de origen. ¿Era un giro postal internacional o nacional?

—Nacional —dije.

—Bueno, eso reduce un poco las posibilidades —dijo Juárez— Hacemos menos de esos. ¿Tienes una foto?

—¿Tiene una tableta que me pueda prestar un momento? —pregunto. Podría mostrar la foto en la pantalla de mi pecho, pero resulta que a la gente le incomoda mirar fijamente el pecho de otra persona. La empleada de correos, cuyo nombre era María Willis según la etiqueta que llevaba en la pechera, me prestó la suya para utilizar. Inicié sesión y accedí a la foto de Sani —limpio, con los ojos cerrados — y se la mostré—No es la mejor foto —dije.

Juárez miró la foto sin comprender. Willis, por su parte, se llevó la mano a la boca, sorprendida.

—Dios mío —dijo—Es Ollie Green.

—¿Ollie Green? —Repetí el nombre—Como Oliver Green, y como el color.

Willis asintió y volvió a mirar la foto.

—Está muerto, ¿verdad? —pregunto.

—Sí —dije—Lo siento. ¿Lo conocías?

—Venía más o menos cada semana a comprar un giro postal, un sobre y un sello —dijo Willis—Era simpático. Se notaba que era un poco lento —me miró para ver si entendía lo que quería decir—, pero era un hombre agradable. Si le dejabas y no había cola, charlaba un rato.

—¿De qué hablaba? —pregunté.

—De lo habitual —respondió Willis—El tiempo. Las películas o series que había visto últimamente. A veces hablaba de las ardillas que veía de camino aquí. Le gustaban mucho. Una vez dijo: «Me gustaría tener un perrito que pudiera perseguirlas». Dije que si hacía eso, la ardilla y el perro acabarían atropellados.

—Entonces vivía cerca —dije—, si iba andando a la oficina de correos.

—Creo que dijo que vivía en los apartamentos Bradbury Park —dijo Willis—, Bradbury Park, Bradbury Villa. Algo así.

Inmediatamente hice una búsqueda y encontré Bradbury Park Apartment Homes a unos 800 metros de distancia. Siguiente parada, entonces.

—¿De acuerdo? —¿Alguna vez habló de su trabajo? —pregunto.

—La verdad es que no —dijo Willis—Lo mencionó una vez, pero luego dijo que lo que hacía era confidencial, por lo que no podía hablar de ello. En ese momento no le di mucha importancia. Pensé que estaba bromeando.

—De acuerdo.

—Aunque no creo que le gustara su trabajo —dijo Willis.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunto.

—Las últimas veces que vino no parecía muy contento —dijo Willis—Estaba callado, lo cual era inusual en él. Así que le pregunté si todo iba bien—dijo: «El trabajo me está deprimiendo». No dijo nada

más.

—De acuerdo —dije.

—Y ahora está muerto —dijo Willis—¿Tenía eso que ver con su trabajo?

—En este momento no sabría decirlo —respondí—Todavía estamos investigando.

Juárez carraspeó. Miré detrás de mí y vi a dos ancianas nuevas esperando. Asentí con la cabeza en señal de reconocimiento.

—Parece que tengo que terminar —dije—¿Hay algo más sobre Oliver Green que recuerdes?

—La última vez que vino preguntó por un apartado de correos —dijo Willis—Quería saber cuánto costaba y qué necesitaba para conseguir uno—Le dije el precio y que necesitaba dos documentos de identidad. Después de eso, pareció perder el interés—Le dije que probablemente le convendría más una caja de seguridad.

—¿Por qué?

—Porque dijo que tenía algo que quería guardar en un lugar seguro.

* * *

—Oliver Green —dijo: Rachel Stern, la administradora de Bradbury Park Apartments—Un hombre agradable. Alquila un apartamento de un dormitorio en la planta baja, cerca del huerto y la lavandería. Bueno, en realidad no lo alquila él directamente, sino su empresa.

Levanté la vista al oír eso: «Su empresa».

—Sí —dijo Stern—Filament Digital.

—No sé si he oído hablar de ella —dije.

—¿Se dedican a algo relacionado con ordenadores y servicios médicos, creo? —dijo Stern—No estoy muy segura. Sé que hacen mucho trabajo con City of Hope, por eso alquilan el apartamento. Para que la gente que trabaja allí tenga un lugar donde alojarse.

—Entonces, el Sr. Green no es su primer inquilino —dije.

—No, ha habido algunos antes que él —dijo: Stern—La mayoría han sido ok. A uno de los inquilinos anteriores tuvimos que pedirle que no hiciera ruido después de las diez de la noche. Le gustaba poner la música muy alta.

—Pero Green no.

—No —dijo Stern—Un inquilino modelo. Viajaba mucho, sobre todo últimamente. Apenas se notaba que estaba allí. Pareció desconcertada por un momento—¿El Sr. Green tiene algún problema con el FBI?

—No exactamente —dije—Está muerto.

—Dios mío —dijo Stern—¿Cómo?

—Sra. Stern, ¿le parece bien si echo un vistazo al apartamento de Green? —pregunté, cambiando de tema.

—Claro —dijo Stern—Quiero decir, si estuviera vivo, supongo que necesitaría una orden judicial, pero ahora que está muerto...

—Se detuvo un momento, aparentemente tratando de decidir cómo proceder. Luego asintió para sí misma y se volvió hacia mí—Por supuesto, agente Shane. Acompáñeme. Me indicó que saliera de su oficina.

—Es un complejo muy agradable —dije mientras caminábamos, más que nada para charlar y evitar que pensara si realmente debía pedir una orden judicial.

—Está bien —dijo: «Tenemos complejos más agradables en otros lugares. Este está en el medio de nuestra cartera. Pero Duarte es una ciudad pequeña y agradable, debo decir. Agente Shane, ¿le importa si le hago una pregunta?

—Adelante —dije.

—¿Tiene algún parentesco con Sienna Shane?

—No creo —dije—¿Es alguien famoso?

—¿Qué? Oh, no —dijo Stern—Fui al instituto con ella en Glendora y, cuando volví a la reunión de los diez años, me dijo que una prima suya tenía Haden's. Pensé que quizá fuera usted.

—No —respondí—Ni siquiera soy de aquí. Nací en Virginia.

—¿Por qué me has preguntado si era famosa? —pregunto.

—Cuando la gente te pregunta si conoces a alguien, a menudo se trata de alguien famoso —dije—Eso es todo.

—No se me ocurre nadie famoso que se apellide Shane —dijo Stern, y luego señaló un apartamento—Ya hemos llegado.

Levanté la vista y me agarré del brazo de ella.

—Espera un momento —dije.

—¿Qué pasa? —pregunto Stern.

Señalé el patio del apartamento. La mayor parte estaba oculto por un muro de privacidad, pero se veía la parte superior de la puerta corrediza de cristal del patio. Estaba abierta, solo un poco.

—¿Green tiene compañeros de piso? —pregunté en voz baja.

—No en el contrato de alquiler —dijo: Stern.

—¿La puerta del patio estaba así antes?

—No creo —dijo Stern.

Busqué mi pistola eléctrica para abrir el cierre de mi funda y entonces me di cuenta de que llevaba una de alquiler.

—Mierda —dije, mirando hacia abajo, donde no estaba mi pistola eléctrica.

—¿Qué pasa? —preguntó Stern.

—¿Llevas tu teléfono?

—Sí.

—Quédate aquí —dije, y luego señalé la puerta del apartamento —Si no salgo por esa puerta en exactamente un minuto, llama a la policía. Luego vuelve a tu oficina y quédate allí. ¿Entendido?

Stern me miró como si me hubiera convertido en un pulpo o algo así. La dejé, vamos a la pared del patio y me subí a ella, aterrizando lo más silenciosamente posible en el patio desnudo. Me acerqué agachado a la puerta del patio, activé el modo de grabación, abrí la puerta lo suficiente como para pasar y entré en el apartamento. Me puse de pie.

Había un threep negro mate en el comedor, a unos veinte metros de distancia, con un sobre en la mano.

Nos miramos fijamente durante unos cinco segundos. Luego cerré la puerta del patio detrás de mí y la cerré con llave. Me volví hacia el threep.

—FBI —dije—No te muevas.

El otro tres se abalanzó hacia la puerta principal.

Vimos tras él, saltando por encima de un sofá para hacerlo, y choqué con el tres a un metro de la entrada, empujándolo contra la pared. El yeso se agrietó, pero aguantó.

El tres intentó golpearme en la cabeza, pero no tenía fuerza. Lo agarré y lo levanté, haciéndolo tambalearse entre la sala de estar y el comedor. El sobre que tenía en la mano cayó al suelo.

—Quedas detenido por allanamiento de morada —dije: caminando hacia el tres en un arco para evitar que pensara en intentar salir por la puerta del patio—También quedas detenido por agredir a un agente federal. Ríndete ahora. No hagas esto más incómodo de lo que ya es.

El threep fingió dirigirse hacia la puerta y luego se dirigió a la cocina, lo cual era una tontería, porque estaba rodeada por tres paredes. Me acerqué por el lado abierto. El threep miró a su alrededor, vio un juego de cuchillos en un bloque de madera, se agarró uno y me lo apuntó.

Lo miré y luego miré al tres: «¿Me estás tomando el pelo?», le dije. El cuerpo de mi tres era de fibra de carbono y grafeno. Un cuchillo no le iba a hacer ni pizca de daño.

El tres me lanzó el cuchillo y yo me aparté involuntariamente. El cuchillo rebotó en mi cabeza y cayó al suelo de la cocina. Cuando me recuperé, el threep había sacado una olla grande de la pila de platos sucios del fregadero y la había lanzado directamente hacia mi cabeza. Se oyó un sonido metálico cuando impactó, torciéndome la cabeza hacia un lado y hundiéndome una parte.

Fue entonces cuando me di cuenta de que los receptores del dolor de mi threep de alquiler estaban muy sensibilizados. Una parte de mi cerebro reconoció que esto tenía sentido, ya que la empresa de

alquiler quería evitar que sus clientes hicieran tonterías con el threep, y aumentar la sensibilidad al dolor sin duda lo conseguiría.

El resto de mi cerebro iba: «¡Ay, Dios mío, joder, ay, ay!».

El threep levantó el brazo para dar otro golpe y volvió a bajarlo. Cerré el puño y golpeé la olla cuando bajaba y luego me lancé contra el threep, clavándole el codo en el cuello mientras lo hacía.

Eso era lo que quería hacer, al menos. Lo que acabé haciendo fue mucho menos kung fu y mucho más una pelea de borrachos. Pero, por otro lado, conseguí empujar al threep hacia atrás y hacer que tropezara. Qué era lo que quería.

En la cocina había una sartén con los restos de unos huevos revueltos. Me agarré a ella y miré al threep, que se había levantado con la olla en la mano.

—Vamos —dije—, ¿de verdad vamos a hacer esto?

El otro threep giró el mango de la olla en su mano, esperando.

—Mira —dije—, ya se ha llamado a la policía. Están de camino. Más vale que...

El threep levantó la olla y la bajó con fuerza. Retrocedí y me aparté hacia un lado, esquivando la olla.

Los brazos del threep bajaron, dejando su cabeza al descubierto. Le di con mi sartén como si fuera un tenista devolviendo una volea. El threep cayó de espaldas. Aproveché y le di una patada en el costado mientras intentaba levantarse, empujándolo más atrás y a la derecha, hacia la cocina. Su brazo derecho, el que sostenía la olla, estaba extendido.

Le di una patada con las piernas, inmovilizándolo, empujé el cuerpo hacia la estufa y metí el otro brazo debajo del cuerpo del threep. Levanté mi sartén.

El threep la miró y luego me miró a mí.

—Sí, lo sé, una maldita sartén —dije.

Luego la clavé en el cuello del threep, de lado, siete u ocho veces, hasta que la carcasa de fibra de carbono se rompió. Luego me incliné, recogí el cuchillo del suelo y lo deslicé bajo la carcasa agrietada, hasta que sentí que la punta descansaba contra el haz de fibras de control que iba desde el procesador del threep hasta los sistemas de su cuerpo.

—Ves, así es como se utiliza un cuchillo en una pelea con un threep —dije, y luego golpeé el mango del cuchillo con la sartén.

El cuchillo cortó el haz de fibras. El tres dejó de luchar contra mí.

Metí el cuchillo y abrí un poco más el cuello, mirando hasta que pude ver el cable que llevaba la energía de la batería al procesador de la cabeza. Metí la mano en el cuello y lo rodeé con un dedo. Luego miré al tres.

—Sé que sigues ahí y sé que puedes oírme —dije—Y sé que este tres todavía puede hablar. Así que ¿por qué no hacemos esto de la

manera fácil? Miré a mi alrededor, al desastre. Bueno, de la manera más fácil, al menos. Dime quién eres y por qué estabas aquí. Tengo tu tres. Tengo su memoria integrada. Tarde o temprano lo descubriré todo.

El threep no dijo nada. Pero quienquiera que lo hubiera estado controlando seguía allí, mirándome.

—Como quieras —dije:

—y tiré del cable de alimentación, sintiendo cómo se desprendía uno de sus terminales. El threep estaba ahora oficialmente muerto.

Me levanté y miré alrededor del apartamento. Parecía como si un par de idiotas lo hubieran destrozado. Vamos a la puerta, la abrimos y vimos a Rachel Stern, hablando por teléfono, mirándonos boquiabierta.

—Oí ruidos —dijo—Llamé a la policía.

—Excelente idea —dije—Llama a la oficina del FBI en Los Ángeles mientras estás en ello. Diles que necesito todo un equipo de investigación criminal y a quienquiera que tengan que se ocupe de la tecnología forense. Diles que cuanto antes lleguen, mejor.

—¿De acuerdo? —preguntó Stern, mirando la cabeza de mi tres.

—Bueno, déjame decirlo así —dije:— no creo que me devuelvan el depósito de este tres. Me alejé de ella y volví al apartamento.

En el suelo estaba el sobre que había dejado caer el tres.

Lo recogí. Era un sobre blanco liso en el que se había escrito «Para la abuela y Janis» con una letra muy grande, que no parecía muy adulta. El sobre estaba sellado. Lo pensé un momento y luego lo abrí. Dentro había una tarjeta de datos.

—Hola —dije.

Recibí una llamada en mi campo de visión. Era Klah Redhouse.

—Agente Shane— dije.

—Bueno, Chris, te presento al agente Redhouse»—dijo Redhouse.

—Lo sé— dije.

—Ya sabes, eso que estás investigando— dijo: «Sí».

—Bueno, tengo aquí a algunas personas que quieren hablar contigo sobre ello».

—Personas importantes, supongo que adivinarás.

—Esa sería una buena adivinanza —dijo Redhouse.

—¿No estarán en tu escritorio contigo en este momento, verdad? —pregunto.

—En realidad, sí —dijo:—¿Cómo lo has adivinado?

—Por el tartamudeo nervioso, sobre todo —dije:.

Se oyó una pequeña risa al otro lado del teléfono.

—Me ha pillado —dijo—De todos modos, estas personas esperaban poder hablar con usted hoy.

Levanté la tarjeta de datos para verla más de cerca.

—Creo que se puede arreglar —dije—Yo también tengo gente allí con la que quiero hablar.

Capítulo dieciséis

—DIME que tienes un vídeo de la pelea —me dijo Vann cuando volví a la oficina.

—Estoy bien —dije:—Gracias por preguntar.

—No te lo he preguntado porque sabía que estabas bien —dijo Vann—Estabas en un trío. Lo peor que podría pasar es que tuvieras una abolladura.

—Eso no es lo peor que podía pasar —dije. Mis últimos momentos en el área de Los Ángeles consistieron en entregar la información de mi seguro a un gerente muy molesto en el Avis de Pasadena, para que se ocuparan del trío que había traído de vuelta con la cabeza agrietada y abollada.

—Has sobrevivido —dijo Vann.

—El otro trío salió peor parado —admití.

—¿Y ya sabemos quién era el otro trío? —pregunto Vann.

—No —dije—El equipo forense de Los Ángeles lo está investigando ahora. Pero cuando lo examiné, no encontré ninguna información sobre la marca o el modelo.

—Lo cual es extraño —dijo Vann.

—Es muy extraño —dije—Todos los tres comerciales llevan esa información por ley, junto con un número de identificación del vehículo. Levanté el brazo para mostrar dónde estaba grabado el número de mi tres, justo debajo de la axila. No había nada de eso.

—¿Alguna teoría? —preguntó Vann.

—Una, es un prototipo —dije—, algo que aún no está en el mercado. Dos, es un modelo comercial con modificaciones posteriores, incluyendo la eliminación de los números de marca y modelo y el VIN. Tres, es un ninja.

—Un threep ninja —dijo Vann—Eso es gracioso.

—No me hizo tanta gracia cuando intentó aplastarme la cabeza con una olla —dije—El equipo de Los Ángeles dijo que me avisaría cuando encontrara algo. Les dije que prestaran especial atención al procesador y a la memoria. Me miraron como si fuera un idiota.

—A nadie le gusta que le digan cómo hacer su trabajo, Shane —dijo Vann.

—No me impresiona mucho la oficina de Los Ángeles, te lo tengo que decir —dije—Pero quizá el hecho de que intentaran meterme en un threep en silla de ruedas me molestó un poco. Un recuerdo fugaz de una llamada muy molesta del agente Ibáñez, que esperó diez minutos a que volviera antes de darse cuenta de que me había ido

para siempre, afloró en mi memoria. Gané la discusión cuando señalé que, si hubiera aparecido en los apartamentos Bradbury Park en silla de ruedas, nuestro misterioso trío se habría esfumado hace tiempo, llevándose consigo pruebas importantes.

Lo cual me recordó las pruebas.

—Vamos a Arizona esta tarde —dije.

—Es un cambio de tema un poco aleatorio, pero vale —dijo Vann.

—No es aleatorio —dije—Johnny Sani dejó una tarjeta de datos para su hermana y su abuela. Para eso estaba allí el ninja. Contiene datos, pero está protegida con contraseña.

—Sea cual sea la contraseña que se le ocurra a Johnny Sani, no será tan difícil de averiguar —dijo Vann.

—Probablemente no, pero aun así será más fácil preguntar primero a su familia —dije—Estoy bastante seguro de que era para ellos. Hice una copia de los datos. Tengo que llevárselos y ver si saben qué hacer con ellos.

—¿Les vamos a preguntar si saben por qué Johnny vivía con un nombre falso? —

—Lo haré, pero no espero que lo sepan —dije, y lo pensé un poco —Lo raro es que Oliver Green tampoco parece tener ningún documento de identidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Vann.

—Cuando hablaba con la señora de la oficina de correos, me dijo que Sani quería alquilar un apartado de correos, pero cuando le dijo que necesitaba dos formas de identificación, perdió el interés —dije— Y el apartamento no lo alquiló él, lo alquiló Filament Digital. Tampoco necesitaba ningún documento de identidad allí.

—¿Qué es Filament Digital?

—Es un fabricante de fabricación de componentes para redes neuronales —dije—Es una empresa china. Llamé y nadie respondió. Ahora mismo es medianoche allí.

—¿No tienen oficina en Estados Unidos? —pregunto Vann.

—Por lo que sé, ese apartamento era la oficina en Estados Unidos —dije—La oficina de Los Ángeles también lo está investigando.

—La oficina de Los Ángeles debe de estar llena de amor contigo ahora mismo —dijo Vann.

—No creo que sea su persona favorita, no —dije—¿Qué has estado haciendo? —

—He sacado a algunos más de los Hadens de los calabozos de la Policía Metropolitana —dijo Vann—La mayoría eligió la opción de «largarse de Washington D. C.», pero hubo un par que no lo hizo y otro par que realmente necesitaba ser procesado, así que ahora todos ellos son huéspedes del Gobierno federal durante los próximos días. Nos ocuparemos de ellos después de la marcha. La gente del metro me

dice que la situación se está volviendo un poco tensa. Ah, y he sacudido a esa integradora.

—¿Cuál? —pregunté—¿Brenda Rees?

—Sí, ella —dijo Vann—La llamé, me identifiqué y dije que me gustaría que viniera a verme para responder a un par de preguntas. Me preguntó por qué y dije: “Estamos investigando la explosión de Loudoun Pharma.” Entonces me preguntó: "?—pregunto— por qué quería hablar con ella sobre eso, y dije que solo estábamos investigando una pista anónima.

—No hemos recibido ninguna pista anónima sobre ella —dije.

—No, pero se puso nerviosa cuando se lo dije, lo cual me pareció interesante.

—Cualquiera se pondría nervioso si le dijeras que estás investigando una pista anónima sobre un atentado con bomba hablando con él —señalé.

—Lo importante es cómo se ponen nerviosos —dijo Vann—Rees se quedó muy callada y luego pidió reunirse esta noche.

—¿La traemos aquí? —pregunto.

—Le di la dirección de una cafetería que me gusta en Georgetown —dijo Vann—Es menos formal y la ayudará a relajarse y abrirse.

—Así que primero la pones paranoica y luego quieres que se sienta cómoda —dije—No necesitas que te ayude a jugar al «policía bueno, policía malo». Puedes hacerlo tú solo.

—Esto es lo que tu amiga Trinh llama «descuidado» —dijo Vann.

—No estoy seguro de que se equivoque —dije.

—Si funciona, se equivoca.

—Esa es una filosofía peligrosa —dije. Vann se encogió de hombros.

Recibí una llamada. Era Tony.

—No me dijiste que iba a trabajar en una morgue de verdad con un cerebro de verdad cuando acepté este trabajo —dijo:, después de que nos saludáramos.

—Tenía que ser cauteloso hasta que te investigaran —dije—Lo siento.

—No pasa nada —dijo Tony—Es que nunca había visto un cerebro real. Además, he tenido que reducir mi sentido del olfato prácticamente a cero.

—¿Has encontrado algo? —pregunto.

—He encontrado mucho —dijo Tony—Creo que quizá debería hablar contigo sobre ellas. Y con tu compañero también, probablemente.

—Quedemos —dije.

—Pero no en la morgue —dijo Tony—Creo que necesito alejarme de toda esta carne.

* * *

—De acuerdo, esto es lo primero —dijo: Tony, y mostró la imagen del cerebro de Johnny Sani, todavía dentro del cráneo, asomándose a través del velo de oropel que era la red neuronal. Estábamos en el laboratorio de imágenes: yo, Vann, Tony y Ramón Díaz, que parecía divertido por el hecho de que Tony se hubiera apoderado de su consola de imágenes.

—Es un cerebro —dijo Vann—¿Y?

—No es el cerebro lo que quiero que veas —dijo: Tony—Es la red neuronal.

—De acuerdo —dijo Vann—¿Qué pasa con ella?

—Es totalmente única —dijo: Tony.

—Creía que todas las redes neuronales eran únicas —dije—Se adaptan al cerebro en el que se encuentran.

—Cierto, pero todos los modelos son iguales antes de instalarse —dijo Tony. Señaló mi cabeza—El Raytheon que tienes en la cabeza es igual que cualquier otra versión de ese modelo. Una vez que está en tu cabeza, los tentáculos y receptores se colocan de manera que sean únicos para tu cerebro. Pero sigue siendo el mismo hardware y el mismo software inicial.

Vann señaló la red en la pantalla.

—Y estás diciendo que esta no es ninguno de los modelos comerciales actuales que hay en el mercado.

—Voy más allá —dijo Tony—Este no coincide con ningún modelo creado jamás. Todas las redes neuronales deben someterse a la aprobación de la FDA, o de la agencia correspondiente en otros países. Todos los diseños presentados se recopilan en una única base de datos para que las agencias los utilicen y para que personas como yo los utilicen como referencia. Este diseño no está en la base de datos.

—Entonces es un prototipo —dijo Vann.

—No implantamos prototipos en el cerebro de las personas —dijo Tony—, porque son prototipos y podrían matarte si fallan. Los modelamos exhaustivamente en ordenadores y animales y en tejido cerebral cultivado especialmente antes de que sean aprobados. Por definición, si está en el cerebro de alguien, es un diseño definitivo. Señaló la red:

—Este es un diseño definitivo. Pero no está en la base de datos.

—¿Podemos ver la red sin sangre ni vísceras? —pregunté.

Tony asintió. La imagen de la cabeza de Sani se borró y fue sustituida por una representación de la red en forma de estructura de alambre —No he tenido tiempo de embellecer el modelo —dijo Tony.

—Ok, para mí todo esto parece espaguetis —dije.

—Entonces, ¿por qué querías verlo?

—Para no tener que ver la cabeza de alguien abierta —dije.

—Claro —dijo Tony—Lo siento.

—Dijiste que esta no es ninguna versión que hayas visto antes —dijo Vann.

—Así es —dijo Tony.

—Bueno, entonces, ¿se parece a alguna que hayas visto antes? —pregunto Vann—Todos los fabricantes de automóviles que conozco tienen un «estilo propio». Lo mismo podría aplicarse a las redes neuronales.

—Pensé en eso—dijo Tony—, y lo que veo es que quienquiera que haya hecho esto tomó muchas decisiones de diseño de modelos existentes. La propagación del filamento predeterminada se parece mucho a un modelo Santa Ana, por ejemplo. Pero luego la arquitectura de la unión es prácticamente una copia directa de Lucturn, que es la empresa Accelerant de la que te hablaba esta mañana, Chris. Me miró en busca de confirmación. Se lo di.

—Y hay mucha otra pequeña detalle que proviene de otras fábricas de fabricación del pasado y del presente. Lo que tal vez nos diga algo.

—¿Qué es eso? —preguntó Vann.

—No creo que se trate de una red de modelos comerciales —dijo: «es una red neuronal realmente buena. Es muy eficiente y elegante, y solo por el diseño, adivino que la interfaz entre el cerebro y la red es muy limpia».

—Pero...

—dije.

—Pero eso es porque este cerebro es mucho de lo mejor de otros diseños existentes, diseños que están patentados hasta la saciedad —dijo Tony. Señaló la imagen de la red—Si alguien intentara comercializar este diseño, todos los demás fabricantes de redes neuronales le demandarían. Esto estaría en los tribunales durante años. No hay forma posible de que esto llegue al mercado. Ninguna. En absoluto.

—¿Importa si es una red para un Integrador? —pregunto—Es un mercado muy pequeño, en comparación con el mercado de Haden. Se podría argumentar que no representa una amenaza comercial.

—En realidad no —dijo Tony—No hay ninguna diferencia real entre la arquitectura de una red Haden y una red Integrador. La principal diferencia es cómo se organizan en el cerebro, porque las estructuras cerebrales de Haden e Integrator son diferentes, y en el software que ejecuta la red.

—Entonces, ¿por qué hacerlo?— preguntó Vann—¿Por qué crear una red que no se puede vender?—

—Esa es una buena pregunta— dijo Tony—Porque otra cosa sobre la creación de una red neuronal es que no es algo que se haga en el tiempo libre en casa. La primera red neuronal funcional que se creó costó cien mil millones de dólares en investigación y desarrollo. Los costes han bajado mucho desde entonces, pero es algo relativo. Hay que pagar por las simulaciones, las pruebas, los modelos, la fabricación y todo lo demás. Volvió a señalar la red.

—Así que esto le habrá costado a alguien alrededor de mil millones de dólares.

—Mil millones de dólares tirados a la basura—dijo Díaz.

—Exacto—dijo Tony. Parecía un poco sorprendido de que Díaz siguiera allí—Y esa es la cuestión. No se gastan mil millones de dólares en una red neuronal que no se puede vender. Y menos ahora, porque hasta ahora los costes de investigación de Haden estaban fuertemente subvencionados por el Gobierno. Abrams-Kettering pone fin a eso. La población de Haden en Estados Unidos es inferior a cuatro millones y medio, y casi todos ellos ya tienen redes en sus cabezas. Incluso si esta arquitectura fuera legalmente viable, seguiría sin tener sentido gastar tanto dinero, porque el mercado ya está saturado y el número de nuevos casos de Haden que surgen cada año en Estados Unidos no te permiten obtener beneficios. Incluso a nivel mundial te costaría mucho trabajo.

—Es un despilfarro —dije.

—Realmente lo es —dijo Tony—Por lo que yo veo, al menos. Quizás me esté perdiendo algo.

—Veámoslo desde el otro lado —dijo Vann.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Dejemos de preguntarnos por qué alguien haría esto por ahora —dijo Vann—Preguntémonos quién podría hacerlo. Si tenemos alguna idea de quién podría hacerlo, tal vez podamos volver a preguntarnos por qué lo harían. Entonces, ¿quién podría hacerlo?

—Lucas Hubbard podría hacerlo —dije—Mil millones no son nada para él, pero tendría que perder varios miles de millones antes de que lo sintiera seriamente.

—Sí, pero estás describiendo a todos los propietarios de empresas relacionadas con Haden, ¿no? —dijo Tony—Invertimos una fortuna en Haden porque la primera dama lo tenía. Joder, Chris, esa vieja foto tuya con el Papa probablemente mantuvo la financiación de Haden durante un año o dos. No soy un gran admirador de Abrams-Kettering, pero en una cosa tenían razón: la financiación de Haden se ha convertido en un largo comedero del que se alimentan un montón de cerditos. Hubbard es uno de ellos. También lo es Kai Lee, que dirige Santa Ana. Y otras veinte personas de la alta dirección de estas empresas. Cualquiera de ellos podría haber financiado algo así sin que

les perjudicara.

—Sí, pero Hubbard tiene una conexión con Sani —dije.

—El tipo muerto —dijo Tony. Asentí con la cabeza—¿Cuál es la conexión?

—Accelerant es propietaria de la empresa que tiene la licencia para proporcionar asistencia sanitaria a la Nación Navajo —dijo Vann —Y Sani es navajo.

—No es una conexión muy buena, ¿verdad? —dijo: Tony, después de un momento.

—Estoy trabajando en ello —dije.

—Hubbard no querría tirar mil millones de dólares por la ventana en este momento —dijo Tony—Accelerant está intentando fusionar Metro con Sebring-Warner, y podría intentar comprarla directamente. Si lo hace, el pago en efectivo formará parte del acuerdo.

—Sabes extrañamente bien cómo funcionan los negocios de Accelerant —señaló Vann.

—Me mantengo al día con todas las empresas para las que trabajo —dijo Tony: mirándola—Es parte de cómo sé qué clientes van a tener trabajo para mí. Y lo que sé ahora mismo es que todas las empresas relacionadas con Haden se están preparando para el colapso. O bien se fusionan o se compran unas a otras, o intentan diversificarse lo más rápido posible. Abrams-Kettering ha dado el golpe. Está hecho.

—Entonces estamos diciendo que, aunque Hubbard, Lee o cualquier otra persona pudieran financiar algo así, no lo harían —dije.

—No ahora mismo —dijo Tony—Esa es mi adivinanza. Quiero decir, no soy agente del FBI ni nada por el estilo.

—¿Quién más hay, entonces? —dijo: Vann, mirándome. Al parecer, era hora de volver a ponerme a prueba.

Lo pensé durante un minuto.

—Bueno, estamos nosotros, ¿no? —dije.

—¿El FBI? —dijo Díaz, incrédulo.

—No el FBI, sino el Gobierno de los Estados Unidos —dije—Mil millones de dólares no supondrían nada para el Tío Sam y es posible que construyéramos algo que no explotaríamos comercialmente, ya fuera para investigación pura o simplemente porque es un chollo para el distrito de algún congresista.

—Así que lo hemos desarrollado en algún instituto del NIH como trabajo ocupado —dijo Vann.

—Se sabe que el Gobierno de los Estados Unidos paga a los agricultores para que no planten cultivos —dije—No hay razón para que ese principio no se aplique a la alta tecnología. Me volví hacia Tony—Y tal vez por eso no está en el registro, ya que nunca se pensó que fuera comercial.

—Eso es genial —dijo Tony—Pero sigue sin explicar cómo esto —

señaló la red— llegó a la cabeza de alguien.

—Estoy trabajando en ello —dije de nuevo.

—Trabajo más —sugirió Tony.

—¿Qué hay del software? —pregunto.

—Solo le he echado un vistazo —dijo Tony—Iba a hacerlo a continuación, pero pensé que quizá no querrías esperar al informe sobre el hardware. Por lo que puedo ver, está programado en Chomsky, lo cual tiene sentido, ya que es el lenguaje diseñado específicamente para redes neuronales. El software tiene muchas menos líneas de código que la mayoría de los programas integradores que he visto. Lo que significa que o bien es muy eficiente, o bien quien lo programó solo quería que hiciera cosas específicas.

—¿Cuándo podrás decirnos cuál de las dos cosas es? —pregunto Vann.

—Debería poder daros un informe general esta noche —dijo Tony —Si queréis más detalles, tendréis que dejarme llevarme el código a casa esta noche.

—Ok —dijo Vann.

—Eh, debería decirte que cuando trabajo por la noche cobro tiempo y medio.

—Por supuesto —dijo Vann—Siempre y cuando tengas un informe preliminar listo para las siete.

—Se puede hacer —dijo Tony.

—Y tú —dijo: Vann, mirándome—, ¿crees que volverás de Arizona para entonces?

—Debería —dije.

—Entonces vuela, Shane. Vuela. Vann se alejó, buscando su cigarrillo electrónico en la chaqueta.

Capítulo diecisiete

EN LAS oficinas del Departamento de Policía de Window Rock hay una sala de conferencias. Hoy había una exposición en la sala de conferencias, con un archivo de vídeo protegido con contraseña a la espera de ser abierto.

Yo también estaba en el espacio. También estaban May y Janis Sani. Klah Redhouse y su jefe, Alex Laughing, dejaron sentados frente a las dos mujeres. Al fondo del espacio estaban Gloria Roanhorse, portavoz de la Nación Navajo, y Raymond Becenti, su presidente.

Eran estos dos últimos los que habían puesto nervioso a Redhouse cuando habló conmigo esa misma mañana. Una cosa es que tu jefe te esté presionando por un caso. Otra cosa muy distinta es que las dos personas más poderosas de la Nación Navajo hagan lo mismo.

Eché un vistazo a Redhouse. Seguía sin parecer muy emocionado por estar en el espacio.

—No sé ninguna contraseña —le decía May Sani a Redhouse— Janis tampoco. Johnny nunca nos dijo ninguna contraseña.

—No creemos que lo hiciera —dijo Redhouse—Creemos que quizá quería dársela a usted, pero murió antes de poder hacerlo. Pero sí sabemos que quería que ustedes dos vieran esto. Así que quizá la contraseña sea algo que signifique algo para usted, o algo que solo ustedes dos sepan.

Janis me miró.

—¿No podrías simplemente descifrar la contraseña? —pregunto.

—No queríamos hacer eso —dije—Sería una falta de respeto hacia Johnny y hacia los dos. Si quieren, podemos intentarlo. Pero podría llevarnos mucho tiempo. Estoy de acuerdo con el agente Redhouse en que, antes de intentarlo, deberían hacer algunas adivinanzas.

—Cuando la gente crea contraseñas, a veces utiliza los nombres de familiares o mascotas —dijo Redhouse, y fuimos al teclado que estaba conectado de forma inalámbrica a la pantalla—Por ejemplo, «May».

—Escribió la palabra. No funcionó—O «Janis» —dijo Redhouse. Esa tampoco funcionó—¿Alguna mascota?

—Teníamos un perro cuando Johnny era pequeño —dijo Janis— Se llamaba Bentley. Nuestra madre le puso el nombre. Redhouse lo probó. No funcionó. Varias combinaciones de los tres nombres tampoco sirvieron de nada.

—Estaremos aquí todo el día —le susurró Roanhorse a Becenti, quien asintió con la cabeza.

—¿Johnny sabía algo de navajo? —pregunto—¿Hablaba o escribía ese idioma?

—Un poco —dijo Janis—Nos lo enseñaban en la escuela, pero él no era muy bueno en los estudios.

—Le encantaban las historias sobre los codificadores —dijo May —Las de la Segunda Guerra Mundial. Hay una película antigua sobre ellos que solía utilizar para ver cuando era niño.

—¿Windtalkers? —Redhouse preguntó.

—Creo que sí —dijo May—A mí no me gustaba verla. Demasiada sangre. Un año, por su cumpleaños, le regalé un diccionario de codificadores. Lo leía mucho.

Busqué un diccionario de codificadores navajos en Internet. Tenía varios cientos de palabras, varias categorías, incluyendo nombres de aviones, barcos, unidades militares y meses.

—Tah Tsosie— dije:

Todos los presentes en el espacio me miraron extrañados.

—¿Qué acabas de decir? —pregunto Redhouse.

—Tah Tsosie —repetí—Acabo de consultar el diccionario de codificadores. El mes de mayo es Tah Tsosie. Soy consciente de que lo pronuncio fatal.

—La verdad es que sí —dijo: Redhouse, sonriendo.

—Johnny me llamó así durante un tiempo después de que le diera el libro —dijo May.

—Vale la pena intentarlo —dije a Redhouse. Lo escribió.

El archivo se abrió.

—May, Janice —dijo el presidente Becenti—, ¿queréis verlo solas primero?

—No —dijo: May. Se acercó a su nieta, que le cogió la mano—Quédate.

Redhouse volvió a pulsar el teclado para reproducir el archivo.

Y allí estaba Johnny Sani, vivo para mí por primera vez.

«Hola, abuela. Hola, Janis»—dijo: «mirando fijamente a la lente, que sostenía cerca de su cabeza para que ocultara la mayor parte del fondo. Creo que quizá pueden oír lo que hago en mi teléfono, así que vamos a comprar una cámara.»

Voy a esconder esto por ahora, así que si me pasa algo, lo encontrarás.

—Creo que me pasa algo. Creo que quizá algo que me hicieron me está enfermando.

—Recuerdas que fui a ver un trabajo de conserje. Después de hacerlo, recibí una llamada de alguien que dijo: «Yo soy un reclutador para otro trabajo»—dijo: pagaría muy bien. Me dijo que vamos al centro informático y que habría un coche sin conductor esperándome. Todo lo que tenía que hacer era decirle mi nombre y me llevaría a la

entrevista de trabajo. Así que lo hice, el coche estaba allí y le dije mi nombre.

El coche me llevó a Gallup, a un edificio donde me esperaba un threep—dijo: se llamaba Bob Gray y que el trabajo consistiría en ser asistente personal de un hombre importante. Le pregunté qué significaba eso y dijo: que básicamente consistía en hacer recados y llevarlo a los sitios a los que quisiera ir—dijo: que podría viajar y ver mundo y que pagaría bien, y todo eso me pareció bien.

—Le pregunté a Bob: «¿Por qué yo?». Y él dijo: «Es porque yo era especial en aspectos que ni siquiera yo conocía». Luego me dio dos mil dólares en efectivo y dijo que era el salario de la primera semana por adelantado y que me lo podía quedar aunque dijera que no—dijo que el trabajo se pagaba en efectivo, así que ni siquiera tendría que pagar impuestos ni nada.

—Bueno, acepté el trabajo en ese mismo momento. Bob me dijo que al director general le gustaba su privacidad, así que no debía contarle nada a nadie, salvo que había conseguido un trabajo. Y así lo hice.

—Y después de despedirme de ti, el coche me llevó a California. Bob me recibió, me enseñó mi apartamento y me dijo que ahora era mío. Luego me dio más dinero.

—Al día siguiente, Bob me llevó a conocer a mi jefe, que se llamaba Ted Brown y que también era un threep—dijo que, como su asistente, me convertiría en un integrador, que es alguien que lleva a la gente a distintos lugares en su mente. Para ello, tendrían que implantarme un ordenador en el cerebro. Al principio me asusté, pero me dijeron que no me dolería y que Ted solo necesitaría que lo hiciera de vez en cuando y que el resto del tiempo podría hacer lo que quisiera. Pero como mi trabajo era secreto, me harían utilizar un nombre en clave, llamado Oliver Green.

Me llevaron a la consulta de un médico, me dormí y, cuando desperté, me habían aislado todo el pelo y me dijeron que me habían implantado un ordenador en el cerebro. Tuve dolores de cabeza durante los días siguientes. Me dijeron que era porque el ordenador se estaba acostumbrando a mi cerebro. Dijeron que tardaría un par de semanas en acostumbrarse a mí.

—Cuando terminaron, Ted y Bob se acercaron y dijeron que era hora de intentar la integración. Ted dijo: «entraré en tu cerebro y moveré tu cuerpo». Dije: «De acuerdo», y entonces me sentí un poco mareado, y mi brazo se movió solo. Eso me asustó, pero Bob me dijo que me relajara y no me preocupara. Entonces Ted caminó con mi cuerpo por mi apartamento durante un rato.

—Después de eso, Ted utilizaba mi cuerpo un poco cada día. Vamos a la tienda o a la biblioteca y una vez incluso envió un giro

postal por ti en la oficina de correos. Y pensé que no estaba tan mal, solo tenía que acordarme de relajarme.

—Hicimos esto durante tres meses. Le pregunté cuándo viajaríamos y dijo: «Pronto».

—Y entonces empezó a suceder.

—Un día estaba viendo un programa y parpadeé, y el programa había terminado y había otro programa. Y pensé que debía de haberme quedado dormido sin darme cuenta. Al día siguiente, metí un burrito en el microondas y pulsé el botón para ponerlo en marcha, parpadeé de nuevo y fuera ya era de noche y el burrito estaba frío. Sabía que lo había cocinado porque se había salido el relleno. Pero había estado cocinándose tanto tiempo que se había vuelto a enfriar.

—Empezó a empeorar. Estaba haciendo algo y, de repente, me encontraba en otro lugar, haciendo otra cosa. Me ponía una camiseta y, de repente, llevaba otra camiseta puesta. Una vez, para poner un programa que se emite los lunes por la noche, fui y me encontré que era martes por la mañana, no por la noche.

—No se lo conté a Ted porque me preocupaba que me despidieran si se enteraba de que estaba enferma. Pero al final me asusté tanto que tuve que decírselo. Me mandó al médico y el médico dijo que estaba ok y que a veces las personas que eran Integradoras tenían lo que él decía eran «desconexiones»—dijo que se detendrían y que, cuando lo hicieran, recuperaría la memoria. Intenté no preocuparme, pero seguía ocurriendo.

—Entonces, un día levanté la vista y me encontré en un grupo de hombres que no conocía y uno de ellos me estaba hablando y yo no tenía ni idea de lo que decía. Luego dijo: algo sobre matar a alguien. No recuerdo el nombre. Me hizo una pregunta y yo no sabía de qué estaba hablando, así que me quedé callado y no hice nada. Entonces uno de ellos dijo: «Ha perdido la conexión», y otro dijo: «Mierda», y luego otro preguntó si eso significaba que el otro tipo estaba en el espacio. Estaba bastante seguro de que se refería a mí. Me quedé callado y no hice nada, y entonces llegó el día siguiente. Bob vino a preguntarme cómo estaba. Le mentí y le dije que estaba bien.

—Creo que lo he descubierto. Pensaba que tenía pérdidas de conexión porque me habían implantado un ordenador en la cabeza. Pero creo que en realidad son Bob y Ted los que utilizan el ordenador de mi cabeza para provocarme pérdidas de conexión.

—El problema es que los lapsos de memoria son cada vez más largos. El último me hizo perder tres días enteros. No sé si puedo hacer algo al respecto. Pensé en intentar huir, pero ahora tengo un ordenador en la cabeza. Sé que me encontrarán. Y pueden hacer que tenga lapsos de memoria cuando quieran. Y creo que cuando me hacen perder la memoria, me utilizan para hacer cosas malas. O me

van a obligar a hacer cosas malas.

—No sé qué hacer ahora. Estoy haciendo esto para que, si descubres que he hecho algo malo, sepas que en realidad no fui yo. Sabes que yo no haría eso. No sé si podré impedir que me utilicen para hacer algo malo. Pero te prometo que, si puedo, lo haré.

—Lo único que quería era un trabajo. Quería darte un lugar agradable donde vivir, abuela. Y a ti también, Janis. Lo siento. Os amo.

La imagen se alejó del rostro de Johnny Sani, mostrando el interior de su dormitorio en Duarte. Luego se quedó en blanco.

* * *

—¿Quién demonios hace algo así? —dijo: Becenti. Se podía decir que estaba furioso.

Para entonces, May y Janis Sani habían abandonado la sala de conferencias, angustiadas. El capitán Laughing las había acompañado fuera, indicándole a Redhouse que la conversación debía continuar en su ausencia. El presidente Becenti no necesitó que le dieran indicaciones.

—¿Es eso realmente posible? —me preguntó Redhouse.

—¿Dejar inconsciente a alguien y luego controlar su cuerpo? —pregunté. Redhouse asintió con la cabeza: «Nunca he oído que haya sucedido algo así».

—Eso no significa que no sea posible —dijo la presidenta Roanhorse.

—No, señora, no lo significa —dije—Pero si fuera algo posible, es sorprendente que no se haya hecho antes. Las redes neuronales están diseñadas para ser resistentes al secuestro —dije: e hice una pausa.

—¿Qué? —preguntó Redhouse.

Debatí brevemente qué decirles, pero luego pensé: «A la mierda, estos son los líderes de la Nación Navajo. No estoy hablando con cualquiera».

—La red neuronal en la cabeza de Johnny Sani es única —dije—Es muy posible que esté ajustada para algo como esto. Eso lo convertiría en un caso único.

—¿Por qué él? —pregunto Becenti—¿Por qué hacerle esto a Johnny Sani?

—Cualquier otra persona deja un rastro —dije—Johnny Sani nunca ha salido de la Nación Navajo. Todos sus registros médicos están aquí. No tiene ninguna identificación externa, excepto su número de la Seguridad Social, y nunca lo ha utilizado para nada. No parece haber tenido nunca un trabajo que no fuera pagado en efectivo, bajo mano, incluido este. No tiene muchos amigos y muy pocos

familiares.

—En otras palabras, si quieres utilizar a alguien para un experimento médico, él es perfecto —dijo Redhouse.

—Así es —dije.

Becenti se enfureció aún más.

—Yo conocía a Johnny Sani —me dijo.

—Sí, señor —dije—Lo había oído. Lo que realmente había oído, de Klah Redhouse, era que en sus primeros tiempos Becenti había estado enamorado de June, la madre de Johnny y Janis. Por lo que se sabía, nunca fue correspondido, pero eso no lo hacía menos real para el actual presidente de la Nación Navajo. Las viejas llamas tardan en apagarse.

Becenti señaló la pantalla, que se había reiniciado al principio del vídeo, con la cabeza de Johnny Sani en el encuadre.

—Quiero que averigües quién ha hecho esto —dijo—Y luego quiero que le arranques la cabeza.

—Haré lo que pueda, señor presidente —dije. No estaba del todo seguro de si el protocolo exigía decir «señor presidente», pero no creí que hiciera daño.

—Si hay algo en lo que podamos ayudar, háganoslo saber —dijo.

—El agente Redhouse ya ha sido de gran ayuda —dije—Le diré si necesito algo más.

Becenti asintió y salió de la habitación.

—¿Cuándo van a entregar el cuerpo a la familia? —pregunto Roanhorse, después de que Becenti se fuera.

—Pronto —dije:

—Nuestro especialista está terminando de examinar la red que hay en la cabeza de Sani. En cuanto termine, creo que podremos entregar el cadáver.

—Tengo entendido que estáis ayudando a los Sani a traer a Johnny de vuelta aquí —dijo ella.

Miré a Redhouse al oír este comentario. Su expresión era inexpresiva.

—Se encargarán de los preparativos, sí —dije—La persona que está ayudando ha pedido permanecer en el anonimato para evitar cualquier posibilidad de espectáculo.

—Me pregunto por qué esta persona anónima decidió ayudar —dijo Roanhorse.

—Porque alguien debía ayudar, y esta persona podía hacerlo —dije.

—Entiendes lo que significa «anónimo», ¿verdad? —le dije a Redhouse, después de que Roanhorse saliera de la habitación.

Redhouse señaló tras ella—Es la portavoz de la Nación Navajo y también un buen amigo de mi madre —dijo—Intenta no contarle

nada.

—No dejes que se enteren los Sanis —dije.

—No lo haré —dijo Redhouse—Y ahora será mejor que me des algo que hacer para ayudarte, porque me has convertido en un blanco para el presidente.

—¡Intentaba hacerte quedar bien! —protesté.

—Agradezco el gesto —dijo Redhouse—Pero no eres tú a quien va a llamar para pedirle información.

—Hay algo que puedes hacer por mí —dije—Vayamos a revisar los registros médicos de la nación. A ver si hay alguien más como Johnny Sani. Alguien que enfermara de Haden, tuviera meningitis, pero luego se recuperara.

—¿Qué hago cuando los encuentre?

—Diles que no acepten trabajos de extraños, para empezar —dijo:.

Redhouse sonrió y se marchó. Llamé a Tony.

—Estoy intentando preparar un informe —dijo, en cuanto contestó.

—No voy a intentar detenerte —dije—, pero quiero que compruebes algo concreto por mí.

—¿Puedo cobrar un extra? —Tony preguntó.

—Por lo que a mí respecta, claro.

—Entonces dime qué es.

—Comprueba el código en busca de cualquier cosa que pueda dejar fuera de combate al Integrador —dije.

—¿Cómo dejarlo inconsciente?

—Sí —dije—, el Integrador inconsciente, pero el cuerpo aún funcional.

—No se puede hacer —dijo Tony—, los Integradores no son solo receptáculos pasivos para sus clientes. Necesitan estar conscientes para ayudar.

—Te creo —dije—, pero compruébalo de todos modos.

—Y supongo que lo quieres para las siete.

—Estaría agradable —dije.

—Te cobraré la tarifa de festivos —dijo Tony.

—Por mí, trabajo —dije—Ponte a ello.

—Ya me he puesto —dijo:—, y colgó.

Levanté la vista y vi a Johnny Sani mirándome. Le devolví la mirada, en silencio.

Capítulo dieciocho

—BUENO, no vas a creer esta mierda —dijo: Tony, acercándose a nuestra mesa alta en el Alexander's Café, en Cady's Alley, Georgetown. Vann lo había designado como el lugar para interrogar a Brenda Rees en un ambiente relajado. Estábamos en una mesa alta porque a los cafés no les gustaba que los threeps acapararan las sillas, una pequeña muestra de intolerancia tecnológica que, en realidad, me daba igual.

—¿Quién eres? —pregunto Vann a la otra tres, acercándose con Tony.

—Tayla Givens —dijo: ella, antes de que yo pudiera responder por ella—La compañera de piso de Tony y Chris. Tony me dijo que íbamos a parar aquí de camino al cine.

Vann me miró para ver si me importaba que Tayla oyera lo que íbamos a hablar. Le hice un pequeño gesto con el cuerpo que comunicaba eficazmente mi indiferencia. Vann se volvió hacia Tayla:

—Es una conversación confidencial, así que no hables de ello.

—Si quieres, puedo desconectar mi audición —dijo Tayla—De todos modos, lo hago a menudo con Tony.

—Oye —dijo Tony.

Vann sonrió: «No pasa nada. Pero no repitas nada».

«Tony es técnicamente un paciente mío»—dijo Tayla: «lo archivaré bajo el secreto médico».

Vann se volvió hacia Tony: «¿Qué mierda no vamos a creer?».

«Chris, me pediste que buscara un código en el software que dejara inconsciente al Integrador»—dijo Tony.

«Sí»—dije: «¿y lo has encontrado?».

—No —dijo Tony—Te dije que necesitabas que el Integrador estuviera consciente para ayudar a su cliente, y eso sigue siendo así. Lo que el software realmente hace, o puede hacer, es mucho más extraño. Le roba al Integrador su libre albedrío. Y luego le borra la memoria.

—Explícalo —dijo Vann. De repente, se mostró muy atenta.

—Los integradores permanecen conscientes por dos razones —dijo Tony—Una, es su cuerpo y tienen que tener control de veto sobre cualquier tontería que quiera hacer un cliente, como buscar pelea o saltar de un avión sin paracaídas. Dos, porque la integración no es totalmente limpia, ¿verdad? La red neuronal transmite los deseos del cliente al cerebro del integrador. El cerebro lo capta, mueve el cuerpo y hace que haga lo que el cliente quiere. Pero a veces la señal no es lo suficientemente fuerte y el integrador tiene que intervenir y hacer que suceda.

—El integrador tiene que leer la intención y ayudar— dijo Vann. De repente me di cuenta de que Tony no sabía que Vann tenía experiencia como integradora.

—Exactamente —dijo Tony—Por lo tanto, noquear a un integrador no solo es moralmente incorrecto, sino que también frustra el propósito de la integración, que es dar al cliente la ilusión de un cuerpo humano funcional. Un cuerpo con un integrador noqueado va a tener dificultades para caminar o hacer cualquier cosa con una destreza que se acerque a la normal.

—Pero alguien encontró una forma de evitarlo —dijo Vann.

—Creo que sí.

—¿Cómo?

—El código que estoy viendo juega con el sentido propioceptivo del Integrador —dijo Tony—Le da al Integrador la sensación de que no puede percibir su propio cuerpo.

—Lo paraliza —dijo Tayla. Era evidente que no había apagado su audición.

—No —dijo Tony—Verás, esa es la parte engañosa. No quieres paralizar al Integrador, porque entonces el cliente no puede utilizar el cuerpo. Lo que quieres hacer es robarle al Integrador cualquier sentido de su cuerpo y, al mismo tiempo, dejar el cuerpo receptivo a los estímulos. El Integrador ha perdido el control del cuerpo, pero el cuerpo está listo para ser utilizado.

—El Integrador experimenta un bloqueo— dije.

—Exactamente— dijo Tony—Se vuelven Haden. Pero a diferencia de nosotros —Tony señaló a los tres, excluyendo a Vann—, el cuerpo está listo para funcionar.

—Pero si el integrador está bloqueado, entonces el cuerpo no está listo para ir —dije—Tú mismo lo has dicho. Necesitan estar ahí para ayudar.

—Esa es la otra parte engañosa —dijo Tony—Además de bloquear al integrador, el código engaña al cerebro haciéndole creer que la señal del cliente es también la señal del integrador. Así que cuando el cliente dice «Levanta el brazo», lo que el cuerpo oye es tanto al cliente como al Integrador diciéndolo. Y levanta el brazo. O mueve la pierna. O mastica la comida.

—O salta del avión sin paracaídas— dijo Vann.

—O eso— asintió Tony.

—Dijiste que también borra la memoria —dijo Vann.

—Sí —dijo Tony—Aunque quizá no sea exacto decir que la borra. Lo que hace es inhibir al cerebro integrador para que no forme recuerdos a largo plazo de lo que está haciendo el cliente. Todo existe solo en la memoria a corto plazo. Tan pronto como el cliente se desconecta, todo lo que estaba haciendo con el cuerpo integrador se

borra del cerebro.

—Es como si se perdiera el tiempo— dije.

—Pero no para el cliente— dijo Vann.

—Probablemente no— dijo Tony—Suponiendo que el cerebro del cliente funcione con normalidad, los recuerdos también se grabarán con normalidad.

—Así que el cliente puede hacer lo que quiera y el Integrador no lo recordará— dijo Tayla.

—Exacto —dijo Tony—Pero aquí está lo realmente jodido. El Integrador no recordará nada de eso, pero ¿mientras está sucediendo? El Integrador lo siente. El código no está suprimiendo la conciencia del Integrador. No tiene por qué hacerlo, porque ha aislado la propiocepción y está volcando la conciencia en el búfer de memoria a corto plazo. Escribir código para suprimir la conciencia del Integrador sería una pérdida de tiempo. Así que, por cada segundo que el cliente tiene al Integrador bloqueado...

—El Integrador siente como si se estuviera ahogando —dijo Vann.

—Sí —dijo Tony—, o esa sensación que tienes cuando estás soñando y no puedes moverte. O, bueno, ser un Haden.

—¿Cómo se relaciona esto con el hardware? —pregunto Vann.

—Se relaciona muy bien —dijo Tony—El hardware está optimizado para el software, no al revés. La red tiene una densa concentración de filamentos que acceden al tracto espinocerebeloso dorsal, por ejemplo. Esa es la parte del cerebro que se encarga de la propiocepción consciente. Una vez que conoces el software, el diseño del hardware tiene mucho sentido. Se trata de una red construida expresamente.

—Diseñada para tomar el control del cerebro de alguien —dijo Vann.

—Más o menos —dijo Tony.

Al final del callejón vi una cara familiar.

—Creo que veo a Brenda Rees —dije. La saludé con la mano hasta que me vio. Ella sonrió, me devolvió el saludo y empezó a caminar hacia nosotros.

—Tenemos que irnos si queremos llegar a tiempo al cine —dijo Tayla a Tony.

—Última pregunta —dijo Vann—¿Este software puede hacer trabajo en una red que no sea esta?

—¿Te refieres a un integrador diferente? —dijo Tony.

—Exacto —dijo Vann.

—¿Respuesta larga o corta? —dijo Tony. Tayla gimió.

—Respuesta corta.

—Parece poco probable —dijo Tony.

Brenda Rees metió la mano en su bolso, sacó una pistola y apuntó

a Vann.

Grité: «¡Pistola!», y tiré de Vann al suelo al mismo tiempo, cubriendo su cuerpo con mi tres. Una bala rompió mi panel trasero y otra rebotó en mi brazo. Sentí un dolor insoportable en ambos y desactivé inmediatamente mi percepción del dolor. El patio de Alexander's estalló en gritos y pánico. Agarré mi aturdidor y me giré para devolver el fuego. Rees estaba huyendo por el callejón con la multitud en pánico.

—Joder —dijo Vann. Bajé la vista y vi que sangraba por el hombro. Tayla ya estaba allí, presionando la herida.

Vann me miró y dijo:

—¿Qué coño haces, Shane? —Cógela.

—Tayla —dije.

—Yo me encargo —dijo ella, sin levantar la vista del hombro de Vann.

Corrí tras Rees.

Rees había girado a la izquierda por la calle Treinta y tres. Cuando llegué a la Treinta y tres, la vi ir de nuevo a la izquierda por la M. Se oyó otro disparo, seguido de gritos. Giré la esquina y casi me derriban las personas que corrían. Me metí en la calle para esquivarlas y vi a Rees a mitad de la manzana, buscándome con la mirada.

No tenía oportunidad de disparar. Todavía había demasiada gente alrededor. En su lugar, corrí directamente hacia ella.

Me vio cuando estaba a unos veinticinco pies de ella, logró levantar su arma y dispararme. O falló o me rozó de una forma que no sentí en ese momento. Me abalancé sobre ella y la empujé contra una pared, arrancándole un trozo de la pierna al engancharse en el acoplamiento de una manguera contra incendios. Su arma salió volando.

Mi impulso me estrelló contra la pared una fracción de segundo después. Solté a Rees. Ella se alejó a toda prisa, cojeando hacia la calle, buscando algo más en su bolso. Apunté con mi pistola aturdidora y me preparé para disparar.

Pero no lo hice cuando se giró y vi la granada en su mano, con la anilla quitada.

—Tienes que estar bromeando, joder —dije.

Rees sonrió, cojeó más lejos hacia la calle y soltó la palanca.

Entonces su rostro cambió.

Pareció confundida por un segundo y luego vio lo que tenía en las manos.

Gritó, dejó caer la granada y se dio la vuelta para huir de ella. Agaché la cabeza contra la pared y esperé la detonación.

Me empujó contra la pared.

Los fragmentos de la granada se incrustaron en la pared sobre mí

y se clavaron en los escaparates de cristal que me rodeaban.

Miré hacia arriba y a mi alrededor para ver si había víctimas. Las únicas personas que vi huían demasiado rápido como para haber resultado heridas.

Miré a Rees.

La granada le había arrancado las piernas.

Vámonos. «No puedo oír nada»—dijo: «No puedo oír. Ayúdame».

«Estoy aquí»—dije, aunque ella no pudiera oírme. Le cogí la mano derecha y se la sostuve.

Empezó a llorar. «No quería que esto pasara»—dijo. «Yo no elegí esto».

«No pasa nada»—dije. En mi interior, estaba llamando al 911.

Dejó de mirar el desastre de sus piernas y me miró. «Tú»—dijo. «Te recuerdo. La cena. Lo recuerdo».

Asentí con la cabeza para hacerle saber que yo también la recordaba.

«Él no estuvo allí todo el tiempo»—dijo: «yo estuve allí todo el tiempo. Yo sí. Yo sí. Pero él no. Él no. Él no».

Dejó de hablar. La abracé hasta que murió.

Cinco minutos más tarde, levanté la vista y vi a la detective Trinh mirándome, con la pistola desenfundada, y a dos policías detrás de ella, ambos apuntando a mi cabeza.

—No empieces —dije.

—¿Quiere explicarme esto, agente Shane? —dijo Trinh.

—Es complicado —dije.

—Tengo tiempo.

—No estoy seguro de tenerlo.

Señaló a Rees con su arma.

—¿Quién es esa? —dijo.

—Para sus propósitos, su nombre es «Propiedad del FBI» —dije.

* * *

Volví a casa de Alexander y encontré a Vann en una camilla, con una mascarilla de oxígeno en la cara y los técnicos de emergencias preparándola para el traslado. «Estoy bien»—dijo.

Miré a Tayla, que estaba limpiando la sangre de su tres con un sequé que le habían dado los técnicos. «No está bien»—dijo: «Tiene una bala en el hombro». Parece que no ha afectado a ningún órgano vital, pero la van a llevar al hospital. La llevaría a Howard para poder cuidarla yo mismo, pero Georgetown está más cerca. Vamos a ir con ella allí. Conozco a algunas personas. La cuidarán bien.

—Gracias, Tayla —dije.

—De todos modos, no quería ver esa película —dijo: ella.

—¿Qué debo hacer? —Tony preguntó.

—Necesito que vuelvas y eches otro vistazo a ese software —dije.

—¿Por qué?

—¿Recuerdas cuándo dijiste que no creías que ese software pudiera hacer trabajo en una red neuronal diferente? —Tony dijo.

—Sí —dijo Tony.

—Tengo la certeza de que te equivocaste —dije—Vuelve al depósito de cadáveres. Te voy a enviar algo.

—Estás bromeando —dijo Tony, cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo.

—Ojalá lo estuviera —dije.

—Shane —dijo Vann.

Me volví hacia mi compañera.

Ella señaló:

—Tienes la espalda rota.

—Detuvo una bala —dije—Estoy bien. Mañana iré a cambiar el panel.

—Gracias.

—Me debes una.

Vann sonrió al oír eso.

—Rees —dijo.

—Muerta.

—¿Cómo?

—Una granada.

—Joder —dijo Vann.

—No creo que fuera ella misma —dije.

—¿Crees que era como Sani?

—Sí —dije—Lo creo. Y hay otra cosa. Antes de morir, creo que me estaba diciendo que la noche en que Loudoun Pharma se incendió, ella no estuvo integrada con Samuel Schwartz todo el tiempo que estuvo en la cena de mi padre. Ella era su tapadera mientras él se iba a hacer otra cosa.

—Loudoun Pharma —dijo Vann.

—Quizás —dije.

—Te vas a enfrentar a un abogado corporativo en eso —dijo Vann —Buena suerte.

—Estoy en ello.

—Tus compañeros de piso —dijo Vann.

—¿Qué pasa con ellos? —pregunto.

—Si Rees estaba integrada…

—Entonces quienquiera que la controlara los vio.

—Daré tu dirección —dijo Vann—Enviaremos agentes allí.

—Añade algunos para ti —dije—Tú fuiste a quien ella disparó.

—Fui el único a quien disparó —dijo: Vann.

Me llevó un segundo entender lo que decía.

—Oh, mierda —dije, y colgué.

* * *

—Vaya —dijo Jerry Briggs, sorprendido, cuando me dejé en el Kamen Zephyr—Dios, chico. Tienes que avisarme cuando hagas eso. Ese tres no se ha movido en todo el tiempo que llevo aquí.

—Jerry —dije—, tienes que irte. Ahora.

—¿Qué pasa?

—Estoy bastante seguro de que alguien viene a matarme —dije.

Jerry se rió, y luego se detuvo—Lo dices en serio —dijo.

—Jerry —dije—, por favor. Lárgate de aquí, joder.

Jerry me miró boquiabierto, dejó el libro que estaba leyendo y se dirigió rápidamente hacia la puerta.

Me miré en mi cuna, tranquilo. Luego salí por la puerta.

Mamá y papá estaban en la cocina, cenando a solas, ya que el servicio se había ido por ese día. Ambos me miraron cuando entré.

—Chris —dijo papá.

—¿Qué le pasó a tu 660? —pregunto mamá, mirando mi threep.

Las luces se apagaron.

—Salgan de la casa —les susurré—Háganlo ahora. El Zephyr tenía una opción de visión nocturna. La encendí y miré a mi alrededor. Extendí la mano y cogí un cuchillo del bloque de carne. Después de un momento, extendí la mano y cogí una pesada sartén de hierro del gancho en el que estaba colgada. Preparado para cualquier cosa.

Llegué a mi espacio cuando alguien estaba abriendo la puerta corrediza de cristal que daba al patio delantero de mi espacio. El hombre era fornido, bajito, y entró con la pistola apuntando hacia abajo y delante de él. Vio la constelación de luces que rodeaban mi cuna, alimentadas por baterías de reserva que durarían doce horas. Las luces le darían iluminación más que suficiente para meterme una bala en el cerebro. Entró, de espaldas a mí, y levantó la pistola. Parecía muy profesional.

Excepto que no miró a su espalda.

O a su siete, más exactamente, que es por donde yo me acerqué a él, balanceando la sartén directamente hacia su cabeza.

Él cayó, disparando dos tiros. La primera bala hizo un agujero en mi cuna. Sentí un dolor abrasador en el costado cuando pequeños trozos de la cuna se clavaron en mi carne. El segundo disparo se desvió, subió y pasó por encima de la cuna para impactar en la puerta corredera que daba al patio trasero de mi espacio. La destrozó.

Le di al tirador con la sartén, pero no tan fuerte como podría haberlo hecho. Él dio una patada con una pierna y me la clavó en la

rodilla. Si hubiera tenido un cuerpo humano, vamos, habría caído gritando. Pero perdí el equilibrio y caí, soltando la sartén.

Yo caí y él se levantó, preparándose para otro disparo. Cogí el cuchillo que aún tenía en la mano y se lo clavé con fuerza en la parte superior de la bota. Gritó y saltó hacia atrás, agarrándose el cuchillo para sacárselo.

Salté para desequilibrarlo aún más y él apuntó con el arma hacia mí y disparó.

Sentí cómo la bala me atravesaba la cintura izquierda y me destrozaba la pierna. Inmediatamente apareció una alerta de mantenimiento en mi campo de visión, indicándome que había perdido por completo el control de mi pierna izquierda. Lo supe porque caí de bruces sobre las baldosas del espacio, rompiendo la placa frontal del Zephyr al hacerlo.

Rodé y miré hacia arriba para ver al hombre apoyado en el marco de la puerta de mi habitación, sin apoyar el peso sobre su pie herido, apuntando su disparo. El cuchillo seguía clavado en su pie y la sartén estaba detrás de mí. No había forma de que pudiera detenerlo a tiempo.

—¡Hola! —dijo mi padre, y el hombre se giró justo a tiempo para recibir un disparo de escopeta en el costado.

El disparo de la escopeta me tomó por sorpresa, pero probablemente menos que a mí asesino. Salió volando del marco de la puerta, girando, y aterrizó boca abajo a menos de treinta centímetros de mí. No gimió ni respiró.

Estaba muerto.

—¡Chris! —La voz de papá.

—Estoy bien —respondí—Los dos. Uno más que el otro. Recogí mi pierna inútil detrás de mí y dejé.

Mamá corrió hacia mí con una linterna en la mano, exhibiéndola en mis ojos y cegándome. Volví a poner mis ojos en modo normal.

—Tírame la linterna —dije.

Ella lo hizo. La pasé por arriba y por abajo del asesino. Había un agujero enorme donde antes estaban algunas de sus costillas. Papá le había disparado a muy corta distancia.

—¿Está muerto? —preguntó mamá.

—Está muerto —dije.

—¿Estás seguro?

—Bastante seguro —dije.

—Dios mío —dijo papá—, acabo de matar a un hombre.

—Sí, lo has hecho —dije. Apunté con la linterna a papá—No te lo tomes a mal, pero creo que acabas de poner fin a tu carrera en el Senado.

Papá no dijo nada. Creo que estaba un poco en shock.

Cogí el cuerpo y le di la vuelta. Quienquiera que fuera, era joven, de pelo oscuro y ojos oscuros.

—¿Quién es? —pregunto papá.

—No lo sé —dije.

—¿Por qué querría alguien matarte? —preguntó mamá.

—Soy agente del FBI —dije.

—¡Es tu tercer día en el trabajo!

—El cuarto —dije. Yo también me sentía un poco aturdido. Había tenido un día largo.

—Mamá. Papá. Necesito que hagan algo por mí. Cuando llegue la policía, la historia tiene que ser que se trata de un robo en la casa que salió mal. Díganle a Jerry que esa es la historia también.

—Está en tu habitación —dijo papá—Han disparado a tu tres.

—Vine a casa para cenar con dos —dije—Oímos ruidos. Insistí en ir delante porque soy agente del FBI.

Papá parecía escéptico.

—Vamos, papá —dije—Eres uno de los hombres más famosos del maldito planeta. Creo que puedes vender esa historia.

—¿Por qué necesitamos contar esta historia? —pregunto mamá.

Miré al hombre muerto en el espacio.

—Porque necesito que la persona que hizo esto crea que no sé lo que está tramando.

—Chris —dijo mamá—, el hombre que hizo esto está muerto.

—Eso es exactamente lo que quiero que piense —dije.

Mamá me miró como si estuviera loco.

Mi campo de visión se iluminó con algo que no era una alerta de mantenimiento. Era Klah Redhouse. Les dije a mis padres que esperaran y contesté la llamada.

—¿De acuerdo? —preguntó Klah. Al parecer, mi estado de ánimo se notaba solo con mi voz.

—Pregúntamelo mañana —dije.

—Hice lo que me pediste y revisé los registros médicos de la Nación —dijo Redhouse—Obtuve la autorización del presidente Becenti.

—¿Qué has encontrado?

—Había dos personas que coincidían con lo que buscabas —dijo Redhouse—Una de ellas era una mujer, Annie Brigmann. Murió hace tres años. El hombre con el que viajaba se quedó dormido en el coche y se salió de la carretera. Ella no llevaba puesto el cinturón de seguridad. El coche la atropelló.

—¿Y el otro?

—Se llama Bruce Skow —dijo Redhouse—Intenté localizarlo. Desapareció de su casa hace unos tres meses.

—Espera un momento —dije. Miré a mi asesino, le hice una foto a

la cara y se la envié a Redhouse—Dime si es él —dije.

—Se parece a él —dijo Redhouse—¿Lo conoces?

—Ahora mismo está en casa de mis padres —dije—Muerto.

—Eso no puede ser una coincidencia —dijo Redhouse.

—No —dije—No, no puede ser.

—¿Qué quieres que haga con esto? —Redhouse preguntó.

—Necesito que me esperes —dije—No tardaré mucho. Solo necesito un poco de tiempo.

—Te has ganado el crédito —dijo Redhouse—Tienes tiempo.

—Gracias —dije, y colgué. Podía oír las sirenas acercándose por el camino de entrada.

Capítulo diecinueve

UNA HORA con los sheriffs del condado de Loudoun, que parecían encantados de creerse la historia del «robo en una casa que va mal». Me fui justo cuando empezaban a llegar los medios de comunicación y el equipo de comunicación de mi padre. Eso era algo de lo que ellos se podían encargar. En algún momento necesitaría que el FBI se hiciera cargo del cadáver de Skow, porque tenía que confirmar lo que había en su cabeza. Me preocuparía de eso más tarde.

Mi threep en Washington estaba donde lo había dejado y tenía un guardia policial, aunque durante los primeros minutos no tuve claro si se trataba de un guardia o de un policía esperando para arrestarme. Un diagnóstico reveló que el daño causado al threep por la bala en la espalda era peor de lo que pensaba inicialmente, y tenía un par de horas antes de que se bloqueara por completo. Reflexioné sobre el hecho de que en un solo día había conseguido dañar gravemente tres threeps diferentes.

Una hora discutiendo con Trinh y la policía metropolitana sobre la entrega del cuerpo de Rees al FBI. El hecho de que Rees acabara de intentar asesinar a un agente del FBI no parecía convencer mucho a Trinh. Finalmente, tuve que recurrir a que mis superiores en el FBI pasaran por encima de ella en la policía metropolitana. Cuando terminé, Trinh ya no quería ser mi amigo, nunca más. Me venía bien.

Otra hora con el FBI relatando el ataque de Rees, inventando una mentira adecuada sobre haber abandonado la escena para ver cómo estaban mis padres y poner al día a mi lugar de trabajo con los acontecimientos del día. Me centré en el ataque de Rees, en lugar de en todo el día. No me ofrecí a especular sobre las causas, y nadie me lo pidió. Por ahora, el ataque de Rees se estaba tratando como un hecho aislado, sin relación con nada más que Vann y yo estuviéramos haciendo. Esto también me venía bien.

Terminé justo cuando mi threep se detuvo. Conseguí llegar a mi escritorio. Tendría que programar una cita para que el concesionario local de Sebring-Warner lo recogiera mañana para repararlo. Mientras tanto, revisé el inventario de threeps para visitantes que pudiera utilizar.

No había ninguno. Habíamos pedido refuerzos para la marcha. Los agentes visitantes estaban tomando prestados los cinco threeps que teníamos disponibles. Ok, pensé, y empecé a buscar alquileres.

No había ninguno. La marcha significaba que todos los threeps de alquiler del Distrito, Maryland y el norte de Virginia estaban alquilados hasta el lunes. El threep de alquiler más cercano disponible

estaba en Richmond. Era un Metro Junior Courier.

«Al diablo con esto»—dije: y finalmente ejercí mis privilegios de persona rica. Llamé a mi vendedor de Sebring-Warner a su número personal y le dije que si podía ir a su tienda y tener un threep listo para mí en cuarenta y cinco minutos, le pagaría el precio completo más cinco mil extra como propina por sacarlo del agujero de solteros de Adams-Morgan en el que se encontraba en ese momento.

Una hora más tarde salí del concesionario Sebring-Warner de Washington D. C. en un 325K —un poco por debajo del 660XS, pero en ese momento parecía probable que lo tuviera durante un día antes de destrozarlo por completo en acto de servicio— y tomé un taxi al Hospital Georgetown, llamando a Vann para decirle que estaba de camino, y en un Threep nuevo.

La encontré en la sala de urgencias, con el brazo en cabestrillo, discutiendo con un celador.

—Tenemos que tenerla en la silla de ruedas hasta que salga del edificio —dijo él.

—Me han disparado en el hombro, no en las piernas —dijo ella.

—Es la política del hospital.

—No puedo mover este brazo, pero el resto de mi cuerpo hace su trabajo bien, así que si quieres intentar detenerme, ya verás adónde te lleva. La buena noticia es que ya estás en el hospital. Se marchó, dejando atrás al celador molesto.

—Vann —dije.

Ella me miró, fijándose en el nuevo threep—¿Shane?

—Sí —dije.

—Demuéstralo.

—Esta noche he cabreado muchísimo a Trinh —dije—Creo que me odia más a mí que a ti.

—Lo dudo —dijo Vann—Pero si has conseguido que te odie aunque sea un poco, te invitaré a una copa.

—No bebo —dije.

—Bien —dijo Vann—Entonces tú me invitas a una copa. Vamos. Conozco un bar.

—No creo que debas ir a bares esta noche —dije—Tienes un agujero en el hombro.

—Es un rasguño —dijo: Vann.

—Un agujero en el hombro causado por una bala —dije.

—Era una bala pequeña —dijo: Vann.

—Disparada por alguien que intentaba matarte.

—Razón de más para tomarme una copa.

—Nada de bares —dije.

Vann me miró con cara de pocos amigos.

—Vamos a mi casa —dije.

—¿Por qué iba a querer hacer eso? —dijo Vann.

—Porque tenemos que ponernos al día —dije— y porque hay agentes vigilando el lugar, así que no te matarán por la noche. Tengo un sofá en el que puedes dormir.

Vann seguía sin parecer convencida.

—Y pararemos por el camino para comprar una botella de algo —dije.

—Mejor —dijo: ella.

* * *

Entré en mi casa con mi identificación pública para que mis compañeros de piso no se asustaran al verme. Tayla se acercó y se detuvo al ver a Vann.

—Te han dejado salir —dijo: ella.

—Más bien es que no les dejé que me mantuvieran aquí —dijo Vann.

Incluso sin expresión facial, podía sentir la desaprobación que irradiaba Tayla, pero luego lo dejó pasar—Tenéis que ver las noticias —dijo.

—No estoy seguro —dije.

—Tienen un mensaje de vídeo de Brenda Rees —dijo—Se emitió en directo por Internet justo antes de que disparara al agente Vann. Señaló la sala de estar—Tenemos un monitor allí para los invitados.

—Tengo mis gafas —dijo: Vann, pero vamos a la sala de estar de todos modos, encendimos el monitor y sintonizamos el canal de noticias, que tenía una copia del vídeo de Rees. En el vídeo, ella hablaba de la injusticia de Abrams-Kettering, cómo estaba causando sufrimiento a muchos de sus clientes y cómo todos eran culpables. «No hay inocentes entre los que no son Hadens»—dijo. «Ellos permitieron que esto sucediera. Cassandra Bell dijo: esto es una guerra contra una minoría discapacitada. Bueno, ahora soy un soldado en esta guerra. Y para mí, la batalla comienza esta noche».

—¿Te lo crees? —me preguntó Vann, —pregunto mientras volvíamos a ver el vídeo.

—Ni hablar —dije.

—Has captado la referencia a Cassandra Bell.

—Sí. Otro acto de violencia, aparentemente perpetrado a instancias de ella.

—¿Ha muerto alguien esta noche? —pregunto Vann.

—¿Aparte de Rees? —pregunto. Vann asintió con la cabeza.

—No. Hubo algunas personas que sufrieron pisotones y otras lesiones, y daños materiales por la granada. Pero la única persona a la que disparó fue a ti.

—Y a ti —dijo Vann.

—Me dieron —dije—, pero fue porque te estaba protegiendo.

—Y eso iría en contra de su versión de los hechos —dijo Vann—, así que tú y yo sabemos que ella iba a por mí, pero su versión enturbiará las aguas. Cuando los programas matutinos salgan al aire mañana, lo relacionarán con el ataque a Loudoun Pharma.

—Me parece lógico —dije.

Vann no dijo nada, pero tocó el monitor para mostrar las últimas noticias. La noticia principal, aparte del ataque a Rees, era el tiroteo en la casa de mis padres. Vann abrió la noticia y la vio.

—Un ladrón —dijo Vann, cuando terminó el reportaje.

—Eso es lo que les dije a mis padres que dijeran.

—¿Crees que se lo creerán?

—No hay razón para que no lo sea —dije.

—¿Cómo están tus padres? —pregunto Vann.

—Ahora que tienen a su gente y las respuestas preparadas, estarán bien —dije:—Papá está un poco conmocionado. Matar a un hombre acaba con cualquier posibilidad de que se presente al Senado.

—Un hombre que defiende su hogar no queda tan mal en la mayor parte de Virginia —dijo Vann.

—No, pero eso se ve compensado por la imagen de un hombre negro realmente grande y enfadado con una escopeta—dije—Ni siquiera el hecho de que los antepasados de mamá fueran traficantes de armas para la Confederación va a compensar eso. Así que estoy bastante seguro de que mañana vendrá un representante del partido y le dirá que estarían encantados de que respaldara la candidatura de otra persona.

—Lo siento.

—No pasa nada —dije—Al final, todo saldrá bien. Probablemente, papá tenga que aguantar una semana de artículos de opinión y comentarios sobre él y el tiroteo antes de poder hacer nada más. Una persona normal podría pasar por eso en privado. Papá tiene que preocuparse por lo que eso significa para su legado.

—Y el ladrón —dijo Vann.

—Un navajo llamado Bruce Skow —dije.

—Y es como Johnny Sani.

—Por lo que sabemos hasta ahora, probablemente —dije—Tendremos que meternos en su cabeza para confirmarlo.

—Otro integrador controlado a distancia —dijo Vann.

—Eso parece —dije.

Vann suspiró y luego señaló la bolsa de la licorería que aún sostenía en la mano, que contenía una botella de bourbon Maker's Mark y un paquete de vasos Solo.

—Sírveme un poco de eso —dijo:— Que sea uno grande.

—¿Cómo de grande? —pregunté.

—No me emborraches —dijo Vann—, pero un poco menos que

eso estaría bien.

Asentí con la cabeza.

—¿Por qué no subes a mi espacio? —dije—Te lo llevaré en un minuto. Le indiqué la dirección correcta y luego vamos a la cocina, que era una cocina típica de Haden, salvo por los palés de líquido nutricional.

Tayla, cuya habitación estaba en la primera planta, me vio entrar y me siguió.

—Vas a traerle una copa —dijo.

—La alternativa a traerle una aquí era traerle una en un bar —dije—Al menos aquí puedo aislarla si se pasa.

—Lo que realmente necesita en este momento es dormir, no bourbon —dijo: señalando la botella.

—No voy a llevarte la contraria en eso —dije: «—Pero ella no va a hacer eso por ahora. En ese caso, más vale que la ponga cómoda, porque tenemos trabajo que hacer».

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Tayla.

—Bueno, ya sabes —dije:

—, abriendo el paquete de vasos desechables—Hoy me he peleado con un ninja threep, he visto a dos mujeres ver el último vídeo de un familiar fallecido, he visto a una mujer explotar a seis metros de mí y he visto a mi padre matar a un intruso con una escopeta. Cogí un vaso y vertí el bourbon en él—Si tuviera sentido común, cogería esta botella y la conectaría a mi tubo de ingestión.

—De hecho, he visto a gente hacerlo —dijo Tayla.

—¿Sí? —pregunto—Y ¿cómo les funciona el trabajo?

—Más o menos como cabría esperar —dijo Tayla—Los cuerpos de los Haden son sedentarios y, en general, tienen poca tolerancia al alcohol. Nuestro sistema digestivo está acostumbrado a ingerir líquidos nutritivos, no comida y bebida propiamente dichas. Y luego está el hecho de que la enfermedad cambia la estructura de nuestro cerebro, lo que en mucho Hadens aumenta la propensión a la adicción.

—Así que todos están jodidos, es lo que estás diciendo.

—Lo que digo es que no hay nada tan jodido como un alcohólico Haden.

—Lo tendré en cuenta —dije.

—También necesitas dormir —dijo Tayla—Opinión profesional.

—Tampoco voy a llevarte la contraria en eso —dije—Pero por todas las razones que acabo de exponer, ahora mismo estoy un poco alterado.

—¿Siempre es así? —Tayla:

—pregunto.

—¿Mi trabajo?

—Sí.

—Es mi primera semana en el trabajo —dije—¿Hasta ahora? Sí.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—Como si deseara haber decidido ser el típico chico rico y haber vivido a costa de mis padres —dije.

—No lo dices en serio —dijo Tayla.

—No —dije—, pero en este momento realmente quiero sentir que lo hice.

Tayla se acercó y me puso una mano en el brazo.

—Soy la doctora de la casa —dijo—Si necesitas ayuda, ya sabes dónde encontrarme.

—Lo sé —dije.

—Prométeme que intentarás dormir un poco esta noche.

—Lo intentaré.

—De acuerdo.

—Se dio la vuelta para marcharse.

—Tayla —dije—Gracias por lo de esta noche. Significa mucho para mí que hayas ayudado a mi compañero.

—Es mi trabajo —dijo Tayla—Quiero decir, me viste ayudar a un hombre que dos minutos antes planeaba romperme la cabeza con un bate. No haría menos por alguien que te importa.

Capítulo veinte

—TE HAS tomado tu tiempo —dijo Vann cuando entré en la habitación.

—Tayla quería hablar —dije:—Está preocupada por nosotros dos.

—Me parece lógico —dijo:—Los dos hemos sobrevivido a un intento de asesinato esta noche. Yo también estoy preocupada por nosotros dos. Dio un sorbo de la taza.

—Ahora —dijo— te voy a contar una historia.

—Creía que íbamos a esperar hasta después de la marcha para contar historias —dije.

—Así era —dijo Vann—, pero entonces apareció tu amigo Tony con su descubrimiento y alguien intentó meterme una bala en la cabeza. Así que he decidido que cuanto antes mejor para contar historias.

—De acuerdo —dije.

—Esto vamos a divagar un poco —advirtió Vann.

—No me importa —dije.

—Tengo cuarenta años —dijo Vann—Tenía dieciséis cuando enfermé. Fue durante la primera ola de infecciones, cuando aún estaban averiguando qué demonios hacer al respecto. Yo vivía en Silver Spring y había una fiesta a la que quería ir con unos amigos en Rockville, pero Rockville estaba en cuarentena porque había un brote de Haden. No me importaba, porque tenía dieciséis años y era estúpido.

—Como cualquier chico de dieciséis años —dije.

—Exacto. Así que mis amigos y yo nos metimos en un coche, encontramos una carretera que no tuviera un control de carretera y fuimos a la fiesta. Cuando llegamos, nadie en la fiesta me pareció enfermo, así que pensé que no habría ningún problema. Finalmente volví a casa alrededor de las tres y mi padre me estaba esperando. Pensó que estaba borracho y me pidió que respirara para poder oler mi aliento. Le tosí encima como un idiota y luego me fui a la cama.

Vann hizo una pausa para dar otro sorbo a su taza. Esperé a lo que sabía que vendría a continuación.

—Tres días después, sentía como si todo mi cuerpo se hubiera hinchado. Tenía fiebre, la voz ronca y me dolía la cabeza. Mi padre se sentía igual. Mi madre y mi hermana se sentían ok, así que mi padre les dijo que se fueran a casa de su hermana para que no se contagiara.

—No era una buena idea —dije—Probablemente estaban infectados, pero aún no mostraban síntomas. Así es como se propagó el Haden.

—No —asintió Vann—, pero eran los primeros días y aún estaban tratando de entender lo que pasaba. Se fueron y papá y yo vimos la televisión, tomamos café y esperamos a sentirnos mejor. Después de un par de días, ambos pensamos que lo peor había pasado.

—Y entonces llegó la meningitis —dije.

—Y entonces llegó la meningitis. Pensé que mi cabeza iba a explotar. Mi padre llamó al 911 y les contó lo que estaba pasando. Vinieron a nuestra casa con trajes de protección, se agarraron a nosotros y nos enviaron al Walter Reed, que es donde enviaban a las víctimas de Haden en segunda fase. Estuve allí dos semanas. Casi muero al principio. Me inyectaron un suero experimental que me provocó una convulsión. Me tensé tanto que terminé rompiéndome la mandíbula.

—Dios mío —dije—¿Qué le pasó a tu padre?

—No mejoró —dijo Vann—La meningitis le frió el cerebro. Entró en coma un par de días después de que llegáramos al Walter Reed y murió un mes después. Yo estaba allí cuando le desconectaron.

—Lo siento.

—Gracias —dijo: Vann. Dio otro sorbo—Lo que realmente apesta es que mi padre era de esas personas que hacían mucho ruido sobre querer donar sus órganos cuando muriera. Pero cuando murió, no nos permitieron donar ninguno de sus órganos. No querían que alguien recibiera sus riñones y también el virus Haden. Le preguntamos al Walter Reed si querían utilizar su cuerpo para investigación, y nos dijeron que ya tenían más cuerpos de los que podían utilizar. Así que acabamos incinerándolo. Todo él. Le habría horrorizado.

—¿Qué pasó con tu madre y tu hermana? —pregunto—¿Se pusieron enfermas?

—Gwen tuvo fiebre baja durante unos tres días y se recuperó —dijo Vann—Mamá nunca se puso enferma.

—Eso está bien.

—Sí —dijo Vann—Así que pasé los siguientes tres años autodestruyéndome y en terapia, porque me sentía culpable por haber matado a mi padre.

—Tú no mataste a tu padre —dije, pero Vann levantó la mano.

—Confía en mí, Shane —dijo—Todo lo que puedas decir sobre el tema ya lo he oído mil veces. Solo conseguirás molestarme.

—De acuerdo —dije—Lo siento.

—No pasa nada. Déjame contar la historia. Otro sorbo—En fin, en algún momento de todo esto descubren que algunas de las personas que sobrevivieron a la segunda fase de Haden sin quedar encerradas pueden integrarse, pueden utilizar su cerebro para transportar la conciencia de otra persona. Walter Reed tiene mis datos, así que se pusieron en contacto conmigo y me pidieron que vaya a hacerme unas

pruebas. Y eso hice. Me dicen que mi cerebro es, en palabras de uno de los evaluadores, «absolutamente jodidamente maravilloso».

—

—No está mal —dije.

—No —asintió Vann—Y me piden que me convierta en integrador. En ese momento estoy en la American University, aparentemente estudiando biología, pero en realidad pasando el rato y colocándome. Y pienso: «¿Por qué no?». Uno, si me convierto en integrador, el NIH se hará cargo del resto de mis estudios universitarios y pagará la mitad de mis préstamos estudiantiles. Dos, cuando completara la formación, tendría un trabajo, que en ese momento era algo cada vez más difícil de conseguir, incluso para los graduados universitarios, y era un trabajo que no iba a desaparecer. Tres, pensé que sería algo que haría que mi padre se sintiera orgulloso, y como yo lo había matado, pensé que se lo debía.

Ella me miró para ver si iba a decir algo sobre el hecho de que hubiera matado a su padre. No lo hice.

—Así que terminé mi carrera en American y, mientras lo hacía, me instalaron la red neuronal en la cabeza. Eso me provocó un ataque de pánico porque los primeros días me daba unos dolores de cabeza terribles. Igual que los que tenía con la meningitis. Hizo un gesto circular con la mano hacia su cabeza.

—Son esos malditos cables que se colocan en su sitio.

—Lo sé —dije—, lo recuerdo. Si eres un chico pequeño cuando te la instalan, tienes la alegría de sentir cómo se mueve a medida que creces.

—Suena como una pesadilla —dijo Vann—Cuando me la instalaron, me dijeron que no hay terminaciones nerviosas en el cerebro, y yo les dije que estaban drogados, porque ¿qué es el cerebro sino un enorme nervio?

—Tienes razón.

—Pero luego los dolores de cabeza desaparecen y estoy bien. Vamos al Walter Reed cada dos fines de semana y me hacen pruebas y acondicionan mi red y, en general, me felicitan por la estructura de mi cerebro, que dicen que está perfectamente sintonizado para recibir la conciencia de otra persona. Lo cual supongo que es bueno si este va a ser mi trabajo. Luego me gradúo y comienzo inmediatamente a trabajar en el programa Integrador, que consiste en más pruebas y en estudiar la mecánica cerebral subyacente de cómo funciona la integración. Opinan que cuanto más lo entiendas, mejor vas a ser como Integrador. No será un misterio ni una magia para ti. Solo será un proceso.

—¿Tienen razón?—

—Claro—dijo Vann—Hasta cierto punto. Porque es como todo,

¿no? Está la teoría y luego está la experiencia real. La teoría detrás de la integración no me molestaba en absoluto. Entendía los protocolos de mapeo y transmisión del pensamiento, las preocupaciones sobre la interferencia cruzada entre cerebros y por qué aprender técnicas de meditación nos ayudaría a ser mejores receptáculos para nuestros clientes, y todo eso. Todo tenía mucho sentido, y yo no era estúpida y tenía ese magnífico cerebro mío.

Otro sorbo.

—Pero entonces hice mi primera sesión de integración en vivo y, literalmente, me cagué encima.

—Espera, ¿qué?— dije.

Vann asintió.

—Para tu primera sesión de integración, te hacen integrarte con una Haden que tienen en plantilla. La Dra. Harper. Su trabajo consiste en integrarse con los nuevos integradores, guiarlos a través del proceso. Todo lo que hace, lo explica mientras lo hace. La idea es que no haya sorpresas, nada descabellado. Solo cosas sencillas como levantar un brazo, caminar alrededor de una mesa o coger una taza para beber agua. Así que la conozco, nos damos la mano y me cuenta un poco lo que puedo esperar, y me dice que sabe que probablemente estoy un poco nervioso y que es perfectamente normal. Y yo pienso: «No estoy nervioso en absoluto, sigamos adelante».

—Así que ella se deja y yo me dejo, y entonces abro la conexión y siento su señal solicitando permiso para descargar. Le doy permiso y, joder, hay otra persona dentro de mi cabeza. Y puedo sentirla. No solo sentirla, sino sentir lo que piensa y lo que quiere. No es telepatía, como si pudiera leer sus pensamientos, sino lo que ella quiere. Por ejemplo, puedo decir que lo que realmente quiere es que termine la sesión, porque tiene hambre. No sé qué quiere comer, pero sé que quiere comer. No puedo leer sus pensamientos, pero puedo sentir cada uno de ellos. Y siento como si me estuviera ahogando. O sumergiendo.

—¿Se lo dijiste?— —pregunto.

—No, porque sabía que no estaba actuando de forma racional— dijo Vann—Sabía que lo que sentía era una reacción exagerada. Así que intenté utilizar todas esas técnicas de relajación y meditación que nos habían enseñado. Las utilizo y parecen trabajar. Empiezo a calmarme. Y, a medida que me calmo, me doy cuenta de que todo lo que he estado sintiendo ha sucedido en el espacio de diez segundos. Pero ok, da igual, puedo manejarlo.

—Entonces ella intenta mover mi brazo y yo me asusto muchísimo y mi esfínter se relaja.

—Porque tu brazo se mueve sin tu intención —dije.

—Exacto —dijo Vann—Exacto. Dio otro sorbo—Porque esto es lo que aprendí sobre mí misma el primer día: mi cuerpo es mi cuerpo. No

quiero a nadie más en él. No quiero que nadie más lo controle, ni que lo intente. Es mi pequeño espacio en el mundo y el único espacio que tengo. Y tener a alguien más en él, haciéndole cualquier cosa, me hace entrar en pánico.

—¿Qué pasó entonces?

—Ella rompe inmediatamente la conexión, se acerca a mí y me ayuda a dejar de entrar en pánico —dijo Vann—Me dice que no me avergüence y que mi reacción es normal. Mientras tanto, yo estoy allí sentada en mi propia mierda, intentando no arrancarle la cabecita mecánica. Sin ánimo de ofender.

—No te preocupes.

—Dice que vamos a hacer un descanso para que pueda asearme y comer algo, y luego lo intentaremos de nuevo. Bueno, vamos y me aseo, pero no como nada. En lugar de eso, vamos al bar más cercano con la bata del hospital prestada y les pedimos que me sirvan cinco chupitos de tequila. Y luego me los bebo uno tras otro en unos noventa segundos. Y luego vuelvo para la segunda sesión y lo clavo, joder.

—No se dieron cuenta de que estabas borracho como una cuba —dije.

—Te dije que pasé unos años siendo autodestructivo —dijo Vann —No era bueno para mí hígado, pero era bueno para poder beber y seguir funcionando.

—Así que para integrarte, tenías que estar borracho.

—No borracho —dijo: Vann—Al principio no. Tenía que beber lo suficiente como para no entrar en pánico cuando alguien se metía dentro de mí. Me di cuenta de que si podía superar los primeros cinco minutos, podría aguantar el resto de la sesión. Nunca era feliz, pero podía tolerar la intrusión. Y luego, cuando terminaba, vamos a tomarme un par de copas más para relajarme.

—¿No consideraste dejar de ser integrador? —dije.

—No —dijo Vann—Tienes que pasar un tiempo mínimo como integrador profesional o, de lo contrario, tienes que devolverles todo lo que pagaron por tu educación y formación. No podía permitírmelo. Y quería ser integrador. Quería hacer ese trabajo. Pero no podía hacerlo estando completamente sobrio.

—Entendido —dije.

—Y al principio eso realmente no importaba —dijo Vann—Me volví muy bueno calibrando la cantidad de alcohol que necesitaba para pasar una sesión. Nunca estaba borracho y mis clientes nunca se daban cuenta. Obtuve buenas críticas, tenía mucha demanda y nadie se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—Pero no duró —dije.

—No —dijo Vann. Otro sorbo—El pánico nunca desapareció. No

se volvió más manejable con el tiempo. Empeoró y, al final, empeoró mucho. Así que aumenté mi dosis terapéutica, como me gustaba llamarla.

—Se dieron cuenta.

—No se dieron cuenta —dijo Vann—Para entonces, era muy bueno en mi trabajo. La parte física de ser integrador la podía hacer casi de forma automática. Lo que no se me daba tan bien era frenar. A veces, un cliente quiere hacer algo que no has acordado en el contrato. Cuando eso ocurre, tienes que frenarlo. Si se resiste, das por terminada la sesión y lo denuncias. Si es lo suficientemente grave, o si le hacen eso a demasiados Integradores, entonces el cliente es incluido en una lista negra y no se le permite volver a integrarse. No ocurre a menudo porque hay tan pocos Integradores que la mayoría de los Hadens no quieren poner en peligro sus posibilidades de utilizar uno.

Vann vació su taza.

—Te pasó a ti —dije.

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Tenía una clienta adolescente que quería saber qué se sentía al morir —dijo Vann—No quería suicidarse, ojo. No quería estar muerta. Pero quería saber qué se sentía al morir. Tener ese segundo justo antes del final en el que te das cuenta de que no puedes escapar y que eso es todo. Se dio cuenta de que, a diferencia de la mayoría de la gente, estaba en posición de hacer realidad su fantasía. Todo lo que necesitaba era pulsar un Integrador en el último momento. Entonces tendría su momento, y como todo el mundo sabía que los Integradores podían impedir que sus clientes hicieran tonterías, parecería que había sido el Integrador quien lo había hecho y que el cliente era la víctima. Solo necesitaba que el Integrador estuviera distraído el tiempo suficiente.

—¿Cómo lo sabía?

—¿Que yo era el integrador adecuado para su plan? Asentí con la cabeza. No lo sabía. No tenía un contrato a largo plazo, así que vamos a apuntarnos al sorteo de integración del NIH y le tocó quien le tocó. Resultó ser yo.

—Pero el resto. Bueno. Ella lo planeó, Shane. Sabía lo que iba a hacer y cómo lo iba a hacer, y lo tenía tan bien preparado que cuando nos integramos no pude sentir lo que había planeado para mí. Lo único que pude percibir fue que estaba emocionada por algo. Bueno, la mayoría de mis clientes estaban emocionados por algo cuando estaban conmigo. Ese era el objetivo de utilizar un Integrador. Hacer algo que te emocionara con el cuerpo de un ser humano real.

—¿Cómo iba a matarte? —le pregunté.

—Su propósito declarado para querer un integrador era que sus

padres habían conseguido un evento especial en el zoológico nacional —dijo Vann—Le iban a permitir sostener y jugar con un pequeño cachorro de tigre. Era un regalo de cumpleaños. Pero antes de eso, quería dar un paseo por el Mall para ver algunos monumentos. Así que nos integramos, dimos un paseo por el Mall y luego vamos a la estación de metro Smithsonian para ir al zoológico. Nos quedamos cerca del borde del andén y vimos llegar el tren. En el último instante posible, ella saltó.

Sentí cómo se tensaba, sentí lo que quería hacer, pero mi tiempo de reacción fue demasiado lento. Me había tomado cuatro tequilas antes de integrarnos. Para cuando pude hacer algo al respecto, ya estábamos en el aire y casi fuera del andén. No había forma de que pudiera hacer nada al respecto. Estaba a punto de morir porque un cliente me había matado.

—Entonces me empujaron hacia atrás y caí con fuerza sobre el andén mientras el tren pasaba a toda velocidad. Miré hacia arriba y había un vagabundo mirándome. Más tarde me dijo: «me había estado observando por la forma en que caminaba de un lado a otro y miraba hacia las vías esperando el tren—dijo que reconoció lo que estaba haciendo porque en algún momento él mismo había pensado en saltar delante de un tren». Él lo reconoció, Shane. Pero yo no.

—¿Qué le pasó a la chica?

—Le corté el puto enchufe, eso le pasó —dije—Luego la acusé de intento de asesinato. Ella dijo que era yo quien había intentado saltar, pero conseguimos una orden judicial para obtener sus efectos personales y registros, entre los que se encontraba un diario en el que describía su plan. La acusaron y giramos un acuerdo por el que le impusieron libertad condicional, terapia y la incluyeron para siempre en la lista negra de integración.

—Fuiste indulgente con ella —dije.

—Quizás —dijo Vann—Pero es que no quería volver a tener nada que ver con ella. No quería tener nada que ver con nada de eso. Casi me matan porque alguien me utilizó para ver qué se sentía al morir. Todo lo que mis ataques de pánico intentaban decirme sobre la integración se había hecho realidad. Así que lo dejé.

—¿El NIH intentó que devolvieras el dinero de tu formación y la universidad?

—No —dijo: Vann—Ellos fueron los que me asignaron a la clienta. No sabían que la razón por la que casi muero fue porque el alcohol había ralentizado mi tiempo de reacción, y yo no se lo conté.

Por lo que se sabía, el problema era que el proceso de selección no detectaba a los psicópatas comunes y corrientes. Lo cual era cierto. Prometí no demandarlos, nos fuimos sin oponer resistencia y el proceso de selección se modificó para proteger a los integradores de

los peligrosos Haden, así que al final hice algo bueno. Y luego el FBI me localizó y dijo: «dije que estábamos creando una división centrada en los Haden y que pensábamos que yo podría encajar bien.» Y, bueno, yo necesitaba un trabajo.

—Y aquí estamos —dije.

—Y aquí estamos —asintió Vann—Ahora sabes por qué dejé de ser integrador. Y por qué bebo, fumo y follo como lo hago: porque pasé años trabajando en un estado de pánico controlado por el alcohol, y luego alguien intentó matarme con mi propio cuerpo. Ya no bebo tanto como antes. Fumo más. Follo más o menos igual. Creo que me lo he ganado todo.

—No voy a discutir contigo sobre eso.

—Gracias —dijo Vann—Y ahora, este maldito caso. Es todo lo que hacía gritar a mi cerebro, hecho realidad. Cuando casi muero, fue por mi culpa. No presté atención y alguien se aprovechó de esa falta de atención para hacerme hacer algo que yo no haría. Si hubiera muerto, al final habría sido por las decisiones que tomé. Por beber y por permanecer en el cuerpo de integración.

—Pero esto. Esto es alguien quitándole la elección al Integrador. Es encerrarlos en su propio cuerpo y hacerles hacer cosas que no harían. Que nunca harían. Y luego desecharlos. Ella me señaló: Brenda Rees. Ella no se suicidó.

—No —dije—, vi su rostro cuando su cliente se desconectó. Intentó alejarse de la granada. Antes de eso, no tenía control.

—Estaba encerrada —dijo Vann—, encerrada en su propio cuerpo hasta que no pudo hacer nada para evitar lo que iba a suceder. Tenemos que averiguar cómo está sucediendo esto. Por qué está sucediendo. Tenemos que detenerlo.

—Sabemos quién está detrás —dije.

—No, creemos que sabemos quién está detrás —dijo Vann—No es lo mismo.

—Lo averiguaremos.

—Me gustaría compartir tu optimismo —dijo Vann. Levantó su taza—No estoy del todo segura de haber tomado lo suficiente como para hacerlo.

—Quizá ya hayas tomado suficiente —sugerí.

—Todavía no —dijo Vann—, pero pronto. Creo que con un trago más será suficiente.

Cogí la taza y caminé por el pasillo hacia la escalera, deteniéndome en el espacio de Tony. Su cuerpo yacía allí, aparentemente dormido. Su threep había desaparecido. Me pregunté si alguien se había acordado de alimentar a Tony hoy, pero entonces vi que sus niveles de nutrientes estaban al máximo.

Tayla lo había hecho, pensé. Es bueno tener amigos.

Vamos a la cocina, me serví un trago de bourbon y lo llevé a mi espacio. Vann dormía, roncando ligeramente.

Capítulo veintiuno

ME DESPERTÉ a las nueve y media y, por un momento, me entró el pánico por llegar tarde al trabajo. Entonces recordé que, como me habían disparado dos veces la noche anterior, me habían dicho que me tomara el día libre, a menos que quisiera hablar con el personal de salud mental. Preferí el día libre.

Eché un vistazo a algunos correos electrónicos, esperando a ver si mi cerebro estaba dispuesto a volver a sumirse en el sueño. No hubo suerte. Estaba despierto, entonces.

Me metí en mi threep en el apartamento y miré a mi alrededor. Vann no estaba en el sofá. Supuse que se había ido a su casa. Entonces oí su voz abajo.

Estaba en la sala de estar, con Tayla y los gemelos, mirando el monitor. En la pantalla se veía un motín. Estaba ocurriendo en el centro comercial.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunté, mirando el monitor.

Vann miró hacia mí, sosteniendo una taza de café.

—Te has despertado.

Señalé el monitor.

—Quizá debería haber seguido durmiendo.

—Entonces, cuando te despertaras, habría sido peor —dijo ella.

—Alguien ha lanzado un cóctel molotov a un grupo de turistas de los Haden —dijo Tayla.

—En serio —dije.

Tayla asintió:

—Los Hadens estaban agrupados, listos para ir al Monumento a Lincoln, y entonces unos capullos pasaron por allí y les lanzaron un cóctel Molotov.

—Que es menos eficaz en los threeps que en los cuerpos humanos —dije.

—Los capullos se dieron cuenta de eso cuando los threeps les persiguieron. Vann señaló el monitor:

—Mira, están volviendo a poner el vídeo.

El vídeo estaba grabado desde el punto de vista del teléfono de un turista. En primer plano, un chico pequeño se quejaba a sus padres por algo. Al fondo, un coche se desviaba hacia un grupo de Hadens apiñados. Un joven asomó la cabeza por el techo solar, encendió un cóctel Molotov y lo lanzó contra los Hadens.

El turista centró toda su atención en las llamas. Varios Hadens estaban en llamas, aleteando y revolcándose para apagarse. El resto de los Hadens comenzaron a correr hacia el coche. Quienquiera que

estuviera conduciendo —obviamente era un coche manual— entró en pánico, arrancó con su amigo todavía medio fuera del techo solar y chocó por detrás al coche que tenía delante. Los Hadens llegaron al coche, sacaron al joven del techo solar y sacaron al conductor del coche.

Entonces comenzó la paliza de verdad. Para entonces, uno de los tres golpeados por el cóctel había llegado al coche. Comenzó a patear al lanzador de la bomba, con las piernas aún en llamas.

—Sería divertido si todo el centro comercial y la zona del Capitolio no estuvieran ahora cerrados —dijo: Vann.

—No se puede decir que esos tipos no se lo merecieran —dije.

—No, se lo merecían, claro —dijo Vann—, pero sigue siendo un fastidio para todos los demás.

—¿Tenemos que ir?

—No —dijo Vann—, de hecho, acabo de recibir una llamada en la que me dicen que tú y yo estamos de baja médica hasta el lunes. Se supone que debemos dejar que Jenkins y Zee se encarguen de todo nuestro trabajo.

—¿Quiénes son Jenkins y Zee? —pregunté.

—Aún no los conoces —dijo Vann—Son unos malditos idiotas. Señaló la pantalla—La buena noticia es que ellos se encargarán de esto y de todas las demás tonterías con las que tuvimos que lidiar esta semana, para que podamos centrarnos en las cosas importantes.

—Así que al final no vamos a estar de baja médica —dije.

—Tú puedes —dijo Vann—Personalmente, estoy bastante cabreada porque me hayan disparado. Quiero coger a los responsables y clavarlos contra la pared. Y mientras dormías, Shane, ha pasado lo que tenía que pasar.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

Vann se volvió hacia Tayla y los gemelos.

—¿Me permites? —pregunto, y levantó la mano para indicar al monitor que cambiara de noticia. Pasó varias hasta que encontró una y la puso a pantalla completa. La imagen que acompañaba a la noticia era el logotipo de Accelerant.

—Es ese capullo de Hubbard —dijo—Va a comprar el Ágora al Gobierno. Los servidores, el edificio y todo lo demás. Va a privatizar el espacio de Haden.

Estaba a punto de responder cuando se abrió una ventana de llamada en mi campo de visión. Era Tony.

Me conecté.

—¿Dónde estás? —pregunto.

—Estoy en el edificio del FBI —dijo Tony—¿Dónde estás tú? — —dije:— Estoy en casa. De baja médica.

—Ok —dijo Tony—Entonces voy para allá.

—¿Qué pasa?

—Preferiría hablar contigo en privado —dijo Tony.

—¿Cómo de privado?

—Tan privado como podamos.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Tenías razón —dijo: Tony— sobre que yo estaba equivocado. Pero es mucho peor que eso. Mucho peor.

* * *

—Ponte las gafas —le dije a Vann.

Se puso sus gafas de monitor.

—Adelante —dijo.

La pingueé y la dejé entrar en mi espacio liminal. Luego entré yo mismo.

Había un threep de pie en mi plataforma. Era Vann.

Extendió las manos, mirando su representación.

—Así que esto es lo que se siente —dijo. Luego me miró—Y así es como te ves.

—¿Sorprendida? —le pregunté.

—En realidad, nunca había pensado en que tuvieras cara, así que no, no exactamente —dijo.

Sonreí y me di cuenta de que era la primera vez que Vann me veía sonreír.

Miró a su alrededor.

—Es la maldita Batcueva —dijo.

Me reí.

—¿Qué? —dijo ella.

—Me has recordado a alguien que está ahí —dije—Espera, tengo que traer a Tony. Llamé a Tony por la puerta.

Él entró y miró a su alrededor.

—Es espacioso —dijo finalmente.

—Gracias.

—Se parece un poco al Bat...

—Cuéntanos las malas noticias —le pedí.

—De acuerdo. Una red neuronal apareció sobre nosotros. «Esta es la red neuronal de Brenda Rees»—dije. «Es un modelo Lucturn, concretamente el Ovid 6.4. Era un modelo bastante común hace ocho años y funciona, bueno, funcionaba, con el software más actualizado para su modelo. He hecho parches para esta red varias veces, así que estoy bastante familiarizado con su diseño y capacidades».

Tony señaló a Vann—Me preguntaste si creía que sería posible bloquear un Integrador con una red disponible en el mercado.

—Dijiste que no —dijo Vann.

—Dije: no lo creía —dijo Tony—No lo creía porque el código que permitía que eso ocurriera en el cerebro de Sani estaba optimizado

para una red que a su vez estaba optimizada para bloquear Integradores y dar el control al cliente. Software diseñado específicamente para hardware diseñado específicamente.

—Pero te equivocaste— dije.

—Me equivoqué— dijo Tony.

—¿Por qué te equivocaste?—

—Porque estaba pensando incorrectamente en la red de Johnny Sani— dijo Tony—Te dije que no era un prototipo. Que era un cerebro a nivel de lanzamiento. Bueno, lo es. Pero también es una prueba de concepto, y el concepto es que, si conocías muy bien el hardware y el software, podías hacer que los clientes tomaran el control total del cuerpo del Integrador. No es algo que nadie haya intentado hacer, al menos que nosotros sepamos. Probablemente haya alguna iniciativa de la NSA para hacer precisamente eso.

—Concéntrate —dijo Vann.

—Lo siento —dijo Tony: Sani demostró que se podía hacer. Ahora todo lo que había que hacer era hacer una translación de esa prueba de concepto a las redes generales existentes. Y para ello había que hacer un par de cosas. Una, tener un profundo conocimiento de las redes que se utilizaban. Había que conocer muy bien el hardware. Dos, había que ser un jodido genio de la programación.

—Hubbard— dije.

Tony se tocó la nariz con el dedo—Lucturn es el segundo mayor fabricante de redes neuronales Haden, después de Santa Ana, y Hubbard es famoso por su participación en el proceso de diseño. Los foros de programación están llenos de historias de terror sobre él llegando y destrozando los primeros diseños de sus ingenieros por considerarlos poco elegantes.

—¿Y cómo es cómo programador? —pregunto Vann.

—Así es como entró en el campo —dijo Tony—Fundó Hubbard Systems para gestionar los sistemas informáticos heredados de las empresas y, después de adquirir Haden, empezó a centrarse en la programación de threeps y redes que quedaron huérfanas cuando sus fabricantes abandonaron el campo. En su día, él mismo hizo mucho de esa programación. El sistema de programación que utilizan las redes se llama Chomsky. Hubbard no lo inventó, pero escribió la mayor parte de la versión 2.0 y forma parte de la junta directiva del Consorcio Haden, que aprueba las nuevas versiones del código.

—El Consorcio Haden —dije.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Tony.

—Espera —dije. Busqué en mi correo electrónico y saqué uno para que Tony y Vann lo vieran—L.A. finalmente me respondió sobre el threep ninja —dije.

—¿Ninja threep? —Tony parecía desconcertado.

—Te lo explicaré más tarde —dije—La cuestión es que el diseño del threep no era un diseño comercial, sino una versión con licencia de bajo coste que el Consorcio Haden ofrece a los posibles fabricantes de los países en desarrollo para utilizar en sus países. No se pueden comprar ni vender en Norteamérica, Europa o los países desarrollados de Asia.

—Así que te atacó un threep importado —dijo Vann.

—Se podría fabricar aquí como pieza única —dije:—Solo se necesitaría una impresora 3D industrial y un robot de montaje.

—¿Quién tiene un equipo capaz de hacerlo? —pregunto Vann.

—Casi cualquier taller de diseño o fábrica que se dedique al modelado a escala real —dije—L.A. dijo: lo estudiaremos, pero llevará algún tiempo. Lo que quiero decir es que Hubbard está involucrado tanto con Chomsky como con el diseño del threep que pasó ninja conmigo.

—Lo cual podría ser una coincidencia —dijo Vann.

Abrí la boca para responder, pero Tony se adelantó: «Espera un momento»—dijo. «Te voy a explicar por qué Hubbard es tu hombre, pero primero tengo que contarte un par de cosas más».

«De acuerdo»—dijo Vann. «Continúa».

Tony se volvió hacia mí: «¿Recuerdas que te dije que al principio la fabricación de redes tenía problemas con gente que pirateaba las redes?». Asentí con la cabeza. «Así que lo hicieron más difícil. Primero, hicieron la arquitectura de la red más compleja, de modo que fuera más difícil programarla y piratearla casualmente. Pero esa es una medida de muy bajo nivel. Los piratas informáticos ambiciosos suelen ser programadores de primer nivel. Por eso, otra forma de hacerlo es que todas las actualizaciones y parches de software tengan que proceder de proveedores autorizados, que se identifican mediante un hash que incluyen en el encabezado del parche. Se descarga el parche y se comprueba el hash. Si el parche se verifica, se descarga e instala. Si no es así, se elimina y se genera un informe.

—Y eso es imposible de eludir —dije Vann.

—No es imposible— dijo Tony—, pero es difícil. Para que funcionen, tienen que ser robados y seguir activos. Cuando hago hacking de sombrero blanco en estos sistemas, la mitad de mi trabajo consiste en conseguir un código verificable. Eso supone mucho engaño psicológico. Hacer que la gente piense que soy su jefe y que necesito su hash, encontrar formas de mirar por encima de su hombro mientras escriben código, cosas así.

—¿Cómo lo harías? —pregunto.

—De muchas maneras diferentes —dijo Tony—Una de mis favoritas fue cuando puse una cesta en un cuadricóptero de juguete teledirigido, la llené de caramelos y luego volé con los caramelos

hasta la sección de programadores de la sede de Santa Ana. El cuadricóptero iba de cápsula en cápsula y, mientras los programadores se agarraban a los caramelos, yo me agarraba a las pantallas de su trabajo.

Ese día conseguí ocho hash de programadores.

—Agradable— dije.

—A todo el mundo le gustan los caramelos— dijo Tony.

—Así que alguien podría robar un hash y entrar en la red de otra persona— dijo Vann, volviendo al tema.

—Exacto —dijo Tony—El problema para el hacker es que, aunque consiga el hash, sigue entrando por la puerta principal. Todo el mundo busca el hash robado o falsificado y el código malicioso. Por eso todos los parches se descomprimen y se ejecutan primero en un entorno aislado, una máquina virtual segura. Si hay algo malicioso en el código, se ejecutará allí y será detectado. Y también hay otras medidas de seguridad.

—La cuestión es que es muy difícil introducir código sospechoso en la red por la ruta establecida. Incluso para un hacker brillante, es un largo camino hacia un pozo seco. Se volvió hacia Vann—Por eso te dije que era muy improbable.

—Pero entonces Rees intentó matarme —dijo Vann.

—En realidad, esa no es la parte que me convenció de que estaba equivocado —dijo Tony—Fue la parte en la que Chris dijo: «Rees intentó alejarse de la granada después de tirar de ella intencionadamente para evitar ser capturado». Es posible que el control fuera tomado por la puerta principal, pero si fuera así, habría un registro de ello: parches instalados cuando no debían, entornos de pruebas lanzados para probar los parches, un registro de la aceptación de la validación del parche y los hash del programador y la empresa que lo envió. No había nada fuera de lo normal.

—Entonces hay otra forma de entrar —dije.

—La hay —dijo Tony—Piénsalo.

Fue Vann quien lo consiguió —El cabrón lo hizo cuando lo integró —dijo ella.

—Sí —dijo Tony—Cuando un cliente se conecta con el Integrador, hay un intercambio de información y luego se abre un flujo de datos bidireccional. Este aspecto de la red está pensado para ser un proceso totalmente independiente del funcionamiento interno de la red, y lo es... pero el código no es perfecto. Si sabes dónde buscar, puedes encontrar lugares para acceder al software de la red. Y eso es lo que pasó.

Tony amplió la red para centrarse en el nódulo que incluía el receptor del flujo de datos del cliente. Señaló una estructura.

—Eso es un interpolador —dije—Si hay una breve interrupción en

el flujo de datos, de un milisegundo o menos, el interpolador sondea los datos a ambos lados de la brecha y la rellena con datos promediados. Pero para hacerlo, el interpolador tiene que acceder al procesamiento de la red. Es una brecha en el cortafuegos. Y eso es lo que Hubbard aprovechó.

La imagen cambió a un esquema. «Esto es lo que creo que hizo»—dijo Tony. «Primero, establece una conexión con el integrador. Luego introduce intencionadamente huecos en el flujo de datos, lo suficientemente largos como para activar el interpolador. A continuación, utiliza el canal del interpolador hacia el procesador para introducir un archivo ejecutable. Lo hace durante el tiempo necesario para descargar el archivo. Luego descomprime y reescribe el software de la red.

—Vamos directamente al procesador, así que no hay sandbox. Evita el proceso de verificación, por lo que no necesita un hash. Es un archivo pequeño, por lo que la red del Integrador no tiene que cerrar la sesión para ejecutarlo. El Integrador ni siquiera sabe que ha sido comprometido.

—¿Por qué demonios no se ha solucionado ya algo así? —pregunto Vann. Me di cuenta de que estaba realmente asustada por lo que Tony nos estaba contando.

—Bueno, piénsalo —dijo Tony—Es un error bastante grave, pero es un error que tiene un camino muy estrecho para llegar a él. Primero, alguien tiene que saberlo. Luego, tiene que tener la capacidad técnica para explotarlo. Después, necesita los medios técnicos para explotarlo, es decir, la capacidad de introducir interrupciones intencionadas en el flujo de datos no es algo que un Haden medio pueda hacer por sí mismo. Para ello se necesita un instrumento especializado entre el cliente y el integrador. Y por «especializado» me refiero a que, por lo que yo sé, en realidad no existe. Tendría que crearse.

—Nadie ha corregido este error porque hasta ahora no era realmente un error. En el mejor de los casos, era una peculiaridad benigna. Básicamente, tendrías que ser Lucas Hubbard para explotarlo.

—Pero Brenda Rees nunca se integró con Hubbard —dije—Se integró con Sam Schwartz.

—Hubbard creó el proceso y las herramientas —dijo: Tony—Una vez que existían, podían ser utilizados por otra persona.

—Sam Schwartz es el abogado de Hubbard —dijo: Vann—Está en la posición perfecta para ayudarle.

—No es un abogado muy ético —dijo Tony—, pero sí. No hay razón para que Hubbard no pudiera conectar a Schwartz a su máquina y dejarle ir por ella.

—Pareces bastante seguro de que es Hubbard —dije.

—Tú también pareces bastante seguro, Chris —dijo Tony.

—Lo sé, pero lo que quiero saber es si tú lo crees porque yo lo creo, o si lo crees porque tienes otra razón para hacerlo.

—Lo creo porque tú lo crees —dijo Tony—También lo creo porque el alcance de lo que estamos hablando aquí, tanto para esto como para lo que pasó con Johnny Sani, requiere recursos propios de un país pequeño o de una persona muy rica. Pero, sobre todo, lo creo por el código.

—El código —dijo Vann.

—Sí —dijo Tony. El esquema desapareció, sustituido por líneas de código—¿Cuánto sabes sobre Chomsky? —pregunto—El lenguaje de programación, no el hombre.

—No sé nada de ninguno de los dos —dijo Vann.

—¿Chris?

—No sé nada —dije.

Tony asintió con la cabeza—El lenguaje de programación se llamaba Chomsky porque estaba diseñado para comunicarse con las estructuras profundas del cerebro. Es un juego de palabras con «lenguaje profundo». Lo mejor de Chomsky como lenguaje de programación es que es increíblemente flexible. Una vez que lo conoces, cuando realmente lo conoces, descubres que hay todo tipo de formas de abordar cualquier problema, cuestión u objetivo. Esto es esencial para las redes neuronales. Tienen que ser flexibles porque cada cerebro es diferente. Por lo tanto, el lenguaje en el que se programan debe tener el mismo tipo de flexibilidad. ¿Me sigues hasta ahora? —

—Es un poco esotérico —dije:

—Eso es lo que quiero decir —dijo Tony—Chomsky es un lenguaje que tiene que ser esotérico, porque interactúa directamente con el cerebro.

—Ahora bien, un efecto secundario de esto es que, dado que Chomsky permite tantas formas diferentes de abordar cualquier problema específico, los programadores que dominan Chomsky terminan desarrollando su propia voz. Con esto me refiero a que abordan los objetivos y los parámetros de una manera que les es propia. Si dedicas tiempo a examinar el código, al final puedes saber quién lo escribió.

—Como alguien que escribe novelas.

—Sí, exactamente —dijo Tony—Como un novelista incluye muchas descripciones, mientras que otro se centra en los diálogos. Es lo mismo. Y al igual que los novelistas, algunos programadores de Chomsky son buenos, otros son competentes y otros son malos. Y si has visto su código antes, puedes saber de qué programador se trata

desde la primera línea de código.

Señaló el código que se mostraba.

—Este es el código que hay en la mente de Brenda Rees, que es una variante de la última versión y del parche para Ovid 6.4 —dijo. Sacó más código—Este es el código del software que hay en la mente de Johnny Sani. Es igual. Quienquiera que haya escrito el código de Sani, también escribió el de Rees.

Sacó una tercera columna de código: «Este es el código que Hubbard escribió en su día, cuando todavía lanzaba parches y actualizaciones en Hubbard Systems»—dijo. «Créanme cuando les digo que sí pasaran todo esto por el equivalente chomskiano de un analizador semántico y gramatical, se iluminaría por completo. Todo esto lo escribió la misma persona. Todo lo escribió Lucas Hubbard».

—¿Es algo que podamos utilizar en un tribunal? —preguntó Vann.

—Necesitarías un abogado para que te dijera eso —dijo Tony—, pero si me llamaran a declarar, les diría: «hell yeah, todo es del mismo tipo».

—¿Es suficiente? —le pregunté a Vann.

—¿Para detenerlo? —pregunto Vann. Asentí con la cabeza.

—¿Por qué?

—Por matar a Brenda Rees, para empezar —dije—Por Johnny Sani, para empezar.

—No creemos que él matara a Rees —dijo Vann—Creemos que fue Schwartz. Tampoco tenemos nada que sea válido ante un tribunal que lo relacione con Sani.

—Vamos, Vann —dije—Sabemos que es nuestro hombre.

—Si vamos con lo que tenemos, los abogados de Hubbard, desde Schwartz hasta el último, nos van a destrozar —dijo Vann—Y sé que tú no necesitas este trabajo, Shane, pero yo sí. Así que sí, Hubbard es nuestro hombre. Asegurémonos de que podemos atraparlo. Se volvió hacia Tony—¿Qué más tienes?

—Dos cosas más —dijo Tony—La primera es sobre el código de Rees.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Vann.

—No omite su memoria a largo plazo —dijo Tony—O bien Hubbard no encontró la manera de hacerlo trabajar, lo cual es posible porque la disposición de la red neuronal es muy diferente, o bien decidió no perder el tiempo porque…

—Hizo una pausa.

—Porque no pensaba quedarse con ella después de que él o Schwartz terminaran de utilizarla —dije yo.

—Sí —dijo Tony—Y ahora sabes por qué llevaba una granada consigo.

—Así que ella era consciente todo el tiempo —dijo Vann— Consciente y despierta, pero incapaz de impedir que su cuerpo hiciera nada.

—Así es —dijo Tony—Y no había forma de sacar al cliente de su cabeza.

—Joder —dijo Vann y se dio la vuelta por un segundo. Tony me miró, confundido. Más tarde, articulé con los labios.

—¿Estás bien? —le pregunté a Vann.

—Si vamos a sacar el cuerpo de Hubbard después de todo esto, voy a necesitar que me vigiles muy de cerca —dijo Vann—De lo contrario, le voy a dar una patada en los huevos a ese imbécil.

Sonreí ampliamente.

—Es una promesa —dije.

Vann se volvió hacia Tony.

—¿Cuál es la segunda cosa? —dijo.

—Una vez que descubrí cómo Hubbard hackeó el cerebro de Rees, vamos al cerebro de Sani para ver qué cosas me había perdido antes porque no tenía contexto —dijo Tony—Y encontré esto. Se desplazó muy rápidamente por el código hasta que encontró una parte considerable del mismo.

—¿Qué es? —pregunto.

—Al principio no lo sabía —dijo Tony—, porque no tenía ningún sentido. Lo que creo es que reutiliza parte de la red neuronal como relé.

—¿Un qué? —dijo Vann.

—Lo sé, ¿verdad? —dijo Tony—Es un transmisor. Transmite la señal de datos del Integrador, pero no a la red. En cambio, imita a la red.

—¿Tiene que ser la señal de datos del Integrador? —preguntó Vann.

—¿Qué...? —Tony se detuvo, aparentemente entendiéndolo—Oooooooh —dijo.

—¿Qué? —dije. Yo era el único en mi propio espacio liminal que se había quedado completamente al margen.

—Maldito Hubbard —dijo Vann—Estábamos preguntando por qué Johnny Sani estaba tratando de integrarse con Nicholas Bell. No lo estaba haciendo. Actuaba como una maldita estación repetidora para Hubbard.

Lo pensé durante un minuto. Entonces eso significa que cuando interrogabas a Bell...

—Nunca fue Bell —dijo Vann—Fue Hubbard. Siempre fue Hubbard. El cabrón nos ha estado engañando desde el principio.

—Para acercarse a Cassandra Bell —dije.

—Sí —dijo Vann.

—¿Con qué propósito? —pregunto.

—Has estado siguiendo las noticias, ¿verdad? —espetó Vann—Se rumorea que hay una marcha el domingo. Imagina lo que pasará en esa marcha cuando Cassandra Bell sea asesinada por su propio hermano, que luego soltará alguna mierda anti-Haden. Washington D. C. vamos a arder hasta los cimientos.

—Vale, pero ¿qué sentido tiene eso? —pregunto—¿Por qué provocar disturbios?

—Para hundir el mercado —dijo Tony.

Los dos volvimos a mirarlo.

—Ya os he dicho que sigo el sector —dijo Tony—Así es como mantengo mi empleo. Las empresas relacionadas con Haden ya están intentando fusionarse o salir del sector debido a Abrams-Kettering. Los inversores ya están deshaciéndose de sus acciones. Un motín a gran escala en Washington asustará a estas empresas y a todos sus inversores. Huirán del lugar. Y entonces Accelerant podrá elegir qué empresas comprar y cuáles dejar morir. Se le alabará por estabilizar el sector, cuando en realidad lo que está haciendo es disparar a la cabeza a sus competidores. Solo con la fusión con Sebring-Warner se ahorrarán miles de millones.

—Pero, ¿qué sentido tiene?— dije—Abrams-Kettering está acabando con los beneficios de todas estas empresas. Ya no hay salsa. Tú mismo dijo: «salsa».

—¿Sabes quiénes son AOL, verdad?— dijo Tony.

—¿Qué? —dijo Vann.

—AOL —dijo: Tony—Una empresa de servicios de información de principios de siglo. Ganó miles de millones conectando a la gente a Internet a través de sus teléfonos. Un servicio de «acceso telefónico». Era una de las empresas más grandes del mundo. Luego, la gente dejó de utilizar sus líneas telefónicas para conectarse a Internet y AOL se redujo. Pero durante años siguió obteniendo miles de millones en beneficios, porque, aunque el sector del acceso telefónico había desaparecido, todavía había millones de clientes que mantenían su servicio de acceso telefónico. Algunos eran personas mayores que no querían cambiar. Otros mantenían el servicio como respaldo. Probablemente, algunos simplemente se olvidaron de que estaban suscritos y, cuando lo recordaron, AOL les puso tantas trabas para darse de baja que no se molestaron en hacerlo.

—Una historia de amor —dijo Vann—¿Y?

—Y, al fin y al cabo, todavía hay más Hadens en Estados Unidos que personas que viven en el estado de Kentucky. De media, otras treinta mil personas al año contraen la enfermedad y experimentan el síndrome de enclaustramiento. No van a desaparecer. Incluso un mercado reducido puede generar mucho dinero, sí se sabe aprovechar.

Y Hubbard es quien lo aprovecha.

—Porque él mismo es un Haden —dije—Es uno de los nuestros.

—Así es —dijo Tony—De eso se trata lo de intervenir y salvar el Ágora. Establecer buena voluntad entre los Hadens.

—Una vez que lo consiga, podrá arrollar a todas las demás empresas, porque ya tiene a todos los Hadens como clientes —dije— Utilizará el Ágora como palanca.

—Otra vez tienes razón —dijo Tony—Y entonces Accelerant hará dos cosas. Utilizará el dinero que está recaudando de los Haden para diversificarse —incluso ahora las empresas relacionadas con los Haden son minoría en su cartera— y se preparará para el día en que la FDA diga que las redes neuronales y los threeps no son solo dispositivos médicos para utilizar exclusivamente en los Haden. Porque ese es el verdadero objetivo final. Hubbard espera el día en que todo el mundo tenga un threep, todo el mundo esté en el Ágora y nadie tenga que volver a sentirse viejo nunca más.

—Por eso Hubbard podría gastar mil millones de dólares en algo que nunca sacaría al mercado—dije.

—Y por eso gastará ahora un montón de dinero en empresas que parecen apuestas arriesgadas —dijo Tony—No está mirando el mercado Haden, que se está reduciendo. Está mirando el mercado que vendrá después. El mercado que él va a crear. El mercado que está asegurando ahora mismo.

—¿De verdad crees que eso es lo que está pasando aquí? —dijo Vann.

—Déjame explicártelo así, agente Vann —dijo Tony—Si ustedes dos no lo arrestan este fin de semana, el lunes pasaré y pondré todo lo que tengo en acciones de Accelerant.

Vann se quedó allí un momento, pensando. Luego se volvió hacia mí.

—Opciones —dijo: «dejo en claro que no es lo mismo que “dije”».

—¿En serio? —dije—¿Vamos a hacer esto ahora?

—Todavía es tu primera semana —dijo Vann.

—Ha sido una semana muy ajetreada —dije.

—Y quiero saber qué piensas, ¿de acuerdo? —dijo:— No solo te estoy pidiendo que aproveches esta maldita oportunidad para aprender. Todo esto te afecta. Se trata de ti. Y de gente como tú. Dime qué quieres hacer, Chris.

—Quiero ir a por esos hijos de puta —dije—, Hubbard y Schwartz.

—Quieres arrestarlos —dijo Vann.

—Sí —dije—, pero todavía no.

—Explícate —dijo Vann.

En lugar de eso, le sonreí y miré a Tony—El código de Hubbard

—dije.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Tony.

—¿Puedes parchearlo?

—¿Te refieres a cerrar el agujero en el interpolador?

—Sí.

—Claro —dijo Tony—Ahora que sé que está ahí, cerrarlo no es ningún problema.

—¿Puedes hacer algo más? —pregunté.

—¿Me vas a pagar por hacer más que eso? —

Sonreí.

—Sí, Tony —dije—Hay un pago involucrado.

—Entonces puedo hacer lo que necesites que haga —dijo— Hubbard es bueno, pero yo tampoco soy malo.

—¿Qué tienes planeado? —me preguntó Vann.

—Hasta ahora hemos estado un paso por detrás de Hubbard en todo —dije.

—Es una valoración acertada —dijo Vann—¿Vamos a intentar adelantarnos a él?

—No tenemos que adelantarnos a él —dije—, pero quiero que lleguemos al mismo tiempo.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —preguntó Vann.

—Bueno —dije—, como diría nuestro amigo Trinh, puede que tengas que ser un poco descuidado.

Capítulo veintidós

A LAS once y quince llamé a Klah Redhouse y le pedí una reunión con él, su jefe, el portavoz y el presidente de la Nación Navajo, para ponerlos al día sobre lo último relacionado con Johnny Sani y Bruce Skow. La reunión tuvo lugar al mediodía.

No les gustó mi informe. No por cómo había estado haciendo mi trabajo, que no se cuestionaba, sino porque dos de los suyos habían sido víctimas.

—¿Estás trabajando en esto? —dijo el presidente Becenti, en un tono que no era una pregunta.

—Sí —dije—Johnny Sani y Bruce Skow obtendrán justicia. Te doy mi palabra. Esperé.

—¿Qué pasa? —dijo Becenti.

—Ayer dijo que haría todo lo que pudiera para ayudar —dije.

—Sí —dijo Becenti.

—¿Se refería solo a los parámetros de la investigación o iría más allá? —dijo.

Becenti me miró con recelo.

—¿Qué quiere decir? —dijo.

—Está la justicia y luego está clavar un cuchillo en las costillas de alguien —dije—La justicia llegará pase lo que pase. Como dije: ya tienes mi palabra. Pero clavar el cuchillo puede suponer un beneficio adicional para la Nación Navajo.

Becenti miró al orador y al capitán de policía, y luego volvió a mirarme.

—Cuéntanos más —dijo.

Miré a Redhouse mientras hablaba. Él sonreía.

* * *

A la una y media estaba en casa de mis padres, dejando con mi padre en la sala de trofeos. Llevaba una bata y sostenía un vaso de whisky solo con una de sus largas y grandes manos.

—¿Cómo estás, papá? —le pregunté.

Él sonrió.

—Perfecto —dijo:—Anoche alguien entró en mi casa para matar a mi chico, lo maté con una escopeta y ahora estoy escondido en mi sala de trofeos porque es una de las únicas habitaciones de la casa desde la que los fotógrafos de fuera no tienen una visión clara. Estoy muy bien.

—¿Qué dijo la policía sobre el tiroteo? —pregunto.

—El sheriff vino esta mañana y me aseguró que, en lo que a él y a

su departamento respecta, el tiroteo fue justificado y no se presentarán cargos, y que me devolverán la escopeta más tarde hoy —dijo papá.

—Me alegro de oírlo —dije.

—Eso es lo que yo también dije —respondió papá—También dijo: que el FBI vino a recoger el cadáver del hombre esta mañana. ¿Tiene eso algo que ver contigo?

—Sí —dije—Si alguien pregunta, el hecho de que estuvieras a punto de presentarte al Senado significaba que teníamos interés en descubrir si el agresor tenía alguna relación con grupos conocidos por su odio o terrorismo.

—Pero en realidad no se trata de eso, ¿verdad?—

—Te responderé, papá, pero tienes que decirme que estás preparado para oírlo.

—Por Dios, Chris —dijo papá—Anoche alguien intentó matarte en nuestra casa. Si no me dices por qué, puede que te estrangule yo mismo.

Así que le conté a papá toda la historia, hasta mi visita matutina a la Nación Navajo.

Cuando terminé, papá no dijo nada. Luego se bebió el whisky—dijo: «Necesito que me sirvas otro», y salió a la sala de armas. Cuando volvió, tenía bastante más de dos dedos de whisky en el vaso.

—Quizá deberías tomártelo con más calma, papá —dije.

—Chris, es un milagro que no haya traído la botella con una pajita —respondió. Dio un sorbo—Ese hijo de puta estuvo en mi casa hace tres noches —dijo: «Hubbard»—En este espacio. Haciéndose el amigo.

—Para ser justos, hace tres noches no creo que tuviera planeado matarme —dije—Estoy bastante seguro de que eso vino después.

Papá se atragantó con el whisky al decir eso. Le di unas palmaditas en la espalda hasta que dejó de toser.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Estoy bien, estoy bien —dijo papá, y me hizo un gesto para que me fuera. Dejó su bebida y me miró.

—¿Qué pasa? —dije.

—Dime qué debo hacer —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que ese hijo de puta intentó matarte —dijo papá, en voz alta y con fuerza—Mi único hijo. Mi carne y mi sangre. Dime qué hacer, Chris. Si me dijeras que le disparara, vamos a hacerlo ahora mismo.

—Por favor, no —dije.

—Apuñálalo —dijo papá—Ahógalo. Atropéllalo con mi camioneta.

—Todas son tiéntame —dije—, pero ninguna es una buena idea.

—Entonces dime —dijo papá—Dime qué puedo hacer.

—Antes de hacerlo —dije—, déjame preguntarte algo. ¿El Senado?

—Oh. Bueno. Eso...

—dijo papá, y alcanzó su whisky. Lo cogí y lo alejé de su alcance. Me miró con curiosidad, pero lo aceptó y dejó.

—William vino esta mañana, a primera hora —dijo:

—Estaba muy preocupado y comprensivo, y me dijo lo mucho que admiraba que defendiera mi hogar y mi familia, y de alguna manera toda esa palabrería terminó con él diciéndome que no hay forma de que el partido me apoye en este ciclo electoral. Y tal vez fuera solo yo, pero creo que daba a entender que no me apoyarían en ninguna campaña electoral que pudiera surgir.

—Lo siento —dije.

Papá se encogió de hombros.

—Es lo que hay, chico —dijo—Me ahorra la molestia de fingir ser agradable con un montón de capullos que nunca me han caído bien.

—Vale, entonces —dije—Papá, necesito que hagas algo por mí.

—¿Sí? —dijo papá—¿Y qué es, Chris? —dije:

—Necesito que hagas un trato comercial —dije.

Papá frunció el ceño—¿Cómo hemos llegado a un trato comercial? —pregunto—Creía que estábamos hablando de venganza y política.

—Y seguimos haciéndolo —dije—Y la forma de hacerlo es mediante un trato comercial.

—¿Con quién? —preguntó papá.

—Con los navajos, papá —dije.

Papá se incorporó, incómodo.

—Sé que has estado muy ocupado —dijo—, pero anoche disparé a uno de los suyos. No creo que hoy quieran hacer negocios conmigo.

—Nadie te culpa por ello.

—Yo me culpo por ello —dijo papá.

—No le disparaste porque fuera navajo —dije—Le disparaste porque estaba a punto de dispararme a mí. No estaba allí porque fuera un mal hombre. Estaba allí porque los malos lo estaban utilizando.

—Lo que significa que disparé a un hombre inocente —dijo papá.

—Así es —dije—Y lo siento, papá. Pero tú no lo mataste. Lucas Hubbard lo hizo. Solo te utilizó para hacerlo. Y si no lo hubieras hecho, sería yo quien estaría muerto.

Papá se llevó las manos a la cabeza. Le dejé un momento.

—Bruce Skow era inocente —dije—Johnny Sani era inocente. Ninguno de los dos va a volver. Pero tengo una forma de castigar a la persona responsable de la muerte de ambos. Además, con ello ayudarás a mucha gente de la Nación Navajo. De esto puede salir algo

realmente bueno. Solo tienes que hacer lo que ya haces mejor que nadie. Hacer negocios.

—¿De qué tipo de negocios estamos hablando?—

—Inmobiliarios —dije—Más o menos.

* * *

Eran las tres y media y yo estaba con Jim Buchold, en la oficina de su casa.

—Vamos a derribar ambos edificios —dijo: refiriéndose al campus de Loudoun Pharma—Bueno. Vamos a derribar el edificio de oficinas, que según los inspectores del condado de Loudoun está prácticamente separado de sus cimientos. Los laboratorios ya han desaparecido. Solo estamos limpiando los escombros.

—¿Qué va a pasar con Loudoun Pharma? —pregunto.

—A corto plazo, mañana vamos a asistir al funeral de nuestros conserjes —dijo Buchold—Los seis a la vez. Eran amigos entre ellos. Tiene sentido hacerlo así. El lunes despediré a todo el personal de la empresa y luego aceptaré ofertas de compradores.

Incliné la cabeza ante eso.

—¿Alguien quiere comprar Loudoun Pharma? —pregunto.

—Tenemos varias patentes valiosas y hemos podido recuperar una buena parte de nuestra investigación actual, parte de la cual probablemente se pueda reconstruir —dijo Buchold—Y si quien compre la empresa contrata a nuestros investigadores, es posible que la reconstruyan más rápido. Además, seguimos teniendo nuestros contratos con el Gobierno, aunque ahora nuestros abogados van a revisar esos contratos para asegurarse de que no se puedan rescindir por motivos de terrorismo.

—Entonces, ¿por qué venderla? —pregunto.

—Porque estoy harto —dijo: Buchold—He dedicado veinte años a esta empresa y todo se ha esfumado en una sola noche. ¿Tienes idea de lo que se siente?

—No, señor —dije:— No lo tengo.

—Por supuesto que no —dijo: Buchold—No puedes saberlo. Yo tampoco lo sabía hasta que alguien me quitó dos décadas de mi vida y las convirtió en un montón de escombros. Pienso en intentar reconstruirlo todo desde cero y lo único que consigo es sentirme cansado. Así que no. Es hora de que Rick y yo nos jubilemos en Outer Banks, compremos una casa en la playa y dejemos que los corgis corran por la arena hasta que se derrumben.

—No suena tan mal —dije.

—Será genial —dijo Buchold—Durante la primera semana. Después tendré que pensar qué hacer con mi vida.

—La noche de la fiesta de mi padre, hablabas de las terapias que estabas desarrollando para liberar a la gente de Haden —dije.

—Recuerdo que te metí en la discusión —dijo Buchold—Rick me echó la bronca ayer cuando se acordó. Lo siento.

—No pasa nada —dije—Recuerdo que esa noche también mencionaste el fármaco que estabas desarrollando.

—Neuroulease.

—Exacto —dije—¿En qué fase te encontrabas?

—¿Te refieres a cuánto tiempo faltaba para que Neuroulease saliera al mercado?

—Sí.

—Éramos optimistas y pensábamos que en un año habríamos avanzado lo suficiente como para solicitar ensayos clínicos —dijo Buchold—Y si estos resultaban prometedores, teníamos prácticamente garantizada una vía rápida para su aprobación por parte de la FDA. Hay cuatro millones y medio de personas que sufren de síndrome de enclaustramiento. Especialmente ahora que Abrams-Kettering está en los libros, cuanto antes podamos liberarlos, mejor.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Bueno, uno de los investigadores principales hizo estallar la empresa y, con ella, mucho de nuestros datos y documentación —dijo Buchold—Luego se suicidó y, independientemente de lo que piense al respecto en este momento, él era el único que podía reconstruir fácilmente esos datos a partir de lo que nos queda. Con lo que tenemos ahora, tardaremos entre cinco y siete años en volver a la fase de ensayos clínicos. Y eso siendo optimistas.

—¿Hay alguien más tan cerca cómo tú? —pregunto.

—Sé que Roche está trabajando en una combinación de fármacos y terapia de estimulación cerebral —dijo Buchold—Pero aún les queda mucho para llegar a la fase de ensayos clínicos. Nadie más está ni siquiera en el mismo terreno. Me miró con amargura—¿Quieres oír algo gracioso? —dijo:

—Claro —dije.

—Ese cabrón de Hubbard —dijo—, en la fiesta de tu padre me estaba atacando por la cultura Haden y por cómo no querían liberarse de su enfermedad, y haciendo todo lo posible por insinuar que yo estaba fomentando un genocidio.

—Lo recuerdo —dije.

—¡Ayer ese hijo de puta llamó e hizo una oferta por Loudoun Pharma! —dijo Buchold.

—¿Por cuánto?

—¡Por una cantidad insuficiente! —dijo Buchold—Y se lo hice saber—dijo que la oferta era flexible, pero que quería actuar con rapidez. Y yo le dije que hacía un par de días me estaba diciendo lo horrible que era nuestro trabajo y ahora quería comprarlo. ¿Sabes lo que me respondió?

—No lo sé —dije, aunque tenía una idea.

—¡Me dijo: «Los negocios son los negocios»! —exclamó Buchold— Dios mío. Estuve a punto de colgarle.

—Pero no lo hiciste.

—No —dijo Buchold—Porque tiene razón. Los negocios son los negocios. Tengo seiscientos empleados que se quedarán sin trabajo en tres días, y aunque Rick cree que no debería socializar con ellos...

—Buchold puso los ojos en blanco y miró a su alrededor para ver si su marido estaba cerca—Me siento responsable de ellos. Me parecería bien que algunos de ellos conservaran sus puestos de trabajo y que el resto recibiera una indemnización por despido mejor de la que tendrían en otras circunstancias.

—¿Así que se lo vendería? —pregunté.

—Si nadie más presenta una oferta mejor, es posible que lo haga —dijo Buchold—¿Por qué? ¿Cree que debería rechazar la oferta?

—Nunca le diría cómo debe dirigir su negocio, señor Buchold.

—Lo que queda de él, al menos —dijo—Bueno, le diré una cosa, agente Shane. Si me da una buena razón para mantener abiertas mis opciones, quizá lo haga.

—Sí, señor —dije—Veré qué puedo hacer.

* * *

Eran las cinco en punto y me encontraba en el espacio liminal de Cassandra Bell.

Estaba vacío. Y por vacío me refiero a que literalmente no había nada en él.

No era la vasta extensión del espacio infinito. Era todo lo contrario, una oscuridad cerrada y opresiva. Era como estar en el fondo de un océano de tinta negra. Por primera vez comprendí lo que era la claustrofobia.

—A la mayoría de la gente le resulta incómodo mi espacio liminal, agente Shane —dijo Bell. Una voz que no podía ver y que provenía de todas partes, aunque en voz baja. Era como estar dentro de la cabeza de una persona muy reservada. Lo cual, supongo, era exactamente lo que era.

—Lo entiendo —dije.

—¿Le molesta?

—Intento que no me moleste.

—Me resulta reconfortante —dijo Bell—Me recuerda al útero. Dicen que no recordamos cómo es estar allí, pero yo no lo creo. Creo que en el fondo siempre lo sabemos. Por eso los niños se esconden bajo las mantas y los gatos te empujan la cabeza con la cabeza cuando dejan a tu lado. Yo no he tenido esas experiencias, pero sé por qué ocurren. Me han dicho que mi espacio liminal es como la oscuridad de la tumba. Pero yo lo veo como la oscuridad del otro extremo de la

vida. La oscuridad de todo lo que está por venir, no de todo lo que ha quedado atrás.

—Me gusta cómo lo expresas —dije—Vamos a intentar verlo así.

—Así es como hay que verlo. Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad, agente Shane —dijo Bell.

Y entonces se puso delante de mí, cerca, con una vela encendida iluminando su rostro, cuya luz alejaba la oscuridad a una distancia respirable.

—Gracias —dije, y sentí un estremecimiento de alivio.

—De nada —dijo: ella sonrió, pareciendo más joven que veinte años, aunque, por supuesto, aquí podía aparentar la edad que quisiera.

—Y gracias por recibirme con tan poca antelación —dije—Sé que está muy ocupada.

—Siempre estoy ocupada —dijo. No era una fanfarronada ni una muestra de orgullo, solo un hecho. Me sonrió de nuevo—Pero, por supuesto, sé quién es usted, agente Shane. Chris Shane. El niño Haden. Es extraño, ¿no?, que no nos hayamos conocido antes.

—Yo pensé lo mismo el otro día —dije.

—¿Y por qué cree que es así, que nos hayamos conocido ahora?

—Nos movíamos en círculos diferentes —dije.

—Nos movíamos en círculos diferentes —dijo ella—Y ahora la imagen que tengo es de usted y de mí moviéndonos en órbitas separadas, centradas en estrellas diferentes.

—La misma metáfora —dije—Una descripción diferente.

—¡Sí! —dijo Bell, y soltó una pequeña risa—¿Y quién era su estrella? ¿En torno a quién orbitaba?

—Mi padre, supongo —dije.

—Es un buen hombre —dijo Bell. No era una pregunta.

—Sí —dije, y pensé en él esta mañana, en bata, con un whisky en la mano, lamentando la muerte de Bruce Skow.

—Sé lo que pasó —dijo Bell—, a tu padre y por culpa de tu padre. Lo siento.

—Gracias —dije, extrañamente conmovido por su forma de hablar. Formal y, sin embargo, íntima—¿Quién era tu estrella, si no te importa que te lo pregunte? —

—No lo sé —dijo Bell—Todavía no lo sé. Empiezo a sospechar que no es una persona, sino una idea. Y por eso soy extraña, y también por eso tengo mi poder.

—Quizás —dije, lo más diplomáticamente posible.

Ella lo captó, sonrió y se rió de mí—No pretendo ser obtusa o intencionadamente extraña, agente Shane, de verdad que no —dijo—Es solo que se me da fatal la charla trivial. Cuanto más pasa, más parezco una refugiada de una comuna.

—No pasa nada —dije—Yo también vivo en una comunidad

intencional.

—Es muy amable por empatizar conmigo —dijo: Cassandra Bell— Usted es mejor que yo en las conversaciones triviales. Eso no siempre es un cumplido. Esta vez lo es.

—Gracias —dije.

—No ha venido a charlar conmigo —dijo:—, por muy bien que se le dé.

—No —dije—, he venido a hablar con usted sobre su hermano.

—¿Lo has hecho? —dijo—Me gustaría contarte una historia sobre mi hermano, si quieres escucharla.

—Claro —dije.

—Era un niño pequeño cuando nací y sabía que me llevaban dentro —dijo:—Así que venía a verme, me besaba en la frente y me cantaba durante horas. ¿Te lo imaginas? ¿Qué otro niño de siete años haría algo así? No tienes hermanas ni hermanos.

—No —dije.

—¿Los echas de menos?

—No puedo echar de menos lo que nunca tuve —dije.

—Lo cual no es cierto en absoluto —dijo Bell—Pero lo he expresado mal. Me refiero a si sientes que te has perdido algo por no tener hermanos.

—Creo que habría sido interesante tener hermanos —dije.

—Tus padres no tuvieron más hijos después de ti.

—Creo que les preocupaba que, si lo hacían, descuidarían a uno de nosotros para centrarse en el otro—dije:—Y que el que fuera descuidado acabaría resentido. Es difícil que un hijo sea un Haden y el otro no. Me lo imagino. Hice una pausa.

—Tienes una pregunta sobre mi hermano y yo—dijo Bell.

—Me preguntaba si alguna vez te integraste con él—dije:.

—Oh, no —dijo Bell—Demasiado íntimo, diría yo. Quiero a mi hermano y él a mí. Pero no deseo estar dentro de su cabeza, y no creo que él quiera que yo esté en la suya. ¡Los dos en la misma cabeza al mismo tiempo! Nos convertiríamos en nuestros padres.

—Menuda imagen —dije.

—Nunca me he integrado. Me basta con estar en mi propia cabeza. No deseo estar también en la de otra persona.

Sonreí ante esto.

—Deberías conocer a mi pareja —dije—Era una integradora a la que no le gustaba que la gente estuviera en su cabeza.

—Seríamos como imanes —dijo Bell—O nos atraeríamos o nos repeleríamos.

—Otra imagen interesante —dije.

—Háblame de mi hermano.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Eso no es contarme nada sobre mi hermano, pero lo aceptaré —dijo Bell—Hablamos el otro día. Quiere pasar tiempo conmigo el sábado por la tarde.

—¿Y lo harás?

—¿No harías tiempo para tu familia? —pregunto Bell—Sé cómo responderías, así que no hace falta que lo hagas.

—Les dedicaría tiempo —dije, respondiendo de todos modos—¿Te reunirás con él aquí?

—Sí, y además estará con mi cuerpo —dijo: Bell—Todavía le gusta cantarme, a mis oídos.

—¿Habrá alguien más allí?

—Es familia.

—Entonces, no.

—Agente Shane, ahora es un momento excelente para dejar de charlar —dijo: Bell.

—Creemos que un cliente se ha apoderado del cuerpo de su hermano —dije—Este cliente tiene una considerable habilidad técnica y ha sido capaz de cambiar la programación de la red neuronal de su hermano para atraparlo y utilizar el cuerpo para sus propios fines. Creemos que pretende utilizar el cuerpo de su hermano para matarlo a usted y luego matar también a su hermano. Parecerá un asesinato-suicidio.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque ha tomado el control de otros cuerpos —dije—, de la misma manera. Él y un socio lo han hecho. El resultado final ha sido tres integradores muertos.

Cassandra Bell parecía muy solemne, la luz de la vela titubeó y parpadeó de repente antes de volver a brillar de forma estable.

—Entonces crees que ya está poseído.

—Poseído —dije, y me di cuenta de que simplemente no se me había ocurrido pensar en lo que les había pasado a Johnny Sani, Bruce Skow o Brenda Kees de esa manera—Sí. Ya está poseído.

—¿Desde cuándo?

—Creemos que al menos desde el martes por la mañana.

—¿Por qué han tardado tanto en decírmelo?

—Hasta ayer no sabíamos que era posible —dije—Hasta hoy no pensábamos que afectara a su hermano. No debería haber sido posible. Y como no debería ser posible, no nos dimos cuenta hasta ahora.

—¿Está muerto?

—¿Su hermano? No.

—Sé que su cuerpo no está muerto —dijo Bell—Me refiero a él. El alma de mi hermano.

—No creemos que esté muerto —dije—Creemos firmemente que

está vivo, pero encerrado. Incapaz de hablar o comunicarse con el mundo exterior. Como... bueno, como nosotros. Pero sin un threep, un espacio liminal o un Ágora. Y con su cuerpo a merced de otro, haciendo cosas que él no elegiría por sí mismo.

—Él no elegiría asesinarme —asintió Bell—Dices que crees firmemente que está vivo.

—Sí.

—Describe la fuerza de esa creencia.

—Fuerte como el hierro —dije—Fuerte como el roble.

—El hierro se oxida. El roble arde.

—No podemos estar seguros —dije—Pero por lo que sabemos, la persona poseída sigue existiendo. La persona que vi poseída de esta manera seguía existiendo después de que su cliente se marchara.

—Dijiste que todos murieron.

—Ella murió —dije—Su cliente tiró de la anilla de una granada antes de irse.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó Bell.

—Preferimos no decirlo —dije—Por tu propia protección.

La vela de Cassandra Bell brilló intensamente, incluso cuando la oscuridad me envolvía cada vez más.

—Agente Shane —dijo—No me confunda con una niña. No estoy dañada ni soy incapaz. Estoy reuniendo a cientos de miles de nosotros para darnos a conocer al mundo. No podría hacerlo si fuera una persona mimada. No necesito protección. Necesito información.

—Es Lucas Hubbard —dije:

—Oh —dijo Bell. La vela volvió a su estado original—Él.

—Lo conoces.

—Con la excepción de usted, agente Shane, conozco a casi todas las personas importantes. No es por presumir, es solo un hecho.

—¿Qué opina de él?

—¿Ahora o antes de saber que está esclavizando a mi hermano en su propio cuerpo?

Sonreí ante esto.

—Antes.

—Inteligente. Ambicioso. Capaz de hablar apasionadamente sobre Hadens cuando le conviene y le resulta ventajoso, y cuando no, no.

—El típico multimillonario —dije.

Bell me miró fijamente—Imagino que tú, mejor que nadie, sabrás que no todos los multimillonarios son personas pobres —dijo:.

—Según mi experiencia, hay pocos como mi padre —dije.

—Una lástima —dijo Bell—¿Cuándo rescatarás a mi hermano?

—Pronto —dije.

—Hay párrafos enteros detrás de esa sola sílaba —dijo Bell—O tal vez solo querías decir «pronto, pero aún no».

—Hay complicaciones —dije.

—No te pediré que imagines el terror de estar encerrado, agente Shane —dijo Bell—Sé que lo conoces demasiado bien. Lo que te preguntaría es por qué estarías dispuesto a infligírselo a otra persona ni un segundo más de lo necesario.

—Para salvar a otros de ese mismo destino —dije—Y para castigar a Hubbard de una forma más completa que la mera captura. Y para mantener a salvo a tu hermano.

Bell me miró con frialdad.

—Si actuamos ahora mismo, tenemos motivos suficientes para acusarlo y castigarlo —dije—Pero él no es tonto. Es casi seguro que ha previsto la posibilidad de ser capturado. Es rico y tiene más abogados que habitantes tienen algunos países. Atrasará el proceso durante años, llegará a acuerdos y sembrará la duda. Y lo primero que hará será borrar sus huellas como sea posible. Eso incluye deshacerse de la única persona que puede dar cuenta de cada momento de los movimientos de Hubbard durante la última semana.

—Mi hermano— dijo Bell.

—Tu hermano— dije—Hubbard es inteligente, pero su inteligencia y ambición también son su punto ciego. Cree que ha cubierto todos los ángulos y todas las contingencias. Pero nosotros creemos que hay un par de ángulos que no puede ver.

—Porque están en su punto ciego.

—Sí.

—Prométeme que salvarás a mi hermano —dijo Bell.

—Te prometo que haré todo lo posible por salvarlo —dije—Te prometo que haremos todo lo posible.

—Ahora dime cómo piensas capturar a Hubbard.

—Él quiere matarte —dije.

—Eso dices tú.

—Creo que deberíamos dejar que lo intente.

Capítulo veintitrés

A SAMUEL SCHWARTZ no le hizo ninguna gracia vernos un sábado por la mañana, pero nos invitó a pasar de todos modos. Nos dejó en su despacho, frente a un escritorio adornado con fotos de dos niños pequeños.

—¿Son suyos? —pregunto Vann.

—Sí —dijo: Schwartz, sentándose detrás de su escritorio.

—Son adorables —dijo Vann.

—Gracias —dijo: Schwartz—Y para adelantarme a la siguiente serie de preguntas, Anna y Kendra, de siete y cinco años, son fruto de la extracción de esperma y la fecundación in vitro, y sus madres son una pareja casada conocida mía, una de las cuales era compañera mía en la facultad de Derecho. Sí, las niñas saben quién soy y sí, participo activamente en sus vidas. De hecho, tengo que irme a un partido de fútbol casi inmediatamente. Supongo que están aquí por Nicholas Bell.

—En realidad, estamos aquí por Jay Kearney —dijo Vann.

—Ya he hablado con sus compañeros del FBI sobre Jay —dijo: «Les diré lo mismo que les dije a ellos, que en ningún momento de nuestra relación profesional o personal Jay reveló o insinuó sus planes o su asociación con el Dr. Baer.» —dijo: «Schwartz» Y en cuanto a mi paradero esa noche... Schwartz asintió con la cabeza hacia mí... su socio aquí presente puede confirmar mi presencia en la casa de Marcus Shane esa noche. Estábamos cenando cuando ocurrió el atentado contra Loudoun Pharma.

—Nuestros laboratorios nos dicen que Kearney, o Baer, creó un coche bomba con nitrato de amonio— dijo Vann.

—Muy bien —dijo Schwartz—¿Y?

—Probablemente no sea nada, pero señalaré que Agrariot es una empresa de Accelerant. Fabrican alimentos deshidratados y congelados, piensos para ganado y fertilizantes.

—Accelerant es un conglomerado multinacional que posee en su totalidad o tiene una inversión significativa en casi doscientas empresas diferentes, agente Vann —dijo Schwartz—Tiene razón en que probablemente no sea nada.

—Agrariot tiene un almacén en Warrenton —observó Vann— justo al lado de la Ruta 15 desde Leesburg. Y faltan varios palés de fertilizantes de su inventario. Lo comprobé ayer.

—Entonces espero que hayas informado a tus socios más directamente involucrados en la investigación —dijo Schwartz.

—Lo hemos hecho —dijo Vann.

—Tengo entendido que Accelerant hizo una oferta por Loudoun

Pharma —dije.

Schwartz se volvió hacia mí.

—Es la primera vez que oigo eso —dijo—No deberías dar crédito a los rumores.

—No sé si es un rumor si viene directamente del director general —dije—Ayer por la tarde hablé con el Sr. Buchold.

—El Sr. Buchold fue indiscreto —dijo Schwartz—Ha habido conversaciones, pero nada serio.

—También recuerdo que, durante la cena, Lucas Hubbard se mostró bastante negativo con respecto a lo que estaba haciendo Loudoun Pharma —dije—Es interesante que ahora esté considerando comprar la empresa, especialmente después de que se haya convertido en un cráter.

—Lucas está interesado en mantener los puestos de trabajo en el condado de Loudoun —dijo Schwartz—Loudoun Pharma tiene productos que encajan en nuestra cartera.

—Claro —dijo Vann—Y uno que probablemente te gustaría mantener fuera del mercado.

—Neuroulease —dije, para ayudar.

—Eso es —dijo Vann—No queremos que se desbloqueen un montón de Hadens. Eso interrumpiría los márgenes de beneficio de un montón de empresas de Accelerant. Y necesitas que generen ingresos durante al menos los próximos años.

—Me temo que no sé mucho sobre Neuroulease —dijo Schwartz, levantándose—Ahora, como dije: tengo un partido de fútbol...

—¿Sabe mucho sobre Salvatore Odell, Michael Crow, Gregory Bufford, James Martinez, Steve Gaitten o Cesar Burke? —preguntó Vann.

—No conozco a esos hombres —dijo Schwartz.

—Son los conserjes que murieron cuando Loudoun Pharma vamos —dijo Vann—Apenas lograron desenterrarlos el otro día. Hoy se celebra la ceremonia conmemorativa en su honor.

—Ahora mismo, más o menos —dije.

—¿En serio? —dijo: Vann, dirigiéndose a mí, y luego se volvió hacia Schwartz—Nuestro personal médico me dice que un par de ellos murieron cuando el edificio explotó, pero el resto sobrevivió a la explosión. Murieron sepultados bajo cuatro pisos de hormigón. Los aplastó. Los destrozó.

—El funeral es a ataúd cerrado —dije.

—Así será —dijo Vann.

—Lo siento mucho —dijo Schwartz.

—¿De verdad? —dijo Vann.

—Creo que se me ha acabado el tiempo —dijo Schwartz.

—¿Qué relación tienes con Lucas Hubbard? —pregunté.

—¿A qué te refieres? —dijo Schwartz.

—Me refiero a que recuerdo que la otra noche, durante la cena, Lucas te hizo una pregunta y tú te quedaste en blanco —dije—Hubbard se acercó para tranquilizarte después de que te quedaras en blanco y te dio una palmadita en la mano. No soy un seguidor servil de los roles de género, pero eso me pareció bastante «poco masculino». No me pareces del tipo que necesita que le tranquilicen, y Hubbard no me parece del tipo que te lo ofrecería. Eres el abogado jefe de su empresa, no su novia.

—Creo que le estás dando demasiada importancia —dijo Schwartz.

—Y luego estaba ese momento en el que te hablaba de tu threep y me mirabas como si no tuvieras ni idea de lo que estaba diciendo —dije—Hubbard también respondió por ti entonces. Recuerdo que nos leíste la cartilla cuando tuvimos a Bell en la sala de interrogatorios. No creo que sea propio de ti dejar que otra persona hable por ti.

—Quizá no fue él quien no habló —dijo Vann.

—Quizá no —dije, mirando a Schwartz.

—Tú y yo hablamos —dijo Schwartz—Recuerdo muy claramente en la sala de trofeos de tu padre hablamos sobre el hecho de que yo estaba utilizando a una mujer integradora.

—Brenda Rees —dije.

—Ahora está muerta —dijo Vann.

—Sí —dije.

—Abrió fuego en una cafetería y luego se inmoló con una granada.

—Yo estaba allí —dije.

—Yo también —dijo Vann, y señaló su brazo, que llevaba en cabestrillo—Ella me disparó.

—A mí también —dije.

—Es extraño —dijo Vann.

—¿Qué te dispararan? —pregunté.

—Sí —dijo Vann, y señaló a Schwartz—Pero yo pensaba más bien en que el Sr. Schwartz ha tenido dos integradoras que se han inmolado en la misma semana.

—Es extraño —dije.

—Quiero decir, ¿qué probabilidades hay? —me preguntó Vann.

—Muy pocas, diría yo.

—Yo también diría que muy pocas —dijo Vann—Quizá no tan pocas como que estos Integradores sean devorados por osos o caigan en una trilladora de trigo. Pero, aun así, en general, es una coincidencia bastante notable.

—Agente Vann —dijo Schwartz—Agente Shane. Estamos...

—Ella dice que tú no estabas allí —dije.

—¿Qué? —dijo: Schwartz, distraído.

—Brenda Rees —dije— me dijo que tú no estabas allí durante la cena. Dice que te habías ido.

—Justo cuando Jay Kearney estaba haciendo lo suyo —dijo Vann.

—Jay Kearney estaba integrado con el Dr. Baer —dijo Schwartz— Baer dijo: “Kearney lo dijo en su grabación”.

—Bueno, no —dije—La boca de Kearney lo dijo, y suponemos que Baer lo estaba diciendo porque Baer estaba en segundo plano. Pero tenemos una teoría alternativa.

—Vamos—dijo Vann—: te integras con Kearney y vas al apartamento de Baer. Él está esperando a Kearney. Drogas a Baer para que se desmaye, grabas el vídeo, le clavas un cuchillo en la sien, colocas el threep para que parezca un suicidio y luego haces un viaje rápido a Loudoun Pharma con Kearney.

—Y volvemos a tiempo para el postre —dije—, si es que hay postre. No estuve presente en esa parte.

—No, porque Loudoun Pharma explotó —dijo Vann.

—Acabas de acusarme de asesinar a Baer —dijo: Schwartz.

—Sí —dije.

—Y a los seis conserjes —dijo: Vann.

—Y a Jay Kearney —dije: dije.

—Ocho en total —dijo Vann.

—No voy a hablar más con dos —dijo Schwartz—No voy a decir nada más sin un abogado. Si piensan arrestarme, háganlo ahora. Si no, salgan de mi casa.

—Sr. Schwartz, una palabra más —dijo Vann.

Schwartz la miró, impasible como solo un threep puede estarlo.

—Interpolador —dijo Vann.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Schwartz.

—Oh, creo que me ha oído perfectamente —dijo Vann.

—No sé qué significa esa palabra —dijo Schwartz.

—Ya hemos pasado esa fase, ¿no cree, señor Schwartz? —dijo Vann—Sabe perfectamente lo que significa esa palabra. Y sabe lo que significa que la conozcamos. Significa que está jodido, señor. Magníficamente jodido.

Schwartz volvió a quedarse en silencio.

—Opciones— dijo: Vann, y levantó un dedo—Puerta número uno. Mantiene su derecho a permanecer en silencio y su derecho a un abogado. Bien por usted. Aplaudo su postura. Lo arrestamos por los ocho asesinatos que hemos mencionado, además de los asesinatos de Bruce Skow y Brenda Rees. También lo acusaremos del secuestro de Kearney, Skow y Rees. Por no mencionar los intentos de asesinato contra mí y el agente Shane, aquí presente. Además de toda una serie de cargos diversos que no voy a detallar, pero imagino que ya estás

repasando mentalmente la lista, porque eres abogado. Iremos a juicio, perderás, tu cuerpo irá a un centro de detención federal de Haden y podrás hablar con otros seres humanos una hora a la semana, para siempre.

—Por cierto, esa opción nos parece bien —dije.

—Sí, nos parece bien —dijo Vann. Levantó otro dedo—Puerta número dos. Tú hablas.

Bajó la mano—Elige. Tienes cinco segundos, después de los cuales daremos por hecho que eliges la puerta número uno.

—Lo cual nos parece bien —repitió.

—Sí, nos parece bien —dijo Vann.

Schwartz se dejó caer y esperó hasta contar cuatro, quizá cuatro y medio.

—Quiero un trato —dijo.

—Por supuesto que sí —dijo Vann.

—Inmunidad total —comenzó.

—No —lo interrumpí—, no la tendrás.

—Vas a ir a la cárcel, Schwartz —dijo Vann—, más te vale que te acostumbres a la idea. Lo que estamos discutiendo ahora es dónde, cuánto tiempo y lo malo que será.

—Inmunidad total o nada —dijo Schwartz.

—«Nada» nos vale —dije.

—Sr. Schwartz, no creo que haya entendido bien lo que quería decir cuando le dije que estaba magníficamente jodido —dijo Vann— Significa que tenemos más que suficiente para hundirlo. Para siempre. Y lo haremos. Para siempre. Pero la realidad es que usted no es la persona que realmente queremos. No es el protagonista. Estoy bastante seguro de que sabe de quién estamos hablando.

—Pero si no podemos atraparlo, estaremos encantados de llevarnos a usted —dije.

—Es cierto —dijo Vann—Y seamos sinceros, Schwartz. Él también estará encantado de que te llevemos. Tú mejor que nadie sabes cuántos abogados tiene y lo buenos que son. En cuanto se entere de que te hemos capturado, todo, absolutamente todo, recaerá sobre ti. Ya me imagino el comunicado de prensa.

—Se sorprenderá y se sentirá perturbado por las acusaciones y se comprometerá a cooperar plenamente con las autoridades, es decir, con nosotros —dije.

—Y sabes qué —dijo Vann—: en ese momento, quizá decidamos girar por lo sano e ir con lo que tenemos. Seguiremos quedando bien y, sinceramente, será una lección agradable para ti sobre la lealtad ciega a un hombre que estará encantado de echarte a los perros.

Schwartz volvió a quedarse en silencio. Luego, —¿Qué esperas de mí?—

—Todo, por supuesto —dijo Vann—Fechas. Planes. Cómo utilizaste las diversas empresas de Accelerant para promover tus objetivos. Quién más está involucrado. Cuál era el objetivo final. Qué esperaban obtener de todo esto tanto tú como Hubbard.

—Por qué elegisteis a Sani y Skow —dije.

—Así es —dijo: Vann—Tienes a las altas esferas de la Nación Navajo dispuestas a atropellarte con un coche. Elegiste al tipo equivocado con el que meterte cuando elegiste a Sani. Probablemente sea mejor que te encerremos durante un tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Schwartz. Ahora estaba completamente derrotado—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —¿Me está preguntando por un número concreto de años? —le pregunté.

Schwartz se volvió hacia mí—Tengo hijos, agente Shane —dijo:

—Se va a perder ese partido de fútbol, señor Schwartz —dijo Vann, con sorprendente amabilidad—También se perderá la graduación del instituto. Dependiendo de lo que obtengamos de usted ahora, podemos hacer trabajo para que pueda acompañar a uno de ellos al altar.

Capítulo veinticuatro

NICHOLAS BELL ENTRÓ en el apartamento de Cassandra Bell, situado en la segunda planta, y se dirigió al salón, que era, de hecho, donde vivía Cassandra Bell, el dormitorio del apartamento se utilizaba como trastero y sala de descanso para sus cuidadores. Los cuidadores matutinos de Cassandra se habían marchado ya. Los cuidadores de la tarde no llegarían al apartamento hasta dentro de una hora. Nicholas se acercó al elemento principal del espacio: una cuna en la que yacía una joven. Parecía, como todos los Haden, que estuviera durmiendo.

—Me alegro de que hayas venido a verme, hermano —dijo Cassandra—No te he visto en toda la semana. Su voz se transmitía a través de un altavoz situado junto a la cuna, en el que también había integrada una pequeña cámara que le permitía utilizar para ver el interior del apartamento. Cassandra prefería una presentación sencilla del mundo real. Quizá por eso Nicholas se detuvo al ver la forma desconocida en el espacio. Un threep.

—Un regalo de un admirador —dijo Cassandra, siguiendo la mirada de Nicholas—No es alguien que me admire lo suficiente como para saber que no utilizo ni he utilizado nunca un transporte personal. Pero uno de mis cuidadores conoce a alguien que necesita uno. Está esperando a que ella venga a recogerlo.

Nicholas asintió, sonrió y se quitó la pequeña mochila del hombro. La abrió y metió la mano dentro.

—Vaya, hermano —dijo Cassandra Bell—¿Me has traído un regalo?

—Sí —respondió Nicholas. Sacó el gran cuchillo de cocina que había metido en la mochila y lo clavó en la joven que estaba en la cuna, hundiéndolo profundamente en su abdomen.

Dos puñaladas más, fuertes y profundas, en el vientre, empujando hacia arriba. Una puñalada brusca hacia abajo, perforando la parte superior del muslo izquierdo, en busca de la arteria femoral.

La carne se abrió, pálida.

Tres puñaladas formaron un triángulo irregular de cortes justo debajo del esternón. Un corte brutal en el lado izquierdo del cuello y otro igual en el derecho, abriendo las arterias que llevan sangre al cerebro y las venas que la extraen.

Nicholas Bell dejó caer el cuchillo al suelo y dio un paso atrás, respirando con dificultad. Miró fijamente el cuerpo destrozado, como si algo le desconcertara.

Por ejemplo: el cuerpo al que había apuñalado ocho veces no tenía ni una gota de sangre.

—Hermano —susurró Cassandra Bell—, no ha funcionado.

Me lancé desde la silla en la que estaba dejando y derribé a Nicholas Bell, que vino rodando y retorciéndose.

Consiguió zafarse de mi agarre y se apresuró a coger su mochila. Me giré y lo vi, con la pistola en la mano, apuntándome.

—Venga ya —dije—, acabo de conseguir este threep.

El estruendo detrás de nosotros —el sonido de los agentes del FBI derribando la puerta para atrapar a Nicholas— distrajo a Nicholas lo suficiente como para que pudiera correr hacia él, pero no lo suficiente como para que perdiera el objetivo. Disparó y la bala me alcanzó en el hombro, haciéndome girar.

Nicholas se giró y disparó tres tiros contra la puerta corredera de cristal que separaba el salón del balcón, y luego corrió hacia los cristales rotos, con las manos en alto para protegerse la cara. El cristal se desprendió en una lámina y Nicholas lo atravesó y se tambaleó por el balcón.

—Joder —dije:

—y lo seguí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el disparo que Bell me había hecho había afectado al movimiento de mi brazo derecho. Caí por la barandilla del balcón y aterricé con fuerza en la acera de hormigón que había debajo. Si hubiera tenido un cuerpo humano, estoy seguro de que habría muerto o quedado paralítico.

Pero no era así.

Me levanté, miré a mi alrededor y vi a Bell a unos treinta metros, cojeando, pero moviéndose con sorprendente rapidez. Todavía llevaba la pistola en la mano derecha.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —dijo Vann en mi cabeza.

—Ha saltado del balcón —dije—Está corriendo por la Novena Avenida. Se dirige hacia Welburn Square. Vamos a por él.

—No lo pierdas otra vez —dijo Vann.

—¿Otra vez? —dije, y luego eché a correr.

La cojera de Bell había empeorado cuando lo alcancé, justo antes de llegar a Welburn Square. Me abalancé sobre él y ambos caímos sobre la acera de ladrillos rojos. Me agarré a él con mi único brazo sano. Él lo apartó de una patada y me golpeó con la culata de su pistola.

Esto no funcionó como él quería. Yo había reducido mi sensibilidad al dolor. Me apuntó con la pistola y yo rodé para alejarme. Bell volvió a salir corriendo, cojeando, girando por el círculo central de césped de la plaza y dispersando a los transeúntes cuando vieron su pistola.

Volvimos a perseguirlo y lo derribé antes de llegar a Taylor Street. Se giró mientras tropezaba y me disparó, alcanzándome en la

cadera. Mi pierna izquierda se derrumbó bajo mi peso. Levanté la vista y vi a Bell esbozar una pequeña sonrisa de triunfo y luego correr hacia Taylor Street,

, donde fue atropellado inmediatamente por un coche. Bell quedó dramáticamente tendido sobre el capó del automóvil y luego se desplomó en la carretera, agarrándose la pierna.

Vann salió del lado del conductor, se acercó a Bell, se aseguró de que no corría peligro de muerte inmediato y lo esposó.

Dos minutos más tarde, todos los demás agentes del FBI nos habían alcanzado. Vann se acercó a mí, que seguía en la acera. Se dejó a mi lado y sacó su cigarrillo electrónico del bolsillo de la chaqueta.

—Es el tercer tres que arruinas en dos días —dijo.

—El cuarto —dije.

—No quiero decirte cómo hacer tu trabajo —dijo:—, pero te diré que si yo fuera tu aseguradora, te despediría.

—Atropellaste a nuestro sospechoso con un coche —dije.

—Ups —dijo Vann. Dio una calada a su cigarrillo.

—Podrías haberlo matado.

—Iba a ocho kilómetros por hora —dijo Vann—Y, de todos modos, fue un accidente.

—Se supone que ya no puedes tener accidentes como ese —dije.

—Es increíble lo que se puede hacer cuando se desactiva la conducción automática —dijo Vann.

—Le prometimos a Cassandra Bell que no le haríamos daño a su hermano —dije.

—Lo sé —dijo Vann—Era un riesgo. Por otro lado, ese imbécil acaba de disparar a mi compañero. Dos veces.

—No fue Bell quien me disparó.

—No me refería a ese imbécil. Guardó el cigarrillo.

* * *

—Hay varias cosas que me intrigan —dijo: Bell. Estaban dejando uno frente al otro en una de las salas de interrogatorios del FBI. Vann tenía una carpeta de cartón delante de ella—Pero te diré lo que me intriga en este momento. Es que estás aquí, en un espacio de interrogatorios del FBI, bajo arresto, y no has invocado tu derecho a permanecer en silencio ni has pedido un abogado. Deberías hacerlo. Deberías hacer ambas cosas.

—Sí —dije. Estaba detrás de Vann. Me encontraba en una de las salas que el FBI utilizaba para los agentes visitantes. La agente que la había estado utilizando media hora antes estaba enfadada en Chicago porque yo había interrumpido su trabajo. Podría seguir enfadada un rato más, aunque si yo fuera tú no intentaría llamar a Sam Schwartz.

—¿Por qué no? —pregunto Bell, mirándome.

—Lo hemos detenido esta mañana por asesinato y conspiración, en relación con el atentado contra Loudoun Pharma —dije—Su jefe se llevará una sorpresa.

—Hubbard está libre de sospecha —dijo Vann—Todo apunta solo a Schwartz. Aunque no es el mejor tipo de actividades extracurriculares que se pueden tener. Se volvió hacia Bell.

—Ahora. ¿Desea permanecer en silencio? —pregunto—Cuando responda, tenga en cuenta que, en el momento en que salió de su apartamento y se dirigió aquí, ejecutamos una orden de registro de su residencia y sus pertenencias. Decir que ya hemos encontrado el vídeo en el que confiesa el asesinato y también su suicidio.

—Lo que explica el arma —dije—Apuñalar a tu hermana está bien, pero tú querías que tu propio final fuera rápido y, sobre todo, indoloro. Pero supongo que mi precipitación trastocó un poco tus planes.

—Entonces —dijo Vann de nuevo—, ¿quieres permanecer en silencio? ¿Quieres un abogado?

—Tienes el vídeo —dijo Bell a Vann. Me señaló con el dedo.

—Tu compañera vio el ataque. ¿Qué sentido tendría? —

—Para que quede claro, estás renunciando a tu derecho a guardar silencio y a un abogado —dijo Vann—Necesito que digas «sí» si eso es lo que realmente quieres.

—Sí —dijo Bell—Es lo que quiero. Tenía la intención de matar a mi hermana, Cassandra Bell. Ese era mi objetivo.

—Bueno, eso nos facilita mucho las cosas —dijo Vann—Gracias.

—No lo hago por ustedes —dijo Bell—Quería que la gente supiera que mi hermana es peligrosa.

—¿Lo menciona en su nota de suicidio? —preguntó Vann—Porque si es así, si no le importa, podemos pasar directamente a detenerla y ponerla bajo custodia federal mientras espera la sentencia.

—Bueno, hay una cosa —dije.

Vann chasqueó los dedos de su mano izquierda—Es cierto. Tenía una pregunta más para ti, Nicholas.

—¿Cuál es? —Bell preguntó.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir con esto? —preguntó Vann.

Bell la miró con incertidumbre—No sé a qué te refieres con eso.

—Me refiero a cuánto tiempo vas a seguir fingiendo ser Nicholas Bell, señor Hubbard —pregunto Vann—Solo lo pregunto porque Shane y yo hemos hecho una apuesta. Shane cree que solo vas a seguir con esto hasta que te detengamos. Al fin y al cabo, tienes una vida y un conglomerado multinacional que dirigir, y ahora que has confesado como Bell y has admitido tu culpabilidad, lo difícil ya está hecho.

—Así es —dije—Cuando el verdadero Bell aparezca y se retracte

en prisión, nadie le creerá. Pensarán que ha empezado a arrepentirse de su decisión y que tal vez espera algún tipo de dictamen psiquiátrico.

—Es una decisión justa —dijo Vann—Pero yo dije que no. Has llegado demasiado lejos con esto como para dejarlo a medias ahora. Creo que estás comprometido con esto hasta el final, con la sentencia y el encarcelamiento. Solo cuando la puerta se cierre tras Bell en una celda de seis por nueve metros sabrás con certeza que te has salido con la tuya. Así que tienes que seguir adelante, igual que lo has hecho toda esta semana. Sí, eso significa que Accelerant no te tiene al mando. Pero tal vez cuando Bell esté dormido puedas escabullirte y dejar una nota diciendo que te vas de vacaciones un par de semanas. Pueden arreglárselas sin ti.

—Puede que haya un problema legal —observé.

—Tienen mucho abogados —dijo Vann—, pueden hacer trabajo.

—Ninguno de los dos tiene sentido —dijo Bell.

—Él se está manteniendo firme —dije.

—Bueno, tiene que hacerlo, ahora mismo —dijo Vann—Pero vamos a mezclar las cosas. Sr. Bell, tengo una foto para usted. Vann abrió la carpeta de manila, sacó una foto y se la pasó a Nicholas Bell.

—Le presento a Camille Hammond —dijo:—Tenía veintitrés años y residía en el centro Lady Bird Johnson Haden Care Facility en Occoquan, donde el NIH aloja a personas con trastornos cerebrales graves que no tienen familia ni otros medios de sustento. Más concretamente, Camille era residente hasta el miércoles por la noche, cuando falleció a causa de una infección pulmonar persistente. Desgraciadamente, algo habitual en personas en su situación.

Bell miró la foto, pero no dijo nada.

—El NIH no se mostró muy entusiasmado cuando le pedimos que nos la prestaran para las festividades de hoy —continuó Vann—, pero tampoco querían ver a Cassandra Bell brutalmente asesinada por su propio hermano en vísperas de la mayor marcha por los derechos civiles en Washington D. C. en una década. Así que al final decidieron ayudarnos.

Se inclinó sobre la mesa hacia Bell.

—Esto es lo que quiero saber —dijo:—Entraste en ese espacio para asesinar a tu hermana. A alguien a quien conocías de toda la vida. Me cuesta entender cómo no te diste cuenta de que la mujer a la que apuñalaste ocho veces no era la misma mujer que habías conocido durante veinte años.

Bell levantó la vista y se quedó en silencio.

—¿Sabes qué? No respondas a eso —dijo Vann, y volvió a mirarme—Diles que traigan a Tony.

Envié el mensaje con mi voz interior. Un minuto después, Tony

estaba en el espacio con nosotros.

—Tony Wilton, Lucas Hubbard —dije, a modo de presentación— Lucas Hubbard, Tony Wilton.

—Si fuera hace una semana, diría que es un honor conocerte —dijo Tony, dirigiéndose a Bell—Tal y como están las cosas, aún puedo decir que admiro tu habilidad para programar.

—Tony —dijo Vann—Si fueras tan amable de poner al Sr. Hubbard al día sobre tus últimas aventuras.

—Lo que hiciste al descargar código en el procesador a través del interpolador fue realmente un trabajo genial —dijo Tony—Pero también es muy peligroso, porque, bueno...

—Tony señaló a Bell—Por razones obvias. Así que anoche escribí un parche que bloquearía esa vía, y el NIH, que todavía puede dictar parches obligatorios, lo puso en lo más alto de su lista de prioridades. Justo cuando entraste en el apartamento de Cassandra Bell, empezó a ir a todos los Integradores de Estados Unidos. Y después de que se apliquen los parches, también irá a la cola general para los Hadens. Quiero decir, no hay forma de que puedas explotarlo con un Haden como lo haces con un Integrador. Pero tampoco vimos venir esto con los Integradores hasta que tú lo explotaste. Malvado, pero brillante. Así que decidimos que más vale prevenir que curar.

—No entiendo nada de lo que me estás diciendo —dijo Bell— ¿Qué es un interpolador?

Tony me miró.

—Está muy comprometido con esto —dijo.

—¿Qué otra opción tiene? —dije—Si abandona ahora, el verdadero Nicholas Bell saldrá a la luz y lo contará todo.

—Lo que me recuerda —dijo Tony, y se volvió hacia Bell— que estoy seguro de que tú, mejor que nadie, sabes que los parches para redes neuronales pueden ser generales o pueden diseñarse para ser muy, muy específicos. Es decir, un parche para una sola red neuronal.

Bell lo miró sin comprender.

—De acuerdo, ya que finges no entender nada de esto, te lo explicaré de forma muy sencilla —dijo Tony—Además de programar un parche muy general anoche, también programé un parche muy específico para la red neuronal que hay aquí. Tony le dio un golpecito en la cabeza a Bell—Hace dos cosas. Una de ellas tiene que ver con el control del flujo de datos.

—Presta atención—, le dijo Vann a Bell: «Esto es bueno».

—Normalmente, durante la integración, el integrador o el cliente pueden detener el flujo de datos, si el cliente ha terminado la sesión o el integrador se ha cansado del cliente—dijo Tony: «Ahora mismo has conseguido desactivar la capacidad de Bell para echarte de su cabeza».

—Eso no me parece justo—dijo Vann.

—Exacto —dijo Tony—Así que el parche que acabo de descargar automáticamente en la red de Bell elimina tu capacidad de girar el flujo de datos. Tienes a Bell atrapado en su propia cabeza. Y ahora yo te tengo a ti atrapado en el mismo lugar. Vamos, intenta girarlo.

—Oh, no va a hacer eso —dijo Vann—Estás fingiendo para intentar que salga de la cabeza de Bell.

—Eh —dijo Tony—No había pensado en eso. Buena observación.

—Pronto lo descubrirá —dije—Nicholas Bell intentó matar a su hermana. Me toqué la cabeza. Lo tengo aquí mismo. Cuando se cierre la puerta de esa celda de seis por nueve, él estará allí con Bell.

—Así que eso es lo primero sobre el parche —dijo Tony—Lo segundo es algo que creo que te va a gustar mucho.

—Espera un momento —dijo Vann. Tony se calló. Vann se volvió hacia Bell—¿Tiene algo que decir, señor Hubbard?

—Sinceramente, no sé de qué está pasando —dijo Bell, suplicante —Estoy muy confundido.

—Intentemos aclarar las cosas —dijo Vann, y me hizo un gesto con la cabeza—Nuestros siguientes invitados, por favor.

Un minuto después, May y Janis Sani entraron en la sala. Vann se levantó para cederle el asiento a May. Janis se quedó detrás de su abuela, con la mano ligeramente apoyada en su hombro.

—¿Es él? —pregunto May, mirando a Vann.

—Sí —dijo Vann—Al menos por dentro.

—No conozco a estas dos señoras —dijo Bell.

—Y esa es la primera cosa cierta que has dicho en toda la tarde —dijo Vann.

—Lucas Hubbard, May y Janis Sani —dije—Su apellido puede sonarle familiar porque usted utilizó a Johnny Sani, su nieto y hermano.

—Esto es una locura —dijo Bell.

—Creo que ya hemos tenido suficientes preliminares —dijo Vann —Y me estoy cansando de tanta mierda. Así que vayamos al grano. Puso el pie sobre la silla de Bell y la giró hacia atrás, alejándola de la mesa.

—Te mentimos sobre Schwartz —dijo: Bell—Lo tenemos por asesinato y conspiración, pero ha llegado a un acuerdo con nosotros. Nos ha contado toda la historia de tu plan para dominar el mercado de Haden. Su versión de la historia no te favorece en absoluto. Estamos listos para atacar Accelerant con un batallón de expertos forenses. Tengo a veinte más en tu casa esperando a que les diga que vamos. Tenemos casi más órdenes de arresto contra ti y tus empresas que gente para ejecutarlas. Casi.

Vann dio una ligera patada a la silla de Bell. Esta se movió unos milímetros, y Bell con ella.

—Pero tú sigues aquí jugando a tu estúpido juego de «yo no soy Hubbard». Es hora de dejar de jugar a eso —dijo Vann—Así que esto es lo que vamos a hacer ahora. Deja de fingir que eres Bell. Señaló a May y Janis Sani—Puedes empezar contándoles a dos de ellas lo que le pasó realmente a Johnny Sani. Se merecen saberlo.

—O puedes seguir fingiendo que eres Bell, en cuyo caso, aquí está Tony para decirte lo que pasará después. Miró a Tony.

—Cuéntale lo otro que hace tu parche —dijo.

—Da la vuelta al guion —dijo Tony.

—Un poco más técnico, por favor —dijo Vann, mirando a Bell—Creo que él puede seguir el ritmo.

—Cuando un cliente utiliza un integrador, este da un paso atrás y deja que la conciencia del cliente controle el cuerpo —dijo Tony—El integrador ayuda, pero se supone que debe mantenerse al margen. Señaló a Bell—Con tu variante, la conciencia del integrador queda totalmente relegada. Se desconecta por completo de cualquier control del cuerpo. El parche que he introducido en el cuerpo de Bell invierte eso. Le da al Integrador el control físico completo, mientras que relega al cliente a un segundo plano, incapaz de hacer nada más que mirar.

—El cliente experimenta un bloqueo— dije.

—Así es— dijo Tony—Ahora bien, obviamente no tiene sentido hacer esto en la relación habitual entre cliente e Integrador. Pero entonces... miró a Bell... esta no es una relación habitual, ¿verdad?

—Bell recupera su vida y Hubbard queda atrapado en su interior para siempre —dije.

—Y eso ni siquiera es lo mejor —dijo Vann. Se acercó mucho a Bell—Esto es lo realmente bueno. Bell es ahora un Integrador conocido de Hubbard. Entonces, ¿por qué no... dejar que siga así?

—¿Hacer que diga que es Hubbard? —pregunté.

—Que sea Hubbard —dijo Vann. Miró a Tony y a mí—Retiramos las órdenes de arresto, dejamos que Schwartz cargue con la culpa e instalamos a Bell al frente de Accelerant. Y entonces él empieza a desmantelar la empresa. La vende, pieza por pieza. Y con los beneficios de las ventas, invierte en Hadens. Empezando por lo nuevo de tu padre, Chris.

—Ah, claro —dije. Me incliné sobre la mesa, hacia Bell—Mi padre acaba de llegar a un acuerdo con la Nación Navajo para financiar una empresa sin ánimo de lucro que compita con Agora —dije—Los navajos tienen una inmensa granja de servidores. Espacio más que suficiente para toda la nación Haden. Con personal técnico navajo. Asequible y accesible. Y técnicamente fuera del territorio estadounidense. Lo anunciaremos mañana en la marcha. Para dejar claro que la comunidad Haden tiene otra opción además de ser explotada por alguien que intenta acaparar el mercado.

—Piénsalo —dijo Vann—: Cassandra Bell anunciándolo, Marcus Shane a un lado, Lucas Hubbard al otro. Unidos por todos los Haden. Y luego Hubbard desmantelando su empresa, poco a poco, para seguir financiando el objetivo. Hasta que no quede nada.

—Es un sueño —dije: alejándome de la mesa.

—Sí —dijo Vann.

—Un sueño más que poco ético.

—¿Más poco ético que bombardear a la competencia, atacar a agentes federales y planear el asesinato de un activista de Haden? —pregunto Vann.

—Bueno, no —admití.

—Entonces me parece ok —dijo: Vann—Y los únicos que lo sabrán son los que están ahora mismo en este espacio. ¿Alguien tiene algún problema con ello?

Nadie dijo nada.

—Entonces estas son las opciones que tienes, Hubbard —dijo Vann, volviéndose hacia Bell—Admite quién eres y cuéntales a May y Janis lo que le pasó a Johnny Sani. Eres culpable, pero tu empresa sobrevivirá. Sigue haciendo lo que estás haciendo y daremos la vuelta al guion. Bell recuperará su vida y se apoderará de la tuya. Y tú verás cómo todo lo que has hecho se desmorona. Elige.

Bell se quedó allí sentado, en silencio, durante más de un minuto.

Entonces.

—Al principio era más un experimento mental que otra cosa —dijo Hubbard. Y sin duda era Hubbard. Incluso esposado a una silla, seguía mostrando su arrogancia—Yo había escrito el código y modelado la red, diseñada para que un cliente la integrara a tiempo completo. No tenía ningún sentido, salvo por curiosidad.

—Pero entonces apareció Abrams-Kettering y el modelo de negocio en el que había estado haciendo trabajo estaba cambiando. Otras empresas empezaron a entrar en pánico, pero yo sabía que allí había oportunidades. Solo había que dirigirlas. De una manera eficaz, pero imposible de rastrear y no reproducible. Si utilizaba la red que había diseñado, sabía que podía manipular a las personas y los acontecimientos de una manera que otras empresas no podían. Y de una manera que no pudiera ser rastreada hasta mí.

—Fue Sam quien señaló que Medichord tenía acceso a los registros médicos de la Nación Navajo y que esos registros no formaban parte de la base de datos nacional de salud de los Estados Unidos. Allí podíamos encontrar sujetos de prueba que, de otro modo, serían invisibles: sin registros en ningún otro lugar, sin nada que rastrear. Encontramos a dos. Johnny y Bruce. Primero nos ocupamos de Johnny. Él era...

Hubbard se detuvo, al darse cuenta de cómo sonaría lo que estaba

a punto de decir a la familia de Johnny Sani.

—Dilo —dijo Vann.

—Tenía una discapacidad mental —dijo Hubbard—, era fácil de engañar. Fácil de controlar. Lo instalamos en California a través de una empresa china en la que Accelerant tenía una participación minoritaria. Nuestros contactos con él se realizaban a través de treseros únicos. Todo era imposible de rastrear, aunque Johnny no era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta. Demasiado cauteloso. Mantuvimos todo lo más discreto posible. Solo Sam y yo lo sabíamos todo.

—Cuando se instaló la red, primero la probamos durante unos minutos, luego durante una o dos horas. Nos sentimos cómodos utilizando a Johnny para más cosas. Encargándole tareas sencillas. Un poco de espionaje corporativo. Algunos sabotajes. Nada realmente significativo. Simplemente probábamos sus capacidades.

—Nos dimos cuenta de que Johnny tenía limitaciones. No en su cerebro, eso no importaba cuando yo lo controlaba. Pero la misma falta de identidad que nos atrajo de él lo limitaba. No tener identidad hace que sea más difícil moverse en nuestra sociedad, no más fácil.

—Con lo que aprendimos de Johnny, empezamos a trabajar en modelos de redes comerciales. Somos propietarios de Lucturn y teníamos la base de datos de redes con la que hacer trabajo. Se me ocurrió el método del interpolador para piratear las redes y dejar una puerta abierta. Solo teníamos que esperar la oportunidad adecuada.

—Entonces falleció Abrams-Kettering y se planificaron la huelga y la marcha. Era la oportunidad adecuada para desestabilizar el mercado y quedarnos con las empresas que queríamos.

—Sabía que Nicholas Bell era un integrador. Conocía a gente que había recurrido a él. Y sabía que, cuando se aprobara la ley Abrams-Kettering, estaría buscando un contrato a largo plazo. Pero no quería acercarme a él directamente. Tenía un último trabajo para Johnny Sani. Lo llevé en coche a Washington D. C. y lo utilicé para contactar con Bell, haciéndome pasar por un turista. Lo utilicé para meterme en la mente de Bell.

—Cuando estaba en Bell, Sam debía conectarse y hacerse cargo de Johnny. Pero Sam se distrajo durante un par de minutos. Johnny volvió en sí, miró a su alrededor, se agarró un sillón y corrió hacia la ventana con él, y lo empujó a la calle. Luego regresó, se agarró un vaso y lo estrelló contra la cómoda. Pensé que iba a utilizarlo contra mí. Levanté las manos.

Me gritó, diciéndome que ahora alguien subiría a ver qué estaba pasando. Quería dejar de ser utilizado. Quería saber para qué lo estaban utilizando—dijo: «Quiero irme a casa».

Hubbard volvió a hacer una pausa.

—Sigue —dijo Vann—Si tú no lo dices, lo dirá Bell. Todo va a salir a la luz, Hubbard.

—Me reí de él —dijo Hubbard—Sabía que Sam vendría a conectarse con él y que entonces todo habría terminado.

Así que le dije que lo utilizaban para hacerme muy rico. Quería saber si alguna vez le habían obligado a hacer daño a alguien—Le dije que, de todos modos, no lo recordaba, así que no debía preocuparse por eso.

—Entonces me dijo: «Sé que eres un hombre malo y sé que no me dejarás ir a casa, así que ahora te voy a causar problemas».

—Y entonces se cortó el cuello.

May y Janis miraron a Hubbard con expresión impasible. Recordé que Klah Redhouse me había contado que intentaban no mostrar demasiado dolor.

—Lo siento —dijo Hubbard, mirando a May y Janis.

—No te atrevas —espetó Janis—No sientes que Johnny haya muerto. Vais a matar a alguien hoy. Sientes que te hayan pillado. Pero te han pillado. Te han pillado porque Johnny te ha impedido salirte con la tuya. Te ha causado problemas, tal y como dijo: «te he pillado». Mi hermano era lento, pero podía resolver las cosas si se tomaba el tiempo suficiente. Te descubrió. Y ahora mírate. Mi hermano vale por diez como tú.

Janis ayudó a May a levantarse de la silla. Dos salieron del espacio sin mirar atrás.

—Lo viste girar su cuello, pero entonces te entró el pánico, ¿verdad? —dijo:—De hecho, dejaste el cuerpo de Bell durante al menos un par de minutos.

—Sí —dijo Hubbard—Me fui, pero Sam me dijo que volviéramos —dijo que si Bell le contaba a alguien su experiencia, descubrirían lo que habíamos hecho y, tarde o temprano, nos perseguiría. Tenía que quedarme con Bell hasta que todo acabara.

—Resopló—Dijo que se le ocurriría una historia que nos sirviera de tapadera hasta el sábado, y que eso sería suficiente. Por mucho que nos sirviera a los dos.

—Te fuiste el tiempo suficiente para que Bell nos diera una pista —dijo Vann—Estaba lo suficientemente confundido por lo que estaba pasando como para hacernos saber que algo iba muy mal. Gracias por eso.

Hubbard sonrió con tristeza y miró a Vann.

—¿Y ahora qué? —dijo: «vamos».

—Ahora es el momento de que te arresten de verdad, señor Hubbard —dijo: «vamos»—Vuelve a tu cuerpo. Hazlo ahora.

—Tienes que cambiar el parche —dijo Hubbard.

—Sobre eso —dijo Tony.

—¿Qué pasa con eso? —preguntó Hubbard.

—Te mentimos —dijo Vann—No había ningún parche.

—Había un parche general que cerraba la puerta trasera del interpolador —dijo Tony—Eso era cierto. Así que, si te hubieras echado atrás, no habrías podido volver a entrar.

—Pero sabíamos que no lo harías —dijo Vann—Así que decidimos tentar a la suerte.

—Tampoco había ningún script-flipper —dijo Hubbard.

—Si lo hubiéramos tenido, lo habríamos utilizado —dije—Y entonces te habríamos obligado a ver cómo ardía tu empresa.

—Ahora vamos, Hubbard —dijo Vann—Mis colegas te están esperando. Tienes mucho de lo que responder.

Hubbard se marchó, lo cual no se notó.

Nicholas Bell sí se notó. Se sacudió, casi volcando su silla, y contuvo el aliento.

—Dios mío —dijo.

—Nicholas Bell —dijo Vann.

—Sí —dijo Bell—Sí. Soy yo.

—Agradable conocerte —dijo Vann.

—Quédate quieto —dije, poniéndole suavemente una mano en el hombro—Tengo que quitarte estas esposas. Se las quité. Sacudió los brazos y se frotó las muñecas.

—Sr. Bell —dijo Vann.

—Sí —dijo él.

—Lo que Hubbard dijo sobre Johnny Sani —preguntó Vann.

Bell asintió.

—Era cierto —dijo.

—Siento que tuvieras que ver eso —dijo Vann.

Bell se rió, temblorosamente.

—Ha sido una semana muy larga —dijo:.

—Sí —dijo Vann—Así es.

—Odio decir esto —dije:—, pero necesitamos que respondas a algunas preguntas. Necesitamos que nos cuentes todo lo que viste u oíste mientras Hubbard controlaba tu cuerpo.

—Créeme, tengo la intención de contarte todo lo que sé sobre ese hijo de puta —dijo Bell—, pero hay algo que realmente me gustaría hacer antes de eso. Si puedo. Si no te importa.

—Por supuesto —dijo Vann—, dinos qué te gustaría hacer.

—Me gustaría mucho ver a mi hermana ahora —dijo Bell.

Capítulo veinticinco

VANN SEÑALÓ el escenario frente al Monumento a Lincoln, donde se encontraban los oradores de la marcha de Haden—Tu padre se ve muy bien allí arriba —dijo: señalando con la cabeza a papá, que estaba junto al presidente Becenti y Cassandra Bell, sostenida en una cuna portátil.

—Parece una hormiga —dije—Lo cual, para mi padre, es bastante impresionante.

—Podemos acercarnos más al escenario si quieres —dijo—Se rumorea que conoces a un tipo.

—Sí —dije—Pero creo que estamos ok donde estamos.

Vann y yo nos quedamos al margen de la multitud, lejos del escenario y de los discursos.

—No hay disturbios —dijo Vann—Ayer por la mañana no habría apostado por eso.

Creo que lo de Hubbard les quitó el impulso—dije. La noticia del arresto de Hubbard y Schwartz fue lo suficientemente importante como para escapar de la zona muerta de noticias de un sábado por la tarde. Nos aseguramos de que todos tuvieran toda la información que quisieran sobre los detalles. La noche del sábado en Washington D. C. no estuvo más llena de incidentes que la mayoría de las noches de sábado. El domingo fue domingo.

—Hemos esquivado una bala —dijo Vann, mostrándose de acuerdo: «en términos generales». Tú recibiste varias.

—Sí —dije—Si algo he aprendido esta semana es a invertir en treses económicos. No puedo permitirme este tipo de desgaste.

—Sí que puedes —dijo Vann.

—Bueno, sí —dije—Puedo. Pero no quiero.

Caminamos por el centro comercial, ella con su cabestrillo y yo con un triciclo prestado. Ella miró hacia el escenario. «Podrías haber estado allí»—dijo: «de pie junto a tu padre. Sigues siendo lo suficientemente famoso como para haberle dado aún más credibilidad a su acuerdo con los navajos».

—No —dije—, papá tiene credibilidad de sobra, incluso después de esta semana. Y yo ya no quiero esa vida. Hay una razón por la que soy agente del FBI, Vann. Quiero ser útil para algo más que para ser un ejemplo a seguir.

—Los Haden aún podrían necesitar un ejemplo a seguir —dijo:—Abrams-Kettering sigue en vigor a medianoche. Las cosas se van a poner más difíciles a partir de ahora. Gente mucho más difíciles.

—Otra persona puede hacer ese trabajo —dije—Creo que soy

mejor haciendo este trabajo.

—Lo eres —dijo Vann—Al menos esta semana lo has sido.

—No todas son así, ¿verdad? —dije—Me refiero a las semanas.

—¿Sería tan malo si lo fueran? —pregunto Vann.

—Sí —dije—Sí, lo sería.

—Dije que te iba a pedir mucho —dijo Vann—El primer día. Lo recuerdas.

—Lo recuerdo —dije—No te voy a mentir. Pensé que solo intentabas asustarme.

Vann sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo, Shane —dijo—A partir de ahora todo irá mejor.

—Eso espero —dije.

—Disculpen —dijo alguien. Miramos y vimos a un threep, de pie junto a otras personas. Señaló a Vann.

—Tú eres esa agente del FBI. La que arrestó a Lucas Hubbard.

—Sí —dijo Vann—Una de ellas.

—¡Qué guay! —dijo el threep, y luego señaló al grupo—¿Les importaría? ¿Podríamos hacernos una foto?

—No —dijo Vann—Encantada.

—Genial —dijo el threep. Entonces, él y el grupo comenzaron a agolparse alrededor de Vann. Uno de ellos me entregó una cámara.

—¿Le importaría? —pregunto.

—Por supuesto —dije—Acercaos todos. Se acercaron.

—Te encanta esto, ¿verdad? —dijo Vann.

—Solo un poco —dije—Ahora, todos decid «patata».